

Guardar la quipa para semilla.

Las prácticas y sentidos de la agricultura familiar en la Quebrada de Humahuaca durante el Programa de Fortalecimiento de la Quinoa.

Autor:

Cladera, Jorge Luis

Tutor:

Boivin, Mauricio Fernando

2021

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología.

Posgrado

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Guardar la quipa para semilla.

Las prácticas y sentidos de la agricultura familiar en la
Quebrada de Humahuaca durante el Programa de
Fortalecimiento de la Quinoa

Tesis de Doctorado
en Antropología Social

Jorge Luis Cladera

DNI 27.688.294

Director: Mauricio Fernando Boivin

Co-Director: Carlos Cowan Ros



Primavera de 2021

A mis hijxs, Mora y Ulises, que me rescatan cada día.

A la memoria de Agripina Torres y Eloy Tactaca.



En la semilla ustedes vuelven, maestra, maestro.

“The intermixture of legal principles and of aesthetic ideas, of work and knowledge supply the institution of agriculture with many other facets besides the economic one. The gardens are, in a way, a work of art.”

(Malinowski “Soil-tilling and Agricultural Rites in the Trobriand Islands” 1965 [1935]: 80)

Contenido

Agradecimientos	6
Introducción	10
Capítulo I. El problema a estudiar, el marco teórico-conceptual y la metodología.	14
Presentación y elaboración del problema	14
Sobre el abordaje metodológico de la tesis	24
Objetivos, hipótesis y diseño de la investigación	33
Estado del arte	36
a. Sobre la Quebrada de Humahuaca	36
a.1. La reemergencia de la lucha por los territorios comunitarios indígenas en la Quebrada	42
a.2 Las organizaciones sociales vinculadas a la producción agropecuaria en la Quebrada de Humahuaca	45
a.3 Sobre los programas de intervención: PSA; SAF.	48
b. Sobre el boom global de la quinua y de los cultivos andinos	49
c. Breve reflexión integradora sobre el Estado de la Cuestión.	53
Justificación de la organización de la tesis	54
Capítulo II. Qué fue el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA	57
Gestación, expectativas y trayectoria del Programa de Fortalecimiento de la Quinua.	60
La experiencia territorial que analizo: El Proyecto PRODERI y el Grupo los Quinueros.	74
Los quinueros como interlocutores de políticas: las Mesas Quinueras de Puna y Quebrada.	79
Un ejercicio de extrañamiento y dos observaciones sobre el corpus documental del Programa de fortalecimiento de la quinua.	83
Capítulo III. Cómo se produjo la quinua en la Quebrada de Humahuaca.	94
¿Qué resultados se obtuvieron en el campo?	95
Primer variable: la superficie sembrada con quinua.	96
Cómo se roturan los suelos agrícolas.	99
Cómo se abonan los cultivos.	103
Segunda variable: los rendimientos de cosecha por unidad de superficie	109
¿Los rendimientos se debieron a las fechas de siembra?	110
¿Los rendimientos se debieron a la escasez de semilla?	111
¿Los rendimientos se debieron a la técnica de cultivo?	115
Pero entonces, ¿se sembraba quinua antes del programa de fortalecimiento?	121

Las superficies y rendimientos, ¿afectaron al reclutamiento al programa tecnológico?	123
Recopilando lo visto en este capítulo.	126
Capítulo IV. Quiénes son las/os quinueros/os en la Quebrada de Humahuaca.	130
Las tendencias globales que se desprenden de los gráficos	133
La generación de los mayores.	134
Nacimiento y primer infancia.	134
La escolarización.	135
Emplearse.	138
Jubilarse.	141
La crisis de una cohorte y la emergencia de otra.	145
La generación de los jóvenes.	147
La percepción de la vieja cohorte sobre la nueva.	155
¿Los jóvenes participan más en las organizaciones sociales?	156
Conclusiones del capítulo	160
Capítulo V. Dónde se produjo la quinua de la Quebrada de Humahuaca.	163
Familia extendida A. <i>Rufina, María, Pedro</i>	171
Familia extendida B. <i>Mónica, Nicolás, Elvira y Justino</i>	182
Reflexiones que se desprenden de los dos casos analizados	193
Capítulo VI. Por qué se cultiva quinua en la Quebrada de Humahuaca.	199
<i>Quinua y quipa</i> . Palabras antiguas.	200
Los sentidos locales de la <i>papa</i> (1). Polisemia y metáforas del parentesco.	202
Los sentidos locales de la <i>papa</i> (2). Las <i>mingas de siembra</i>	205
Los sentidos locales de la <i>papa</i> (3). La desmesura como propiciación y peligro.	209
Recuperando lo visto sobre el rol simbólico de la <i>papa</i>	214
Los sentidos locales de la <i>quinua</i> (1). <i>Llista, ajara</i> y mestizajes.	215
Los sentidos locales de la <i>quinua</i> (2). La desmesura como mensaje de multiplicación infinita.	221
Reflexiones finales del capítulo.	228
Conclusiones.	230
Bibliografía.	242
Anexos.	266

Agradecimientos

No será ésta la primera vez que diga que, en mi opinión, toda obra académica, por ser un producto social, es una obra colectiva, aunque las tradiciones académicas nos hagan depositar los méritos sobre aquel o aquella que levantó la pluma.

De manera que, al detenerme a pensar en los agradecimientos, caí en la cuenta que mi primer agradecimiento debe ser a un todo colectivo. Es a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a quien debo agradecer en primer lugar, ya que a esta institución le debo realmente tanto. Desde mis dieciocho años, Filo siempre supo estar presente en mi vida, aún en aquellos momentos en los que yo procuré “alejarme” del espacio, autoexiliarme a una montaña exterior e interior. Las circunstancias que me llevaron a reencontrarme con Filo a través del Instituto Interdisciplinario de Tilcara fueron caprichosas, inintencionadas, como ocurre a veces con los vínculos más profundos de nuestra vida. A Filo no puedo renunciar: no importa cuán lejos me vaya, es capaz de reencontrarme y tenderme una mano. En mi facultad me formé y encontré un cobijo para mi desarrollo profesional posterior. En Filo encontré un espacio lo suficientemente a disposición de la creatividad humana como para guarecer todas las inquietudes imaginables, así como una comunidad académica consciente de su valor y dispuesta a defenderlo.

Pero Filo adquiere consistencia y concreción en aquellas personas que la encarnan en acciones y gestos, en palabras cargadas de afecto y/o de efecto. Siempre corriendo el riesgo de olvidarme de alguien, no puedo dejar de señalar a aquellas personas que, en mi experiencia personal, sintetizan lo mejor del espíritu de Filo. En mi caso, sin dudas mi director Mauricio Boivin encabeza esta lista. Aunque a él le dedicaré una línea aparte. Josefina Martínez, tanto desde su rol en la Maestría en Antropología Social como en el Departamento de Antropología, ha sido una figura central de este especial devenir institucional y sin dudas personal, siempre atenta a brindar contención a quienes integramos Filo, y a sacar así el mejor provecho que cada una/o tiene para ofrecer. Otras figuras que encarnan este espíritu son Virginia Manzano y Soledad Gesteira, quienes, a partir de una propuesta tan simple como eficaz – los encuentros por zoom de becarixs del ICA – supieron brindar un espacio de contención irremplazable. Quiero agradecer

además a la ex decana de la Facultad, Graciela Morgade, por la predisposición para dar viabilidad a una beca UBACyT territorialmente tan atípica como lo fue la mía: a veces me jacto de ser el único becario UBACyT radicado fuera de la ciudad de Buenos Aires. Del mismo modo, agradezco al personal administrativo que estuvo detrás de los quehaceres de becas y posgrado, y que siempre respondió con velocidad y eficacia: Lucía Milano, Pedro Pestchanker, Lourdes Ortiz, Gerónimo Ledesma, y es probable que me esté olvidando nombres. A las amigas/os de la Facu; en particular para esta etapa, a Romi y Jesús. No puedo dejar de agradecer también a aquellas/os miembros de esta comunidad académica que, habiendo sido parte del cuerpo docente al que debo mi formación, también dejaron sin saberlo su huella indeleble en esta tesis y hoy ya no están para recibir mi agradecimiento personal: Hugo Ratier, Silvana Campanini, Guillermo Quirós, Liliana Sinisi. Para el ojo avezado, pinceladas de todas/os ellas/os podrán ser rastreadas en este trabajo.

Y hablando de docentes, no puedo sino continuar por mi gurú académico. A esta altura del partido, a Mauricio Boivin ya no sé si darle las gracias, o pedirle disculpas. Habiendo sido mi sucesivo director de tesis de grado, de maestría y, ahora, de doctorado, me maravilla que todavía le queden ganas de leerme y hacerme sus aportes, siempre pertinentes y certeros. Como si eso fuera poco, con Boivin nos ha tocado compartir el proceso de redacción y presentación de las tres tesis a la distancia, ya que en la primera yo me encontraba viviendo en la provincia de Catamarca, y en las últimas dos, en la provincia de Jujuy. Por lo que, de no haber sido por su paciencia y dedicación en infinidad de gestos no sólo académicos sino también burocrático-administrativos, me habría sido sencillamente imposible transitar esta senda formativa con éxito. Así que, Maestro, por las dudas se lo digo: perdón, y gracias.

A mi codirector, Chacho Cowan Ros, un afectuoso gracias. Sus lecturas de mis avances, sus aportes, sus sugerencias bibliográficas y su apertura de espacios académicos, me han resultado centrales para desarrollar mis propios criterios con los que desenvolverme en el mundo académico. Además, a Chacho le debo una valiosísima interlocución para pensar y analizar un territorio que ambos conocemos, y que, a su manera, cada uno de nosotros colaboró en co-construir.

A pesar de que no hayan integrado formalmente el equipo directivo, esta tesis ha contado con otras “co-direcciones” de hecho, y a esas personas, también les debo un profundo agradecimiento. Alguien que ha sido un generoso colaborador

en compartir reflexiones, pulir ideas y modos de expresarlas o abordarlas, ha sido Thierry Winkel, de CEFE/IRD Montpellier, además de un afectuoso amigo y un esmerado coordinador de equipos de investigación. También Pablo Cruz, de CISOR-CONICET, ha sido un interlocutor valiosísimo, siempre creativo, capaz de brindar un punto de vista innovador e impensado para volver a observar los fenómenos sociales y naturales. Por último, muchas observaciones pertinentes y gestos generosos le debo también a Pascale Moity-Maïzi, de la Universidad Paul Valéry de Montpellier.

Dos valiosos y queridos interlocutores han sido sin dudas Celeste Golsberg y Gastón Godoy Garraza, del INTA-IPAF NOA, con quienes además de haber podido compartir reflexiones y avances en torno a las cuestiones de las que versa esta tesis, hemos podido fortalecer mutuamente nuestros procesos de formación académica desde la “marginalidad” académica de la Quebrada. Muchas de las reflexiones que aquí analizo tomaron sus primeras formas en conversaciones compartidas con ellos, y diversos consejos, sugerencias y avances, en particular en relación a la articulación binacional franco-argentina, fueron posibles por una sólida lógica de trabajo en equipo.

Namasté también para aquellas colegas con quienes, habiendo compartido proyectos de investigación de la Facultad, hemos podido pulir nuestras respectivas inquietudes de investigación escuchándonos, aconsejándonos y aprendiendo mutuamente: Ana Guglielmucci, Nati Castelnuovo, Gabi Llamosas, Julia Gastellu, Avelina Brown, Pía Leavy, Jazmín Ohanian.

Al Equipo de investigadoras/es del Instituto Interdisciplinario de Tilcara, les transmito mi fraterno agradecimiento. Especialmente gracias por la escucha y la camaradería a Lucila, Mercolli, Moyano, Ochoa, Luciana Messina, Sergio Braticevic, Jessica, Facundo, Arano, Nancy, Luis Piaggi, Dolo, y al ubicuo Radek, compañero de múltiples esfuerzos y ensayos institucionales.

Para el desarrollo de los mapas, sin dudas las palmas por mis producciones se las debe llevar mi gran, gran profe de QGIS, Natalia Minaglia. Por los gráficos obtenidos en planillas Excel, aplausos de pie seguidos de un abrazo para mi hermano del alma, Martín Scasso. Y por el asesoramiento en hardware y software, idem para otro hermano: Mariano Galdo.

A su modo, aunque más indirecto, esta tesis también es deudora de dos equipos más, que siempre estuvieron abiertos a la colaboración, a la construcción sumando fuerzas y esfuerzos, y a tender una mano en la medida de sus alcances. Por un

lado, al equipo docente de la Facultad de Agrarias de la UNJu: Susana Álvarez, Jorge Schimpf, Mario Bonillo, Paz Bossio. Por otro lado, al equipo técnico de la cooperativa CAUQueVa, y especialmente, a Javier Rodríguez.

Al Grupo Quinuero y la Mesa Quinuera, simplemente un abrazo fraterno. Gracias por compartir sus experiencias, sus vidas, sus avios y almuerzos, abrir sus casas y sus recuerdos para que pudiéramos tejer juntos la experiencia de trabajo sobre la que se basa esta tesis. Sin los Quinueros, no sólo esta tesis no existiría, sino una gran parte de mis experiencias y aprendizajes personales más significativos acerca de cómo sanar un mundo ya excesivamente golpeado. Gracias por eso a todas y todos ustedes: Mauro, Luis, Sonia, Cleto, Serapia, Santos, Eloy, Leocadia, Cirilo, Bruno, Donato, Froilán, Daniel, Norma, Leopoldo, Enrique, Luisa, Faustina, Dora, Milagros, Estrella, Javier, Joel, Feliciano, Abel, Miguel, Carmen, Martín, Gabriel, Diego, René, Dalmacia, Francisca, Damiana, Nazario, Presentaciona, Alicia, Agripina, Arnaldo, Concepciona, Demetrio, Juan Bautista, Marina, Laura, Pantaleón, Damián, Teodoro, Gregoria, Marta y Néstor. Ustedes han sido mis maestras y mis maestros; espero haber colaborado siquiera un poquito con mis esfuerzos profesionales en devolver tanto aprendizaje.

A mis hijos, Mora y Ulises, gracias por la paciencia. Y por ayudarme cada día a distinguir lo esencial de lo superfluo.

A mis viejos, gracias, siempre.

Y finalmente, y sobre todo, a quien sin ninguna duda le corresponde el lugar de coautora de mi tesis doctoral es a mi compañera, Gabriela. Las razones para ello son tantas, que ninguna lista les haría justicia. Sólo por subrayar las más distintivas: gracias, Colorada, por haber asumido la carga mayoritaria del trabajo en sostener la casa, a los niños y las tareas cotidianas. Gracias por haber sido – con mucho – mi principal interlocutora en las disquisiciones que dieron pie a los abordajes que se expresan en esta tesis. Gracias por haber hecho el enorme esfuerzo de sostener en soledad, cuando se intensificó más mi trabajo de redacción de la tesis, la vigencia de los espacios organizativos a los que hemos acompañado durante estos años –el Grupo Quinuero que analizo en esta tesis; el trabajo más reciente con la UPPAJS – y que, a fin de cuenta, dan sentido social a nuestro quehacer profesional. Gracias por haber tolerado mis cansancios, enojos, frustraciones, ansiedades, en los sucesivos procesos de construcción narrativa de la tesis que aquí presento. Y sobre todo, gracias por haber creído siempre en mí.

Introducción

Es abril de 2019. Me encuentro en un salón institucional, participando de un taller para la inauguración de un nuevo proyecto de trabajo territorial en la Quebrada de Humahuaca.

En cierta forma, se trata de un ritual ya celebrado en otras oportunidades. Muchas caras conocidas, algunas no tanto. Las pertenencias institucionales se anticipan en la indumentaria. Una mayoría de los presentes porta camisas y chombas oficiales, celestes, blancas o azules; por contraste, el resto parecemos más descontracturados, indómitos o desaliñados. Nos presentamos todos en ronda, cada uno mencionando su afiliación: están presentes universidades, organismos públicos y ONGs. A continuación, los anfitriones de la jornada introducen el motivo del encuentro con unos breves powerpoints; luego presentan las consignas de trabajo y organizan las comisiones. Cada organismo – encarnado en quien lo representa en la ocasión – se reúne con su comisión y participa así del debate. Luego paramos a almorzar, la gente se acerca a saludar a viejos conocidos y a lubricar vínculos herrumbrados; por la tarde compartimos los resultados en plenario.

Durante el trabajo en comisiones, hay un poco más de lugar para ciertos sinceramientos que durante las almidonadas presentaciones. En la comisión en la que me encuentro, quien sincera sus preocupaciones es un profesor de agrarias. Repite más de una vez su inquietud por nuestra incapacidad de interpretar adecuadamente el escenario, lo que conduce recurrentemente a que, cuando se termina la financiación de un proyecto, pareciera que todo se desmorona. Ilustra su punto mediante la metáfora del Elefante Blanco, y lo ejemplifica nada menos que con la experiencia que analizo en esta tesis: el programa de fortalecimiento de la quinua: que cuánta inversión en bancos de semillas y agregado de valor, para que hoy – se lamenta el profe – la producción de quinua en la provincia se encuentre a la baja.

Cuando por la tarde los debates de las comisiones deben ser presentados en plenario, las exposiciones no logran hacerle mérito a las inquietudes que las gestaron. Las presentaciones se van acartonando, y va ganando protagonismo un discurso público que apela a distintas fórmulas del lenguaje ingenieril a las que, por mis años de trabajo como técnico rural, me he ido familiarizando: “es necesario formalizar la producción tradicional para que aumente el volumen”; “hay una

oportunidad, porque hay una demanda insatisfecha”; “el problema es que se sigue produciendo para el autoconsumo y se vende el excedente”, “tenemos que superar a los intermediarios de la comercialización”. Se me deslizan dos categorías analíticas que dan expresión a estos discursos y argumentos: las de legibilidad estatal de James Scott, y de biopolíticas de la higiene de Michel Foucault. Es decir: el quehacer de las personas que conformamos estas instituciones adquiere sentido en términos higienistas – salvamos vidas asegurando la salubridad e inocuidad de los alimentos – y de legibilidad – salvamos vidas dándoles voz y oportunidades para formalizarse, a quienes carecían de ellas. Mientras en las comisiones de trabajo nos permitimos manifestar nuestras dudas y preocupaciones ante la evidencia de que nuestras prácticas tienden a repetirse sin aparentemente causar mella sobre la realidad social, en los plenarios nos vemos expuestos a tener que hacer uso de las mismas fórmulas que un rato antes cuestionábamos, sencillamente porque es lo que sabemos hacer, porque es lo que tenemos al alcance de nuestra experiencia y de nuestra imaginación.

Mientras escucho estas intervenciones, voy encontrando las palabras con que expresar la especificidad que estaba guiando, hasta ese momento un poco intuitivamente, la investigación de mi tesis. Reconozco algunos autores que, sostenidos sobre evidencias similares a las que acabo de mencionar, procuran preguntarse cómo y por qué sigue adquiriendo existencia una maquinaria institucional que cimienta su razón de ser en el desarrollo social (Escobar, 1996; Ferguson, 1997). Pero mi pregunta, más orientada por mi experiencia como técnico en territorio, apunta en la dirección opuesta: si los proyectos de desarrollo son reconocidos por sus propios ejecutores como esfuerzos infructuosos, entonces, ¿por qué la gente asiste? ¿Por qué hay hombres y mujeres rurales que van, participan, llenan los espacios y le siguen dando razón de ser a experiencias institucionales que repiten consignas que aparentemente ya habían fracasado antes?

Tratar de aportar herramientas para pensar estas inquietudes – que es el interés de esta tesis – trasciende, a mi modo de ver, la denuncia meramente testimonial. Es que los indicadores están alrededor nuestro, en todas las direcciones: asistimos a la incertidumbre de un cambio de época, estamos inmersos en una de esas brumas epistemológicas a las que Thomas Kuhn definió como períodos pre-paradigmáticos. Lo que fue ya no convence a nadie, pero no termina de irse porque nadie tiene idea de qué viene después. Así como el profe de agrarias se lamentaba

en comisión de cosechar los mismos resultados en cada proyecto, pero luego en plenario a ninguna/o se nos ocurre mejor idea que proponer viejas recetas para actuar sobre viejos diagnósticos, de manera similar, el mundo globalizado, liberal y unipolar que se impuso a partir de los 90' no logra ocultar sus grietas, y cuando trata de hacerlo, adquiere aspectos cada vez más grotescos: caricaturas de orden, de autoridad, de razonabilidad o de prosperidad, frente a los que, a falta de ideas nuevas, ejercitamos las mismas recetas de siempre, aunque con una tasa de ganancia social decreciente que acaba así nutriendo discursos peligrosos, noticias absurdas y gatillos fáciles. Este crepúsculo intelectual favorece la propagación del pesimismo y el fatalismo social, que la pandemia logró exacerbar aún más.

Como reacción a estas tendencias, colegas de las más diversas proveniencias disciplinares están buscando respuestas en el pasado, esa cantera de la que obtenemos todos los insumos de que disponemos para imaginar el futuro. El ecologismo popular (Martínez-Alier, 1994), la agroecología (Altieri y Toledo, 2011), las economías de los bienes comunes (Bollier, 2016), la etnoecología (Reyes-García y Martí Sanz, 2007), las epistemologías del sur (Santos, 2010), vienen hace ya un tiempo demandando prestar más atención a las formas populares y tradicionales de vincularse con la naturaleza, administrar los insumos vitales, gestionar ecosistemas compartidos y producir alimentos. Pero en estas inmersiones en los mundos indígenas y tradicionales, caen con frecuencia en cierto romanticismo binario, inintencionadamente rousseauiano, con que interpretar las territorialidades nativas: donde hubo una vez libertad, comunión y buen vivir, hoy hay despojo y resistencia ante los embates empresariales y estatales. Al querer desarrollar propuestas – políticas, pragmáticas, éticas – orientadoras de la acción, caen con frecuencia en ingenuidades que impiden comprender por qué los mundos indígenas no se comportan como esperaríamos. Y aquí es en donde creo que se manifiesta, para quien esté dispuesta/o a verlo, una demanda concreta que se nos está solicitando a las antropólogas y antropólogos. Es que a la academia le está costando imaginar mundos posibles. Y me refiero a los dos sentidos de la frase: posibles, es decir, alternativos, diferentes al disponible; pero también posibles, en el sentido de realistas, susceptibles de ser materializados. Buscamos respuestas entre los pueblos indígenas y los sectores populares, pero al construir intervenciones, al querer colaborar en su prosperidad, nos topamos con resultados ambiguos. Cosas que pensamos que no desean, son procuradas; cosas que consideramos esenciales para su prosperidad y la de sus territorios son

desechadas. De manera que, queriendo nutrir a aquellos eslabones sociales que mantienen vivas nuestras esperanzas de un mundo mejor, nos topamos con callejones sin salida y con la desilusión. Como expresó el profe de agrarias. Sin embargo, estos esfuerzos institucionales infructuosos siguen siendo procurados y ocupados por personas que, de esta manera, reproducen nuestras esperanzas. Es evidente que no buscan aquello que pensamos que necesitan, pero algo buscan. Entonces, qué buscan, para qué van, en qué los nutre estos espacios que, con el diario del lunes, siempre parecen fracasar. Entender cómo los sectores rurales subalternos articulan su vida y la de sus *haciendas* y *sembradíos* con los dispositivos disponibles por parte de los organismos institucionales para interactuar con ellos, nos permite así detenernos en las motivaciones y sentidos que consideran necesario activar para existir y prosperar, y por qué. Estas condiciones de posibilidad resultan necesarias para expandir las fronteras de nuestra imaginación social con madurez intelectual, con realismo operativo, y así afinar de manera más eficiente los esfuerzos colectivos que invertimos en aquellos sectores sociales que, en tiempos de hegemonía de la uniformidad y el pesimismo, mantienen vital la diversidad biológica, agrícola y humana, y con ellas, también nuestras esperanzas.

Capítulo I. El problema a estudiar, el marco teórico-conceptual y la metodología.

Presentación y elaboración del problema

Los albores del siglo XXI encuentran a la Argentina enfrentada a una paradoja muy similar a aquella a la que se enfrentaba hace exactamente un siglo atrás: cumpliendo en el concierto económico internacional el rol de productora y exportadora de granos y carnes a gran escala, la riqueza producida por esta actividad agrícola se encuentra sin embargo tan concentrada que el país no logra garantizar ni el pleno empleo, ni una equitativa distribución geográfica, ni la alimentación adecuada de una población escasa en relación a su superficie. Un país exportador de alimentos no logra así cubrir las necesidades alimentarias de su propia población.

Esta paradoja no puede dejar de provocar una recurrente conflictividad social entre los modelos productivos promovidos desde el agronegocio (Gras y Hernández, 2007; 2008), y otros modelos agrícolas que, en muchos casos, constituyen la principal fuente de provisión de alimentos para abastecer al consumo interno (Feito, 2013; 2020). Así como hace un siglo atrás estos reclamos confluyeron en el Grito de Alcorta y la irrupción de los chacareros como actores políticos (Balsa y Lazzaro, 2012), desde el retorno de la democracia y, muy especialmente, desde finales de la década de 1990, nuevos actores no hegemónicos de la ruralidad nacional han cobrado un creciente protagonismo en la escena pública (ver <https://plandesarrollohumanointegral.com.ar/>), y en consecuencia han adquirido también visibilidad en el discurso y en las acciones institucionales del Estado. Aunque siempre muy a la zaga del complejo agroexportador, la irrupción de estos actores en la arena estatal ha permitido la distribución de pequeñas dosis de poder y de recursos fiscales e internacionales destinados a los sectores rurales populares de Argentina durante las últimas décadas (Lattuada, Nogueira, Urcola, 2015). Estas acciones institucionales fueron cobrando forma mediante categorías de intervención distintas según el paradigma de cada época. Entre los 80' y 90', algunos programas del INTA empezaron a designar a sus destinatarios mediante términos como “pequeños productores agropecuarios” o “minifundistas” (Tsakoumagkos, Soverna, y Craviotti, 2000);

mientras que el Programa Social Agropecuario identificaba a su público como las “familias pobres rurales” (Marcos 2019). A partir del año 2006, la categoría que adquirió consenso fue la de “agricultura familiar”, en consonancia con el resto del Mercosur a través de la REAF¹ (Mosse, 2017; Nogueira, Urcola, Lattuada, 2017) y con la edición de un documento que ofrecía el primer esfuerzo desde el retorno de la democracia por cuantificar estadísticamente la presencia del sector (Obschatko, Foti y Román, 2007). No por esto la categoría de “agricultura familiar” dejó de activar disputas (Schiavoni, 2013), ya que el concepto se asocia con demasiada facilidad a un marco de referencia funcionalista centrado en promover la integración mercantil de sectores sociales marginados, causando la insatisfacción de algunos teóricos (Fernandes, 2008; 2014; Hocsman, 2014) y la colisión con la agenda de demandas mucho más profundas de las organizaciones sociales enroladas en la Vía Campesina (Desmarais, 2008). Como concesión a esas demandas, el concepto fue sustituido por el de “agricultura familiar, campesina e indígena” a partir de la Ley nacional N° 27.118 del año 2014, de “reparación histórica de la agricultura familiar para la construcción de una nueva ruralidad en la Argentina”.

Simultáneamente, a partir de los 90’ se fueron consolidando herramientas normativas que otorgaban entidad jurídica a sujetos sociales que, a pesar de anteceder al Estado argentino (García Lema, 2012), habían permanecido históricamente negados por él: las comunidades indígenas o comunidades aborígenes (Bidaseca et.al. 2008; Carrasco, 2000). Este reconocimiento abrió un proceso de restituciones territoriales que, aún inconcluso (Espósito, 2014), por lo menos permitió fortalecer y revitalizar el derecho a la tierra para aquellos sectores rurales subalternos en condiciones de activar su aboriginalidad (Briones, 1998; 2004). Si bien estas experiencias resultan marginales a escala nacional, para determinados territorios argentinos – entre ellos, sin duda la Quebrada de Humahuaca que nos compete (Borghini, 2010; Espósito, 2014) –, su carga jurídica pero también simbólica (Karasik, 2010) cobra una relevancia central.

Entonces, a través de estas dos vías institucionales, en las últimas décadas los sistemas familiares de producción agroganadera adquirieron, particularmente en las regiones andinas del noroeste argentino, un protagonismo político renovado que encontró cobijo en la agenda de preocupaciones de la sociedad civil nacional

¹ Reunión Especializada de Agricultura Familiar del Mercosur

bajo la expectativa de superar, contrarrestar o siquiera mitigar los efectos entrópicos provocados por el lobby agroexportador. Allí donde el modelo actual del agronegocio muestra un ritmo vertiginoso de desmonte, erosión de suelos, contaminación y disminución de cuencas hídricas, desarraigo de poblaciones rurales, mecanización del ciclo agrícola, desempleo rural, fumigación de barrios periurbanos, aumento de los precios de los alimentos de consumo doméstico, uniformización del paisaje, y un largo etc., la agricultura familiar, campesina e indígena gana legitimidad como modelo de producción de alimentos bajo los signos opuestos: trabajo, arraigo rural, reforestación, diversificación de las variedades nativas, distribución de la riqueza, etc. De esta manera, sectores sociales en los que la actividad agropecuaria adquiere una multiplicidad de sentidos identitarios, políticos, étnicos y afectivos (Cowan Ros, 2013; 2017), entran en contacto con las intervenciones institucionales en el marco de una arena de disputa que los antecede y que, configurada en torno a los sectores agroexportadores, se administra bajo un lenguaje casi exclusivamente económico. Para evitar caer en clasificaciones apriorísticas, a lo largo de mi tesis designaré a los sujetos sociales cuyas dinámicas analizo como **sectores rurales subalternos** (Cowan Ros y Berger 2018). Definidos como aquellas *“personas que por su baja dotación de recursos y por ocupar históricamente posiciones sociales subordinadas ven restringidas sus posibilidades de reproducción social”* (op.cit.: 287), en mi tesis recupero esta categoría para designar, en principio, a sujetos sociales que construyen cotidianamente determinadas formas de ruralidad que escapan al programa hegemónico².

Entonces, ¿cómo desencadenar el potencial productivo de estos sectores sociales? ¿Cómo darles entidad para que constituyan una alternativa al agronegocio? La respuesta a estas preguntas depende del marco de referencia del enunciador/a. Por un lado, es discernible una línea de investigación enfocada en el estudio de las organizaciones sociales que representan a estos colectivos rurales subalternos, tales como el Movimiento Campesino de Córdoba (Becerra

² Javier Balsa (2006) procura ordenar las múltiples significaciones gramscianas de un concepto tan complejo pero a la vez tan central para las ciencias sociales como lo es el de hegemonía. En este esfuerzo, propone comprender la construcción de la hegemonía en tres sentidos diferentes: como alianza de clases, como dirección intelectual y moral de la sociedad; como modo de vida que favorece la aceptación de la dominación (op.cit.: 16). Cuando aquí señalo que estos sectores sociales escapan al programa hegemónico, me refiero a que sus formas de transitar y recrear la vida cotidiana vuelven frágiles las intenciones de los sectores dominantes por direccionar moral e intelectualmente al conjunto de la sociedad; y al hacerlo, recrean asimismo condiciones que vulneran la aceptación automática o irreflexiva de la dominación.

et.al., 2011); el Movimiento Campesino de Santiago de Estero (Barbetta, 2012; Barbetta, Domínguez y Sabatino, 2012); la OCAN – Organización de Comunidades Aborígenes de Nazareno (Villagra y Milana, 2019); Qullamarka de Iruya, Salta (Milana y Villagra, 2020; Weinberg, 2019); o Tinkunaku de Finca San Andrés, Salta (Domínguez, 2001; 2008; González 2015). Estos enfoques ilustran mediante casos concretos las dificultades a las que se enfrentan las organizaciones sociales rurales para incidir de manera efectiva en la agenda de las políticas institucionales: lo cual ocurre porque estas instituciones, al ignorar o desconocer las disputas de intereses entre modelos de ruralidad antagónicos, limitan el alcance de sus propias intervenciones (Arzeno y Ponce 2013; Hocsman, 2014; Manzanal y Schneider, 2010; Manzanal y Villarreal, 2010). Podemos parafrasear a Julieta Quirós (2011: 22) para distinguir a este enfoque como la “sociología de los movimientos rurales”, por cuanto, como ocurre con los estudios de los movimientos barriales urbanos, en general depositan su centralidad heurística en el discurso público de las organizaciones, en las entrevistas a sus dirigentes y referentes principales, así como en las acciones colectivas de movilización pública en que adquiere visibilidad el conflicto social (Giarraca y Gras, 2001).

Algunos de estos autores (Arzeno, 2008; Barbetta, Domínguez y Sabatino, 2012; Hocsman 2011; Hocsman y Romano, 2009) recuperan más explícitamente la categoría “campesinado”, en sintonía con el giro analítico contemporáneo que focaliza el concepto en la construcción de la subjetividad política más que en su caracterización estructural (Bernstein et.al., 2018; Desmarais, 2008; Ploeg 2010; Veltmeyer y Petras 2008). Ocurre que, al igual que en otras partes del globo, hoy resulta prácticamente imposible identificar en la ruralidad popular argentina – ni aún en la del noroeste – las características propias de una sociedad campesina clásica, “pura” (Cáceres, 2003; Isla, 1992). No sólo por el bajo índice demográfico de ruralidad, sino porque, a diferencia de lo que ocurría en los modelos analíticos clásicos (Bartra, 1979; Meillassoux, 1999), en el NOA el rol que cumple actualmente la producción agropecuaria en la reproducción doméstica es, en términos económicos, marginal. Cada vez que se ha intentado cuantificar la participación agropecuaria en los ingresos económicos domésticos de la ruralidad subalterna, los resultados arrojan números claramente marginales en comparación a otros ingresos provenientes de salarios o de algún tipo de aporte estatal (jubilaciones, pensiones por invalidez, contratos municipales, contrataciones escolares, o incluso la Asignación Universal por Hijo), sin importar qué herramienta

de cuantificación se haya empleado ni en qué escenario geográfico: sean los Registros Nacionales de Agricultura Familiar en Santiago del Estero (Paz, De Dios y Gutiérrez, 2014), las encuestas F1 del programa PROINDER en Catamarca (Quiroga Mendiola et.al., 2013); encuestas propias y originales en la Puna Jujeña (Paz et.al., 2012; Quiroga Mendiola y Ramisch, 2013) o en los valles calchaquíes tucumanos (Isla, 2002).

Por otro lado, existe en Argentina una aún incipiente bibliografía sociológica sobre estos sectores rurales populares producida por los propios organismos de intervención pública (Nogueira, Urcola, Lattuada, 2017; Patrouilleau et.al, 2017), como los de la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca, hoy devenida ministerio (Canet 2010; Obschatko, Foti y Román, 2007; Soverna, Tsakoumagkos y Paz, 2008; Tsakoumagkos, Soverna y Craviotti, 2000) y más recientemente, el Centro de Investigación para la Agricultura Familiar (CIPAF) del INTA (Bilbao y Ramisch, 2010; CIPAF 2015; Ramilo y Prividera, 2013). En estos esfuerzos – mayoritariamente enmarcados en torno a la categoría de Agricultura Familiar – se manifiestan con frecuencia las dificultades para identificar, dar entidad y así poner en valor al sector: saber quiénes son, dónde están, cuántos son, qué producen, cómo se mide el valor de esta producción, qué variables resultan las más adecuadas para obtener tipologías agrarias ilustrativas (Morandi, 2017). Aún con estas dificultades, la información disponible permite reflejar su importancia: “[...] *representan el 75% del total de los establecimientos agropecuarios del país, controlan [...] el 17,7% de la superficie total y [...] aportan el 64% del total del empleo agropecuario nacional*” (Lattuada, Nogueira y Urcola, 2015: 71-72). Por medio de este tipo de argumentaciones es que las agencias de intervención procuran valorizar la importancia del sector en un lenguaje que, para adquirir consistencia política, necesita cuantificar sus aportes a la ocupación productiva de tierras marginales, a la generación de empleo rural, y al abastecimiento de determinados bienes agropecuarios³.

En consecuencia, las premisas de partida sobre la que se basan las acciones institucionales sugieren, por un lado, la vitalidad y la centralidad productiva de la agricultura familiar, campesina e indígena; y por el otro, serias dificultades para lograr su “viabilidad económica”, debido a la baja rentabilidad de la producción. Es

³ Al menos en la región NOA, la participación porcentual de la Agricultura Familiar medida sobre el Valor Bruto de Producción ofrece guarismos como los siguientes: “93% flores; 86% ovinos; 82% porcinos; 79% caprinos; 66% conejos; 64% aromáticas; 53% hortalizas; 53% miel; 36% bovinos” (CIPAF 2015: 7)

entonces a partir de este prisma interpretativo que se aplican las acciones institucionales para promover a este sector social, mejorar su participación en los mercados de alimentos, consolidar su potencial productivo y valorizar sus productos.

Sin embargo, los resultados quedan, una y otra vez, a la zaga de las expectativas (Goulet y Giordano, 2018). Los umbrales no son alcanzados, los potenciales no parecen lograrse. La reacción institucional es el desconcierto: las expectativas mensurables simplemente no concuerdan con los diagnósticos previamente elaborados, vulnerando periódicamente a estos organismos públicos ante otras carteras y lobbys agropecuarios que no padecen estos dilemas morales, y que por el contrario han logrado exitosamente instalar en el sentido común la noción de su importancia productiva y de su solvencia económica. La pregunta que en esos escenarios se abre es, en consecuencia: ¿por qué fallan los programas de desarrollo rural? ¿De qué depende el éxito o el fracaso de estos programas?

Para reflexionar en esta dirección, un ejercicio esclarecedor consiste en desarrollar etnografías que indaguen sobre los modos por medio de los cuales se construyen y reproducen aquellos campos de interacciones sociales a los que el sentido común sobreentiende como “la política” (Balbi y Boivin, 2008). En el caso que me interesa analizar, me refiero al esfuerzo por sondear por debajo de la conceptualización estadística de estos sujetos, pero también por debajo de los discursos esgrimidos en el espacio público por las organizaciones que los representan, para comprender lo que ocurre, en los propios territorios rurales, durante las instancias concretas de interfaz (Long, 1989), disputa (Long y Long, 1992), o fricción (Tsing, 2005), entre las políticas de desarrollo rural y sus sujetos destinatarios (Isla y Colmegna, 2005; Nussbaumer y Cowan Ros, 2011). En Argentina, este tipo de abordajes ha comenzado a adquirir atención en contextos tan diversos como el Chaco salteño (Castelnuovo Biraben, 2017); Formosa (Berger, 2014), la puna jujeña (Cowan Ros 2011; 2013), y muy especialmente en Misiones (de Micco, 2013; Diez, 2013; Fabio 2008; Otero y Rodríguez, 2008; Schiavoni y de Micco, 2008). Por medio de este tipo de estudios más etnográficamente situados, se pone en evidencia que los programas de desarrollo rural convocan a sus personas destinatarias desde determinadas intersecciones posibles de sus identidades sociales (por ejemplo, en tanto mujeres indígenas, jóvenes campesinos, agricultores familiares productores de quinua), que sin dejar de ser auténticas, no agotan por eso el repertorio múltiple y dinámico de tramas sociales

que conforman la vida cotidiana de estos sectores subalternos. Las acciones institucionales, al circunscribir su pertinencia a determinadas especificidades – fundamentalmente a aquellas visualizadas en algún momento como oportunidades económicas –, construyen dispositivos de medición y diagnóstico, planificación de acciones, organización de metas, y evaluación de resultados, que desagregan estas especificidades del flujo de la vida social, y tratan de gobernarlas. Estos diseccionamientos acaban así por desdibujar la coherencia integral de las acciones de los sujetos que son circunstancialmente convocados o enrolados por dicha línea de intervención institucional. De este modo, las expectativas institucionales se abstraen de la trama social que motoriza los comportamientos de las personas destinatarias, volviendo muchas veces sus reacciones y motivaciones incomprensibles, ilegibles (Scott, 1985; 1998) en términos administrativos.

Mi intención consiste precisamente en aportar a estos estudios etnográficos situados en el propio medio rural local. En esta oportunidad, propongo invertir el mostrador que ocurre en estas instancias de interfaz, para entender “el porqué de los que van” (Quirós 2011), es decir: para profundizar en la comprensión de las tramas cotidianas que conforman a quienes constituyen el universo destinatario de una política, y que por lo tanto dan sentido a sus acciones, entre las que se incluye precisamente su enrolamiento dentro de esa categoría institucional en ese momento puntual de sus vidas.

Siguiendo entonces esta propuesta, considero que un trabajo etnográfico bien informado se hace necesario, con el fin de desentrañar las tramas de la vida cotidiana que se desenvuelven por debajo de las matrices estadísticas de las instituciones y de los discursos públicos de las organizaciones, para de ese modo arrojar luz sobre dos esferas de fenómenos estrechamente relacionados. En primer lugar, **identificar en términos reales quiénes se sienten convocados por una política destinada a la Agricultura Familiar y qué buscan esas personas al aproximarse a estas políticas**, es decir, cómo reconocen en esas acciones institucionales vehículos para satisfacer aspectos de su existencia reconocidos subjetivamente como necesidades. Pero en segundo lugar, y a los efectos de analizar lo anterior, se hace necesario comprender **qué cosas son las que efectivamente hacen y dejan de hacer estas personas en su vida cotidiana y en sus predios agrícolas, por qué motivos las hacen o no las hacen, en el marco de qué tramas culturales de significación cobran sentido estos comportamientos, y en definitiva, por qué insisten estas mujeres y estos**

hombres en producir alimentos, en construir determinadas formas de ruralidad criando plantas y animales, aún cuando está visto que hacerlo reporta “un mal negocio”. Al redireccionar el eje hacia los marcos de referencia de las acciones y sentidos de las personas que encarnan una política, la pregunta sobre el éxito o el fracaso de dicha política pierde vigencia, ya que de lo que se trata no es de evaluarla en términos normativos o morales, sino de comprender su articulación, su valor utilitario y conceptual, para determinadas experiencias subjetivas, culturalmente pautadas pero en permanente mutación, acerca de lo que es vivir y criar la vida.

De manera que no es mi intención etnografiar la gestación de una política pública desde el centro metropolitano que le dio origen, sino su desarrollo efectivo desde las interacciones directas que ocurren en la escala más local entre destinatarias/os y personal técnico. Hay de este modo una dimensión de la política pública que cumple un rol importante en esta tesis. Se trata de los habitus y herramientas naturalizadas por los agentes técnicos localizados para ordenar, interpretar e intervenir una realidad social rural. Las herramientas con que cuenta el personal técnico de acción en terreno para leer los fenómenos sobre los que actuar – categorías como Establecimiento Agropecuario, rendimiento, superficie, autoconsumo, monocultivo, unidad de producción, plaga, stock, formalización, buenas prácticas agrícolas – delinean determinadas segmentaciones posibles sobre realidades continuas, que marcan el rumbo sobre qué y cómo se debe actuar, pero que también limitan o anulan la **legibilidad** (Scott, 1998) de otros fenómenos, a veces más significativos, que operan en las realidades sociales intervenidas. Es para entender estos mecanismos invisibles de atracción o rechazo de las personas destinatarias de una propuesta técnica, que emplearé a lo largo de esta tesis **el concepto latoureano de enrolamiento** (Latour, 1998).

Entonces, de lo que estrictamente hablando trata esta tesis, es de **etnografiar las acciones y motivos de quienes son convocadas/os como destinatarias de una política pública**. El protagonismo de mi análisis lo tendrán estas tramas significantes locales. Analizaré aquí las prácticas cotidianas – y procuraré desentrañar las razones que las motivan – de aquellas personas reales que en determinado momento y por determinados mecanismos se sintieron enroladas y convocadas por la ejecución y el desarrollo de un Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en la Quebrada de Humahuaca, y de ese modo le otorgaron sentido a esos esfuerzos institucionales y se volvieron sus interlocutores necesarios. En este

aspecto, mi intención en esta tesis se aproxima más a la sugerencia realizada por Arturo Escobar de etnografiar “los lenguajes locales del desarrollo [...]” (Escobar 1996: 107), entendiendo las políticas de desarrollo rural como una más de las varias herramientas con que cuentan las comunidades locales para desplegar su cotidianidad.

Aquí entonces se presentan dos categorías que es necesario explicar: qué estoy entendiendo por **prácticas** y por **sentidos**.

Las categorías de “práctica” y de “estrategia” suelen estar fuertemente relacionadas en las ciencias sociales, aunque a la segunda se le ha dedicado más esfuerzo en definirla. El término “estrategia” – puntualmente “estrategias adaptativas” – fue incorporado a la antropología social argentina tempranamente a través de Leopoldo Bartolomé, quien introdujo el concepto del culturalismo norteamericano para analizar “la forma en que actores individuales o colectivos desarrollan mecanismos de respuesta y patrones de utilización de recursos naturales y sociales con el fin de lograr determinados objetivos y de resolver problemas” (Bartolomé, 1977: 260). Posteriormente también la sociología incorporaría el término, procurando comprender los modos en que los sectores marginales pueden lograr la reproducción ampliada de la vida frente a restricciones estructurales de acceso a medios de producción o al mercado laboral (Gutiérrez, 2004). Los aportes sociológicos recientes en Argentina (Wilkis, 2004) recuperan el concepto desde la propuesta desarrollada por Bourdieu (1996), quien sostiene la imposibilidad de escindir las estrategias del campo normativo de fuerzas en que tienen lugar, ni de las construcciones corporizadas (los habitus) que enmarcan los márgenes de libertad imaginable y de creatividad de los sujetos, de manera que todo pensamiento “calculista” es un producto culturalmente arraigado.

En el marco geográfico de mi interés – las comunidades andinas del noroeste argentino – el concepto bourdeano de Estrategias de Reproducción Social ha sido empleado por Carlos Cowan Ros y Sergio Schneider (2008), constituyendo un antecedente necesario para poner en evidencia la imposibilidad de comprender los comportamientos de las sociedades andinas en Argentina exclusivamente desde un marco economicista. Una observación de estos autores que cobra gran importancia para mi tesis actual es que, ante diferentes campos sociales, la unidad de análisis que despliega la “estrategia” en cuestión puede no ser la misma. En ocasiones podrá ser el individuo, o la unidad doméstica, o la red ampliada de parentesco, según qué campo de interés sea el que está en juego.

Específicamente respecto de la categoría “práctica”, el antropólogo que la ha definido para analizar la ruralidad del noroeste argentino ha sido Alejandro Isla (2002). Desde su propia lectura de Bourdieu, Isla designa las “prácticas” como los márgenes de maniobra que despliegan los actores en la intersección entre su subjetividad y su posición social (op.cit.: 16), reservando el término “estrategia” para identificar la articulación exitosa de varias “prácticas” (p. 31).

En cualquier caso, lo que me interesa recuperar para esta tesis, es la idea de que en situaciones de interfaz (Long, 1989) entre organismos institucionales y sujetos destinatarios, se manifiestan mecanismos en manos de éstos últimos para, siempre desde su posición subalterna, dirigir parcialmente las expectativas y los recursos institucionales en favor de sus propios deseos, intereses y sobre todo, criterios sobre lo que es necesario para que la vida continúe girando. Cuando en esta tesis deba analizar las acciones y argumentos que las mujeres y hombres destinatarias del programa ejercen de manera deliberada en estas instancias, las referiré en tanto “estrategias”.

Sin duda, muchas de las acciones a estudiar cobran sentido desde esta perspectiva de “estrategia”. Sin embargo, me interesa no circunscribir el análisis sólo a esta categoría, ya que sostengo que la acción intencional dentro de los márgenes de un campo social, no agota la comprensión de los mecanismos que ejercen las personas. Por el contrario, la gran mayoría de las acciones que me interesa estudiar, son realizadas sencillamente del modo en que fueron corporizadas, adquiridas en el ejercicio de la cotidianidad. Y estas corporizaciones resultan particularmente importantes si de lo que se trata es de comprender mecanismos de trabajo agrícola, y más aún en contextos campesino-indígenas andinos, en donde, como espero poder demostrar, la experiencia del trabajo rural es simultáneamente mecánica (refleja), física, afectiva, y ontológica (comsovisional) (Greslou et.al., 1991), o, para emplear un concepto sintético recientemente popularizado, “sentipensante” (Escobar, 2014). Mientras el término “estrategia” sobreentiende acciones (y discursos) ejercidos de manera deliberada para dirigir recursos o manipular políticas, el término “práctica” me permite abarcar además acciones reflejas, obvias en el marco de la comunidad de habla analizada.

Por último, el concepto de “sentido” resulta central para el ejercicio etnográfico en tanto metodología. Comprender las prácticas alimentarias como signos que sólo adquieren sentido en el marco de la trama cultural en que tienen lugar (Neuman 2019) es una idea de largo aliento. En la Quebrada de Humahuaca, el interés que

despertó recientemente en las ciencias humanas la reemergencia del consumo de alimentos tradicionales andinos se ha centrado en sus dimensiones gastronómicas: es decir, en los procesos de preparación y cocción de los alimentos (Sammartino, 2015) que han adquirido interés en el marco de la patrimonialización y la emergencia turística de la Quebrada (Arzeno y Troncoso, 2012; Troncoso y Arzeno, 2019). En mi tesis, estudiar etnográficamente la aplicación de políticas para expandir la producción de quinua requiere interpretar determinadas formas de integrar la vida humana y no humana, de manera que, tal como señalara Archetti en su estudio de otro alimento andino, “el análisis de la comida no puede reducirse a un listado de lo que se consume y del valor nutricional de los alimentos” (Archetti 2007, 295), pues “un sistema de comidas pone orden en la naturaleza, a través de tabúes alimenticios, y en la vida social, a través de rituales y ceremonias.” (op.cit.: 295). Entonces, sin duda también es requisito una aproximación etnográficamente bien informada acerca de los sistemas de significaciones que configuran las prácticas de crianza agropecuaria, las prácticas de multiplicación, interacción e intercambio que constituyen a un cultivo en un elemento significativo dentro de redes conceptuales que integran a otros elementos cultivados o criados, a los lugares de cultivo, y a las personas conectadas por medio de ellos. Ejercicios de este tipo han ganado fuerza para comprender la agricultura en los Andes Centrales (Greslou et.al., 1991; Grillo et.al. 1994), y algunos trabajos realizados en el noroeste argentino (Bugallo y Tomasi, 2012; Lema, 2014; 2020; Pazzarrelli y Lema, 2018) muestran la importancia interpretativa de llevar a cabo el mismo tipo de trabajos aquí.

Sobre el abordaje metodológico de la tesis

A lo largo de mi quehacer profesional, mi inserción en el campo social del desarrollo rural en la región andina, ha fluctuado de manera pendular entre asumir un rol técnico en promoción social con expectativas emancipadoras, y asumir un rol reflexivo como antropólogo sobre las realidades sociales con las que me tocaba trabajar. Me he desempeñado como técnico radicado en territorio (“extensionista”) desde el 2005 hasta el 2016, para ONGs, para una agencia de extensión del INTA, y para la Secretaría de Agricultura Familiar del MAGyP, en diversos territorios de la región andina, principalmente los departamentos de Tinogasta en Catamarca, Iruya en Salta, y Humahuaca y Tumbaya en Jujuy (aunque para actividades puntuales

también realicé trabajos técnicos en otros territorios de la provincia de Jujuy, en los departamentos de Tilcara, Yavi, Cochinoca, Valle Grande, Ledesma y Santa Bárbara).

Por otro lado, estas experiencias sirvieron de insumos para la construcción de mi tesis de maestría en antropología social (Cladera, 2015), así como de una serie de publicaciones en las que he procurado reflexionar sobre estas realidades sociales (Cladera, 2013; 2014; 2020a) y sobre los abordajes metodológicos consecuentes (Cladera, 2020b).

Es este movimiento pendular entre doxa y praxis, entre mundo académico y trabajo profesional en el terreno (eso que la academia norteamericana popularizó como “activismo”), al que trataré de recuperar en esta tesis como un aporte metodológico innovador para llevar a cabo esa vigilancia epistemológica sobre el propio ejercicio cotidiano técnico-profesional que, según Bourdieu, debiera caracterizar a la ciencia social, ya que *“debe transmitir instrumentos de construcción de la realidad [...] al mismo tiempo que [...] una inclinación a cuestionar dichos instrumentos”* (Bourdieu y Wacquant, 1995: 186). En dos trayectorias epistemológicas he encontrado los argumentos y herramientas metodológicas necesarias: la etnografía, y la investigación acción participativa (IAP, de aquí en adelante). Ambas comparten el esfuerzo por validar formas no positivistas de construcción de la ciencia social, por medio de revisiones de la articulación entre conocimiento, sujeto cognoscente, y campo social a conocer.

Por el lado de la etnografía, se afirma que los datos no están disponibles en algún lugar externo para ser recolectados por el investigador: sino que constituyen el producto emergente de interacciones sociales entre investigador/a y el campo social de análisis (Achilli 2005), en dos aspectos. Primero, en el sentido de que la información registrada sufre el proceso interpretativo del/la investigador/a, que irremediablemente interviene en la selección de aquello que llama su atención y aquello que no, ya que reconoce – o sospecha – la complejidad significativa sobre lo primero, que se pone de manifiesto en el acto mismo de su descripción, de su transcripción (Geertz, 1987). Y segundo, en el sentido de que la/el investigador/a, por ser un sujeto en interacción con otros sujetos, influye en los comportamientos ajenos y es influido en sus comportamientos propios por las personas que analiza, lo que le otorga un rol central al ejercicio de la reflexividad, a fin de volver conscientes estas construcciones mutuas de sentido, y más aún, volverlas un insumo central para analizar y comprender el campo social (Guber, 2004). En todo

caso, sin participar de las dinámicas sociales – y sin, por eso mismo, co-construirlas aunque sea parcialmente – el/la investigador/a no logra acceder a la comprensión de las tramas sociales que pretende conocer. Pero asimismo, sin tomar distancia analítica de esas mismas dinámicas – sin ejercer el extrañamiento –, no puede abordarlas como objeto de reflexión conceptual. Entonces la observación participante propone tanto una fusión de horizontes de conocimiento – cotidianizar lo exótico – como una segregación de los mismos – exotizar lo cotidiano (Da Matta, 2007; Lins Ribeiro, 2007). En este doble movimiento de aproximación a y distanciamiento de los fenómenos sociales que propone la etnografía, es en donde encuentro cobijo para mi modalidad de inserción en el campo social de análisis en tanto técnico de terreno, facilitando, asimismo, en diversas oportunidades, aperturas de campo imprevistas.

Por otro lado, la IAP constituye un esfuerzo de síntesis con el fin de validar formas de investigación social apuntadas a consolidar la liberación social de los sectores oprimidos por medio del desarrollo de una conciencia social crítica. Para esto, la IAP establece la necesidad de la participación real de los sujetos “...sobre todos los procesos de la vida institucional y sobre la naturaleza de sus decisiones” (Sirvent 2004: 18). Para lograrlo, el trabajo del investigador asume muchas características que lo acercan al rol de facilitador pedagógico en el marco de acciones de educación popular (Sirvent y Rigal 2014). Es este perfil el que acerca la propuesta a las modalidades de extensión rural con vocación emancipadora que proponía Paulo Freire (2001), permitiendo un marco de inteligibilidad para que determinados organismos de desarrollo rural en Argentina, sobre todo el INTA, intentaran en las últimas dos décadas repensar sus formas de aproximación a las poblaciones rurales populares (ver por ejemplo: Pino, 2013; Regazzoni et.al. 2011).

La aproximación de la IAP hace el esfuerzo por dotar de carne a aquel principio original de la filosofía dialéctica: la idea de que el conocimiento es, precisamente, el producto de un diálogo. En lugar de hablar de investigador/a y sujetos del campo a estudiar, la IAP distingue dos polos de una interacción productora del conocimiento social: los/las agentes externos al hecho social de estudio, y los/las agentes internos (Montero, 2006). El producto emergente, el conocimiento, es el resultado de una intención transformadora de lo social que motoriza la interacción entre agentes externos e internos. Es decir que, para la IAP, el objetivo constitutivo del estudio de la realidad es su transformación (Montero, 2006; Rigal, 2008). La acción inicial del colectivo social produce experiencias que pueden ser abordadas

para aprender de ellas, y mejorar de ese modo la acción futura. Si el movimiento epistemológico que proponía la etnografía consistía en la aproximación a y el alejamiento del campo social de análisis, el ciclo de la IAP consistiría entonces en el proceso: acción – reflexión sobre dicha acción (conocimiento) – nueva acción mejorada (Montero 2006).

El entorno social que permite las condiciones contextuales adecuadas para la construcción colectiva del saber es típicamente denominado el taller. Incluso cuando las/os antropólogas/os incorporamos instancias para promover la co-investigación (Batallán y García 1992: 86) o la co-teorización (Fernandez Álvarez y Carezo 2014: 29) con los sujetos con los que trabajamos, el taller se constituye en el espacio adecuado para promover “instancias participativas de retroalimentación de la investigación con los grupos sociales investigados” (Sirvent 2004: 4).

Ahora bien: los talleres IAP tienen lugar en contextos sociales subalternos, en los que por lo tanto el involucramiento y la participación de los asistentes es el producto de interacciones previas y/o contextuales que así lo facilitan y garantizan a lo largo del tiempo. Entonces, la vigencia de los talleres de IAP depende de la acción no visibilizada de determinadas personas que asumen el rol que denomino aquí de **agentes de estimulación**, por medio de procedimientos **epi-tallerísticos** (coordinar y colaborar en la logística, en los traslados de participantes, en la preparación de la comida, el té o el mate, en los recordatorios radiales y convocatorias verbales, en las aperturas y clausuras de los espacios colectivos, etc.) y **meta-tallerísticos** (observar, preguntar y conversar con los participantes acerca de las instancias de IAP, pero por fuera de dichas instancias; realizar las visitas casa por casa; suavizar enfrentamientos personales que interfieren en el proceso colectivo, etc.). El rol de agente de estimulación lo puede asumir una infinidad de figuras de arraigo territorial – docentes, agentes sanitarios, curas de barrio o pastores locales, etc. – En instancias de desarrollo rural, una de las figuras centrales a la que le toca asumir este rol es a los/las técnicos/as de terreno de ONGs y de organismos públicos, que tejen el vínculo con el campo social mediante interacciones cotidianas y acumulativas en las que se va desarrollando la confianza por fuera del ámbito circunscripto al taller. Es por eso que ya en otra oportunidad he afirmado que **los/las agentes de estimulación practican una metodología equivalente a la etnográfica**: estudian los epifenómenos invisibles, para

comprender mejor el fenómeno manifiesto (el taller grupal, la dinámica pedagógica, la asamblea comunitaria) (Cladera, 2020b).

El hecho de haber asumido, en diversas oportunidades y en distintos territorios campesino-indígenas de la región andina, un rol de técnico de terreno, me permitió, entonces, acceder y construir una multiplicidad de situaciones epi-tallerísticas y meta-tallerísticas, en las que en diversas oportunidades tuvieron lugar aperturas de campo etnográficas inesperadas.

La que cobra relevancia para esta tesis ha consistido en mi interacción, desde el año 2014, con el campo social que conforma **el referente empírico principal de esta tesis: el Grupo los Quineros de la Quebrada Humahuaca**, o más coloquialmente, el Grupo Quinero, un colectivo social de personas que, inicialmente vinculadas por la redacción de un proyecto para ser financiado por el Programa para el Desarrollo Rural Incluyente (PRODERI), no han dejado desde ese año de reunirse mensualmente, coordinar tareas que así lo requieren (por ejemplo, la administración de herramientas y equipos de propiedad colectiva), definir recorridos para monitorear y cooperar con los predios agrícolas particulares, identificar circuitos de venta de productos agrícolas, así como formular, gestionar y ejecutar proyectos, en coordinación con un equipo técnico. Este equipo estaba conformado en sus inicios por dos técnicas/os de la Secretaría de Agricultura Familiar de MAGyP: por la Ing. Gabriela Figlioli, y por mí. Posteriormente, a partir del año 2016 y del inicio de la beca doctoral en la que se enmarca la actual tesis, mi rol fue explicitado y renegociado con este campo social. Este referente empírico está constituido por las/os cuarenta agricultoras/es que conforman las/os destinatarias/os originales del proyecto y sus sucesivas modificaciones durante los siguientes tres años, estableciendo un recorte temporal para la información “dura” de este empírico, en el año 2018.

Un segundo recorte empírico para mi tesis que en algunos capítulos cobrará importancia, consiste en un espacio organizativo de segundo grado que tuvo existencia entre el 2015 y el 2017, que abarcó al Grupo Quinero pero que lo trascendía: la Mesa Quinera de la Quebrada de Humahuaca, nacida a partir de las demandas de origen “institucional” del Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en el NOA, que requería de interlocutores para sus acciones, y que fue “ocupada” por cuatro experiencias territoriales de agricultoras/es – la Comunidad Aborigen de Colorados; la Comunidad Aborigen de Tumbaya Grande (ambas en el departamento de Tumbaya); la Comunidad Aborigen de Rodero; y el mencionado

Grupo Quinuero (estas últimas dos en el departamento de Humahuaca). De esta manera, durante este período de tiempo, la Mesa llegó a convocar un total de 83 agricultoras/es de quinua (7 de Colorados; 19 de Tumbaya Grande; 17 de Rodero y los 40 del ya mencionado Grupo Quinuero), abarcando y representando de este modo prácticamente la totalidad de la producción de este cultivo en la región de la Quebrada de Humahuaca.

La modalidad de acompañamiento técnico con el Grupo Quinuero que conformó la fuente de mis notas de campo y de mi información de primera mano, consistió en la realización de una asamblea mensual plenaria en la ciudad de Humahuaca, y de varios días de visitas de campo a los predios agrícolas durante cada mes, sobre todo en aquellos meses de mayor intensidad de actividad agrícola (de octubre a marzo). Estas actividades se complementaron con talleres colectivos sobre distintas problemáticas identificadas en las asambleas, que en todos los casos funcionaron bajo una modalidad que en el ámbito del desarrollismo se denomina “de campesino a campesino”, es decir, en donde la construcción de las soluciones a los problemas suscitados brotaba de las propias experiencias exitosas de las personas involucradas. En total, contabilizo 146 días de trabajo de campo realizados entre septiembre de 2016 y febrero de 2020 (el trabajo de campo previo a esta fecha, como no se enmarcaba en un plan de tesis doctoral, no fue cuantificado). Esta información etnográfica obtenida mediante participación observante desde el año 2014 hasta el inicio de la pandemia en 2020, se complementa con 22 historias de vida realizadas a distintas quinueros/os del departamento de Humahuaca entre los años 2017 y 2019.

Esto me permite contar con apuntes de campo que facilitan la comparación de un lustro de ciclos agrícolas sucesivos (entre el 2014 y el 2019) con el mismo conjunto (dinámico) de personas, pudiendo así dar cuenta de los procesos íntimos de transformación, continuidad y articulación estratégica con esferas institucionales, en la forma en que estas personas configuran y recrean una cotidianidad territorial rural. A esta producción de información etnográfica original, se suman otros contextos etnográficos propios desarrollados en diversas instancias de intervención técnica en promoción social, llevados a cabo en comunidades y con familias integrantes de la organización UPPAJS (ver más adelante), entre los años 2007 y 2016.

A los intereses de esta tesis, cobró una particular relevancia la recopilación y sistematización de los conocimientos y estrategias técnicas aplicadas en los

quehaceres agrícolas. Con el fin de obtener comparaciones mensurables, he volcado en una única matriz de información, el grueso de la información “agronómica” recopilada entre las/los 43 integrantes del grupo Los Quineros⁴, durante dos ciclos agrícolas (2015-2016; 2016-2017). El aprendizaje de cómo registrar adecuadamente la información agrícola resultó de un proceso en construcción, por lo que la información con que cuento del ciclo 2014-2015 resultó absolutamente insuficiente para incluirla en la matriz. En el ciclo 2015-2016, el registro de las superficies agrícolas implantadas fue el más preciso. Ya durante el año 2016, y con la renegociación de mi rol (de técnico a doctorante), estos datos pudieron ser profundizados con otro tipo de información. Pero aún en los casos de mayor precisión, la información no abarca a todas las personas que integran la muestra, debido fundamentalmente a la diferencia que hay entre unidades de medida “legibles”, y los criterios locales y subjetivos para calcular las variables.

En la construcción de esta matriz han resultado fundamentales, además de mis apuntes de campo durante los recorridos por las parcelas agrícolas, también algunos episodios particulares:

- Dos presentaciones ante la asamblea del Grupo Los Quineros, de las superficies efectivamente mensuradas que cada agricultor/a había sembrado y estaba cuidando: una para el ciclo 2015/2016, y otra por el ciclo 2016/2017: durante el mes de marzo, las siembras se encontraban ya en proceso avanzado de maduración para la cosecha.
- El registro del volumen de cosecha realizado entre agosto y octubre de 2016, mediante la información de las máquinas de poscosecha de quinua que recientemente había adquirido el grupo, permitiendo obtener datos cuantitativos de rendimiento de primera mano y muy precisos.
- La lista de insumos agrícolas que en agosto de 2016 el Grupo los Quineros detalló y solicitó al Ministerio de Producción provincial, para cumplir con el Plan de Contingencia que se detallará en el capítulo II.
- Una actualización del conjunto de interesadas/os por continuar integrando el Grupo Los Quineros realizada durante la asamblea mensual abril de 2017, una vez cumplidos los compromisos formales requeridos por el proyecto PRODERI. He ordenado esa información en una matriz de doble entrada en la que, para cada uno de los dos ciclos agrícolas analizados, he

⁴ Es decir, las/os 40 destinatarias/os originales del proyecto PRODERI, más las/os tres interesadas/os que se sumaron con posterioridad.

volcado, a razón de una fila por cada agricultor/a, la información correspondiente a las siguientes variables: 1) Origen de la semilla que empleó; 2) Cantidad de Semilla que empleó; 3) Superficie cultivada con quinua; 4) fecha(s) de siembra; 5) Uso previo de la misma parcela agrícola; 6) relación con otros cultivos; 7) modalidad de siembra; 8) Origen del conocimiento; 9) Preparación del suelo; 10) Riegos; 11) problemas surgidos; 12) Estimación de rendimiento (Kg) en base a los cálculos de rendimiento desarrollados en los campos experimentales; 13) Volumen de cosecha efectivamente medido.

Esta información ha sido ordenada en tres planillas de cálculos, cuya versión simplificada y ceñida a información efectivamente empleada en esta tesis se anexa como Gráfico Anexo N°3 [pp. 269-271], detallando en él, por cada productor/a: la superficie de siembra estimada; la superficie efectivamente sembrada; los rendimientos obtenidos; y la técnica de siembra en relación con otros cultivos (para los ciclos agrícolas mejor conocidos: 2015/16 y 2016/17). Del origen de semilla y fecha de siembra, he contado con información registrada para 29 agricultoras/es. Sobre la técnica de siembra, la consociación y la rotación con otros cultivos, he recopilado información correspondiente a 32 agricultoras/es. Finalmente, respecto de la superficie estimada y la superficie efectivamente implantada cuento con información correspondiente a las/os 43 agricultoras/es (incluye a quienes integraban el grupo original, y quienes luego se le sumaron); de 25 de estos agricultores pude cuantificar la producción efectivamente obtenida. En el cuadro anexo, me permití agregar dos columnas de información complementarias, con el fin de identificar posibles correlaciones significativas: una columna para corroborar si la/el agricultor/a en cuestión continúa participando del grupo luego del ciclo 2016-2017 o no, y una columna con la información – registrada sólo entre quienes continúan en el grupo, o se sumaron al mismo a partir de esa fecha – sobre la satisfacción o no con los resultados obtenidos. Estas matrices de información “dura” me han permitido cotejar mediante estadísticas microsociales los efectos de aquellos aspectos que procuro reconstruir mediante fragmentos de mis apuntes etnográficos y/o de los emergentes de las entrevistas: los sentidos acerca de cómo toman sus decisiones estas personas, movidas por qué experiencias, expectativas, criterios utilitarios, marcos normativos, y perspectivas culturales acerca vivir, de mejorar, y de las relaciones familiares, sociales y naturales. De este modo, me permito pensar esta tesis doctoral como un segundo paso en el proceso

epistemológico tanto de la etnografía (el momento del extrañamiento) como de la IAP (el momento de la reflexión superadora).

Objetivos, hipótesis y diseño de la investigación

El **objetivo general** que mueve mi tesis es el de **estudiar qué sentidos y motivaciones sobre la producción agropecuaria movilizan los sectores rurales subalternos en la Argentina contemporánea cuando se vinculan con los dispositivos de intervención institucional que les son destinados**. Con este fin, pretendo aprovechar las herramientas que ofrece la observación participante, para correrme de las posiciones apriorísticas que, movidas por la necesidad de poner en valor a estos sectores sociales en una escala nacional, deben diseñar sus modelos sociológicos en términos predefinidos ya sea por un formalismo económico muchas veces inconsciente, o bien por el discurso público de las propias organizaciones sociales rurales. En cambio, me interesa identificar, en aquello que la gente dice y hace en su vida cotidiana, en aquello que emerge de los propios registros etnográficos, las directrices para identificar, desde los propios sentidos nativos, quiénes son, cómo cultivan, dónde cultivan, y por qué lo hacen, aquellas personas que, en la Quebrada de Humahuaca, se sintieron y se sienten identificadas y convocadas por políticas para promover la producción agrícola, en este caso, de un cultivo tan cargado culturalmente como lo es la quinua.

Por lo tanto, los dos **objetivos específicos** que se desprenden de mi objetivo general son:

- **Identificar**, en el marco de un programa institucional y un territorio específicos, los mecanismos por medio de los cuales desde el campo institucional **se va construyendo un lenguaje experto sobre una temática**, y a través suyo, va **configurando aquellas herramientas conceptuales y técnicas** que se sobreentienden como las pertinentes **para visibilizar y gobernar sobre la ruralidad subalterna**.
- **Etnografiar y analizar las prácticas, estrategias y significados** que despliegan aquellas personas convocadas como **público destinatario de dicho programa institucional**, al momento de **viabilizar hacia sus propios objetivos, deseos o necesidades** las herramientas que esa política pone a disposición.

La **hipótesis** que sostengo es que los sectores destinatarios de estas políticas de promoción agrícola, despliegan, siempre y cuando las condiciones estructurales se lo permitan, prácticas corporizadas (por lo tanto, no sólo intencionales sino

también reflejas) que son entendidas como los mecanismos adecuados o probados para obtener una multiplicación satisfactoria de la vida. Estos criterios de satisfacción serían mucho menos económicos que éticos y estéticos. De manera que la satisfacción o no con los resultados de la crianza de los cultivos se expresaría por su mayor o menor distancia a estos criterios localmente pautados de valoración ética y estética, con relativa independencia de los resultados económicos obtenidos. De ser correcta mi hipótesis, podría corroborar que, al menos en la Quebrada de Humahuaca, el interés por obtener retornos económicos no constituiría el mecanismo principal que tracciona el enrolamiento de las/los destinatarias/os a los programas de desarrollo rural; sino por el contrario, constituiría un interés subsumido a los sentidos nativos acerca de la reproducción de la vida, entendida como la continuación en el tiempo de las redes de crianza recíproca (Bugallo, 2010; 2015; Bugallo y Tomasi 2012; Lema, 2014), de las personas entre sí así como de las personas con otras formas de existencia, tales como plantas, animales, lugares o difuntos.

Esta hipótesis se sostiene en algunos supuestos subyacentes, que como tales constituyen la plataforma subsidiaria de mi punto de partida analítico.

Mi primera hipótesis subyacente es que los programas tecnológicos que se están desarrollando en el siglo XXI, aún aquellos inspirados en el paradigma agroecológico, no pueden aún dejar de percibir la persecución de metas, la concepción de sus logros, éxitos y fracasos, y los resortes que mueven a las personas a abrazar una propuesta tecnológica, desde los lentes conceptuales gestados por el paradigma previo del desarrollismo y la expansión agroindustrial. En consecuencia, aun cuando la intención sea explícita y expresamente fortalecer las formas de producción agroecológica de los agricultores familiares, sin embargo las herramientas de diseño, planificación y medición de éxitos y fracasos (las maneras en que los organismos conciben el rol de sus intervenciones, diagnostican los problemas sectoriales de los destinatarios, e imaginan soluciones posibles), continúan cimentadas en una concepción de los cultivos en tanto mercancías, y en las intervenciones tecnológicas exitosas en términos de mercantilización (commodification).

Una segunda hipótesis subyacente consiste en considerar la manipulación estratégica de mecanismos de visibilidad e invisibilidad por parte de los destinatarios de programas de desarrollo rural ante los referentes de organismos públicos o privados, facilitando su propia legibilidad mediante el lenguaje de

commodification que estos programas entienden, sin sacrificar por ello – sino por el contrario, consolidando y reconfigurando – la centralidad social y simbólica de territorios agropecuarios dirigidos a circuitos y a fines no mercantiles. De esta manera, los programas de desarrollo rural estarían cumpliendo un rol importante, aunque en direcciones y en sentidos muy distintos a los anticipados y pretendidos por sus propios diagnósticos, para dar continuidad a sistemas nativos de reproducción de la vida.

Para corroborar mi hipótesis central, propongo analizar en el transcurso de la tesis los siguientes ejes:

- Las modalidades de organización colectiva que desplegaron los sujetos destinatarios de políticas, las estrategias explícitas de visualización y validación de sus demandas ante los organismos institucionales, y las estrategias implícitas de redireccionamiento de recursos institucionales hacia sus propios intereses.

- las prácticas que las personas efectivamente hacen en su día a día, concentrándome en particular en aquellas de índole agropecuaria, con el fin de reproducir o multiplicar los cultivos. Los argumentos y explicaciones que esgrimen para hacer estas acciones y dejar de hacer otras. Y la forma en que estas acciones se ensamblan con otras, también necesarias para, directa o indirectamente, lograr este objetivo reproductivo o multiplicador.

- los criterios y prácticas de acceso y uso de los territorios agrícolas: qué lugares se utilizan, localizados en qué ámbitos, para qué cultivos y bajo qué criterios técnicos; en el marco de qué consensos de derecho legal o consuetudinario, traccionando qué tipos de vínculos sociales, activando qué modalidades de trabajo personal, familiar y extrafamiliar; y finalmente, cómo se integra esa diversidad de acceso y uso de la tierra a las políticas institucionales, específicamente en relación a la promoción de la quinua.

- las redes de relaciones sociales y familiares que gobiernan el acceso a los medios de producción, a la fuerza de trabajo y a la cosecha, y que ante los organismos institucionales se sintetizan y expresan mediante categorías uniformizantes: “beneficiario/a”, “establecimiento agropecuario”, “familia” y/o “unidad productiva”.

- las trayectorias personales de vida y su integración en tramas sociales de producción y reproducción agropecuaria; la articulación de ambas dimensiones en

los colectivos sociales conformados en torno a las propuestas institucionales, específicamente en relación a la promoción de la quinua.

- Los argumentos y los comportamientos que dan sentido a la unidad agrícola – el *rastrajo* – como nodo de un sistema conceptual y simbólico – como microcosmos – necesario para la multiplicación de la vida; las relaciones y la funcionalidad mutua que integra entre sí a los elementos que componen este sistema simbólico. Poniendo énfasis en comprender qué rol cumple y cumplía la quinua en estos sistemas, antes y a partir de las intervenciones institucionales.

- En base a todos los ejes previos, los resortes que explican el entusiasmo e interés inicial por la propuesta tecnológica, así como la ulterior continuidad o discontinuidad de las personas que constituyen el universo “destinatario” del programa tecnológico estudiado.

Estado del arte

Dado el interés central de mi tesis, es decir, las razones y sentidos que movilizan a las personas destinatarias de un programa para la promoción de la quinua en la región andina, en mi tesis cobrarán particular relevancia las trayectorias que dieron lugar a la configuración específica de: por un lado, un territorio en el que los sectores rurales subalternos han adquirido una visibilidad y un peso simbólico innegables – la Quebrada de Humahuaca –; y por otro, la emergencia de una línea de intervención política que, al poner en valor ciertas plantas alimenticias, reivindica necesariamente determinada ancestría y continuidad cultural – los Cultivos Andinos.

a. Sobre la Quebrada de Humahuaca

La Quebrada de Humahuaca, siendo un territorio marginal de la geografía nacional, se carga no obstante de fuertes sentidos vinculados a la construcción histórica y paisajística de la nacionalidad (Reboratti, 2016). Esto se debe a sus peculiaridades, que la distinguen del modelo hegemónico de Nación pampeana, europea y urbana: paisajes de montañas frías y semiáridas, y legados culturales y étnicos que hermanan y hermanaron a esta región con el resto del área andina durante los sucesivos períodos históricos, desde su integración al Tawantinsuyu prehispánico, pasando por la sociedad colonial alto peruana, y llegando a las Guerras por la independencia. Estos legados culturales se expresan en el patrimonio arqueológico, arquitectónico, lingüístico, artístico y musical

quebradeños que brindaron los argumentos para la declaración de la Quebrada de Humahuaca como Patrimonio Natural y Cultural de la Humanidad por la UNESCO en 2003 (<http://whc.unesco.org/en/list/1116>), y que lo han vuelto uno de los circuitos característicos para el turismo dentro del país (Salleras y Borghini, 2014; Troncoso, 2013). En consecuencia, cada vez que ha habido transformaciones en los paradigmas vinculados al nosotros colectivo nacional, adquieren una particular expresividad e importancia simbólica en esta región.

La población originaria quebradeña, al no haber sufrido durante el período colonial los traslados forzados y “desnaturalizaciones” que padecieron otras regiones del noroeste argentino, mantiene una continuidad espacial ininterrumpida desde tiempos previos a la conquista española. Sin embargo, la actual distribución de la población en ámbitos urbanos tiene su origen en las concentraciones demográficas (las *reducciones*) que impuso el régimen colonial sobre las poblaciones indígenas originarias, para facilitar su adoctrinamiento cristiano y su fiscalización tributaria. Este proceso no impidió que la mayoría del territorio permaneciera bajo la administración de las propias comunidades indígenas mediante las denominadas *tierras de encomienda* en los alrededores de cada uno de los *pueblos de reducción* – Purmamarca, Tilcara, Uquía, y Humahuaca – hasta la declaración de independencia de Argentina y la instauración de la República en el siglo XIX (Sica, 2014; Teruel y Fandos, 2009). En el resto del territorio de la Quebrada de Humahuaca, las comunidades rurales se ubicaban enclavadas en grandes latifundios privados, o *mercedes de tierra*. Hasta finales del siglo XVIII, la Quebrada de Humahuaca era la principal vía de comunicación y comercio entre los centros mineros altoperuanos y los puertos del Río de la Plata. Por ello, estas sociedades se especializaron en el cultivo de forraje para la manutención de las tropas de novillos y mulas que circulaban hacia el norte (Sica, Bovi y Mallagray, 2007; Sica, 2014).

Con la declaración de la independencia argentina, la República abrazaba un modelo de estado liberal en términos económicos y morales, que por lo tanto reemplazaba la base étnica como principio jurídico – el modelo toledano de las Dos Repúblicas – por un principio universalista que proclamaba, al menos nominalmente, la libertad e igualdad de todos los hombres nacidos en suelo patrio. En la Quebrada de Humahuaca, esta mutación jurídica impactó de modo desigual sobre el derecho territorial, entre aquellas Mercedes Reales que habían sido administradas por los cabildos indígenas – consideradas a partir de entonces

tierras sin una modalidad de propiedad—, y aquellas Mercedes concedidas a vecinos potentados de las ciudades de Tarija, Salta o Jujuy, que fueron respetadas como propiedades privadas (Madrado, 1982; Teruel y Fandos, 2009; Teruel, 2014). Quedaron así en manos de individuos particulares inmensas extensiones de decenas de miles de hectáreas cada una, dentro de la cual continuaban viviendo comunidades rurales forzadas al pago de arriendos, que desembocarían trascurridas las Guerras Civiles en las grandes rebeliones de la Puna hacia 1875 (Paz, 1992).

En cambio, los territorios bajo el control de comunidades indígenas que habían sufrido las “reducciones” coloniales, fueron considerados formas de derecho obsoletas, y devinieron por lo tanto tierras fiscales. Esto ocurrió en los alrededores de los pueblos de Humahuaca, Tilcara, Maimará y Purmamarca. Durante el siglo XIX, el estado provincial de Jujuy promovió diversas formas de venta particular de estos territorios considerados fiscales entre sus habitantes y usuarios. A este proceso se lo conoció como el proceso enfitéutico (Madrado, 1990; Teruel, 2014); llevó varias décadas y provocó modalidades de propiedad territorial diversas (Fandos, 2013; 2014; Fandos y Teruel, 2012), cuyos efectos sobre el empírico etnográfico de esta tesis estudiaré en detalle en el capítulo V.

A los fines de avanzar con la lectura, es necesario que el lector/a tenga presente que a lo largo del siglo XIX la propiedad quebradeña adquirió su configuración característica en tres modalidades: por un lado, inmensos latifundios de propiedad privada (en el departamento de Humahuaca, es el caso de Finca Rodero y Negra Muerta y de Finca El Aguilar). Por otro lado, sobre los márgenes del Río Grande, una constelación de minifundios de menos de dos hectáreas de extensión. Y por último, en determinadas zonas serranas intermedias entre unos y otros, fincas de superficie intermedia, a veces bajo propiedad de dueños ausentistas y otras veces administradas por condominios de sus habitantes.

Concluidas las Guerras Civiles, la hegemonía de un modelo orientado al librecomercio portuario y atlántico afectó severamente a las economías regionales del noroeste, que hasta entonces se habían especializado en la provisión de los centros mineros del Alto Perú. El noroeste tardó varias décadas en desarrollar un modelo capitalista acorde al del concierto productivo nacional, hasta que hacia 1910 se consolidara la actividad azucarera.

El modelo de la plantación azucarera ha constituido el marco de referencia ineludible para comprender las especificidades que moldearon la formación de la

fuerza de trabajo rural en el noroeste argentino, gracias a aquellos estudios pioneros que estudiaron el caso (Bisio y Forni 1976; Rutledge, 1987; Whiteford, 1977) y que sentaron así las bases para investigaciones ulteriores (tales como Arzeno, 2008; Gordillo 1995; Hocsman 2000; 2011; Stumpo, 1992; Weinberg, 2009; Weinberg y Mercolli, 2017). De manera que se encuentra sólidamente documentado el proceso por el cual, a partir de la década de 1910, la concentración compulsiva de tierras en manos de las firmas azucareras y una serie de medidas técnicas y políticas agresivas (que incluyeron aranceles aduaneros y la expansión de los trazados ferroviarios), conformaron las condiciones de posibilidad para un sistema de explotación extremo y deshumanizante del trabajo rural. Las comunidades andinas – incluyendo a las quebradeñas – conformaron las principales fuentes de mano de obra para la zafra invernal del azúcar durante las primeras décadas de este modelo capitalista, a través de diversos mecanismos extorsivos que ya han sido analizados en varias oportunidades (Bisio y Forni 1976; Cladera, 2008; Gordillo, 1992; Hocsman 2000; Reboratti, 2009; Rutledge, 1987; Weinberg y Mercolli, 2017), como el cobro de los arriendos y el endeudamiento por adelanto de mercaderías. Estas condiciones recién comenzarían a cambiar con la promulgación del Estatuto del Peón Rural en 1944, con la movilización conocida como el Malón de la Paz en 1946 (Valko, 2007) y sus consecuentes expropiaciones de algunos latifundios puneños y quebradeños en 1949, y con la mecanización del sistema de cosecha a partir de los 60' (Gordillo, 1995). En todo caso, mientras se mantuvieron aquellas condiciones, las comunidades andinas se vieron forzadas a depender de sus propias economías domésticas como principal medio de subsistencia durante muchas décadas (Arzeno, 2008; Isla, 1992; Madrazo, 1994; Reboratti, 2016). En el caso de las comunidades de la Quebrada, esta actividad fue complementada durante las primeras décadas del siglo XX con la provisión de frutas a los mercados urbanos a través del tren (Sica, Bovi y Mallagray, 2007).

Mucho menos visualizado en la producción académica que el modelo azucarero es la importante transformación que en la vida de las comunidades quebradeñas acarrearía la aplicación del programa de industrialización de entreguerras y de posguerra. Además de los flujos migratorios desde el interior del país a los centros industriales del litoral pampeano, es de destacarse que en la propia provincia de Jujuy el proyecto industrializador implicó la demanda de mano de obra para proveer a la extracción de mineral en Mina Pirquitas y Mina Aguilar, al complejo siderúrgico de Altos Hornos Zapla (Delgado, Fandos y Boto, 2007), y a la intensificación

ferroviaria que conectaba a ambas con el resto del país (Fleitas y Kindgard, 2007). La importancia económica de estos mercados laborales para la dinámica rural provincial aparece en la bibliografía cuando se trata de estudiar los efectos de su desaparición (Belli y Slavutsky, 2002; Gómez y Kingard, 2007; Parodi y Benedetti, 2016); en mi actual tesis estas dinámicas económicas cobrarán mucha importancia analítica, ya que constituyen hitos históricos centrales que configuraron las expectativas de vida deseables para las familias quebradeñas. Además, porque la movilidad laboral dentro de una escala provincial facilitó la cercanía relativa entre los polos de absorción de mano de obra y las comarcas rurales de origen, lo que conllevaría la presencia de mercados obreros consumidores de los productos agropecuarios de las inmediaciones, así como la cíclica revitalización de los vínculos sociales de la fuerza laboral con sus localidades de origen, mediante la recreación de determinados eventos y tareas rurales que aparecen marcadamente en mis registros de campo y se visualizarán en esta tesis.

El modelo de industrialización de posguerra sufrió sus primeras zozobras a partir de las medidas desregulatorias instauradas por Martínez de Hoz durante el último golpe militar; pero su sentencia de muerte se efectuó con las políticas de privatización neoliberal impuestas, ya en democracia, durante los años 90'. En esta década ocurrieron dos movimientos simultáneos que sentaron las bases de una nueva configuración demográfica y económica para la Quebrada de Humahuaca:

1. Por un lado, la desregulación económica llevó, entre otros efectos, a que una gran cantidad de actividades industriales y servicios se vieran expuestos a competir con precios y calidades internacionales, llevando así al cierre de ramas enteras de la actividad económica, y a la privatización y consecuente reducción del personal en otras. Para el caso de la abundante clase trabajadora jujeña, las consecuencias fueron múltiples y drásticas: el tren dejó de circular, la banca provincial y los consorcios hídricos fueron privatizados, se privatizó el complejo siderúrgico palpaleño y la actividad minera se discontinuó, reduciendo ambas actividades abruptamente su personal (Lagos y Gutiérrez, 2007). En consecuencia, los polos de absorción de fuerza de trabajo desaparecieron en pocos años, exponiendo a la población trabajadora jujeña a una vulnerabilidad crónica y extrema que algún analista evaluó como una "crisis terminal" de ese modelo de desarrollo (Stumpo, 1992). Esta insostenibilidad social condicionó a la provincia a una inestabilidad política que duró toda la década, teniendo como epicentro de la conflictividad las ciudades industriales – Palpalá, Libertador San Martín – y las periferias urbanas de

los grandes conglomerados – Alto Comedero – (Gómez y Kindgard, 2007), hasta eclosionar con la crisis general del país en 2001. Ahora bien, este proceso tuvo un efecto inesperado en la puna y la quebrada de Humahuaca. Mientras que en el resto del territorio nacional se manifestó una concentración de la tierra y una reducción de un 30% de las explotaciones agropecuarias (EAPs) entre 1988 y el de 2002 (Arzeno 2008), en cambio en la quebrada de Humahuaca y la puna, la contracción de los mercados de trabajo estimuló un retorno a los predios rurales de origen y un refuerzo de la agroganadería doméstica (Hocsman 2000; 2011; Cowan Ros y Schneider 2008; Paz, 2006), de manera que el número de explotaciones agropecuarias no sólo no disminuyó durante ese período, sino que incluso aumentó ligeramente (Arzeno, 2008).

2. Por el otro lado, algunas respuestas y concesiones sociales y jurídicas que el Estado neoliberal estuvo dispuesto a negociar durante este período de desestructuración económica tan traumático, imprimieron sus características a las nuevas formas de institucionalidad y a los nuevos habitus cotidianos que comenzaron a reconstruir la trama social (Cowan Ros y Schneider, 2008). En la Quebrada de Humahuaca y la puna de Jujuy, debemos incluir entre estos fenómenos la emergencia de varias ONGs de acción territorial y a través de ellas, la revalorización de conocimientos y formas de hacer locales y devenidas a partir de entonces “tradicionales”; la aplicación de algunos programas para alivio a la pobreza rural – particularmente, los programas ProHuerta y Minifundio implementados por el INTA, y el Programa Social Agropecuario (PSA) implementado por la entonces Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca (SAGPyA) –; y por último, el reconocimiento legal a la preexistencia de los pueblos originarios en la Argentina, a partir de la Ley 24071/92 por la cual la Argentina suscribió al Convenio 169 de la OIT, y de la incorporación del inciso 17 en el artículo 75 de la reformada Constitución Nacional en 1994.

Como consecuencia de estos procesos, lo que hasta los 70s había sido el marco de referencia protagónico para la experiencia organizativa de los sectores populares nacidos en la Quebrada de Humahuaca – el sindicato minero, ferroviario o cañero –, perdió vigencia con el golpe militar, y luego cedió su lugar, a partir de los 90s, a las denominadas en la narrativa del desarrollismo “organizaciones de la sociedad civil” (OSC), u “organizaciones de base”: grupos eclesiásticos, centros vecinales y, con gran importancia en la Quebrada, las comunidades indígenas. En este escenario se sentaron las bases para reconfigurar el quehacer agropecuario

como un elemento fuerte de identidad, enmarcado geográficamente en las comarcas rurales de origen (Schwittay, 2003), y articulado a través de organizaciones de segundo grado, ONGs y programas institucionales. Esta “*densificación del tejido social del territorio*” (Cowan Ros y Schneider, 2008: 174) permitió revitalizar las formas organizativas tradicionales, así como consolidar nuevas. Una de estas formas de revitalización consistió en la recuperación de la identidad étnica bajo el signo de un nuevo marco normativo que le daba entidad jurídica y reconocimiento de derechos a las comunidades indígenas en Argentina (Espósito, 2014). El otro aspecto consistió en la emergencia de redes de organizaciones – como RedPuna – y cooperativas – como CAUQueVa – que promovieron mejores condiciones de producción e intercambio de los productos agropecuarios tradicionales, entre los que se incluyen varios cultivos andinos que no eran hasta ese momento conocidos por la sociedad nacional por fuera de la región, y que adquirieron una significativa visibilidad a partir de ese momento (Arzeno y Troncoso, 2012; Sammartino, 2015; Troncoso y Arzeno, 2019).

A continuación, haré una sucinta presentación bibliográfica de cada uno de estos dos ejes.

a.1. La reemergencia de la lucha por los territorios comunitarios indígenas en la Quebrada

La reemergencia de las identidades étnicas en Jujuy y Salta es un fenómeno político de múltiples aristas, que ha sido trabajado en distintas oportunidades por Luis D. Hocsman (2011), Gabriela Karasik (2010), Guillermina Espósito (2014) y Marina Weinberg (2009), entre otras/os. Con la suscripción del Estado Argentino al Convenio 169 de la OIT en 1992, y la incorporación del inciso 17 en el artículo 75 de la nueva Constitución Nacional en 1994, los pueblos originarios dejaban de ser concebidos como un problema de marginalidad social y geográfica, y pasaban a ser reconocidos por el Estado como sujetos de derecho, sobre la base de su preexistencia, precisamente, al propio Estado. Pero la forma específica que adquirieron los mecanismos para administrar estos derechos dependió de la configuración histórica del conflicto étnico así como del correlato de fuerzas en cada provincia y región. En la Quebrada, los acuerdos políticos que permitieron la aprobación de la nueva Constitución, incluyeron unos pocos – pero emblemáticos – episodios de expropiación de fincas privadas, cuyos títulos fueron restituidos entre 1994 y 1996 a las comunidades indígenas que las habitaban. Esto ocurrió con la Finca Tumbaya (Espósito, 2014): un latifundio de 24.000 hectáreas

localizado al sur de la Quebrada de Humahuaca, en el departamento homónimo de Tumbaya; y con la Finca Santiago (Iruya, Salta), de 125.000 hectáreas (Cladera, 2008; Hocsman, 2011; Weinberg, 2009) la cual, aunque no está localizada en la Quebrada de Humahuaca, influye significativamente en muchas comunidades quebradeñas debido a las prácticas de trashumancia ganadera (Cladera 2014; 2015). La existencia de estos antecedentes favorables a la demanda de derecho, le otorgó de brío al resto de las reivindicaciones territoriales quebradeñas.

Un conjunto de ONGs fueron centrales para dar forma y viabilizar estas demandas en Jujuy: el Consejo de Organizaciones Aborígenes de Jujuy (COAJ), formado en 1989 por juristas indígenas; el Equipo Nacional de Pastoral Aborígen (ENDEPA), equipo ejecutivo de la Conferencia Episcopal Argentina; y la Obra Claretiana para el Desarrollo (OCLADE), una fundación sin fines de lucro dependiente de la Prelatura de Humahuaca (Borghini 2010; Espósito 2014). Aunque a partir de 1996 existió un acuerdo firmado entre el gobierno provincial y el nacional para la realización de mensuras y trámites para la entrega de los títulos comunitarios, su ineficacia condujo al desarrollo en el año 2000 del Foro de Comunidades Aborígenes de la Provincia de Jujuy y Jubileo Por la Tierra, organizado por las ONGs mencionadas en conjunto con el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas – INAI (Bidaseca et.al. 2008). Como consecuencia de estas acciones, se sancionó la ley provincial 5231/00 que daba entidad al PRATPAJ (Programa de Regularización y Adjudicación de Tierras a Población Aborígen de la Provincia de Jujuy), que incorporaba en su unidad ejecutora a la Comisión de Participación Indígena, o CPI, conformada por representantes de los pueblos originarios de cada departamento provincial y por dos referentes de las organizaciones eclesíásticas (Borghini 2010). La gestación del PRATPAJ en la provincia de Jujuy repercutió en un inmediato aumento en el número de comunidades inscriptas (ver García Moritán y Cruz 2011) y de expedientes para la regularización de los títulos de propiedad comunitaria.

Sin embargo, la declaración de la Quebrada de Humahuaca como Patrimonio Natural y Cultural de la Humanidad por la UNESCO en 2003 (<http://whc.unesco.org/en/list/1116>) provocó un proceso ambiguo para estas comunidades, debido a la dinamización de las demandas turísticas y gastronómicas por un lado, pero por el otro, al aumento vertiginoso de la especulación inmobiliaria, que llevó a la multiplicación del valor de la tierra hasta ocho veces, medido en dólares (Braticevic, 2018). Esto se expresó

consecuentemente en un aumento equivalente del valor de los arriendos agrícolas, produciendo una inevitable expulsión de muchas unidades domésticas que requerían arrendar para aumentar la superficie productiva de sus propios minifundios. Pero además, como observa Espósito, *“La declaración patrimonial de la Quebrada coincidió llamativamente con la gradual suspensión de los expedientes de entrega de tierras [comunitarias indígenas] en la región”* (Espósito, 2014: 201). Frente a esta situación, el movimiento indígena y el gobierno provincial entraron en una serie de acciones judiciales mutuas, cuyo episodio más álgido fue la realización de una movilización y corte de ruta en la localidad de Purmamarca en 2006, que recibió el sugerente nombre de Segundo Malón de la Paz, y obligó finalmente al gobernador a firmar varios decretos de titulación de las comunidades demandantes. Sin embargo, 55 expedientes de entrega de títulos permanecieron sin ser entregados.

Por otro lado, durante ese mismo año se dictó la Ley nacional 26.160 de “emergencia territorial de las comunidades indígenas”. Como instrumento para su ejecución, en 2007 se creó el Relevamiento de Territorios de Comunidades Indígenas (RETECI), que debía *“realizar el relevamiento técnico, jurídico y catastral de la situación dominial de las tierras ocupadas por la población indígena a nivel nacional [...] asegurando la entrega de los títulos comunitarios de tierras”* (Espósito 2014: 198). En la provincia de Jujuy, el RETECI quedó bajo la órbita de la Secretaría de Derechos Humanos y del Consejo de Participación Indígena (CPI).

Para el año 2010 los recursos disponibles por el PRATPAJ finalmente se agotaron sin que hubiera habido nuevas titulaciones. La continuación del Programa, financiado esta vez con fondos del gobierno provincial, se denominó PRIPCI – Programa de Instrumentación de la Propiedad Comunitaria Indígena – ejecutado por la Secretaría provincial de Derechos Humanos. En el año 2012, también el PRIPCI quedó discontinuado por el agotamiento de fondos sin que ninguno de los títulos faltantes hubiera podido ser entregado. Esto provocó una nueva Marcha por la Tierra frente a la Casa de Gobierno, en abril de 2013, aunque sin contar ya con nuevos programas de adjudicación de tierras (Espósito 2014).

Con el cambio de perfil del gobierno provincial que ocurrió en 2015, el nuevo Poder Ejecutivo actuó inmediatamente amedrentando, persiguiendo e iniciando un ciclo aún inconcluso de prisiones políticas contra dirigentes sociales de la organización que identificó como su enemigo político: el Movimiento Túpac Amaru. Simultáneamente, creó la Secretaría de Asuntos Indígenas, que quedó en manos

de quien fuera nada menos que la coordinadora general de COAJ, y quien a partir de 2019 sería ascendida a Ministra de Desarrollo Humano provincial (ver <https://www.jujuyalmomento.com/gabinete/asume-natalia-sarapura-perfil-la-ministra-encargada-atender-la-crisis-n77682>).

Cabe aclarar que, durante la gestión de esta Secretaría, sólo se efectivizó la entrega de un único título de propiedad comunitaria de los pendientes (a la comunidad de Casira, del departamento de Yavi, mediante Decreto N° 7462/18); pero en cambio, se aprobó la polémica ley provincial 5915/16 de “Servidumbres... para inmuebles de Propiedad Comunitaria”. Esta ley produjo un quiebre en el frente colectivo de organizaciones indígenas. Mientras que en algunas comunidades esta ley promovió el desarrollo de emprendimientos energéticos ambiciosos – el más emblemático de los cuales es el Parque Solar y proyecto de extracción de Litio Olaroz Cauchari (ver <https://jujuyenergiaviva.com.ar/>) –, de parte de otras comunidades puneñas y quebradeñas obtuvo un fuerte rechazo (ver Revista Mink’a, N° Especial de agosto de 2016; y N°12 de enero de 2017).

Como se observa, el cuarto de siglo que media entre la reforma constituyente y la actualidad, estuvo lejos de saldar todas las demandas de territorios indígenas en la región bajo análisis. Sin embargo, estas experiencias afectaron significativamente la vida de la mayoría de los habitantes de la región andina de Jujuy, y sin duda, de los integrantes del colectivo social que analizo en esta tesis. Todas las personas que conforman mi universo de análisis – salvo una – pertenecen a por lo menos una comunidad indígena del departamento de Humahuaca, y es a través de ellas que han aprendido a organizarse conjuntamente para arbitrar la obtención de las titulaciones colectivas y administrar sus territorios colectivos.

a.2 Las organizaciones sociales vinculadas a la producción agropecuaria en la Quebrada de Humahuaca

El otro eje temático que adquirió peso a partir de los 90’ en la vida de las personas que integran mi universo de estudio y que influye en su forma de vincularse con programas institucionales, consiste en las acciones de promoción agropecuaria. Algunas organizaciones adquirieron presencia en la Quebrada de Humahuaca a partir de estos años, y se volvieron importantes dinamizadoras de la actividad agropecuaria.

Una de las organizaciones más importantes es la Red Puna y Quebrada, coloquialmente conocida simplemente como Red Puna. La Red Puna ha sido una

de las primeras experiencias que en esta región procuró articular en un solo espacio a distintas experiencias territoriales. En el seno de la Red Puna actúan organizaciones de base de distinta naturaleza: participan comunidades aborígenes, centros vecinales, asociaciones civiles y cooperativas. Durante el transcurso de su historia, la Red Puna ha sido un importante dinamizador de una multiplicidad de experiencias territoriales inéditas en la región norte de la provincia de Jujuy. Entre ellas, resaltan al menos tres líneas de acción: 1) los talleres para el empoderamiento de las mujeres rurales; 2) los espacios pedagógicos de concientización política de jóvenes de las comunidades (las Escuelas de Formación de Dirigentes – EFD); y 3) las experiencias para mejorar las condiciones de comercialización de los productos campesinos, entre ellos artesanías textiles, cultivos andinos, carnes y derivados de llama; así como el desarrollo de los *Cambalaches*: ferias de trueque y venta que resultan esenciales para dinamizar la circulación de semillas y productos agropecuarios.

La Red Puna ha tenido también desde su origen una estrategia de apertura y participación activa en instancias supraterritoriales, lo que la ha constituido en una de las organizaciones gestoras del Movimiento Nacional Campesino Indígena, MNCI. Asimismo, nacida en consonancia con la consolidación de la militancia universitaria en agronomía, ha constituido un espacio de formación muy importante para varias generaciones de jóvenes investigadores, motivo por el cual hay varios trabajos que estudiaron distintas características de la organización (Benedetti et.al, 2001; Borgogno y Ogando, 2004; Cowan Ros, 2005; Troncoso, 1999). A los intereses de mi tesis, debo señalar que la Red Puna no constituye un espacio central. Sin embargo, sí ha constituido una experiencia muy importante de formación personal para varios miembros del colectivo que analizo.

Otra experiencia organizativa que nació de estas primeras articulaciones de esfuerzos personales e institucionales es la Cooperativa Agropecuaria y Artesanal Unión Quebrada y Valle (CAUQueVA), una propuesta de cooperativismo que lleva ya veinticinco años de existencia. Con su epicentro de acciones en la localidad de Maimará, CAUQueVa supo articular con habilidad distintas líneas de financiación internacional – fondos del BID; de la Unión Europea, etc. – para ir mejorando la capacidad de agregar valor a los productos agrícolas quebradeños, que han ido desde préstamos en modalidad de fondos rotatorios hasta mejoras en el almacenamiento y el procesamiento de los productos. Hoy, CAUQueVa ofrece una gran variedad de alimentos a base de cultivos andinos obtenidos tanto de socios

como de productores externos de toda la quebrada de Humahuaca y de zonas aledañas, y está promoviendo activamente la creación de centros de venta de productos cooperativos y de la agricultura familiar en distintos puntos de la región.

Se ha escrito ya una tesis doctoral sobre CAUQueVa (Vaca Ávila, 2010), por lo cual no abundaremos más en el caso. A los intereses de esta tesis en particular, cabe señalar que ninguno de los miembros del referente empírico analizado es socio de la cooperativa, cuya presencia principal tiene lugar sobre todo en la región central (departamento Tilcara) de la Quebrada de Humahuaca, más que en la zona norte (departamento de Humahuaca). Sin embargo, varios miembros de mi universo de análisis son proveedores ocasionales de cultivos andinos para la Cooperativa.

Una última experiencia que debo mencionar consiste en la Unión de Pequeños Productores Aborígenes de Jujuy y Salta (UPPAJS), una red de comunidades indígenas que comenzó a adquirir forma en 2006 en el área de influencia de la ciudad de Humahuaca. Nacida de un conjunto de referentes de comunidades que se habían formado en otros espacios – eclesiásticos, políticos y también en las organizaciones arriba mencionadas –, UPPAJS no contó en su proceso formativo con cuadros técnicos por fuera de los propios referentes comunitarios. En cambio, basó la representatividad del espacio en un criterio de integración territorial, por el cual quienes participan de las asambleas de la organización son las y los representantes electos en asamblea por cada comunidad rural. Esta modalidad de representatividad organizada territorialmente le ha otorgado a UPPAJS de una capacidad de movilización social en el área de influencia del departamento de Humahuaca (incluyendo comunidades de los departamentos de Valle Grande e Iruya) que en distintas oportunidades provocó efectos políticos e incluso electorales, con lo que la organización ha adquirido un peso gravitacional en la dinámica organizativa del municipio que merecería un estudio aparte. En cualquier caso, a los intereses de esta tesis, es importante señalar que doce de las personas que integran el universo social que analizo han integrado las asambleas y han sido miembros activos de UPPAJS, por medio de esta modalidad de representación organizativa rotativa, en distintos momentos de su vida. Esta familiaridad con el sistema de representación así como con el resto de los miembros activos de la organización, ha facilitado varias de las gestiones que el Grupo Quinero pudo llevar adelante, como por ejemplo, entre otras cosas, disponer del salón de UPPAJS para realizar las asambleas mensuales de grupo, así como contar con un

espacio cedido por esta misma organización para guardar las maquinarias y herramientas de gestión colectiva.

a.3 Sobre los programas de intervención: PSA; SAF.

Al menos dos programas de intervención institucional influyeron a partir de los 90' en la modalidad de articulación entre políticas de promoción rural, líneas de financiación y sujetos destinatarios en la Quebrada de Humahuaca. Uno de ellos fue el programa ProHuerta de INTA. El otro, el Programa Social Agropecuario desarrollado originalmente por la SAGPyA. En esta oportunidad analizaré sólo el segundo, ya que es aquel que sienta las bases metodológicas en las que se inscribe la experiencia y el colectivo social que etnografiaré en esta tesis.

El Programa Social Agropecuario nació en el año 1993, dependiente de la entonces Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca (SAGPyA) de La Nación. Su objetivo nominal era la formación de capital social y el aumento de los ingresos de las familias rurales, mediante la consolidación y transferencia de responsabilidades a manos de los destinatarios (Bencivengo 2017; Marcos 2019), en sintonía con los discursos neoliberales de “reconversión productiva”. En los hechos, constituía un programa de contención social destinado a aliviar los efectos de agudización de la pobreza rural que causaba el creciente desempleo, mediante la distribución de microcréditos entregados a grupos de confianza mutua de seis miembros como máximo cada uno, que se constituyeron, en muchas comarcas rurales, en unidades operativas de gran relevancia y largo aliento: los “grupos PSA”. Siendo una de las únicas políticas destinadas a los sectores rurales subalternos, el programa no sólo no perdió continuidad en los años sucesivos, sino por el contrario consolidó una metodología de intervención y un staff técnico que constituyeron los pilares sobre los que posteriormente se gestarían los programas destinados a la agricultura familiar. A partir de 1998, la SAGPyA creó un nuevo programa con financiación internacional, el Proyecto de desarrollo de pequeños productores agropecuarios (PROINDER), por medio del cual se afinaron herramientas de identificación y cuantificación del sector social (Bencivengo 2017); pero en términos metodológicos, la incorporación de PROINDER no implicó transformaciones sustanciales en la forma de trabajo en el campo del PSA.

Esta operatoria metodológica recién mostró cambios sustanciales cuando en 2006 asumió la coordinación nacional del programa un equipo técnico afín al Movimiento Nacional Campesino Indígena. Inspirada en la geografía crítica

brasileña (Fernandes 2008), la nueva metodología propuesta por la conducción del PSA se fundaba en los denominados a partir de ahí Proyectos de Desarrollo Socioterritorial (PDST), con la expectativa de superar la “balcanización” que los ya arraigados “grupos PSA” provocaban en las redes sociales locales continuas. La nueva expectativa consistía en poner en articulación a los distintos técnicos que operaban en un mismo territorio social, para que cooperaran entre sí e integraran sus grupos PSA en organizaciones dispuestas a abordar sus problemas locales a otra escala operativa. Aunque la coordinación del programa tuvo una gestión efímera (en octubre de 2007 fue reemplazada), sin embargo, la modalidad de intervención que proponía brindó un marco metodológico que se profundizó a partir de la creación en octubre de 2008 de una Subsecretaría de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar, bajo la órbita de la Secretaría de Agricultura (SAGPyA) como una de las respuestas al conflicto político agrario causado por la resolución 125. Esta nueva área ministerial se cimentó fundamentalmente en lo que hasta entonces había sido, precisamente, el Programa Social Agropecuario (Marcos, 2019). De este modo, los distintos grupos PSA que actuaban bajo la órbita de técnicos individuales, comenzaron a integrarse o bien a incorporar sus experiencias en la órbita de organizaciones de escala territorial: lugar que, en el caso de las regiones de Puna y Quebrada, les cupo principalmente a las Comunidades indígenas que habían gestionado sus personas jurídicas a partir de los 90'. De este modo se fue gestando una modalidad de trabajo por la que equipos técnicos multidisciplinarios y organizaciones territoriales (comunidades indígenas o centros vecinales) debían articular acciones en las instancias de las asambleas comunitarias. Aunque esta metodología sufriría nuevos embates con el cambio de signo gubernamental a partir de 2016 – y sobre todo, con la feroz reducción de personal –, de cualquier modo, logró instalar habitus técnicos y organizativos de trabajo que sentó las bases para la modalidad local de acción técnica y organizativa así como de las organizaciones supracomunitarias – por ejemplo, la UPPAJS – en el campo del desarrollo rural.

b. Sobre el boom global de la quinua y de los cultivos andinos

Si bien la importancia de los Andes como centro de domesticación agrícola es reconocida desde los trabajos fundacionales de Nikolái Vavílov, a partir del programa desarrollista de la posguerra (Escobar, 1996) se consolidó un paquete de intervenciones técnicas destinadas a maximizar el potencial productivo de

territorios con profunda raigambre agrícola como la región andina, aunque partiendo de la premisa epistemológica de la ineficiencia de sus sistemas campesinos (Kay, 2001), y de la necesidad de modernizar sus paradigmas de comportamiento y pensamiento (Ploeg, 2000) mediante instituciones tecnológicas, cuyo modelo lo constituyó el Centro Internacional de la Papa, fundado en Lima en 1971 (<https://cipotato.org/es/about/>). Hacia la misma época, algunos agrónomos peruanos comenzaron a instalar la noción de los Cultivos Andinos como objeto específico de indagación tecnológica (el primer Congreso de Cultivos Andinos se dio en Ayacucho, Perú, en 1977), procurando de este modo darle visibilidad a determinadas especies cultivadas menos conocidas por el público global, a las que les veían un enorme potencial por dos razones: su rusticidad y vigor para adaptarse a condiciones climáticas muy difíciles para otros cultivos, y su valor nutricional (Tapia 1982; 1990). De entre estas plantas, la que cobraba el protagonismo central era sin dudas la quinua (Tapia et.al. 1979). El interés internacional por estas plantas cultivadas no comerciales se expandiría con el primer estudio publicado en inglés por un organismo norteamericano (National Research Council, 1989).

Pero sería sin duda a partir del boom global de la quinua que comenzó con el cambio de siglo, que se verían en toda su complejidad los efectos de la incorporación de un commodity en los sistemas de producción campesinos andinos (Andrews, 2017; Ploeg, 2010). Entre 2005 y 2013, las exportaciones de quinua de Perú y Bolivia, los dos principales países productores, se multiplicaron por siete, y el precio global de la quinua se disparó un 600% (McDonnel, 2018). La provisión del grano de quinua para el mercado global provocó profundas transformaciones socioeconómicas, especialmente en las comunidades del altiplano surandino de Bolivia – más específicamente, de la “zona perisalar”, localizada en los alrededores de los salares de Uyuni y Coipasa de los departamentos de Oruro y Potosí – que fueron objeto de programas de investigación específicos (Winkel, 2013). Estas transformaciones incluyeron: la incorporación de tractores como nueva herramienta para roturación de suelos (Laguna, 2011; Ormachea y Ramirez, 2013), la transformación de grandes superficies previamente ganaderas en espacios dedicados al cultivo de quinua a secano (Rodas Arano 2021; Winkel 2013; Winkel et.al. 2014), nuevas formas de acumulación de capital económico y político entre los sectores populares aymaras (Laguna, 2011; Neri Pereyra, 2017), la consolidación de algunas localidades altiplánicas – Oruro, Challapata – como talleres de diseño y ensamblaje de herramientas de poscosecha de quinua (Laguna,

2011), y reconfiguraciones de las migraciones de la fuerza de trabajo local con el fin de otorgar un mayor protagonismo a la agricultura en las tierras ancestrales de origen (Vassas-Toral, 2015; 2016). Aún hoy en día, a pesar de la expansión del cultivo a otros países extra-andinos y a la aparición de unidades productoras de escala industrial (Alandia et. al. 2019; McDonnel, 2018), el mercado mundial de quinua continúa siendo provisto mayoritariamente por estos sistemas campesinos, organizados en cooperativas tales como CECAOT (Central de Cooperativas Agropecuarias Operación Tierra) y ANAPQUI (Asociación Nacional de Productores de Quinua) (Laguna, 2011), las que, juntas, representan unos 1600 productores en total de más de un centenar de comunidades del altiplano boliviano (Vieria Pak 2012, en Vassas-Toral 2016: 73).

La expansión de la producción de la quinua en Perú y sobre todo en Bolivia estimuló asimismo un pequeño boom académico internacional. El mundillo académico se preocupó en interpretar este fenómeno mediante el abordaje de una serie de inquietudes que podríamos englobar en dos ejes:

- Sus impactos ambientales: algunas/os investigadoras/es sugirieron que la expansión del cultivo sobre territorios altiplánicos previamente no agrícolas (Barrientos et.al., 2017) podría producir un debilitamiento de la biodiversidad silvestre y una simplificación de la agrobiodiversidad (Bazile, 2014; Small, 2013). Al punto de que algunos investigadores describieron el proceso en términos tan alarmistas como “desastre ambiental” (Jacobsen y Sorensen, 2010; Jacobsen, 2011) o “catástrofe” (Parker-Gibson 2015). Sin embargo, otras publicaciones se encargaron de despejar estos alarmismos y repensar la relación entre las comunidades locales y sus ambientes en términos menos románticos y nostálgicos (Winkel et.al., 2015).

- Sus impactos sociales: otras investigaciones pusieron el foco en preguntarse si la incorporación de un producto de gran rentabilidad en sistemas campesinos tradicionales los fortalecía, al aumentar las posibilidades de reinversión (Böhm, 2017; Kerssen, 2015; Tschopp, 2018; Ofstehage, 2011); o bien si los debilitaba, al provocar un aumento de la brecha entre campesinos ricos y pobres como producto de sus diferentes capacidades de acceso al capital (Carimetrand y Ballet, 2010; Ormaechea y Ramírez 2013; Neri Pereyra, 2017, Walsh-Dilley, 2015).

Como se observa, las preguntas de investigación engloban intereses disímiles y hasta opuestos, que abren un abanico tan amplio que va desde quienes sostienen que el mercado permite, bajo determinadas circunstancias, la integración

de las familias agrícolas tradicionales (Böhm, 2016; Ofstehage, 2011), hasta aquellos que sostienen que el mercado siempre tiende a la desintegración de las sociedades campesinas cohesivas (Ormaechea y Ramírez 2013; Neri Pereyra, 2017).

Los trabajos etnográficos que se han llevado a cabo en relación a este boom de la quinua, se han centrado en deconstruir algunos conceptos puestos en tensión por el nuevo fenómeno, a saber: el concepto de “alimento milagroso” o “superalimento” (McDonnel, 2015), y los esquemas de racialización de cultivos y de grupos humanos en los países andinos (Andrews, 2017).

En Argentina, el interés por los cultivos andinos nació sorprendentemente temprano, a partir de los trabajos pioneros de algunos agrónomos que pusieron en valor la diversidad genética de las especies cultivadas por las comunidades tradicionales del noroeste argentino. Tan tempranamente como en 1933, el agrónomo Miguel Mintzer (Mintzer, 1933) estudiaba las características de la quinua en el campo experimental de Cerrillos, en la provincia de Salta (hoy, CR Salta-Jujuy de INTA). Más tarde fue Lorenzo Parodi quien en 1966 procuró sistematizar todas las especies nativas cultivadas en las distintas regiones de Argentina (Parodi [1966]1998).

En todo caso, el desarrollo de acciones institucionales concretas para promover la expansión de la quinua en Argentina se consolidaría ya en democracia. Los primeros esfuerzos de introducción de semillas registrados en la documentación corrieron por cuenta de la Fundación PIRCA entre los años de 1984 y 1985, que trajo semillas de la región de Cuzco, Perú; y hacia el año 1997, el Campo Experimental de Hornillos – en aquel entonces administrado por el gobierno provincial – realizaba multiplicaciones de esas semillas para distribuir en la Quebrada de Humahuaca (Golsberg et.al., 2010). Otro trabajo de experimentación adaptativa de variedades de quinuas nativas comenzó a partir del 2001, a través del proyecto PRODERI “*Adaptación de quinoa (Chenopodium quinoa) para cultivo en las comunidades de Colanzulí y Pueblo Viejo, Dpto. Iruya, Provincia de Salta*”, ejecutado por la Comunidad de Colanzulí de Finca Santiago, el PSA y un equipo de investigadores de la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad de Buenos Aires. Una década más tarde, el efecto expansivo del mercado global atrajo la atención institucional por difundir y promover la producción de quinua, sobre todo en las comunidades que habían mantenido su cultivo tradicional, tales como la

región de Puna y Quebrada de Humahuaca de la provincia de Jujuy, en el noroeste argentino. De modo que, a diferencia del altiplano boliviano, en donde la expansión de la quinua estuvo sostenida desde muy temprano por asociaciones cooperativas territorialmente poderosas, coordinadas con entidades de cooperación internacional (Laguna 2011), en cambio en Argentina, el entusiasmo por estimular la producción de quinua contó con el firme protagonismo de determinadas entidades públicas y privadas nacionales y provinciales, potenciadas sobre todo por el interés que a partir del año 2011 comenzó a manifestar la FAO por la especie, y que llevó a la declaración del año 2013 como el Año Internacional de la Quinua. En Jujuy, la convergencia de estas expectativas adquirió consistencia en el Programa de Fortalecimiento de la Quinua (Fundación Nueva Gestión, 2015; Pereyra y Rivero, 2015) y en las acciones que se enmarcaron en él entre el 2009 y el 2018. Son estas acciones las que delimitan el campo de mi estudio etnográfico.

c. Breve reflexión integradora sobre el Estado de la Cuestión.

El Estado de la cuestión, tal como he encontrado útil o necesario presentarlo, nos ofrece ante todo un escenario territorial de transformaciones vertiginosas sobre la base de la ancestralidad. En un cuarto de siglo, en un territorio geográficamente marginal del escenario nacional y caracterizado por una vida rural culturalmente entroncada con otras regiones andinas, ha pasado sin embargo de todo: cerraron industrias, cambiaron los medios de transporte y las comunicaciones, se abrieron frentes de conflictos por la tierra, se lograron éxitos y fracasos en esa dirección, se consolidaron los colectivos locales como actores clave de una significativa visibilidad global, se afianzaron metodologías y equipos interdisciplinarios de acción técnica, y por lo tanto se crearon escenarios diversos para la disputa por los sentidos y las direcciones de políticas destinadas a promover estos territorios como productores legítimos de alimentos. En este proceso, las quebradeñas y quebradeños han establecido una multiplicidad de contactos – cuando no han participado directamente en su creación – con un universo burocrático-administrativo complejo. La ilusión de que en la Quebrada de Humahuaca podemos encontrar un enclave de vidas bucólicas amparadas del desenfreno moderno, simplifica lo que es en gran medida precisamente lo contrario: una “sociedad caliente” levistrausseana, en que la vida de las personas ha estado expuesta en unos pocos años a fuerzas de transformación simultáneamente entrópicas y creativas, pero cimentadas en la ancestralidad, la tradición y la

autenticidad. La Quebrada aparece así más como una “especialización del tiempo”, en los términos en que lo sugiriera David Harvey (2004): una recreación de ancestralidad que en realidad constituye una modalidad territorial de reacomodamiento social ante los embates del capital desregulado.

Este escenario de experiencias colectivas, pero también personales constituye el sustrato sobre el que se cimienta la participación de las personas en una propuesta institucional que se presenta como una innovación técnica destinada a fortalecer a determinado sujeto social.

Justificación de la organización de la tesis

He encontrado narrativamente más claro y coherente ordenar la tesis en un orden progresivo que comience por los puntos de partida convencionalizados por nuestra comunidad de habla técnico-institucional, y vaya profundizando en los comportamientos que efectivamente asume su público destinatario, para, a partir de ahí, ir identificando la coherencia nativa, local, que da sentido a dichos comportamientos.

De esta manera, en el capítulo II presentaré la propuesta institucional que enmarca mi campo empírico: el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA. Me centraré en las expectativas, comportamientos, interpretaciones y disputas que dieron forma a las acciones y discursos institucionales. Para ello, implementaré el extrañamiento etnográfico – la metodología con la que tengo familiaridad debido a mi disciplina de proveniencia–, pero procuraré llevarlo a cabo sobre un tipo de registro de la información no convencional a mis trabajos previos: los documentos escritos (Muzzopappa y Villalta, 2011; Rockwell 2009). Abordaré los documentos públicos (publicaciones, gacetillas de prensa, minutas) y operativos (actas de reuniones, informes técnicos), producidos en el transcurso de estos espacios interinstitucionales. El detalle total de los 30 documentos analizados para la realización de este capítulo, que fueron producidos entre agosto de 2014 y marzo de 2018, se adjunta en el Gráfico Anexo N° 1 (p. 267). Procuraré reconocer las expectativas, formas de intervención, y criterios y parámetros para medir y dar cuenta de su propio éxito o fracaso, expresados en esta documentación. Me centraré en identificar aquellas categorías que actúan como ideas ordenadoras del paradigma de intervención institucional, para problematizarlas en términos de cómo enmarcan los horizontes de inteligibilidad de lo propio como de lo ajeno. De esta manera, podré ilustrar cómo van cobrando forma los mecanismos de

legibilidad (en sentido scotteano) y los consecuentes esfuerzos de enrolamiento (en sentido latoureano) mediante los cuales este Programa procuró identificar un público destinatario, los problemas a resolver y las acciones para lograrlo.

A continuación, me detendré en aquello que efectivamente hicieron y hacen las personas destinatarias de este programa en su quehacer cotidiano: quiénes son, dónde producen, cómo producen, y para qué lo hacen. Cada una de estas tres preguntas conformará entonces el núcleo de los capítulos subsiguientes y finales de la tesis.

En el capítulo III, me detengo en el cómo: identifico cómo produjeron quinua las personas destinatarias en el marco del programa tecnológico, y de esa manera puedo reconocer la distancia entre aquellas expectativas y las consecuencias ocurridas.

. A continuación, entonces, procuraré reconocer otras variables que podrían servir de indicios para comprender los motivos de las personas. Estos indicios me conducen irremediabilmente a la necesidad de reconstruir las historias de vida – abordar la pregunta por el quiénes – en el capítulo IV, y las dinámicas territoriales – la pregunta por el dónde – en el capítulo V.

El capítulo IV (Quiénes son las quinueros/os en la Quebrada) se centrará de este modo en el estudio de las trayectorias de vida de las/los quinueros/os en la Quebrada. Para esto, estudio las historias de vida de las/os 40 destinatarias/os que conformaron el núcleo original de la organización de productores de quinua en el departamento de Humahuaca, deteniendo mi atención en dos variables puntuales que puedo trazar para la muestra total que analizo: el lugar de residencia y la fuente principal de ingresos a lo largo de las trayectorias de vida de cada una/o; o dicho en palabras coloquiales, dónde vivían y de qué vivían estas personas en cada episodio de su vida. Un trabajo de estas características ha sido desarrollado con los productores de quinua en el altiplano boliviano (Vassas-Toral 2016), pero faltaba hasta ahora en Argentina. El resultado me permite identificar tendencias muestrales que resultan inconscientes o sólo parcialmente conscientes para los sujetos que las ejercen, de manera que sus efectos poblacionales y sociales pasan desapercibidos. Estas dos variables me ayudan a despejar qué tiempo le dedicaron las personas a la multiplicación agropecuaria, y qué retorno les reportó este esfuerzo, en cada período de sus vidas.

En el capítulo V (“Dónde producen los quineros de la Quebrada”) estudiaré los despliegues de derechos territoriales que involucran al colectivo social bajo análisis: qué tipos de derechos activan, para acceder a qué territorios, bajo qué modalidades de relaciones sociales y jurídicas, y para qué tipo de prácticas agrícolas. Para ilustrar y comprender cómo operan en los hechos cotidianos estos mecanismos de acceso y empleo de la tierra, analizaré en detalle dos redes familiares extensas quebradeñas que se vieron enroladas como quineros. Observaré por este medio cómo diferentes unidades espaciales así como diferentes miembros de las redes de parentesco y vecindad pueden cumplir distintas tareas en la articulación entre personas, cultivos y lugares para cultivar. La integración de los terrenos en un programa tecnológico viene así de la mano con criterios de rotación (en qué orden se deben poner los cultivos de un año al siguiente para no agotar la tierra), de integración de los cultivos (qué especies se pueden sembrar en conjunto con qué otras, y por qué motivos), y de parentesco o vecindad (cómo se deben distribuir las responsabilidades y los beneficios de un terreno entre las personas involucradas en la relación social). De esta manera, estudiaré cómo distintos terrenos de acceso familiar asumen distintas tareas en su relación con el programa tecnológico, o dicho de otro, distribuyen los deberes y derechos que implica la interacción con el programa, con el fin de cumplir con él sin dejar de cumplir con el resto de las responsabilidades sociales que se espera que estos terrenos agrícolas cumplan.

De esta manera podré abordar en el capítulo VI el para qué de la crianza de quinua hoy en la Quebrada de Humahuaca. De modo que en este capítulo estudiaré a la producción agrícola como esquema de reproducción simbólica de las tramas sociales y naturales, identificando así el rol que le cabe a cada elemento de la trama. Para esto, encuentro útil presentar un esquema de caracterización de los cultivos que, dentro del continuum entre domesticidad y silvestría, le adjudica a la quinua un rol concreto que otorga explicación a muchos de los comportamientos que se le destinan.

Con este desarrollo de información, podré así volver en las conclusiones a un esfuerzo de interpretación de los múltiples y diversos comportamientos por los cuales determinadas personas se sintieron convocadas por el programa de fortalecimiento de la producción de quinua, y les dieron así existencia material a las expectativas institucionales.

Capítulo II. Qué fue el Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en el NOA

A partir de la popularización de la quinoa o quínoa⁵ (*Chenopodium quinoa*) como uno de los “alimentos milagrosos” (McDonnel, 2015), el mercado consumidor de este grano no ha parado de crecer. Sus propiedades nutricionales han posicionado a la quinoa como uno de los alimentos más procurados por determinados nichos consumidores, como el celíaco o el vegetariano. Pero además, esta percepción contemporánea del grano andino le ha otorgado un rol central en políticas destinadas a resolver la malnutrición global, lo que llevó a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) a declarar el año 2013 como Año Internacional de la Quinoa.

El potencial de la especie que observaba FAO se sostenía en dos aspectos combinados: “*la quinoa se presenta con un alto potencial tanto desde sus **bondades nutritivas** como de su **versatilidad agronómica** para contribuir a la seguridad alimentaria de diversas regiones del planeta [...] donde la población no tiene acceso a fuentes de proteína, o donde tienen limitaciones en la producción de alimentos.*” (FAO 2011: 1). Es así que “*la quinoa se constituye en un cultivo estratégico para contribuir a la seguridad y soberanía alimentaria debido a: su **calidad nutritiva**, su amplia **variabilidad genética**, su **adaptabilidad** y su **bajo costo de producción**.*” (FAO 2011: 5, mi resaltado)

El mismo documento le confiere a la Argentina uno de los potenciales más destacados para la expansión de la producción de quinoa. En este potencial se combinan dos elementos: la trayectoria específica de Argentina como productor y exportador agroalimentario por un lado, pero también su antigua filiación andina que entronca al país con el resto de aquellos países – Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile – en los que el cultivo de quinoa mantuvo vigencia desde su domesticación a la actualidad, lo que le permite a la Argentina disponer de sus propios repositorios genéticos nativos (Andrade et. al. 2014). Este interés genético agrega un interés biotecnológico por el conocimiento de la especie: “*en la actualidad, la quinoa es una alternativa productiva debido a que **su plasticidad genética permitiría enfrentar los cambios ambientales** que se están registrando a nivel planetario [...] y por eso...*” se trabaja en el conocimiento del mapa genético

⁵ En el campo etnográfico que analizo, dos formas alternativas muy difundidas de designar a la planta son *quiuna* y *quina*.

de la misma justamente para identificar genes de resistencia en esta especie.” (González y Prado 2013: 5, mi resaltado). Este interés está por supuesto relacionado con expectativas orientadas a la agroindustria de exportación.

Es así como comienza a adquirir forma una ambigüedad que permeará discursivamente todas las acciones institucionales por potenciar la producción de quinua en Argentina.

Por un lado, los esfuerzos por difundir y consolidar el cultivo están motorizados por su potencial para aliviar la vulnerabilidad alimentaria y económica de los sistemas agrícolas andinos de escala familiar, que han sido los históricos custodios de este patrimonio genético: *“La agricultura familiar produce la mayor parte de los alimentos en el mundo. Los productores de quinua, en su enorme mayoría, pertenecen a este sector, que está en riesgo de padecer hambre. Esto representa una paradoja ya que se trata de un sector crucial para la seguridad alimentaria en todo el planeta. [...] La agricultura familiar ha demostrado ser un actor fundamental para la solución del problema del hambre.”* (Fundación Nueva Gestión 2015: 11, el resaltado es mío).

Pero por otro lado, los esfuerzos institucionales para la difusión de la quinua se ven estimulados por la expansión global de un mercado consumidor, que despierta atención en un país con una histórica vocación agroexportadora: *“Tenemos no sólo que atender a la proyección productiva de la quinoa sino también dónde ubicar el producto y el rol que tenemos que incentivar como Estado es ayudar a desarrollar alternativas comerciales nuevas” [...]. En la actualidad hay más de 115 países en el mundo que importan quinoa, liderada por países con alto poder adquisitivo como Estado Unidos, Canadá y Francia. “Hay un mercado que está esperando este producto y nosotros podemos abastecerlo”, destacaron desde Agroindustria.”* (Minuta Mesa de VA en Cultivos Andinos 1 11 2016, mi resaltado).

La justicia social y la oportunidad comercial constituyen entonces dos expectativas que conviven, a veces armónicamente, a veces conflictivamente, en las pretensiones de expansión del cultivo en Argentina. Esta convergencia de expectativas adquirió particular visibilidad en la provincia de Jujuy, una provincia que ha hecho de su tradición cultural andina no sólo un marco de validación de su propia identidad dentro del concierto nacional, sino también uno de sus principales activos con potencial económico. Sin ir más lejos, la visibilidad de una tradición agrícola sostenida en los cultivos autóctonos le valió la aprobación de la ley provincial 5367 de *“fomento, promoción y desarrollo de cultivos andinos*

subexplotados en valor nutricional”, aprobada en octubre de 2003. Como se ve, el interés por identificar en los cultivos nativos herramientas para un desarrollo provincial es un objetivo que cuenta con consenso social y que se ha instalado exitosamente entre los sectores sociales hegemónicos: “*La declaración del año Internacional de la Quinoa en el 2013 por parte de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura FAO-*, generó grandes expectativas y motivaciones en diferentes sectores de la producción nacional. **En el caso particular de la agricultura familiar de zonas andinas de Jujuy, se convirtió en una oportunidad de desarrollo para explorar junto a las organizaciones e instituciones del territorio.**” (Roisinblit et. al., 2015). La expansión mundial del consumo que estaba experimentando la quinoa se consideró así una oportunidad rentable para la agricultura familiar quebradeña y puneña. Esta suposición se veía confirmada por los estudios en el Campo Experimental de Hornillos de INTA, que demostraban que, aún con costos mecanizados, la producción de quinoa en la quebrada de Humahuaca ofrecía una rentabilidad bruta de \$ 173.672,90 por hectárea, al precio de mercado de 2015, es decir, de \$100 por cada Kg de quinoa lavada (Aracena y Tolaba, 2015).

Fue a partir de estas premisas que comenzó a cobrar consistencia lo que algunos organismos denominaron el **Programa de Fortalecimiento de la Quinoa** (Fundación Nueva Gestión, 2015). Los esfuerzos por hacer confluir hacia este programa y coordinar intereses, recursos y acciones de diferentes proveniencias que actuaban entre las comunidades andinas de Jujuy, llevaron a la gestación de una serie de acciones conjuntas entre el 2009 y el 2018: el Complejo Quinoa Jujuy, las Mesas Quinueras de Puna y Quebrada, y el Plan de Promoción de la Quinoa (Roisinblit et. al., 2015; Pereyra y Rivero, 2015; Rivero, 2017), a las que posteriormente se sumaría la Mesa Nacional de Agregado de Valor en Cultivos Andinos (Fuxman, 2019). En el marco de estas acciones se diseñó, financió y ejecutó una serie de proyectos de desarrollo rural. Es en el recorrido de estas acciones y proyectos que procuraron a la vez coordinar esfuerzos interinstitucionales y expectativas de las organizaciones campesino-indígenas, que me interesa centrar los análisis del actual capítulo.

Me interesa detenerme en el análisis del Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en tanto programa tecnológico tal como lo entiende Latour (1998). Dado el hecho de que un programa de este tipo tiene la intención de hacer trabajar conjuntamente a organismos ejecutores de políticas por un lado – organismos

públicos y privados –, y a sujetos destinatarios de dichas políticas por otro, convergen en un mismo espacio experiencias subjetivas que responden a discursos públicos, explícitos y hegemónicos, con otras subjetividades subalternas, frecuentemente no verbalizadas o no manifestadas públicamente, y que, cuando adquieren visibilidad en el ámbito público, suelen pasar desapercibidas por responder a marcos culturales de referencia distintos. Los marcos de referencia nativos de los sujetos destinatarios de estas políticas – y en consecuencia, sus expectativas, discursos, comportamientos y razonamientos puestos en juego – serán analizados en los capítulos que suceden al presente.

Lo primero que haré entonces será ordenar y presentar en su sucesión temporal las acciones institucionales llevadas a cabo en el marco del Programa de Fortalecimiento de la Quinua. Así se pondrán en evidencia los momentos y las modalidades que adquirieron los sucesivos reclutamientos de actores institucionales al programa. Una vez presentados los hechos, podré abordar la trayectoria y las características que adquirió la participación y la incorporación de los sujetos destinatarios de dichas acciones. Mediante estos dos insumos, podré luego llevar adelante un ejercicio de exégesis sobre la producción documental del período analizado.

Gestación, expectativas y trayectoria del Programa de Fortalecimiento de la Quinua.

Uno de los actores institucionales clave en la promoción de la quinua como modelo de desarrollo inclusivo en Jujuy, ha sido sin duda la Fundación Nueva Gestión (<http://www.nuevagestion.org.ar/>). Sin ser la primera ni la única ONG que abordó el tema de los cultivos andinos en la provincia (podríamos mencionar también a FundAndes, Red Puna, OCLADE, Warmis Sayajsunqo, Fundación Mallku Andina, API, CAUQueVA, ente otras), sin embargo Nueva Gestión adquirió protagonismo a partir del 2008 y 2009 (Golsberg et.al., 2010; Pereyra y Rivero, 2015) a través de una propuesta de intervención concreta, el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA.

La propuesta del Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA se encuentra disponible online (<https://www.academica.org/david.burin/34.pdf>). En este documento se pone de manifiesto la intención de lograr con éxito la articulación de las múltiples acciones territoriales llevadas a cabo en la provincia por distintos organismos e instituciones:

“En 2008 [...] prácticamente no había productores de quinua en el país. A partir del enfoque de la lógica inversa, para iniciar el ciclo era necesario demostrar que la quinua era una oportunidad única para el desarrollo de las comunidades andinas y generar esa demanda para que el estado ponga en marcha diversas líneas de acción”. (Fundación Nueva Gestión, 2015: 69-70; mi resaltado).

Si en Argentina casi no había quinua, consecuentemente tampoco había quinueros/as. En el discurso público institucional, sobre todo en la escala provincial, La explicación de esta ausencia se relaciona con la paulatina pérdida de importancia del cultivo debido a su reemplazo por cultivos europeos y a su desprestigio: *“Con la llegada de los españoles [...] se fueron produciendo desplazamientos de los cultivos andinos y entre ellos la quinua a espacios más reducidos asociado a la descalificación de la cocina local influenciada un poco por estrategias de conquista y por otro lado por la influencia de la religión [...]. La quinua en algunas comunidades queda reducida casi a los huertos de autoconsumo [...]”* (Ministerio de Educación de Jujuy, 2013: 3). Esta expresión de lo ocurrido con la quinua marca así un continuum con la retracción padecida por el cultivo en los Andes Centrales (Andrews, 2017; Tapia 1979; National Research Council 1989). La vigencia de la quinua en el noroeste argentino es considerada de este modo como relictual. Los esfuerzos de colecta de las poblaciones nativas de quinua que se habían llevado a cabo unos años antes también reforzaban esta impresión, ya que sólo había sido posible coleccionar ejemplares en 34 sitios entre las provincias de Catamarca, Salta y Jujuy (Vidueiros, Bertero y Pallaro 2013: 41)⁶.

De manera que, en buena medida, la promoción de la quinua en territorio argentino conllevaba para las intervenciones técnicas recuperar la familiaridad con un cultivo en remisión: por lo que, en el año 2008, Nueva Gestión estableció contacto con experiencias similares llevadas adelante en Bolivia por la Fundación denominada FAUTAPO (<http://www.fundacionautapo.org/>). Inspirado en estas experiencias, el objetivo del Programa de Fortalecimiento del a Quinua en el NOA quedó redactado del siguiente modo:

“Mejorar la calidad de vida de los productores y productoras en el NOA mediante la producción sostenible de la Quinua Natural, considerando el enfoque de

⁶ De estas muestras obtenidas, tres coinciden con el territorio del referente empírico de mi tesis: una colecta realizada en Ocumazo, una en Coctaca, y una en “Humahuaca” (Costa Tártara et.al. 2013: 26). Lo que implica que, antes de que comenzara la popularización masiva de la quinua, el cultivo guardaba algún tipo de vigencia en por lo menos estos tres sitios del departamento de Humahuaca.

complejo productivo, promoviendo la soberanía alimentaria, garantizando la seguridad alimentaria, fomentando el consumo nacional y la incorporación de valor agregado en origen.” (op. Cit.: 77; Pereyra y Rivero, 2015: 2). Como se observa, **no se centraba, en principio, en el cultivo como fin en sí mismo, sino en las familias agricultoras como beneficiarias de las acciones.**

De esta manera, a partir del año 2008, los diferentes proyectos de desarrollo presentados por Nueva Gestión a distintas líneas de financiación procuraban confluir en este objetivo central. El documento menciona seis proyectos llevados a cabo entre 2009 y 2013: uno de ellos en el departamento de Yavi, otro en la localidad de Barrancas (departamento de Cochín), dos de ellos focalizados en la adquisición o en el desarrollo original de equipamiento tecnológico para facilitar las tareas de poscosecha, y dos destinados a la planificación curricular y el sostén logístico a escala de toda la región NOA.

El Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en el NOA se cimentaba en una metodología específica, también inspirada en las experiencias desarrolladas en Bolivia: la denominada **formación basada en competencias** (a partir de aquí, la mencionaré a lo largo del texto como FBC). Los principios centrales de esta metodología se presentan en el citado documento en dos oportunidades (op.cit.: 62; 94). Allí se explica como la gestación procesual de un conocimiento práctico mediante la aplicación de la teoría, dando pie así a la adecuación de dicha teoría a realidades locales diversas. Esto se logra mediante la combinación de talleres teóricos y actividades prácticas en los campos agrícolas, y consecuentemente también mediante dos roles diferentes que deben ser cubiertos en el transcurso del proceso formativo: por un lado los **docentes** (expertos en una temática: se trate de universitarios, investigadores, particulares, etc.), y por otro lado, los **gestores locales** (sujetos locales con capacidad de organizar y sostener los espacios colectivos y asesorar las acciones individuales de productoras y productores: se trate de empleados municipales en producción rural, técnicos de terreno de organismos públicos como SAF o privados como ONGs). Mientras que el saber catedrático será brindado por los docentes, la adaptación de ese saber a especificidades locales descansa sobre el trabajo de los gestores locales. El documento sugiere que, en la medida en que los conocimientos y la experiencia de los procesos formativos se consoliden en el territorio, este último rol podrá ir siendo asumido por los propios agricultores.

El medio para lograr el objetivo mencionado consistirá en *“resolver problemas para que el producto llegue al mercado en las mejores condiciones de calidad y precio”* (op.cit.: 62). Las condiciones agronómicas para alcanzar el rendimiento óptimo del cultivo en la Quebrada de Humahuaca, calculadas en el Campo Experimental de INTA, descansaban en al menos tres parámetros: **una distancia entre surcos** de siembra de 35 centímetros para alcanzar la mayor productividad por superficie (aún cuando, debido a la cercanía entre las plantas, éstas no alcanzarían su máximo desarrollo potencial) (Agüero; Acreche y Aguiar 2015); un **sistema de siembra “por chorrillo”** en lugar de “por golpe” para alcanzar un mejor tamaño de panojas (Aracena, 2015), y una **curva de productividad decreciente** a medida que la fecha de siembra se alejaba de la primavera: la siembra al 1° de octubre permitía una cosecha cercana a 4000 Kg/Ha; al 20 de noviembre disminuía a menos de 2000 Kg/Ha; y bajaba a sólo 800 Kg/Ha con una siembra al 23 de enero (Agüero; Acreche y Aguiar 2015).

Para lograr consolidar estas premisas agronómicas entre las productoras/es de quinua, el Programa de Fortalecimiento de la Quinua asumía que sería necesario superar *“ciertos valores que **generan resistencia a las actitudes que debemos tener en la intervención en los mercados. Debemos ser capaces de compatibilizar estos valores con la necesidad de ser competitivo y estratégico en la inserción a los mercados**”* (op.cit.: 62; el resaltado es mío).

El éxito con que las productoras y productores logren incorporar los aprendizajes obtenidos durante el proceso formativo se evaluará mediante procedimientos concretos:

*“Supongamos que algunos participantes tuvieron **un sembradío desprolijo**, en el que sembraron **una mezcla de variedades** en el mismo predio: quinua real blanca, rosada, amarilla y otras. [...]. **Entonces ese alumno no tiene buena calificación** porque no fue ordenado, no fue prolijo, **no cumplió** ciertos procedimientos, y él sabía cuál era la importancia económica y agronómica de aplicar esos procedimientos.”* (op.cit.: 92; el resaltado es mío)

Estos resultados serán tenidos en cuenta para el acceso a futuras financiaciones:

*“**Si la gente se ha comprometido** y quiere hacer una inversión en equipamiento, insumos o infraestructura sería muy conveniente poder financiar esa pequeña inversión para que todos los que estén en condiciones la puedan hacer.”* (op.cit.: 97, mi resaltado).

El Programa de Fortalecimiento procura de este modo articular positivamente las dos expectativas de las que hemos hablado al principio del capítulo: la promoción de la calidad de vida rural, con la creciente oportunidad comercial. El compromiso que demuestren los productores para volver más eficiente su siembra y mejorar así la inserción de sus productos en el mercado será recompensado; la falta de compromiso los excluirá de estos premios. Este compromiso se expresa en dos términos higienistas: el orden y la prolijidad.

Ahora bien, si las familias no están en condiciones de producir un excedente de grano, se presenta una tensión frente a la que el Programa responde de manera ambigua. Por un lado, sostiene que:

*“En muchos casos la producción se destina a consumo propio, es lo que utilizarán para alimentar a su familia [...] y por eso no es posible equivocarse, la **capacitación no puede fallar**. Ya no se trata de ganar más o menos dinero sino de comer o no comer”.* (op.cit.: 92, mi resaltado)

Pero, por otro lado, aunque el Programa pueda contemplar estos casos, su objetivo sigue siendo el original:

*“Hay quienes tienen una mirada más conservacionista, orientada más al autoconsumo o al trueque, cuando piensan en la agricultura familiar. El techo parecería ser que los productores puedan una vez al mes vender en una feria. Nosotros eso lo hacemos eventualmente, más como una cuestión social o de visibilidad del sector, pero **no estamos apuntando ahí, apuntamos a otra escala**”.* (op.cit.: 64, el resaltado es mío)

...

En base a estos lineamientos estratégicos y a esta propuesta metodológica, diversos organismos – incluyendo Fundación Nueva Gestión, el INTA y el Programa Social Agropecuario – realizaron en agosto de 2009 en la ciudad de La Quiaca, el primer seminario-taller para la promoción del cultivo de quinua en la región, con la asistencia técnica de FAUTAPO, de Bolivia.

*“El eje del encuentro fue estimular a los productores para que cultiven quinua. Para ello se realizaron disertaciones y un trabajo grupal para poner en común las fortalezas, oportunidades, debilidades y amenazas de incorporar el cultivo de la quinua a las unidades productivas familiares. Allí se definió **realizar una experiencia piloto de siembra** de quinua durante la campaña agrícola 2009/2010, con el propósito de constituir un espacio de trabajo y articulación para **fomentar el consumo local, revalorizar la quinua** tanto en relación a sus propiedades*

culturales y alimenticias, mejorar o reconstruir el manejo agronómico correcto.” (Golsberg et. al. 2010).

Esta experiencia piloto de siembra se realizó con 20 familias productoras provenientes de 14 comunidades del departamento de Yavi, en la puna jujeña. En tres documentos de trabajo distintos (Fundación Nueva Gestión, 2015; Golsberg et.al, 2010; Pereyra y Rivero, 2015) se identifican las debilidades estructurales que esta primer experiencia puso de manifiesto para lograr el salto de escala que el programa tecnológico pretendía, y que en la experiencia boliviana parecían estar resueltos. Una de estas debilidades consistía en que el área sembrada en el marco de la experiencia piloto no garantizaba volúmenes competitivos de producción, por lo que urgía **expandir la propuesta tecnológica a nuevos territorios**. Otra debilidad consistía en la **ausencia de canales de comercialización** adecuados para colocar el grano obtenido a un precio que mantuviera el interés de los productores⁷. Una tercer debilidad consistía en la **escasez de semilla** “*al no existir producción local para la escala planteada*” (Golsberg et.al., 2010: 6); obligando en el caso piloto a comprar semilla en Bolivia. Y por último, la cuarta dificultad para superar la escala consistía en la necesidad de **mecanizar las “tareas de poscosecha”** (la separación de la panoja y el grano y la extracción de la saponina): tareas que, en territorio argentino, continuaban practicándose de manera manual (Pereyra y Rivero, 2015). Para abordar estos cuatro problemas comenzaron a tomar forma distintas acciones que veremos a continuación.

La expansión territorial de la propuesta tecnológica se abordó, por empezar, mediante el reclutamiento de los equipos técnicos de la Subsecretaría de Agricultura Familiar (SsAF) como gestores locales de la ya mencionada metodología de FBC a partir del año 2013 (Fundación Nueva Gestión, 2015). Debiendo los equipos técnicos de cada territorio identificar demandas locales y diseñar a partir de ellas propuestas de FBC, tres de estos equipos centraron sus propuestas en procesos formativos en quinua: los equipos de Puna Norte (departamento de Yavi), Puna Sur (departamento de Cochínoca), y Quebrada (departamento de Humahuaca). Es este último el caso que yo integré como miembro de equipo técnico, y es en consecuencia el que constituye el referente empírico de esta tesis.

⁷ “*sería muy importante que los productores que pudieron sembrar obtengan un producto comercializable e ingresos para mantener el estímulo*” (Golsberg et.al., 2010: 6)

Al siguiente año 2014, la aparición de una línea de financiación específica fomentó la gestación del **Complejo Quinoa Jujuy**, un espacio de trabajo “*que reúne a los diferentes actores públicos y privados que trabajan en la temática, con el objetivo de **definir un Plan estratégico** para el desarrollo de la producción de quinua en Jujuy, de modo interinstitucional y participativo.*” (Roisinblit et. al., 2015), con la intención de promover acciones “*no ya a nivel individual, sino [como] un esfuerzo en bloque para realizar un plan estratégico para el fortalecimiento de la producción en quebrada y puna jujeña*” (Pereyra y Rivero, 2015: 9). Este espacio de articulación constituyó la oportunidad para ejecutar una modalidad específica de fondos disponibles en aquel momento: la Iniciativa de Desarrollo de Clusters (IDC) del Programa de Servicios Agrícolas Provinciales (PROSAP), que fue ejecutado por la Unidad para el Cambio Rural (UCAR) del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca. Esta cartera para el desarrollo de **clusters** – palabra inglesa para referir a enclaves territoriales especializados en determinada cadena de producción agroindustrial – ofrecía montos grandes para la consolidación de estos polos mediante el reintegro de gastos a firmas privadas y públicas. Mientras que en otros distritos del territorio nacional la cartera apuntaba a perfiles productivos más cómodos con este tipo de narrativa, los organismos que se sumaron al cluster en Jujuy se orientaban explícitamente a un público destinatario diferente, compuesto por “*pequeños productores familiares*” (Roisinblit et.al. 2015: 2; 3; Pereyra y Rivero, 2015: 3). Precisamente con la intención de distinguirse de otras propuestas financiadas por el mismo programa, el espacio interinstitucional optó por autodenominarse Complejo en lugar de Cluster. El objetivo del Complejo consistió en la “*formulación de un Plan de Mejora Competitiva a la medida de esta actividad en el territorio. Durante el mismo, se definirán procesos y proyectos que apunten a mejorar la puesta en valor de la quinua generando dinámicas que promuevan el desarrollo de la producción en general.*”⁸.

El Complejo Quinoa Jujuy quedó así formalmente inaugurado el 15 de agosto de 2014, por medio de la realización de un Foro de Lanzamiento en las instalaciones del IPAF NOA en Hornillos, Jujuy⁹. En ese primer momento, contó

8

<http://visorcompetitividad.ucar.gov.ar/complejo-quinua-jujuy/> accesado por última vez el 3/8/19

9

<http://www.prosap.gov.ar/Docs/1erForoQuinoaJujuyAgosto2014-Gacetilla.pdf>

con la participación de varios organismos de escala nacional (Estación Experimental Abra Pampa de INTA; Instituto IPAF NOA de INTA; MinCyT; Facultad de Ciencias Agrarias de UNJu; Subsecretaría de Agricultura Familiar – SsAF – de MAGyP); organismos provinciales (Ministerio de Educación de la Provincia de Jujuy; Secretaría de Economía Popular del Ministerio de Producción provincial); gobiernos municipales (Tumbaya, Humahuaca, La Quiaca, Abra Pampa); organismos privados (Fundación Nueva Gestión); Cooperativas y microempresas (Cooperativa Agrícola de Comunidades Alto Andina Ltda. – CADECAL–, Cooperativa Agrícola ProSol, Cooperativa Comercializadora Los Tatitos); y agencias de financiación del desarrollo (el ya mencionado programa financiador, IDC de UCAR).

En cualquier caso, a medida que se avanzó en el diseño del Plan de Mejora Competitiva, adquirió forma el conjunto mínimo de instituciones que debían comenzar a formalizar la existencia del Complejo: *“el 29 de enero de 2016 se conformó una Asociación Ad Hoc [...] con el fin de gestionar la realización de acciones emergentes del Plan de Mejora Competitiva (PMC) del Clúster “Complejo Quinoa de Jujuy” (Convenio Marco de Cooperación Institucional – Complejo Quinoa Jujuy 2018).* A pesar de la predisposición a formalizar una asociación civil que este último documento citada manifiesta en enero de 2018, lo cierto es que el Complejo fue quedando paulatinamente discontinuado en los hechos, a medida que concluían los proyectos que le dieron origen. Las inauguraciones o productos palpables más prominentes que emergieron del Complejo Quinoa fueron el Centro de Innovación y Transferencias de Tecnologías Agroecológicas de la Facultad de Ciencias Agrarias de la UNJu, localizado en el campo experimental de Severino, el 21 de junio de 2017¹⁰, y la Planta Piloto de Valor Agregado de Quinoa y Cultivos Andinos en la localidad de Hornillos, en el predio del IPAF NOA de INTA, el día 27 de marzo de 2018¹¹. Podemos así decir que el Complejo Quinoa Jujuy tuvo una existencia concreta por un período de tres años y medio, entre agosto de 2014 y marzo de 2018.

Pasado el taller de inauguración del espacio interinstitucional, mantuvieron continuidad y presencia en él cuatro organismos: la Fundación Nueva Gestión, la

10 <https://www.jujuyonlinenoticias.com.ar/jujuy/2017/6/23/nuevo-centro-de-tecnologias-agroecologicas-de-la-unju-43223.html>

11 <https://intainforma.inta.gob.ar/en-jujuy-el-agregado-de-valor-en-quinoa-esta-en-marcha/>; <http://prensa.jujuy.gob.ar/2018/03/28/nueva-planta-de-valor-agregado-de-quinoa-y-cultivos-andinos/>

Facultad de Ciencias Agrarias de UNJu; el IPAF NOA de INTA; y la Subsecretaría de Agricultura Familiar – SsAF – del entonces MAGyP (Roisinblit et.al. 2015). Los municipios mantuvieron una presencia más intermitente. En el marco de la línea de financiación IDC de UCAR¹², el Complejo Quinoa formuló cinco proyectos¹³ por un monto de \$5.600.000, de los que fueron ejecutados cuatro, sumando el 75% de lo aprobado, entre marzo de 2016 y marzo de 2017 (Informe Cierre Complejo Cluster Quinoa Jujuy, 2017). La modalidad de financiación funcionaba por medio de reintegro, condicionando por lo tanto a los organismos a destinar el 100% de fondos propios en un primer momento, para poder recuperarlos una vez rendidos. Cada una de los cuatro organismos mencionados asumió el compromiso de ejecutar un proyecto (dos, en el caso de la universidad), sumando un total de cinco proyectos ejes (Informe Cierre Complejo Cluster Quinoa Jujuy, 2017), según el siguiente criterio:

- La Fundación Nueva Gestión asumió un proyecto centrado en consolidar la institucionalidad del Complejo Quinoa: el llamado “*Proyecto I – Fortalecimiento institucional del Complejo Quinoa de Jujuy*”.

- La Facultad de Ciencias Agrarias de UNJu asumió la ejecución de dos proyectos: uno centrado en la valorización de conocimientos agroecológicos en los predios agrícolas familiares (el llamado “*Proyecto II – Manejo agroecológico en Quebrada y Puna jujeña*”); el otro centrado en la consolidación de la biodiversidad de cultivos nativos por medio de acciones ex situ (el “*Proyecto III – Conservación y uso sustentable de quinua*”).

- El IPAF NOA asumió un proyecto orientado al mejoramiento de infraestructura para el tratamiento poscosecha de la quinua, por medio de maquinaria entregada a las organizaciones de productores agrícolas, así como de maquinaria de mayor complejidad instalada en una planta de agregado de valor: el “*Proyecto IV – Infraestructura productiva para Agregado de Valor de la quinua y otros granos andinos*”.

- La SsAF asumió el compromiso de ejecutar un proyecto para consolidar los canales de comercialización de la quinua que se fuera a obtener por medio de los

¹² Además de esta cartera, algunos organismos ejecutaron otros proyectos vinculados a la promoción de la quinua, con fondos propios.

¹³

<http://ucar.gob.ar/index.php/en/prensa/noticias-ucar/1908-el-complejo-quinua-de-jujuy-implementara-cinco-proyectos> - accesado por última vez en septiembre de 2019.

otros proyectos: el llamado “*Proyecto V – Apoyo a la comercialización de la quinua de Quebrada y Puna*”¹⁴.

Es decir que, en el marco del Complejo Quinua de Jujuy, cada organismo fue formulando su respectivo proyecto, **adecuándolo a la imagen que tenía de su propia especificidad o fortaleza temática**, dentro del repertorio de debilidades que desde 2009 se habían identificado como aquellas que dificultaban la expansión de la quinua entre los agricultores familiares del noroeste argentino. Así, de la expansión o **consolidación territorial** del programa se encargó fundamentalmente Nueva Gestión, conductora protagónica de la propuesta, a través del Proyecto I. La ausencia de **canales de comercialización** fue una tarea asumida, con dificultades, por el Proyecto V de SsAF. La problemática de la disponibilidad de **semilla** fue abordada por el proyecto III de FCA – UNJu, en conjunto con otra acción institucional denominada “Proyecto ITI”. Y los problemas de **poscosecha** fueron encarados mediante diversos proyectos de INTA, entre ellos, el Proyecto VI del Complejo.

La escasa disponibilidad de semilla de quinua en territorio argentino fue visualizada, como mencionáramos, a partir de la experiencia piloto de Yavi. Esta dificultad se resolvió al principio importando semilla desde Bolivia (quinua Real) y expandiendo los pooles disponibles de semilla de origen peruano (quinua Cica) en los campos experimentales de INTA: lo que despertó la preocupación por la erosión de la genética nativa (Costa Tártata et.al. 2013: 25). Para evitar este inconveniente, a partir de entonces, los esfuerzos apuntaron a fortalecer los recursos genéticos nativos mediante dos tipos de acciones institucionales: acciones in situ (conservación genética en el lugar de origen de las semillas) y ex situ (conservación y mejoramiento del material genético nativo, fuera de su lugar de origen). El Proyecto III ya mencionado abordó la estrategia ex situ, mediante la creación de un laboratorio para estudiar, identificar y mejorar el material genético disponible, localizado en el Campo Experimental con que cuenta la FCA en Severino, cerca de la ciudad de El Carmen. La estrategia in situ fue desarrollada por un Proyecto denominado “*Iniciativa de Transferencias de Innovación*” (coloquialmente llamado Proyecto ITI), que procuró resolver “*la escasa disponibilidad de semilla en cantidad y calidad*” mediante la selección participativa de “*semillas locales adaptadas a las necesidades y condicionamientos*”

¹⁴ Éste último no logró ejecutarse, dado el desfinanciamiento casi total que este organismo sufrió en 2017, cuando prácticamente fue desmantelado y el 60% de su personal fue despedido

de las comunidades andinas de la región.” (Golsberg, 2015: 2)¹⁵. El proyecto ITI fue financiado por PROSAP y ejecutado entre los años 2014 a 2016 por una Asociación conformada por la Dirección de Desarrollo Agrícola y Forestal del Ministerio de la Producción de la provincia de Jujuy, IPAF NOA y EEA Abra Pampa de INTA; Fundación Nueva Gestión y la Comunidad Aborígen de Rodero (Humahuaca, Jujuy). Para esta experiencia, *“se sembró en cinco sitios del NOA un jardín de poblaciones, con los materiales disponibles en el lugar”*. (op.cit.: 3) Estos sitios de selección experimental fueron Yavi, Hornillos y Rodero en la provincia de Jujuy; Seclantás, en la provincia de Salta; y Belén, en la provincia de Catamarca. El objetivo de este proyecto consistió en *“Promover la creación de una Red de pequeños productores y técnicos de la región NOA con capacidades en producción de semilla; capacitar y entrenar a pequeños productores y técnicos en el manejo agronómico, fases del cultivo, cosecha, post-cosecha y producción de semillas; [e] iniciar un proceso de mejoramiento participativo de los materiales de quinua, gestionadas por productores locales con enfoque agroecológico.”* (UCAR s/f: <http://visorcompetitividad.ucar.gov.ar/complejo-quinua-jujuy/>, mi subrayado). Se observa que, entre quienes integraron la asociación para la realización de este proyecto, la única organización de base participante era la Comunidad Aborígen de Rodero, que fue asimismo uno de los cinco emplazamientos experimentales en los que se llevó a cabo el trabajo de multiplicación y selección participativa de semillas. Eso le conferiría a dicha experiencia territorial de una trayectoria independiente a la del resto de las comunidades del departamento de Humahuaca.

Por último, respecto del desarrollo de soluciones para los problemas de poscosecha¹⁶, hubo diversos proyectos – entre ellos el Proyecto IV – llevados a cabo, sobre todo por el IPAF NOA de INTA, con el fin de poner a disposición de las familias agricultoras las herramientas necesarias para lograr el salto de escala al que apuntaba el Complejo Quinoa. Las dificultades técnicas a sortear eran dos. Una de ellas consistía en poder sustraer la saponina – un subproducto con

¹⁵ La multiplicación, aprovisionamiento y circulación de la semilla de quinua ocurría, al igual que muchas otras producciones de escala familiar en la región andina de Jujuy, mediante mecanismos domésticos e íntimos básicamente desconocidos o invisibles para los organismos institucionales, cuya emergencia en contextos etnográficos presentaré en el capítulo III.

¹⁶ En este momento se encuentra en producción avanzada una tesis doctoral sobre esta experiencia tecnológica, cuya autora, Celeste Golsberg (además de ingeniera agrónoma del IPAF NOA de INTA), fue una de las integrantes del equipo técnico que desarrolló esta propuesta. En esta tesis, yo me referiré a este desarrollo tecnológico sólo en aquellos aspectos en que guarda relación con mis objetivos de investigación.

potenciales industriales – del grano, para volverlo comestible. Esta dificultad – resuelta en los sistemas agrícolas familiares mediante el lavado del grano con sucesivas “aguas” – quedó, en el marco de las acciones del Complejo Quinoa, para una segunda fase de intervención. La dificultad técnica identificada como la prioritaria a resolver consistía en lograr una separación eficiente y ágil entre el grano y el afrechillo que lo envuelve y lo fija a las panojas. La técnica tradicional para hacerlo consiste en dos tareas denominadas “trilla” (el frotado manual de las panojas para desmenuzar todo lo posible el afrechillo que envuelve los granos) y “venteo” (la separación de ambas fases por acción del viento) (ver foto adjunta). El venteo es por supuesto una técnica muy lenta; pero además, se dificulta porque, a diferencia de otros granos con los que se practica la misma técnica como el trigo y la cebada, en la quinoa las diferencias de peso y volumen entre el grano y el descarte son tan sutiles, que la limpieza por acción de la brisa resulta incompleta y requiere por lo menos la repetición del proceso. Consecuentemente, la obtención de volúmenes comercializables de quinoa dependía, para los lineamientos del programa tecnológico, de disminuir los tiempos y la energía destinados a la trilla y venteo (Fundación Nueva Gestión, 2015).



Sistema tradicional de venteo. Hornocal, abril de 2010.

La participación de técnicos de INTA y de productores de Yavi en el III Congreso Mundial de Quinoa en Oruro en 2010, sirvió para tomar conocimiento de las estrategias que se venían probando en Bolivia para resolver estas cuestiones en

los volúmenes comercializables que en ese país se manejaban (Golsberg et.al. 2010). Esta experiencia constituyó la primera oportunidad de contacto, aproximación y manipulación de los dispositivos de poscosecha que se empleaban en ese momento en el altiplano boliviano, en su mayoría, máquinas realizadas en talleres familiares en Oruro y Challapata.

A raíz de esto, *“En el año 2010 el INTA IPAF NOA importó maquinaria de poscosecha de Bolivia para su evaluación y adaptación con el fin de acercar una solución a los productores. A partir de los ensayos realizados en las campañas 2011-2012, se tomó la decisión de avanzar en un desarrollo propio que contemple mejoras sobre los problemas operativos, físicos, ergonómicos y de prestaciones observados en la maquinaria importada. El proceso de diseño y desarrollo hasta obtener un producto comercializable se extendió por prácticamente 4 años, desde fines de 2012 hasta mediados de 2015.”* (Informe de avance: Anteproyecto de Investigación “Validación de tecnología para la Poscosecha de Quinoa” 2016). Estas tareas se pudieron hacer, primero, por medio de un proyecto ejecutado por Fundación Nueva Gestión y financiado por el Programa Norte Grande (*“Desarrollo asociativo de prototipo de maquinaria para poscosecha de quinoa. Industria y tecnología agropecuaria en las provincias de Jujuy, Salta y Catamarca”*). Asimismo, el diseño y puesta a prueba de los nuevos equipos desarrollados se pudo hacer por medio de fondos propios de INTA, a través del llamado *Proyecto específico “Tecnologías Apropriadas para la producción primaria de la agricultura familiar”* (Golsberg et.al. 2010).

A partir de la familiarización con la tecnología boliviana, entre el personal de los organismos técnicos se consolidaron varias ideas sobre las prestaciones de los equipamientos a desarrollar: *“debía ser simple, de fácil operatividad, y debía preverse que el mantenimiento pudiera ser realizado por los propios productores a bajo costo y con poca dependencia de insumos externos. Debía poderla operar el menor número de personas posible. [...] Debía ser fácil de trasladar de un campo a otro ya cada máquina debía ser compartida por productores distribuidos en un radio menor a los 10 km.”* (Fundación Nueva Gestión, 2015: 83). Con este fin avanzó una propuesta para subdividir las tareas de poscosecha en diferentes máquinas, tal como se realizaba en Bolivia: una máquina para la trilla, otra para la clasificación del grano mediante tamizado mecánico por vibración. En segundo lugar, la necesidad de repensar las dimensiones y la maleabilidad de las máquinas

para permitir un traslado fácil y ágil, a diferencia de la trilladora boliviana, diseñada para ser operada en un único sitio.

Las dos máquinas que conformarían entonces el sistema de poscosecha comenzaron a ser desarrolladas y testeadas sucesivamente, por lo que los módulos de trilla por un lado y de clasificación por otro, fueron diseñados y estuvieron en condiciones para su puesta a prueba, uso y comercialización, en momentos diferentes. El primer prototipo de la trilladora fue testado a campo en mayo de 2014 en la comunidad de Uquía. El prototipo de clasificadora fue testado a campo por primera vez en mayo de 2016, en la localidad de Ocumazo. Estos tests a campo pudieron realizarse gracias al ofrecimiento de sus campos que aportaron las familias agricultoras de la experiencia territorial que analizo en esta tesis (ver foto adjunta). En el desarrollo de las pruebas, se puso en evidencia que las máquinas permitían reducir el tiempo de trabajo de trilla en un 90% y ofrecían un mayor rendimiento que otras máquinas, llegando a los 250 kg/hora (Fundación Nueva Gestión, 2015: 85). Por otro lado, este mismo año 2017, el INTA aprobó la entrega de ocho módulos de poscosecha a la Mesa Quinuera de Quebrada y Puna en el marco del arriba mencionado proyecto ITI de PROSAP. Estas máquinas quedaron distribuidas a razón de seis máquinas para Puna y dos para la Quebrada – una para el departamento de Tumbaya y una para el de Humahuaca –, aunque las máquinas de la región Quebrada recién serían efectivamente cedidas en marzo de 2019: la primera bajo el manejo municipal, y la segunda bajo manejo del Grupo Los Quinueros de la Quebrada.



Primer ensayo a campo de máquina trilladora de quinua desarrollada por INTA-IPAF NOA.

Ocumazo, mayo de 2016

Durante el accionar del Complejo Quinua Jujuy, cada organismo consolidó un perfil de acción específico. Nueva Gestión consolidó su rol de articulador interinstitucional; la FCA consolidó su perfil agroecológico y en la búsqueda de mecanismos para evitar o suplir el uso de agroquímicos; y el IPAF NOA consolidó su orientación a la puesta a punto tecnológica del grano para su venta. Por último, la SsAF asumió las tareas vinculadas a los canales de comercialización del grano; pero su propia debilidad institucional y financiera le impidió ejercer esta función.

La experiencia territorial que analizo: El Proyecto PRODERI y el Grupo los Quinueros.

Según el cálculo de la Fundación Nueva Gestión, las acciones del Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA contaron con un número de 442 productores estables entre las cinco provincias andinas involucradas, es decir, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja y Tucumán (Pereyra y Rivero, 2015). La provincia de Jujuy aportaba el 41% del total, siendo por mucho la provincia con mayor cantidad de productores de quinua, concentrados en la región Puna (departamento de Yavi) y en la región Quebrada (departamentos de Humahuaca y Tumbaya) (op.cit.). Es así que la presencia de equipos técnicos de entidades públicas – INTA y SsAF – en dichos departamentos, constituye un elemento decisivo para comprender la integración de estos territorios al programa tecnológico, así como la ausencia de otros¹⁷.

Durante los ya mencionados procesos formativos de FBC en el año 2013 – antes de la gestación del Complejo Quinua Jujuy – se habían puesto en acción esfuerzos por expandir el programa de fortalecimiento de la quinua a nuevos territorios, entre los que se incluye el departamento de Humahuaca. En esos talleres se presentó una propuesta consistente en ofrecer una introducción a la producción de quinua bajo los parámetros del modelo boliviano y sus adaptaciones a campo

¹⁷ Una mención aparte merece la Cooperativa CADECAL, que participó del taller inaugural pero luego no volvió a integrar el Complejo. Se trata de una cooperativa especializada en quinua, cuyos 22 socios se localizan en Cusi Cusi, Mina Pirquitas, Coranzulí y Rinconada, es decir, en algunas de las zonas más remotas de la puna jujeña (ver el mapa adjunto). La modalidad de trabajo de esta cooperativa, inspirada en el mismo marco metodológico hasta aquí mencionado, transitó sin embargo un derrotero propio, independiente del Complejo Quinua Jujuy, cuyas acciones territoriales se centraron en los sitios mencionados en este capítulo. Las razones para este derrotero independiente merecerían un estudio aparte. Sin embargo, resulta inocultable y necesario poner de relieve que las distancias geográficas constituyen en este caso una limitante palpable para la integración de localidades remotas a las propuestas tecnológicas.

incorporadas a partir de Yavi. En estas oportunidades, lo que se ofreció a los productores fueron horas de tractor municipal, asesoramiento técnico brindado por la SsAF del equipo Humahuaca, semilla proveniente de las poblaciones multiplicadas en Yavi. También se elaboraron listas de aquellos insumos que cada productor/a requería para acondicionar su propio predio agrícola (alambrados, herramientas de labranza, equipos de riego, etc.), aunque estas demandas fueron sólo marginalmente saldadas. La propuesta, presentada bajo el parámetro de los procesos de formación por competencias, apuntaba a difundir experiencias locales para que adquirieran su propia dinámica al concluir el año del proceso formativo.

Así fue como comenzó el tejido de relaciones sociales entre el personal técnico de la SsAF y un conjunto de productoras y productores, a raíz de lo cual, y aprovechando una cartera de financiación disponible en el año 2014 – el Programa de Desarrollo Rural Inclusivo (PRODERI) – comenzó a tomar forma la idea de presentar un nuevo proyecto que continuara y profundizara estas experiencias. Este proyecto se formuló entre los meses de junio y noviembre del año 2014, y se denominó “*Rescate y revalorización del cultivo de quínoa orgánica con productores de la Quebrada de Humahuaca*”. En la jerga cotidiana de quienes estuvimos involucrados en este proyecto (técnicos/os y destinatarias/os), pasó a denominarse sencillamente “*el PRODERI*”, y así lo mencionaré a partir de aquí para no volver más engorrosa la lectura.

Fue entonces a partir de este PRODERI que comenzó mi propia vinculación con el programa tecnológico en cuestión, ya que yo conformé, junto a mi compañera Gabriela, el equipo técnico que llevó adelante su diseño, redacción y ejecución. Cabe aclarar que mi renegociación de roles con este conjunto de productoras/es comenzó a mediados del año 2016, cuando, frente a las circunstancias institucionales, renuncié a mi cargo técnico en la SsAF y obtuve una beca doctoral UBACyT.

El PRODERI se fue formulando, en primer lugar, sobre la base de definir su conjunto de beneficiarios/as: o, para emplear la categoría establecida por el propio formulario del programa, la “*titularidad del predio/explotación para inversión intrafinca*” (ver: Formulario de Planes de Negocios Intraprediales – PRODERI “Rescate y revalorización...”). Para eso, un prerrequisito administrativo solicitado por el programa financiador consistía en completar la Ficha de Elegibilidad. En dicha ficha debía constar la información que diera cuenta de las características del núcleo familiar y de la finca de cada titular, con el fin de fundamentar que estaban

en condiciones de ser destinatarios de la política: básicamente, que eran efectivamente agricultoras/es, pero por debajo de un umbral de capitalización. Una organización social – la Unión de Pequeños Productores Aborígenes de Jujuy y Salta (UPPAJS) – ofreció sus locaciones para la gestación del proyecto, y colaboró asimismo en la difusión de la convocatoria a productoras y productores interesados. Muchas de esas personas habían compartido conmigo o con mi compañera otras actividades técnicas previas, en el ámbito de diversos proyectos de desarrollo rural y promoción social (conmigo, principalmente quienes provenían de las comunidades de Cianzo, Hornocal, Calete, Ocumazo o Varas; con mi compañera, principalmente quienes provenían de Uquía, Valiazo, Pinchayoc y San Roque). Y, por último, había también gente con la que no nos unía ningún conocimiento previo. Fue así como el espacio nucleado por el proyecto fue adquiriendo con el paso del tiempo su propia dinámica y se consolidó así como una experiencia organizativa con su propia vida colectiva, sus propias reglas y criterios de trabajo.

El proyecto que se fue redactando tenía el triple fin de, por un lado, adquirir la infraestructura productiva requerida por cada productor/a (alambrados, cañerías de conducción del agua, pequeñas represas de riego, bombas de agua, herramientas agrícolas, etc.); por otro lado, contar con fondos de movilidad técnica para recorrer las *fincas* beneficiarias; y por último, obtener de manera colectiva maquinaria para la trilla, venteo y clasificación de quinua que facilitara los trabajos de poscosecha. Este conjunto de personas comprendía un total de cuarenta *titulares* de proyecto, que tenían sus parcelas agrícolas distribuidas en quince parajes rurales de todo el departamento de Humahuaca. De las/los cuarenta, diecinueve habían participado del previo proceso de formación por competencias en el año 2013; el resto eran nuevas/os en la temática.



Recorriendo los *sembradíos* particulares durante una asamblea del Grupo Los Quinueros del PRODERI (Ocumazo, 10/1/2020)

La etapa de formulación del proyecto requirió, para el equipo técnico que yo integraba, de la familiarización con los predios agrícolas que cada productor/a estaba interesada/o en poner a disposición del Programa de fortalecimiento de la quinua. Simultáneamente, comenzó a dar forma a una dinámica organizativa que mantiene continuidad hasta el día de hoy, consistente en la realización de una asamblea plenaria mensual (el primer viernes de cada mes), en la ciudad de Humahuaca, para coordinar colectivamente, entre productoras/es y equipo técnico, todos los temas que se van presentando asentados en el libro de actas del grupo, recuperando de este modo otras experiencias organizativas (sindicales, comunitarias, misionales, etc.) que las/os agricultoras/es traían de sus propias trayectorias de vida. Cuando la disponibilidad de recursos lo permitió, las asambleas fueron complementadas con recorridos a campo por los predios de cada agricultor/a, con talleres temáticos, y cuando fue posible, con realización de taller directamente en predios agrícolas, permitiendo de este modo un intercambio horizontal de experiencias y conocimientos.

Para la presentación formal del proyecto era necesario contar con una entidad que ofreciera su persona jurídica y su cuenta bancaria para la ejecución de los fondos. Este rol fue ofrecido por una Fundación a la que fue posible acceder a través de dos de los productores destinatarios del proyecto. El programa

financiado por PRODERI aprobó el proyecto en junio de 2015. Contaba en su formulación con dos componentes y dos desembolsos diferentes, adecuándose de este modo a la modalidad establecida por el programa de financiación. Los fondos entregados revestían carácter de subsidio, por lo cual no debían ser reembolsados. Los componentes establecidos por el programa consistían por un lado en un “Plan de Negocio e inversión intra y extra finca”; por el otro, en un “Plan de asistencia técnica y capacitación” de \$70.000. En los términos del propio formulario del proyecto, el primer componente servía a los efectos de obtener (1) “Incentivos para las Inversiones Familiares en Finca” por \$860.000, así como (2) “Inversiones de Uso Colectivo para la Capitalización de las Organizaciones” por \$150.000. El segundo componente, el (3) “Plan de Asistencia Técnica y Capacitación”, servía para que nuestro equipo técnico pudiera disponer de combustible y material de librería con que asegurar los recorridos y visitas a los predios agrícolas y los talleres de capacitación necesarios.

Asimismo, la planificación de los desembolsos se organizaba en dos etapas. El primer desembolso consistía en la suma de (1) y (3), es decir, \$930.000 que debían emplearse en la compra de los equipamientos e insumos para cada finca, así como en el combustible y material de librería para el equipo técnico. El segundo monto consistía en los \$150.000 necesarios para la compra de los equipos de poscosecha de administración colectiva, aunque este segundo monto nunca se desembolsó debido a complicaciones administrativas del propio programa. Sin embargo, uno de los insumos más costosos del primer desembolso – el abono – se obtuvo a un precio extremadamente favorable, muy por debajo del presupuesto formal, extendido por una agroquímica, que se había presentado en la formulación del proyecto. La explicación a este fenómeno apunta a los criterios no mercantiles que rigen la distribución y obtención del abono en la Quebrada de Humahuaca, y que profundizaremos en el capítulo siguiente. En cualquier caso, el monto remanente de esta previsión durante el primer (y finalmente único) desembolso, nos permitió realizar la compra de un módulo completo (trilladora + clasificadora) de equipos de poscosecha.

Por último, el proyecto contó también con fondos para la compra colectiva de componentes para preparar insumos agroecológicos (fungicidas, abonos orgánicos, repelentes de plagas): de este modo se obtuvieron miel de caña, leche, azufre, etc., mediante compras colectivas.

La mayor parte de los esfuerzos de armado de presupuestos, gestión de compras, logística de traslado y distribución de los insumos solicitados por cada familia, se concentraron entre junio y septiembre de 2015, es decir, durante el invierno, mientras los suelos están en descanso y las/os agricultoras/es cuentan con más tiempo. Los equipos de poscosecha se compraron al taller metalúrgico FLAMA de Palpalá, que fue el que obtuvo los derechos para la producción en serie de los prototipos diseñados por IPAF NOA de INTA. En ambos casos, la compra de las máquinas se realizó inmediatamente después de su lanzamiento al mercado: la trilladora en abril y la clasificadora en diciembre del año 2016. El PRODERI aquí presentado fue consolidando un colectivo social que, a falta de persona jurídica propia, mantuvo el nombre del “grupo asociativo” demandante del proyecto: el *Grupo Los Quineros de la Quebrada*.

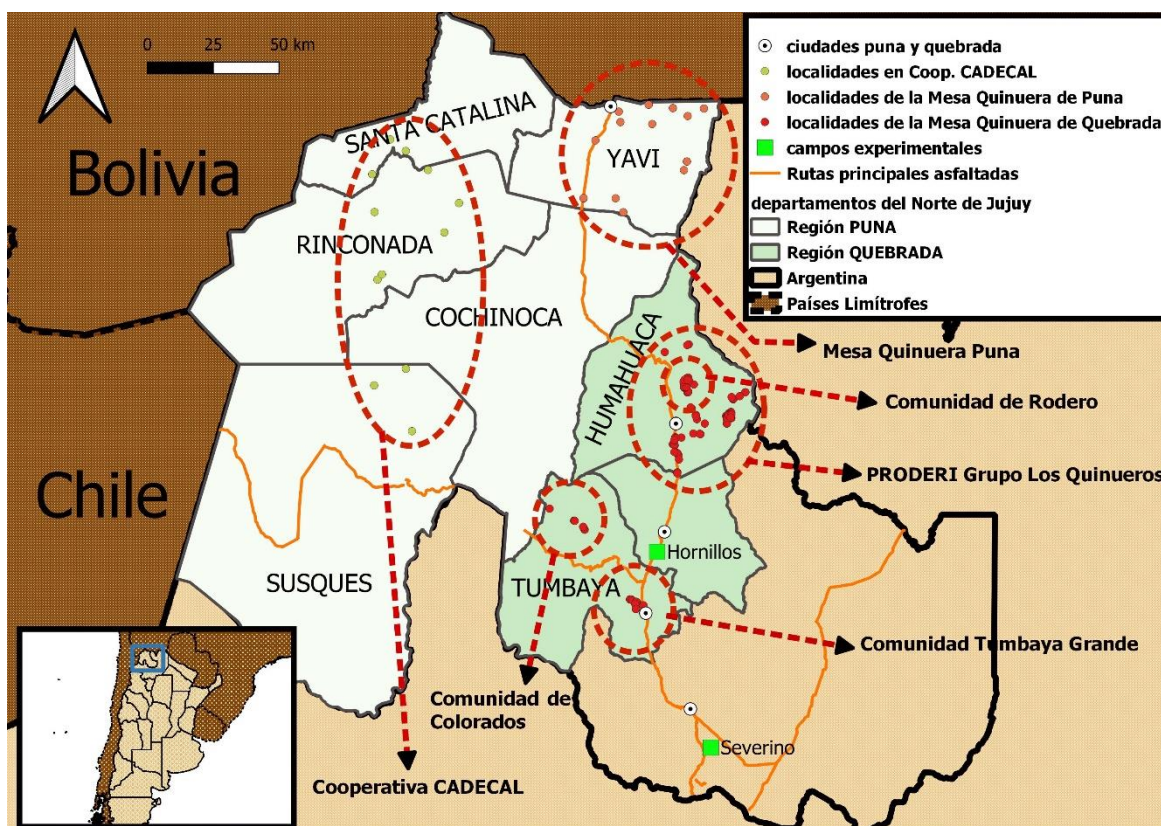
...

Los quineros como interlocutores de políticas: las Mesas Quineras de Puna y Quebrada.

En el año 2015 los organismos que conformaban el Complejo Quinoa Jujuy se enfrentaron a la necesidad de contar con alguna forma de interlocución con las experiencias concretas que existían en los territorios, es decir, con participación efectiva de las familias agricultoras. Con este fin, el Complejo propuso un mecanismo de representación que se denominó Mesas Quineras de Puna y de Quebrada, siguiendo una modalidad de trabajo muy difundida en ámbitos de desarrollo rural (Pefaur, 2019). Los dos territorios en los que la propuesta encontró las alianzas necesarias para responder a la gestación de estas Mesas fueron, como hemos visto, el departamento de Yavi, en la puna, y los departamentos de Humahuaca y Tumbaya, en la quebrada.

La Mesa Quinera de Quebrada, que constituye mi campo empírico en esta tesis, comenzó a adquirir forma a fines de 2015 y cobró su mayor vitalidad en 2016. Puso en articulación cuatro experiencias territoriales de familias productoras de quinua y sus respectivos equipos de asesoramiento técnico: 1) el grupo conformado por el ya mencionado PRODERI en el departamento de Humahuaca; 2) familias integrantes de la comunidad de Rodero, también en el departamento Humahuaca, que contaban con la colaboración técnica de la Agencia de Extensión Humahuaca de INTA y que, como hemos visto más arriba, habían participado en la ejecución del proyecto ITI; 3) familias de la comunidad de Tumbaya Grande, departamento de Tumbaya, que habían contado con una experiencia de trabajo anterior a la

gestación del Programa de Fortalecimiento, mediante un proyecto ejecutado por una fundación denominada FundAndes; y 4) la Comunidad de Colorados, también en el departamento de Tumbaya, que carecía de acompañamiento técnico después de haber participado en 2013 en el discontinuado proceso formativo en la localidad de Barrancas. La Mesa Quinuera de Quebrada llegó así a poner en diálogo y articulación a 83 familias productoras provenientes de 27 localidades diferentes de los departamentos de Humahuaca y Tumbaya, a saber: San Roque Limpitay, Pinchayoc, Uquía, Chucalezna, El Churcal, Calete, Ocumazo, Pukara, Valiazo, Coctaca, Queragua, Hornocal, Cianzo, Palca de Aparzo, Varas, Chaupi Rodeo, Negra Muerta (Grupo Los Quineros de la Quebrada), Juirí, Pueblo de la Candelaria y Ronque (Comunidad Aborigen de Rodero), Colorados y Carrizal (Comunidad de Colorados); Raya Raya, Campo de Agua Chica, Agua Chica, El Porvenir y Huajra (en Tumbaya Grande). A partir de fines del año 2017, con el cierre de los proyectos ejecutados en el marco del Complejo Quinua, este espacio de representación de los productores fue quedando discontinuado.



Mapa de la provincia de Jujuy. Se presentan todas las experiencias territoriales con quinua mencionadas en el texto. (Fuente: elaboración propia)

La otra experiencia territorial que consolidó el conjunto de interlocutores de los organismos institucionales, estuvo constituida por la Mesa Quinuera de Puna, que

mencionaré a continuación pero que no estudiaré en esta tesis. Aglutinaba a las familias productoras de las comunidades del departamento de Yavi que integraron la prueba piloto del año 2009/2010 y que a partir de entonces contaban con la asistencia técnica de personal de ProHuerta y de SsAF en La Quiaca: localidades de Chalguamayoc, Suripugio, San José, Escaya, Ojo de Agua, Cara Cara, El Tolar, La Intermedia, Cangrejos, Inticancha, Piedra Negra, Cangrejillos, Sansana Sur, Casti. Es decir, en su gran mayoría, comunidades localizadas al este del departamento de Yavi, y que también compartían entre ellas – y con el equipo técnico – diversas experiencias de promoción social y desarrollo rural, que trascendían la estricta propuesta de trabajo del programa tecnológico, y se vinculaban a acciones organizativas de diversas índoles y con diversos objetivos.

Un último emergente del Complejo Quinoa Jujuy que cabe mencionar consistió en la elaboración, durante el año 2016, de un Plan de Contingencia. La sequía y la expansión del cultivo bajo un paradigma agroecológico – y por lo tanto, desestimulando todo lo posible el empleo de agroquímicos – habían facilitado la rápida propagación de una plaga, denominada en Bolivia *kona kona* (*Eurysacca spp.*), durante la campaña 2015-2016. El Complejo Quinoa adjudicó a este hecho una de las principales razones para no haber logrado una cosecha ni remotamente cercana a la esperada, lo que comprometía las expectativas de los cinco proyectos en ejecución: el Proyecto I percibía una disminución del número de agricultores familiares enrolados, en lugar de su expansión; el Proyecto II veía comprometido el éxito de una reconversión agroecológica del sistema productivo; el Proyecto III contaba con menos entusiasmo de su público destinatario por mantener las variedades nativas; el Proyecto IV no podría poner a prueba la infraestructura para agregado de valor con una cosecha disminuida; y el Proyecto V carecía de volúmenes de venta sobre los que ejercer una política de comercialización. A esto hay que agregar que el cambio del signo político del gobierno nacional obligaba a las instituciones a revalidar sus modalidades de trabajo en territorio, para no ver discontinuadas sus líneas de acción.

Es de este modo que, en abril de 2016, las instituciones integrantes del Complejo Quinoa decidieron diseñar un plan de contingencia que permitiera disminuir las pérdidas agrícolas o siquiera paliarlas parcialmente. Con este fin, las instituciones que integraban el Complejo mantuvieron talleres plenarios de trabajo durante el primer semestre, del cual surgió el Plan de Promoción de la Quinoa redactado en junio de 2016. Allí, el énfasis estaba puesto en 4 Etapas: 1)

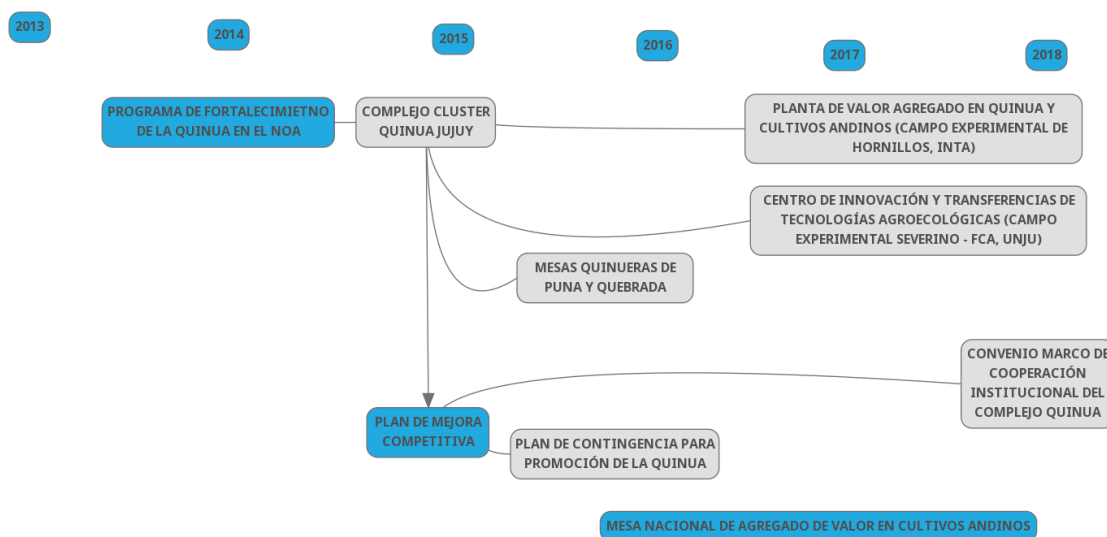
Habilitación de parcelas de cultivo; 2) producción; 3) poscosecha y 4) comercialización. (Plan de Promoción de la Quinoa 2/6/2016). Con el fin de llevar adelante estas cuatro etapas, se establecía un plan de acción con fuerte presencia territorial para asegurar resultados. Dicho plan – que carecía de otra financiación que la que pudiera aportar cada entidad participante – logró acordar la integración de cuatro niveles de coordinación de las acciones en los diferentes territorios: en primer lugar las unidades agrícolas; en segundo lugar los llamados “promotores locales” (personal que pudiera hacer un seguimiento localizado de las demandas de grupos familiares por comunidad o zona); en tercer orden, los “técnicos de terreno”, tarea asumida por personal de la Secretaría de Agricultura Familiar y de ProHuerta; y en último orden, los llamados “Coordinadores zonales”, uno por Puna y uno por Quebrada.

El plan se enfrentaba para su implementación a una multiplicidad de problemas, pero principalmente a las dificultades para acceder a movilidad (vehículos) y a recursos (combustible) para realizar los recorridos por las parcelas agrícolas familiares. Puedo puntualizar con el caso de Quebrada. Nuestro equipo técnico contaba con la posibilidad de mantener cierta continuidad en la presencia a campo en el departamento de Humahuaca, haciendo uso de los últimos fondos de movilidad disponibles del ya mencionado proyecto PRODERI, porque dichas tareas estaban relativamente planificadas en el organigrama de utilización de los vehículos de la Secretaría de Agricultura Familiar. En cambio, no estábamos en condiciones de ofrecer las mismas posibilidades a las otras dos experiencias territoriales de familias agricultoras que lo demandaron: a saber, la comunidad aborígen de Tumbaya Grande, y la comunidad aborígen de Colorados, ambas en el departamento de Tumbaya. Esto dejó ambas experiencias desamparadas, y con el tiempo no pudieron continuar participando de los espacios de articulación.

La segunda dificultad se deduce de la anterior: la escasez de recursos disponibles para asegurar la tarea asignada a los promotores locales, que implicaba una dedicación de tiempo que no estaba contemplada en ninguna fuente de financiación. La Secretaría de Economía Popular del Ministerio de Producción de la provincia asumió finalmente el compromiso de destinar unos pequeños montos como honorarios para cubrir las tareas de estos promotores en lo que restaba del año 2017. La entidad receptora de los montos era cada municipio local: lo que, como es de esperarse en jurisdicciones que sufren problemas crónicos de liquidez, dificultaba el monitoreo efectivo de la administración de esos fondos.

Asimismo, la ausencia de combustible y de vehículos para el traslado de los promotores locales durante el año 2017, provocaron que de cualquier modo las funciones de éstos quedaran discontinuadas a mitad de ciclo agrícola (en diciembre recién concluían las tareas de siembra). Por lo tanto, el seguimiento de los cultivos hasta su madurez, cosecha y poscosecha, fueron tareas que quedaron en manos de los ya mencionados equipos técnicos territoriales. Pero más aún: estas condiciones de seguimiento ocurrieron bajo el contexto de una crisis drástica del área ministerial que garantizaba el seguimiento técnico a campo (la Subsecretaría de Agricultura Familiar). A partir de ello, las/os técnicas/os que no padecieron los despidos, se enfrentaron (nos enfrentamos) a una severa disminución en la capacidad de acompañamiento de las familias agricultoras.

De modo que, al llegar el año 2017, inevitablemente, cada institución se vio más obligada a dar cuenta de la ejecución prolija de sus respectivos fondos con el fin de lograr los reembolsos, que en velar por el cumplimiento de los objetivos que el Complejo se había establecido.



Un ejercicio de extrañamiento y dos observaciones sobre el corpus documental del Programa de fortalecimiento de la quinua.

Sólo en el marco de lo que hemos presentado aquí como el “Programa de Fortalecimiento de la quinua” en la provincia de Jujuy, hemos procurado poner de relieve la emergencia, en unos pocos años, de una significativa cantidad de producciones institucionales. Esta producción se expresa en aquellas materialidades que cristalizan el *trabajo político* (Gaztañaga, 2010): en reuniones, encuentros, convenios, planes de acción, que en última instancia llevan a la

redacción y ejecución de **proyectos**. El proyecto constituye así la modalidad convencionalizada y naturalizada de enmarcar las acciones de instituciones y organizaciones civiles en criterios legibles, legitimables y mensurables. El proyecto define qué se va a hacer, quiénes lo van a hacer, esperando qué resultados, y qué recursos son necesarios para llevar adelante las acciones. Se convierte así en la materialización de la abstracción burocrática en términos inteligibles de organización de las acciones hacia la persecución de fines. En el transcurso del período analizado hasta aquí, entre el 2009 y el 2018, he identificado un total de 18 proyectos que responden a los lineamientos del Programa de fortalecimiento, entendidos en tres aspectos: en un objetivo más o menos homogéneo (la mejora de la calidad de vida de las/los agricultores familiares), en una línea de acción bastante circunscripta (la difusión del cultivo de quinua), y en un sujeto destinatario de intervención, aunque extenso, también circunscripto (las familias integrantes de comunidades andinas de Jujuy). En el Gráfico Anexo N°2 (p.268) presento estos proyectos, según algunos aspectos sintéticos importantes. Estos aspectos son: el objetivo; el período durante el cual tuvo vigencia; y he procurado identificar cuatro actores sociales diferentes que participan de cada proyecto: 1) la fuente de financiación; 2) el organismo ejecutor (la institución u ONG que constituye la figura jurídica visible que ejecuta los recursos); 3) el equipo técnico (las personas que, mediante la presencia en territorio y la coordinación de acciones, le da forma concreta a la ejecución de los fondos); y 4) los sujetos destinatarios (una categoría que, por parecer autoexplicativa, disimula una realidad social compleja en la que participan múltiples factores de reclutamiento de los sectores populares). Para no profundizar aún en este último punto, que resulta central a mi análisis, en el cuadro he optado por presentar los “sujetos destinatarios” en términos por ahora aproximativos, según los territorios de intervención de los proyectos en cuestión.

El monto de aquellos proyectos cuyo presupuesto conozco (que constituyen sólo siete del total: N°5, 6, 7, 11, 12, 13 y 14 en el cuadro) suman un saldo obtenido y ejecutado de AR\$8.621.652,98¹⁸. Es decir que, si hacemos un promedio sobre ese monto (muy grotesco, y sólo a fines aproximativos) y lo multiplicamos por el total de proyectos financiados (tener en cuenta que los proyectos 15 y 17 no fueron financiados), podemos estimar que el monto de inversiones y gastos realizados en

¹⁸ El único proyecto cuya financiación fuera asignada pero no ejecutada lo constituye el ya mencionado Proyecto VI del Complejo Quinua Jujuy, que la SsAF no pudo cumplir debido a la crisis interna de dicho organismo.

relación al Programa de Fortalecimiento de la Quinua en Jujuy asciende a no menos de veinte millones de pesos.

Este cuadro me dispara a reflexionar que el Programa de Fortalecimiento a la producción de quinua permitió dar un marco de legitimidad al quehacer de diversos organismos públicos y privados vinculados al desarrollo rural en la región andina de Jujuy. Esto se expresa en la participación de estos organismos en al menos uno de los proyectos que conformaron la constelación de acciones institucionales que estamos analizando.

Por otra parte, este cuadro nos invita a preguntarnos por los efectos que estos proyectos dejaron en la trama social destinataria. Dado que estos proyectos fueron dirigidos a transformar una realidad social en otra, debieron para ello establecer sus propios parámetros de evaluación: los “indicadores de éxito”. Aunque cada proyecto estableció sus propios parámetros de medición, en las instancias internacionales – el Complejo Quinua Jujuy; el Plan de Contingencia de la Quinua, etc. – se activan determinadas categorías que constituyen una suerte de sentido común del habla técnico-burocrática y que establecen en términos mensurables el consenso acerca de lo que constituye la realidad presente y el potencial futuro. Tres categorías convencionalizadas por dicha comunidad de habla técnico-burocrática emergen para dar visibilidad y medir esta realidad social: 1) cantidad de productores (o unidades productivas, o establecimientos agrícolas, o agricultores familiares); 2) superficie implantada; 3) rendimiento. Veamos a modo ejemplificador unas expresiones en que se pone de manifiesto cómo estas categorías constituyen un sentido común interinstitucional:

*“En cuanto a las acciones a poner en marcha, los participantes acordaron que se debe referenciar lo más exactamente posible el nivel de **producción actual** que existe en la quebrada y la puna, el número aproximado de **cuántos agricultores familiares** están incluidos en el complejo y **cuántas hectáreas** se destinan a la producción. Finalmente, apostaron a que los resultados esperados van a surgir del trabajo de las instituciones que próximamente comenzarán a trabajar en **encuestas** para recabar información de la situación productiva actual”.* (I Foro del Complejo Quinua Jujuy: 15/8/2014 <http://www.prosap.gov.ar/Docs/1erForoQuinoaJujuyAgosto2014-Gacetilla.pdf>; mi resaltado)

Esta preocupación guarda vigencia a lo largo de toda la existencia del programa tecnológico: *“En los últimos años, y a partir del incremento exponencial que ha*

*tenido el interés y puesta en valor de la quinua como alimento, los organismos del Estado en todos sus niveles y las asociaciones de productores han venido trabajando en conjunto con el fin de, paso uno, **conocer la cantidad de hectáreas cultivadas con quinua en la provincia, cantidad de productores y rendimientos logrados**, además de relevar también las problemáticas de todo tipo que surgen en las etapas de producción, cosecha, poscosecha y comercialización.”* (Plan de Promoción de la Quinua 2 6 2016).

Como consecuencia de estas expectativas, cada vez que un documento institucional comienza, se ve en la obligación de poner en valor la importancia actual y potencial de la producción de quinua en la región andina de Jujuy, y para eso debe hacer uso de la información más reciente disponible.

Pero al pasar en limpio los datos dispersos que fueron obtenidos y empleados en distintas oportunidades por la documentación del Programa de Fortalecimiento de la Quinua, nos encontramos con que las cifras mencionadas no parecen guardar una coherencia mutua, o por lo menos no parecen responder a un patrón identificable. Pongamos en concreto la información numérica sobre estas tres variables:

- Durante el año 2013, la realización de talleres diagnóstico integrando las experiencias agrícolas en quinua que tenían lugar en las regiones andinas de Jujuy, Salta y Catamarca, permitieron obtener los datos relevados durante el diagnóstico sobre la producción para la campaña 2012/2013. Para la provincia de Jujuy, los datos son los siguientes: *“se concentran en la actualidad un total de **39 unidades productivas**, en su casi totalidad pequeños productores individuales, con un área cosechada de **25 has**, resultando una producción de **42 toneladas**”, distribuidos del siguiente modo: “en el Departamento de Yavi existen un total de 31 productores (1 mediano y el resto pequeños), en un área de 16 has, que producen 24 toneladas, con **rindes promedio de 1,5 ton/ha**. Mientras en el Departamento de Santa Catalina, se han podido identificar 8 productores (de ellos 6 en la localidad de Cusi Cusi) que reúnen 9 has y una producción de 18 toneladas, con rindes un tanto superiores (2 ton/ha), lo cual es típico de esa zona.”*

- Durante el año 2014, el INTA y la Fundación Nueva Gestión realizaron una encuesta en las regiones de Puna y Quebrada (departamentos de Cochinoca, Susques, Santa Catalina, Yavi, Humahuaca, Tilcara y Tumbaya) para identificar numéricamente las características de la producción de quinua en la región NOA. Estos datos fueron empleados en por lo menos dos oportunidades (Fundación

Nueva Gestión, 2015; Roisinblit et. al., 2015) Allí se identifica un total de **195 establecimientos** (75 en la Quebrada y 120 en la Puna) que producían quinua, empleando para ello una superficie total de **58 hectáreas** (Fundación Nueva Gestión, 2015). *“El 80% de la quinua que se produce en la Puna y el 20% en la Quebrada de Humahuaca; en superficies variables, en la puna con un promedio de 3833m² por establecimiento, con mayores superficies que en la quebrada, con casi 1500m² por establecimiento”* (Roisinblit et. al., 2015). Para la campaña agrícola previa (**2013**), esta encuesta estableció los siguientes datos: **49 unidades productivas, 38 hectáreas, 84 toneladas** de producción total (Fundación Nueva Gestión, 2015).

- En la página de presentación oficial de UCAR sobre el Complejo Quinua Jujuy (<http://visorcompetitividad.ucar.gov.ar/complejo-quinua-jujuy/> accesado por última vez el 3/8/19), figura una serie de datos cuya fecha de alta podemos retrotraer al momento en que el proyecto de aprobación del Complejo fue aprobado, es decir, aproximadamente hacia comienzos de 2015. Los datos mencionados son los siguientes: **267 productores; 1000 hectáreas**, localizadas en los Departamentos de Yavi, Santa Catalina; Cochinoca, Rinconada, Susques, Humahuaca, Tilcara y Tumbaya, provincia de Jujuy.

- En el Plan de Contingencia de 2016, la información que detalla el diagnóstico de acciones es la siguiente: *“Puna: 58 productores; aproximadamente 15 Tn - Quebrada: 66 productores; aproximadamente 3,5 Tn”* (22/4/2016: reunión plenaria de instituciones) y también: *“**Hay 124 productores de quinua relevados en Puna (58) y Quebrada de Humahuaca (66) números rescatados hasta el momento y con la salvedad de que son aquellos con los que se ha venido trabajando desde las instituciones locales, lo cual no desconoce que existen otras zonas en que, en mayor o menor escala, se está sembrando quinua. Se espera una cosecha de 18 o 19 t en 2016 entre Puna y Quebrada de Humahuaca. El rendimiento promedio en ambas zonas es de 300 kg/ha: se ha evaluado que estos números pueden llegar a duplicarse o triplicarse con la aplicación de algunas mejoras en las prácticas culturales principalmente.**”* (Plan de Promoción de la Quinua 2 6 2016). A raíz de dicho diagnóstico, el mismo Plan de Promoción propone *“**alcanzar una meta de al menos ¼ de hectárea por productor, con un rendimiento promedio de 500 Kg/ha.**”* (Plan de Promoción de la Quinua 2 6 2016)

- En el mes de agosto del mismo año 2016 surgen los datos que anticipaban la campaña agrícola que estaba por comenzar: *“Cómo llegar a campaña 2016/7.*

Identificar productores (actual 78) [...] **78 productores y 12 hectáreas**. Potenciar más a la misma gente, los que ya tienen experiencia, **nos proponemos ¼ hectárea lo pueden hacer**. Equipos de riego para ¼ hectárea mínimo” (reunión técnicos 1 8 2016)

- En una reunión del complejo quinua a fines de ese mismo año: “Por Mesa Quinuera de la Puna [...] cuentan con **7tn de quinua lavada** [...], aparte tienen **5 tn de 2016 acopiada, trillada y venteada** en espera del proceso de escarificado. Se prevé en la zona **otras 5 tn de la campaña 2017-2018**. Por parte de la mesa de la quebrada [...] la venta está muy adelantada y solo les quedan unos 100kg.” (Reunión de la Asociación Ad Hoc –Complejo Quinua de Jujuy. Acta N° 22, 13/12/2017)

- En la inauguración de la Planta de Valor Agregado de Quinua y Cultivos Andinos erigida en Hornillos, “el gobernador de Jujuy Gerardo Morales [...] mencionó que...] este logro beneficiará a **200 productores agroecológicos de quinua del norte de la Puna jujeña y la Quebrada de Humahuaca**: “Tenemos un promedio de producción en el orden de los **800 kilos por hectárea** que, si trabajamos bien, **podemos llegar a dos toneladas**”, señaló el gobernador” (En Jujuy el AV de quinua está en marcha” 27/3/2018 INTA informa). Y respecto al mismo evento, otro medio menciona: “Jujuy esta por el orden de las **230 hectáreas de producción y tenemos un plan para ampliarlas a 700 hectáreas y seguir creciendo, mejorando la productividad. Estamos en un promedio de 800 kilos y la idea es llegar a dos toneladas como objetivo premium**”, detalló el Mandatario.” (Nueva planta de VA en quinua y cultivos andinos. 29/3/2018 Jujuy al día)

Pongamos en limpio los datos anteriores.

	2013	2014	2015	2016	2017		2018
Cantidad de productoras/es	39 (todos en Puna)	195 (120= Puna 75= Quebrada)	267	124	78		200
Superficie	25 Ha.	58 Ha.	1000 Ha.		12 Ha.		230 Ha.
Rendimiento total	32 Tn.			18,5 Tn. (15 Tn=Puna 3,5 Tn= Queb.)		12 Tn. (Puna)	

Rendimiento por superficie	1500 Kg/Ha a 2000 Kg/Ha			300 Kg/Ha	500 Kg/Ha		800 Kg/Ha (objetivo: 2000 Kg/Ha)
Fuente	Diagnóstico del “Proyecto de desarrollo de la quinua natural en el NOA”	“Quinua: regalo ancestral” (Fund. Nva. Gestión)	Pág. oficial de UCAR	Plan de Promoción de la Quinua		Reunión Asociación Ad Hoc – Complejo Quinua Jujuy	Declaraciones del gobernador en inauguración de Planta de Valor Agregado

UNIDADES PRODUCTIVAS + SUPERFICIE + RENDIMIENTO QUINUA

Como se ve, los datos son dispares y confusos. La fluctuación de todos los parámetros es muy marcada y en absoluto progresiva. En aquellos casos en los que la información consignada responde más a una construcción narrativa – los datos de 2015 y 2018 – es de esperarse mayor libertad interpretativa de los datos citados. Pero, incluso en los casos en que las fuentes de información resultan trazables y muestran esfuerzos de estandarización y centralización de información disponible – 2013, 2014, 2016 y 2017 –, se pone igualmente de manifiesto la enorme flexibilidad de una realidad social que, en principio, podemos describir como compleja y como esquiva a los esfuerzos institucionales para su mensura y control. Lo que nos lleva en primer lugar a formular la siguiente pregunta: ¿por qué la producción de tantos esfuerzos institucionales y financieros (18 proyectos; no menos de 20 millones de pesos) no se refleja en ningún tipo de cambio en los parámetros que las propias directrices institucionales establecen como marcadores de éxito?

El desencuentro entre expectativas y resultados institucionales se vuelve más palpable a medida que la producción de conocimiento “científico” establece umbrales más precisos acerca de aquello que se demuestra como técnicamente posible o deseable. Esto ocurrió por ejemplo a partir de los ensayos realizados por INTA en 2014-2015 para identificar los rendimientos de la quinua en la región andina de Jujuy. Los ensayos se centraron en identificar las variaciones de rendimientos según la fecha y la técnica de siembra:

- “En parcelas controladas en el Campo Experimental Hornillos-IPAF NOA – INTA los rendimientos logrados fueron **4.000 Kg/ha** cuando la siembra es temprana (septiembre) hasta **300 Kg/ha** cuando la siembra es tardía (enero) en los años agrícolas 2004-2015 y 2015- 2016.” (Plan de Promoción de la Quinua 2 6 2016).

- “La técnica de siembra a chorrillo alcanzó el mayor rendimiento con **4544 kg/ha**; seguido por el trasplante con 4260 kg/ha, estadísticamente no hay diferencias significativas; en cambio la técnica por Golpe ya sea cada 10 o 20 cm tiene un rendimiento de **2769** y **2882 kg/ha respectivamente**” (Aracena, 2015)

Otro ejemplo lo constituye el diseño de la planta de procesamiento de granos andinos, que lleva a identificar los volúmenes mínimos de grano que la maquinaria requiere para cumplir su adecuado funcionamiento:

- “Respecto del Proyecto de procesos formativos de Quinua que va a ejecutar el IPAF NOA [...] se trata de [...] **garantizar volumen de quinua para procesar en la planta, se espera al menos entre 7 y 10 mil Kg** [...]” (Reunión de la Asociación Ad Hoc –Complejo Quinua de Jujuy. Acta N° 18, 17/8/2017).

En un caso, los ensayos establecen el umbral productivo **deseable por unidad** de superficie: debería esperarse que cada productor logre un stock no menor a los 300 Kg/Ha, contando con que podría llegar a obtener más de 4000 Kg/Ha. En el otro caso, los parámetros indican **un volumen mínimo** que se debería obtener **en todo el territorio** para el adecuado funcionamiento de los equipos de agregado de valor (no menos de 7000 Kg/Ha).

Estas expectativas, que a los criterios agronómicos resultan francamente humildes, sin embargo se enfrentan una y otra vez a la frustración. Por ejemplo, el 31/12/16 la observación que emergía era la siguiente: “**el seguimiento técnico por sí sólo no está resultando suficiente para estimular la producción. Las ideas: hacer compra anticipada de quinua a \$80/Kg: la idea, que esto ayude a sembrar más** [...] Este año la mayoría se está volcando más al maíz que a la quinua por el precio al que se está ofertando; hoy el maíz te lo compran a \$80 el Kg y hasta \$100; en cambio por la quinua te están ofreciendo \$60/Kg.” (Reunión Complejo + Mesa Quinuera quebrada 31/10/17).

Situaciones como ésta reflejan el desencuentro entre las expectativas institucionales (aumentar la superficie cultivada; aumentar el número de unidades productivas; llegar a determinado rendimiento por productor, alcanzar determinado volumen total de producción), y los resortes que mueven a las mujeres y hombres que se adscriben, en este caso, como quinueras y quinueros. Las acciones de visibilización y legibilización (Scott 1989) que requiere el programa tecnológico, establecen criterios no formulados de estandarización de la producción: homogeneidad (de calidad y tamaño de grano); volumen, previsibilidad en los momentos de cosecha, planificación de stock. Estos criterios se vuelven

imprescindibles para disputar sentidos ante los organismos de fiscalización de alimentos, tales como el Instituto Nacional de Semillas (INASE), o la Secretaría Nacional de Sanidad Alimentaria (SENASA). Pero no parecen permear el interés, la capacidad de dar respuesta o el entusiasmo de las familias destinatarias de las políticas-

...

Otro emergente que emana de la recuperación, ordenamiento y sistematización de la documentación producida en el transcurso del Programa de Fortalecimiento a la Quinoa, se trata de los intrincados sistemas clasificatorios que van dando forma a la burocratización de las propuestas de intervención, por medio de dos convenciones lingüísticas: las siglas por un lado, y por el otro, el empleo en cada fórmula nueva de las mismas categorías utilizadas asiduamente: “quinoa” y “cultivos andinos”.

Ambas reglas producen una intrincada taxonomía burocrática de nombres de entidades, programas, líneas de acción y sujetos colectivos, que se vuelve confusa para quienes fuimos miembros de esa breve pero profusa comunidad de habla, ni que hablar para quienes desconocen ese universo semántico. A lo largo de este capítulo hemos presentado muchas de estas categorías— y evitado otras, precisamente para no abundar y confundir —: PROSAP, UCAR, PRODERI, PROINDER, PRODERPA, PROCANOR, PRODERNOA, ProSol, CADECAL, FIDA, FAO, Proyecto ITI Quinoa, SAF, MAGyP, MinAgro, AER, EEA, Mesa Quinuera de Quebrada; Mesa Quinuera de Puna, Complejo Quinoa Jujuy, Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en el NOA, Complejo Clúster de Quinoa, Comisión Directiva Ad Hoc del Complejo Quinoa, Plan provincial de Promoción de Quinoa, Plan de Mejora Competitiva de la quinoa, Planta de valor agregado en Quinoa y Cultivos Andinos, Mesa Nacional de Cultivos Andinos, Comisión de Valor Agregado de la Mesa de Cultivos Andinos, Convenio Marco de Cooperación Institucional, Comisión de Comercialización de la Mesa de Cultivos Andinos. En este conglomerado de categorías burocráticas se entremezclan nombres de organismos que cuentan con carteras de financiación, organismos que pagan salarios técnicos pero no cuentan con financiación propia, cooperativas, ministerios, secretarías y direcciones ministeriales, proyectos que enmarcan tareas institucionales y/o técnicas, instancias de encuentro que carecen de formalidad institucional.

Es de poner en relieve que, si a aquellos técnicos que hemos sido miembros activos y creadores de esta compleja comunidad de habla, nos resulta difícil seguir el sentido, la pertinencia y la relación mutua de cada una de estas categorías, es sin dudas evidente que la confusión se vuelve infranqueable para quienes no dedican sus energías cotidianas a los debates burocráticos, sino al trabajo cotidiano de multiplicación de la quinua y los cultivos andinos: es decir, las mujeres y hombres que se adscriben como quinueros/os. Vemos en consecuencia la naturalización con que la comunidad de habla técnico-burocrática estimula y produce en poco tiempo sistemas clasificatorios sumamente complejos, que se imponen sobre los sectores subalternos como un lenguaje erudito, produciendo silencios, inhibiciones, desconciertos y, sobre todo, vaciamientos de espacios colectivos, que constituyen desafíos serios para lograr la continuidad de la presencia de agricultoras/es familiares en ámbitos institucionales destinados a ellas/os.

Los dos aspectos que he tratado de poner de relieve hasta acá – la preocupación administrativa por dar carácter visible y mensurable al universo social y productivo destinatario de las políticas, y la frustración ante los números/indicadores que estos esfuerzos expresan por un lado; y el crecimiento de sistemas clasificatorios complejos para designar las acciones institucionales por otro lado – muestran dos aspectos que, además de invisibles a los sujetos que los ejercemos, manifiestan la incompreensión de los resortes que ponen en contacto lo que los programas institucionales esperan que ocurra, con lo que motoriza a los sujetos destinatarios. Si tomamos las categorías de legibilidad establecidas por el propio programa institucional, adquiere visibilidad la incompatibilidad entre un programa tecnológico destinado expresamente y desde el primer momento a expandir una producción para abastecer a un mercado consumidor, y un sujeto social destinatario que no parece estar movido principal o exclusivamente por ese resorte. De esa manera, los propios criterios de legibilidad establecidos por los organismos institucionales fracasan. En la mayoría de estos parámetros, los números más bien han mermado. Sin embargo – y éste también es un dato a tener en cuenta – a medida que pasan las propuestas institucionales, los colectivos nucleares de familias continúan dando existencia y así legitimidad a los programas de intervención.

En los sucesivos capítulos de esta tesis, abordaremos distintas dimensiones de la experiencia cotidiana de las personas que se inscriben, en este caso, como

quinueras/os, y que van estableciendo los criterios por los cuales ellas mismas se consideran, se defienden y se ponen en juego en tanto destinatarias de una política de sector.

Capítulo III. Cómo se produjo la quinua en la Quebrada de Humahuaca.

En el capítulo previo hemos puesto de relieve el marco argumental que justificaba la promoción del cultivo de quinua en las regiones andinas de Jujuy como una oportunidad para mejorar la calidad de vida rural. Para llevar a cabo ese objetivo, fue adquiriendo forma un conjunto de premisas que establecieron umbrales deseables para el modelo de intervención técnica. Pongamos en limpio cinco de ellas, que modelaron el marco de referencia mediante el cual el programa tecnológico identificaba un problema, una oportunidad y una línea de acción:

- 1) La quinua se encontraba casi extinta en territorio argentino.
- 2) La expansión mundial del consumo que estaba experimentando la quinua, podría ser una oportunidad rentable para la agricultura familiar quebradeña y puneña.
- 3) Las condiciones agronómicas para alcanzar el rendimiento óptimo del cultivo en la Quebrada de Humahuaca dependían de: **una distancia entre surcos** de siembra de 35 centímetros (Agüero; Acreche y Aguiar 2015); un **sistema de siembra “por chorrillo”** (Aracena, 2015), y una **curva de productividad decreciente** a medida que la fecha de siembra se alejaba de la primavera.
- 4) La expansión esperada del cultivo bajo los mencionados requisitos de rendimiento, despertaría una demanda de grandes volúmenes de semilla.
- 5) El cumplimiento de las premisas arriba señaladas, al permitir un aumento en los rendimientos agrícolas y consecuentemente también en los ingresos por venta para cada unidad familiar, consolidaría el interés de las agricultoras/es por esta alternativa productiva (Daza et. al., 2015).

La expectativa mínima de superficie y de rendimiento por superficie que esperaba el programa de fortalecimiento de la quinua consistía en que **cada agricultor/a produjera un cuarto de hectárea (2500 m²)** (Plan de Promoción de la Quinua 2/6/2016), obteniendo así **entre 4000 Kg/Ha** con una siembra a principios de octubre (y/o mediante siembra por chorrillo), **y no menos de 2000 Kg/Ha** con una siembra a fines de noviembre (y/o mediante una siembra a golpe) (Agüero et.al 2015; Aracena 2015).

Fue en el marco de estas expectativas de resultados, traccionadas asimismo por el entusiasmo – y por la urgencia – que en la provincia de Jujuy había insuflado

la realización del Congreso Mundial de la Quinua, que dio comienzo la campaña agrícola 2015-2016 en la quebrada de Humahuaca.

A partir de aquí, repasaré los comportamientos que efectivamente tuvieron las quinueros/os respecto a las premisas señaladas, para entender qué correlación efectiva hubo entre las expectativas del programa y las acciones llevadas a cabo por las quinueros/os en los campos familiares.

¿Qué resultados se obtuvieron en el campo?

Emergen en principio dos variables a contrastar con lo ocurrido en campo: qué superficie efectivamente sembraron las/os agricultoras/es, y qué rendimientos efectivamente obtuvieron. En el transcurso de los recorridos técnicos por los predios agrícolas durante el ciclo 2015/2016, fue posible medir y reconocer exactamente las superficies empleadas para la producción de quinua. Esto se desagrega en el gráfico Anexo N°3 (pp. 269-271). Se observa que sólo seis agricultoras/es (sobre un total de cuarenta) alcanzan o superan la superficie esperada; el resto disminuye su superficie hasta números muy pequeños (13 agricultoras/es siembran menos de 500 m²).

Respecto a los rendimientos obtenidos, podemos ofrecer la información del ciclo agrícola 2015/2016, que es aquel del que el detalle es más preciso. En base a la correlación entre rendimientos esperados por las expectativas técnicas y los rendimientos efectivamente obtenidos, vemos que los datos no pueden ser más elocuentes. **Ningún/a agricultor/a se acerca ni remotamente a la expectativa máxima.** Si nos concentramos en la columna del rendimiento mínimo esperable, los resultados tampoco resultan descolantes. Los agricultores 25 y 26 casi alcanzan la productividad mínima esperada; los agricultores 10 y 11 juntos y la agricultora 21 llegan aproximadamente al 75%; los productores N°8, 22 y, juntas, las agricultoras 32 y 33, superan la mitad de la expectativa mínima. **Entre todo el resto, hay varias/os que no llegan ni a un 10% de las expectativas productivas esperadas por el programa institucional** (por ejemplo, N°1, 14, 5 y 6).

Combinando ambos datos – las superficies agrícolas, y los rendimientos por unidad de superficie – la expectativa institucional de cosecha era de **40.000 Kg de quinua en un ciclo agrícola.** El volumen efectivamente obtenido, fue de apenas 2.784 Kg, lo que representa **menos del 7% de lo esperado**¹⁹. Con estos

¹⁹ Cabe aclarar que este número no tiene en cuenta la cosecha de nueve agricultoras/es cuyos rendimientos no pudieron ser pesados, porque no emplearon los módulos de trilla para la limpieza de grano. Pero esto no constituye verdaderamente una dificultad: ya que la razón para no emplear

guarismos, las instalaciones planificadas y erigidas por las instituciones – como el centro de clasificación y agregado de valor de quinua en el campo experimental de Hornillos o el centro de mejoramiento de semilla en el campo experimental de Severino – no podrían obtener siquiera los requerimientos mínimos de grano de quinua como para operar. Es inocultable el desconcierto, la preocupación y la frustración institucionales, cuando la distancia entre la expectativa y la realidad resulta tan indisimulable.

Entonces, partiendo de este desconcierto institucional, debemos preguntarnos: ¿Por qué la gente obtuvo rendimientos tan por debajo de lo esperado?

Abordaremos esta pregunta deteniéndonos en cada una de las variables que determinan este valor, por un lado, la superficie agrícola, y por otro lado, los rendimientos obtenidos por unidad de superficie.

Primer variable: la superficie sembrada con quinua.

Si volvemos al cuadro Anexo N°3, podremos observar que, respecto de la superficie sembrada, la expectativa del programa tecnológico era alcanzar 2500 m² por agricultor/a, sumando así un total de diez hectáreas sembradas por todo el Grupo Quinuero. Pero esta expectativa en ninguno de los dos ciclos agrícolas se alcanza. En el ciclo 2015-2016, la superficie implantada con quinua por productor/a es, en promedio, de poco más de 1670 m². En el ciclo 2016-2017, el promedio es de poco más de 1400 m².

Si nos detenemos caso por caso, observamos que sólo cuatro agricultoras/es (N°1, 9, 30 y 31) sembraron, durante el primer ciclo analizado, una superficie superior a la prevista. Si removemos estos cuatro casos del promedio a fin de evitar distorsiones, y así obtener un cálculo más preciso de las superficies efectivamente sembradas con quinua por el resto de los 28 integrantes con cuyo dato contamos, el número baja a tan sólo 897,39 metros cuadrados por unidad: es decir, menos de un décimo de hectárea. Debemos entonces preguntarnos, en primer lugar, cuáles fueron los mecanismos por los cuales el programa tecnológico arribó a la conclusión de que las/os agricultoras/es estarían dispuestas/os a sembrar 2500 m² con quinua.

las máquinas fue, en todos estos casos, el pequeñísimo número de gavillas de quinua obtenido, que no justificaba reemplazar el tradicional método de trilla manual. De manera que los rendimientos de estas familias se encuentran en todos los casos por debajo de los 2Kg de semilla cosechada.

Las únicas oportunidades en que un dato de superficie fue expresado por las agricultoras/es, ocurrió cada vez que, en el marco del programa tecnológico, se activaron expectativas de poder distribuir servicios de arada y/o abono. Los datos que yo he recopilado en mi matriz surgieron, para el ciclo 2015/2016, de lo consignado en el proyecto PRODERI presentado a principios de 2015; y para el ciclo 2016/2017, del listado de demandas de roturación presentado por la Mesa Quinuera de Quebrada al Ministerio de Producción de la provincia de Jujuy, que en agosto de 2016 se había comprometido a cubrir esas necesidades para asegurar las acciones establecidas en el Plan de Contingencia señalado en el capítulo previo. Estos mismos datos constituyeron la fuente empleada por el programa tecnológico para establecer sus previsiones de volúmenes de cosecha. El detalle de solicitudes así obtenido para el segundo ciclo agrícola, y sólo para el referente empírico de esta tesis, fue el siguiente:

	N° productor (código universal)	Sup. a sembrar campaña 2016/7	Necesidad de abono	Hora s de tractor	Localidad en la que emplear los insumos
1	1	10000 m2	4 camionadas	1hs	Hornocal
2	2	2500 m2	1 camionada	1 hs	Hornocal
3	4	2500 m2	1 camionada	1hs	Cianzo
4	5	2500 m2	1 camionada	1 hs	Cianzo
5	7	5000 m2	2 camionadas	2hs	Cianzo
6	8	2500 m2	1 camionada	1hs	Cianzo
7	10	5000 m2	2 camionadas	2hs	Cianzo
8	11	5000 m2	2 camionada	2hs	Cianzo
9	14	2500 m2	1 camionada	1hs	Palca de Aparzo
10	16	4000 m2	2 camionadas	-	Varas
11	17	2500 m2	1 camionada	1hs	Calete
12	19	5000 m2	2 camionadas	2hs	Ocumazo
13	20	800 m2	1 camionada	1hs	Coctaca
14	21	5000 m2	2 camionadas	-	Queragua, Rodero

1 5	22	5000 m2	2 camionadas	1hs	Valiázo
1 6	23	500 m2	-	-	Valiázo
1 7	24	2500 m2	2 camionadas	2hs	Pukara
1 8	25	5000 m2	2 camionadas	2hs	Uquía
1 9	26	500 m2	-	-	Uquía
2 0	29	2500 m2	1 camionada	1hs	Uquía
2 1	30	5000 m2	2 camionadas	6hs	Pinchayoc
2 2	32	500 m2	-	-	San Roque
2 3	33	2500 m2	1 camionada	1hs	San Roque
2 4	34	2500 m2	1 camionada	1hs	San Roque
2 5	35	2500 m2	1 camionadas	3hs	San Roque
2 6	38	5000 m2	2 camionadas	2hs	Chaupi Rodeo
2 7	39	400 m2	-	1hs	Chaupi Rodeo
2 8	40	2500 m2	1 camionada	1hs	Negra Muerta
	TOTALES	91.700 m2	38 camionadas	37 hs	

Como se observa, emerge un criterio espontáneo – y por lo tanto, naturalizado en la comunidad de habla bajo estudio – para asociar de manera aproximativa determinada unidad de superficie agrícola (entendida como un área de aproximadamente “*un cuarto de hectárea*”) con determinado volumen de abono (“*una camionada de guano*”) y con determinada unidad para medir los requisitos de roturación (“*una hora de tractor*”).

Esta “ecuación” naturalizada por una comunidad de lenguaje antecede así a los requisitos por medio de los cuales esta comunidad mensura y por lo tanto visibiliza determinado espacio agrícola como objeto de intervenciones institucionales. Siendo mi tesis de antropología social, esta naturalización constituye la esencia de aquello a observar y analizar. Es menester, entonces, comprender cómo se

construye esta convención social, estudiando para ello los mecanismos por medio de los cuales se rotura y abona la tierra hoy en el territorio bajo estudio.

Cómo se roturan los suelos agrícolas.

Prácticamente hasta los años 90', el arado más difundido en la región bajo estudio – el departamento de Humahuaca – era el *arado de palo*. De confección local, estaba realizado exclusivamente en madera, salvo por la *uña* (la reja o cincel). El timón, hecho de madera, no permitía ceñirle un yugo, sino que se traccionaba mediante burro o caballo.

La roturación obtenida resultaba muy superficial, provocando la compactación de suelos a la que lo que los agrónomos denominan *suela de arado* (Martínez Raya, 1976). Para romper este efecto, periódicamente era necesario realizar una roturación en profundidad mediante un arado que, por ser más pesado, requería de la tracción más potente de yuntas de bueyes: el llamado localmente *arado de hierro*. El *arado de hierro* era así – y sigue siendo aún – un bien bastantepreciado y escaso, no tanto por el costo de obtener la herramienta, como sobre todo por el lento y dificultoso proceso de amansado que requieren los bueyes:

Una yunta tiene una vida útil de diez años: “tres años hasta que están en edad y aprenden, y después siete años de servicio”. (martes 28 de noviembre de 2017, Ocumazo)

Además, los bueyes de la yunta deben tener un volumen corporal similar para evitar el ladeo (“*la moya*”) de la tracción; cada uno sólo puede trabajar en su correspondiente lateral; y sólo trabajarán eficiente y cómodamente si realizan la tarea siempre con el mismo compañero. Se puede comenzar a adivinar el peso simbólico que este hecho tiene en un contexto andino en que la complementariedad de los opuestos guarda un antiguo y continuo sentido propiciatorio. Es así como la planificación de los desplazamientos de las yuntas de bueyes aradores para satisfacer los requisitos de todos los predios agrícolas constituye, aún hasta hoy, la piedra basal del procedimiento técnico, pero también social y ritual, de intercambio agrícola de trabajo – la *minga de siembra* – en determinadas comarcas rurales (Rodero, Coctaca, Ocumazo).



Arriba: *Arado de palo* (Chaupi Rodeo, agosto de 2017). Abajo: *arado de hierro* durante un Taller de suelos y siembra (Hornocal, San Roque, septiembre de 2015)



En todo caso, no todos los parajes cuentan con bueyes. Cuando en determinada localidad no los hubiere, éstos deberán alquilarse a otras. Si esto ocurre, la arada se vuelve uno de los costos más caros para la agricultura, ya que la convención establece que el contratante debe costear el alquiler de equipo y animales, el jornal del arador, el almuerzo y la *chuspa* de coca para el arador, así como el pasto para los animales. Para esto último, muy frecuentemente las/os agricultoras/es cuentan con pequeños alfalfares aledaños a cada *rastrojo* (predio agrícola), para dar de comer a los animales aradores. Aun cuando en muchas localidades las aradas de bueyes ya no se realicen mayoritariamente bajo la modalidad de intercambio recíproco de trabajo (la *minga*), de cualquier modo, lo más frecuente es que el servicio se pague mediante transacciones no monetarias. Por ejemplo, a cambio de las pasturas – de los restos de las cosechas y también las malezas que crecen durante el invierno – a favor de las ovejas del arador.



Arado de hierro para tiro con bueyes. San Roque, agosto de 2016.

El tractor mecánico ha venido a ofrecer una alternativa mucho más rápida y potente que las yuntas de bueyes, convirtiéndose en la herramienta favorita para realizar la *barbechada* o arada, ya que puede resolver en poco tiempo el trabajo que a una yunta le llevaría una jornada entera o más:

“Un rastrojo como éste [de aproximadamente 2400 m²] te podía llevar dos días, más. Primero había que pasar el arado, después la rastra.” (Cianzo, 22 de septiembre de 2016)

Sin embargo, al requerir de combustible, el tractor incorpora un insumo monetario que no puede cubrirse mediante los tradicionales sistemas de intercambio de trabajo, bienes, o pastura para los animales. Es por eso que la incorporación de tractores no ha significado el reemplazo de la tracción animal, pero sí su utilización principalmente en *rastrojos* de acceso dificultoso o tamaño reducido, que no justifican la gestión o alquiler de un vehículo costoso. Además, la tracción animal sigue siendo la preferida para las tareas más delicadas: para la preparación de los surcos de siembra (la *rayada*), y para la *siembra*. En consonancia con esto, se manifiesta una reducción en el tamaño preferido de los

arados de hierro, con el fin de permitir un trabajo que respete las distancias entre *rayas* (surcos) y evite el pisoteo y compactación del suelo. El *arado de palo*, en tanto, hoy sólo es empleado para roturar laderas muy empinadas, o bien para sembrar algunas semillas que, como la arveja o la papa, deben quedar enterradas cerca de la superficie para poder *romper* o *trastornar* cuando brotan.



Arado de palo para animales de *vaso chico* (burros), empleado en terrenos de ladera. Cianzo, noviembre de 2016.

La confección y/o refacción de *arados de palo*, *arados de hierro*, *rastras* y otras herramientas de tracción animal, corre exclusivamente por cuenta de unos pocos herreros que, por participar de esta misma comunidad de tradición agrícola, conocen los requisitos técnicos y la jerga local. Confeccionan estas herramientas mediante piezas de descarte de camiones y de vías de tren. La informalidad de este tipo de tecnologías populares implica serios desafíos para su legitimación y consecuente rendición en el marco de proyectos de desarrollo rural²⁰.

En tanto, respecto de la disponibilidad de tractores en la actualidad, los que hay en el departamento de Humahuaca se distribuyen de un modo que hace eco de las características geográficas y logísticas locales, las cuales también dieron forma al

²⁰ En el transcurso del proyecto PRODERI, el único medio para acceder a herreros que pudieran satisfacer estas demandas fue precisamente confiando en el “boca en boca” local. De este modo dimos con los dos talleres artesanales de herrería que abastecieron al proyecto, uno de ellos en la localidad de Monterrico, y el otro en la propia ciudad de Humahuaca.

sistema operativo del Grupo Quinero. En los parajes del norte del departamento (en nuestro caso de estudio, en las localidades de Negra Muerta y Chaupi Rodeo), los agricultores alquilan el tractor de la comisión municipal de Iturbe. En la zona de Zenta, al oeste del departamento, hacen uso de un tractor de propiedad colectiva adquirido por las comunidades de Aparzo, Palca de Aparzo y Varas en el año 2011 por medio de un proyecto del Ministerio de Trabajo de la Nación. En las laderas occidentales de las sierras de Aparzo – en las comunidades de Ocumazo, Pucara, Valiazó, Coctaca, Achicote y Queragua – se alquilaba el servicio municipal de tractor de Humahuaca, hasta que recientemente – en el año 2019 – el municipio adquirió un tractor propio para esta región. En la zona de Ruta 9, algunos vecinos logran comprar, en años de buenas cosechas, un tractor propio (son por ejemplo propietarios de tractor algunos agricultores de nuestro universo de estudio: N°21, 27, 30 y 31); y otros optan por “alquilar” los servicios de éstos, dada la cercanía y la mayor previsibilidad en las fechas para la tarea (por ejemplo, en nuestro universo: N°2, 25, 26, 28, 29, 34). Aunque en mis registros, estos “alquileres” nunca ocurrieron en términos monetarios, sino a cambio de pasturas o de terreno para el cultivo.

Cómo se abonan los cultivos.

Antes de las roturaciones – preferentemente en los meses de julio y agosto –, las/os agricultoras/es procuran obtener y trasladar al predio agrícola el abono para la temporada.

Aunque en terrenos arrendados de uso exclusivamente comercial se pueden emplear abonos de origen industrial, en la inmensa mayoría de los casos, el abono empleado en la región bajo análisis es el genéricamente llamado *guano de chivo*: las deposiciones que dejan los ovinos y caprinos en los corrales de encierro nocturno.

El *guano de chivo* que se emplea debe tener dos años o más desde su deposición (debe estar *apagado*), porque si es demasiado fresco, *quema* las semillas de los cultivos e inversamente, activa las semillas de las malezas, que toleran estas condiciones para su desarrollo. El abono tampoco puede ser demasiado viejo, ya que, si permanece demasiado tiempo en el corral, se apisona y adquiere una textura dura y costrosa que impide su incorporación al suelo. A este abono viejo y endurecido, llamado en la región “*cauturo*”, “*caboturo*” o “*cautor*”, se lo usa como combustible, sobre todo para la cocción de ollas de cerámica.

Asimismo, no todo guano tiene la misma calidad, y por lo tanto no se lo busca con el mismo interés. Hay una clara y uniforme preferencia de calidad por el “*guano de churqui*” (es decir, la deposición de cabras alimentadas en los *montes* naturales compuestos por arbustos y árboles de churqui), el cual se obtiene en los parajes localizados al norte y nordeste de la ciudad de Humahuaca, como Chorrillos, Valiazo, Hornaditas o Coctaca. Se considera que “*es más fuerte*” que el guano depositado en los *puestos* de altura, los que, por provenir de forrajes más pobres (“*de paja o tola*”), tiene un menor efecto nutricional.

De esta manera, la obtención de abono conlleva dos problemas recurrentes a los que se enfrenta cada agricultor/a: **la compra de guano** a un/a pastor/a, y **el traslado** del guano desde el corral hasta el predio agrícola. Aún en la actualidad, **el traslado de guano es una de las principales razones por las que** en la quebrada de Humahuaca **se mantienen tropas importantes de burros**. Al igual que con las aradas en profundidad, cuando se compara el gasto en tiempo y energía que requiere el traslado de guano en burro con el requerido por un traslado mecanizado, esta tarea se manifiesta extenuante:

“A.N. *está trasladando abono a su predio* [desde la casa de su compadre, a una distancia lineal de 1,7 Km aproximadamente, a lomo de burro]. “*Vamos trayendo de viaje en viaje*” dice; *por cada viaje carga tres bolsas por burro* “*y nosotros también venimos quepiados*”, *cada uno con dos bolsas*. “*Ayer*” me dice [la hija de A.N.] “*hicimos seis viajes, te lleva todo el día*”. [En cambio], *en un solo viaje con mi camioneta cargamos y descargamos todas las bolsas que quedaban remanentes (unas 30 bolsas)*” [es decir, en menos de media hora resolvimos el equivalente a dos viajes completos de burro]. (12 de agosto de 2016, en la localidad de Hornocal).

Es por esta razón que, para quienes contaron en algún momento de la vida con la posibilidad de haber adquirido una camioneta propia, la autonomía logística que adquieren resulta incomparable; aunque de nuevo, les exige contar con ingresos monetarios relativamente fiables para adquirir los insumos que no se pueden resolver exclusivamente mediante intercambios vecinales: el combustible, los lubricantes, las cubiertas, los repuestos.



Izq.: Guano en el corral, *piqueado* para trasladar al predio agrícola (Varas, 6/2015). Der.: El guano ya distribuido en el terreno, listo para su incorporación. (Chaupi Rodeo, 9/2014)

Las familias que cuentan con sus propias tropas de cabras y ovejas tienen, al menos año por medio, también su propia fuente de guano, y sólo deben resolver el traslado. En cambio, para aquellas familias que carecen de vehículo propio y de majadas importantes de ganado menor, la obtención y traslado de abono es un problema crónico. Para hacer estas transacciones, pastoras/es y agricultoras/es emplean medidas aproximativas de uso muy difundido. La antigua medida para la venta del guano era el propio corral: “*un corral de guano*”. Hoy esta medida ha sido reemplazada por la unidad equivalente al llenado de un camión, la “*camionada*”. De cualquier manera, el criterio para medir la *camionada* es muy variable. Yo he identificado por lo menos los siguientes:

- 1) una *camionada* equivale aproximadamente a tres cajas de camioneta llenas; y
- 2) una *camionada* equivale a un número determinado de bolsas paperas llenas con guano, que en Cianzo en 2010 se calculaba en 130 bolsas, y en Tumbaya Grande en 2016 se estimaba en 200 bolsas.

Estos criterios se adecuan asimismo a los tamaños de las parcelas a abonar. Así por ejemplo, en Cianzo en los años 2009 y 2010, la cantidad de bolsas de guano requeridas para cubrir una parcela de aproximadamente 400 m² rondaba entre las 130 y las 170 bolsas; mientras que en Tumbaya Grande en 2016, la estimación para abonar una parcela de 850 m² era de dos *camionadas*, es decir 400 bolsas. En Pinchayoc estimaban en agosto de 2018 un mínimo de una *camionada* para cubrir unos 1000 m². Pero todas estas estimaciones se obtienen mediante criterios aproximativos, y bajo la premisa de que el abono que se obtiene nunca es el óptimo para satisfacer plenamente los requisitos de las plantas.

Las *camionadas de guano* suelen ser pagadas mediante dinero si provienen de localidades distantes, u obtenidas mediante distintos sistemas de trueque en el entorno local. Pero en ambos casos, dado que **no existe un precio de mercado**

para el producto, los criterios para fijar su valor se definen mediante acuerdos mutuos fuertemente inspirados en las transacciones no mercantiles. Aquí sólo mencionaré aquellos que he podido registrar:

- En el año 2010 en Cianzo, registré un intercambio de una camionada de guano por “*una carga de sal*” (aproximadamente 18 panes).
- Otra equivalencia en Cianzo en la misma época consistió en equiparar el valor de una bolsa de guano con una bolsa de harina, de manera que el valor del trueque por la camionada se acordó en 130 bolsas de harina.
- En noviembre de 2016, pude registrar en Finca Tumbaya Grande, otra equivalencia: una camionada de guano por una camionada de chala de maíz para forraje.
- También otras transacciones se acuerdan a cambio de forraje. Una modalidad posible es el derecho de “*tala*” de las parcelas, es decir: el derecho de quien entregó la camionada de abono a *largar* los animales en el lote del beneficiario, luego de las cosechas (mayo) y antes de las aradas (julio o agosto), para que alcen todo el material vegetal que encuentren.
- Al igual que como hemos visto con las aradas, es común que los agricultores/as suelen cultivar pequeños lotes de alfalfa para que las majadas de su socio/a la coman en pie, “*parada*”, como pago por el guano. En el caso que pude registrar en 2016, el valor del pedacito de *alfalfa parada* alcanzaba para cubrir la mitad de la *camionada de guano*.
- Por último, una modalidad para obtener el *guano* que registré en Hornocal fue el ejercido por las agricultoras N°3 y 4 del Grupo Quinero, dos hermanas que manejan sus majadas de ovejas y cabras de manera unificada junto a las tropas de *una parienta* de la localidad de Cianzo, repartiendo el pastoreo de los animales entre ambos parajes. Cuando el ganado está en cada paraje, la responsable del cuidado de los animales es la pastora de turno; a cambio, es beneficiaria del guano que se deposita en sus corrales, y viceversa.

Por lo que hemos podido presentar hasta aquí, se pone en evidencia que la importancia que las/os agricultoras/es le asignan a tractores y camionetas en sus sistemas agrícolas para resolver dos insumos – el abono y las aradas – se relaciona con un ahorro inmenso en tiempo y energía respecto de los mecanismos

traccionados a sangre; pero el costo de la mecanización se expresa en la necesidad de incorporar flujos monetarios a sistemas de intercambio recíproco de bienes y servicios que, en el resto de sus aspectos, se resuelven principalmente mediante insumos locales: forrajes (pasturas; *alfalfa parada*; chala de maíz); fuerza de trabajo; préstamos de tierras; u otros bienes (en los ejemplos presentados, bolsas de harina y panes de sal).

Por otra parte, siendo el abono un insumo fundamental del sistema agrícola, sin embargo no es necesario usarlo en todos los casos. Cuando un *rastrojo* ha permanecido sin laboreo por muchos años, está descansado y ha recuperado sus nutrientes. Cuando esto ocurre, el abono se vuelve prescindible. A estas tierras que no requieren abono se las llama *tierra nueva*, o también se puede emplear también el término quechua ***purma***:

“Sembró en “terreno purma”, me dice L.R.; “ahí era purma”, repite de nuevo. Le pregunto qué quiere decir, me aclara “purma le decimos nosotros a que era terreno que nunca se sembró, primer año que se siembra. Antes tenía cortaderas, grama...”
(Cianzo, 21/11/2017)

Para sembrar en un terreno *purma* o *nuevo*, la roturación debe ser profunda para combatir las poderosas raíces de la cobertura vegetal natural: es entonces cuando se suele contratar tractores con rastra de disco. Estos suelos se consideran los más fértiles de todos, los suelos más *gordos*: que son aquellos priorizados para los cultivos “*de papa*”²¹, ya que se los considera los cultivos más exigentes en términos nutricionales. Es por esta misma razón que, **cuando se comienza un ciclo de cultivos** (ya sea porque se trata de *tierra nueva*, de *tierra bien descansada* o de *tierra bien abonada*), **invariablemente se siembra papa**.

En el polo opuesto de la exigencia de fertilidad se encuentran dos cultivos *de gavilla*: el trigo, y **la quinua**:

“Me dice que el trigo es “el más aguantador” de los cultivos, se da en suelos muy gastados. “La quinua también se da bien en suelos con poca calidad.” “¿Y los cultivos más demandantes de calidad de suelo?”, pregunto. En primer lugar me

²¹ En este contexto, “*cultivos de papa*” no sólo significa la especie que presuponemos (*Solanum tuberosum*), sino cualquier cultivo de raíz: ocas, papalisas; incluso cebolla o zanahoria. Sobre la polisemia de la palabra *papa*, ver cap. VI.

contesta sin dudar “la papa”. Y luego agrega “el maíz también”. (Ocumazo, martes 28 de noviembre de 2017)

Esta condición de cultivos aguantadores explica que sean el trigo y la quinua aquellos destinados a los suelos o más empobrecidos, que han sufrido sucesivas rotaciones de cultivos, y están prontos a requerir un período de algunos años de descanso, o por lo menos un buen aporte de abono. Existen algunas explicaciones nativas a esta preferencia: por ejemplo, se nos dice que, si son sembrados en suelos bien abonados, **“se van en caña”**: es decir que la planta destina sus reservas en crecer en altura en lugar de concentrarse en el engorde de las espigas.

Esto conlleva a que, en el ciclo de rotaciones sucesivas de cultivos, el trigo o su alternativa, la quinua, constituyan el último eslabón de la rotación, antes de dejar una parcela en descanso; o, si no existe esa posibilidad, rotarlos mutuamente:

Este año va a rotar. En donde puso quinua la campaña pasada va a poner este año trigo. Y va a poner quinua en donde tenía papa durante el año pasado. (Chaupi Rodeo, 2 de agosto de 2016)

Antes de la quinua acá había sido trigo; antes, había estado en descanso. (Ocumazo, 28 de noviembre de 2017)

Por lo tanto, un ciclo de rotación “ideal” (que, por supuesto, expresa una norma que rara vez ocurre en la realidad), iniciaría el primer año (de máxima fertilidad) con siembra con papa; al año siguiente, rotaría con maíces o leguminosas, y culminaría con trigo o quinua. Este criterio deseable de rotación guarda una notable semejanza con el modelo de rotaciones agrícolas identificado en los Andes Centrales (Orlove, Godoy y Morlon, 1996: 100-104).

Al ejecutar un programa tecnológico como lo fue el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA, las demandas de su público destinatario claramente se focalizaron en aquellos costos que no pueden dejar de pasar por un canal de flujo monetario: camionadas de abono; horas de tractor para roturación. El desafío al que se enfrentan los programas técnicos a la hora de satisfacer esta expectativa, es que deben formalizar las transacciones en términos legibles burocráticamente: deben contar con presupuestos previos y con facturas para rendir los gastos. Pero

la modalidad convencional en la región permite cubrir cotidianamente estas transacciones mediante flujos mixtos, que mezclan una proporción inevitable de circulación monetaria, con una proporción de intercambios de otros tipos. La facturación de estos insumos se vuelve así un problema complejo, porque obliga a visibilizar y monetarizar transacciones en las que los parentescos, la reciprocidad y la vecindad cumplen roles extramonetarios muy importantes, volviendo su cálculo económico formal totalmente artificial e irreal.

De manera que ha sido frente a la posibilidad de acceder a medios para cubrir estos insumos necesariamente monetarios, que las/os agricultoras/es expresaron mediante unidades de medida institucionalmente legibles (“*un cuarto de hectárea; media hectárea*”) aquellos espacios agrícolas (los *rastrojos*) que ponían a disposición del programa tecnológico. Vemos que estos espacios presentan una convención nativa para representar un requisito legítimo y también sintético de abono y tractor (un *rastrojo* = una *camionada* de abono y una hora de arada de tractor). Sin embargo, aún resta por entender cómo es posible que “un cuarto de hectárea” se haya vuelto una convención legítima y mutuamente inteligible para poner en números los espacios agrícolas. Hemos visto hasta ahora un único indicio (aunque uno muy importante) de este mecanismo: la tradición de contar con alfalfares en pie contiguos a la superficie agrícola, para pagar con pastura el abono de los pastores o bien el trabajo de arada de los bueyes. Estos **alfalfares forman así parte indivisible del *rastrojo***, y por lo tanto la superficie que ocupan no puede deducirse del área constituida por el predio.

Otro aspecto que podrá llamar la atención de lo arriba señalado, consiste en que las camionadas de abono hayan sido una de las principales demandas solicitadas a las instituciones de un programa de fortalecimiento de la producción de quinua: cuando, como hemos visto, la quinua es el cultivo al que menos se le destina abono.

Ambos aspectos apenas si nos introducen en una territorialidad agropecuaria compleja y multidimensional, cuya legibilidad (o no) incide en la capacidad de los organismos institucionales de actuar sobre el público destinatario.

Segunda variable: los rendimientos de cosecha por unidad de superficie

La otra variable que expresa la distancia entre lo esperado por el programa tecnológico y lo obtenido es el rendimiento por superficie. Si observamos este dato en el cuadro anexo, veremos que, salvo por un caso, los resultados están muy por

debajo de lo esperado, llegando a proporciones desconcertantes en algunos casos – la productora N°5 sólo obtuvo el 2,08% de la cosecha pronosticada; la productora N°7 el 0,28%; la productora N°14, el 2,04%. ¿Por qué el pronóstico “salió tan mal”?

Para responder a esto, cotejaremos los aspectos que el programa tecnológico estableció como sus premisas centrales, con los resultados efectivamente obtenidos.

¿Los rendimientos se debieron a las fechas de siembra?

El ordenamiento de la información de campo en nuestra matriz permite, entre otras cosas, identificar las fechas de siembra en el transcurso de los tres ciclos agrícolas analizados. Cuento con un total de 23 fechas precisas de siembra registradas entre los tres ciclos, coincidiendo con las siguientes fechas de siembra:

	AGO	SEPT.	OCT.	NOV.	DIC.	TOTAL
Fechas registradas (día del mes)	Ninguna fecha registrada	1; 8; 10; 10; 11; 20; 23; 28	8; 8; 8; 10; 10; 11; 15; 17; 30	7; 10; 12; 14; 15; 22	Ninguna fecha registrada	
Número total de siembras registradas durante el mes	0	8	9	6	0	23

Este dato pone en evidencia la estricta concentración de las fechas de siembra (de la quinua, pero coincidiendo asimismo con otros cultivos importantes, como la papa, el maíz y la arveja) durante los tres meses de primavera: septiembre, octubre y noviembre. Ninguna siembra se registra antes o después de este período. Un criterio convencional para determinar localmente las fechas de siembra lo constituye el día litúrgico de Virgen del Rosario, el 7/10, que, además de ser la fiesta patronal de algunas localidades de nuestro campo etnográfico (como Cianzo), es una devoción asociada a las siembras. En el cuadro podemos comprobar una mayor concentración de siembras inmediatamente después de esta fecha. De un modo similar, un marcador cronológico muy empleado en la región andina de Jujuy lo constituye “el día las las Almas” (Todos los Santos), que tiene lugar el 2/11 y que se expresa como fecha adecuada para el cierre del período de siembras. Pero como se observa en el cuadro, en ambos casos, estas fechas cumplen una función aproximativa pero no prescriptiva. La mayoría de las fechas de siembra registradas (15) se realizaron antes del día de las Almas; y una minoría (6) después. En todo caso, la información del cuadro cobra relevancia para tener presente que **las**

fechas de siembra que efectivamente practicaron las/os agricultoras/es coinciden con aquellas que los ensayos de INTA señalaban como las fechas óptimas para asegurar la máxima productividad de quinua, de alrededor de 4000 Kg/Ha (Agüero; Acreche y Aguiar 2015).

Debemos entonces descartar que los bajos rendimientos obtenidos se hayan debido a la fecha de siembra.

¿Los rendimientos se debieron a la escasez de semilla?

Cabe recordar que una de las premisas del programa tecnológico era que *“la expansión del cultivo enfrenta un conjunto de problemas, entre los que se destaca la escasa disponibilidad de semilla en cantidad y calidad”* (Golsberg et.al. 2015).

La obtención de semilla en la cantidad requerida por el nuevo Programa tecnológico constituyó un desafío para el que no había una solución inmediata. Las primeras semillas que se difundieron desde organismos técnicos para estimular la expansión del cultivo provenían de dos variedades bolivianas, distribuidas por Fundación Nueva Gestión (Golsberg et al 2010), así como de algunas poblaciones provenientes de Perú que se hallaban disponibles en el campo experimental de Hornillos de INTA. Fueron estas semillas de orígenes múltiples las que se repartieron entre las/os primeras/os productoras/es del departamento de Yavi, y la que en 2014 el programa entregó a los pioneros de la propuesta en la Quebrada de Humahuaca. Dado que estas semillas aún no habían tenido un proceso de selección agronómica, constituían lo que en la jerga técnica se denominó un “pool de poblaciones”: un conjunto heterogéneo de variados colores, formas y fechas de cosecha, que dieron al programa una impronta muy pintoresca que, lejos de ser rechazada, fue abiertamente procurada por las personas destinatarias del programa, reforzando reflexiones que analizaremos en el capítulo VI (ver foto anexa).

Como ya hemos señalado, a partir del 2015 un conjunto de instituciones comenzaría un proceso de selección participativa en la comunidad de Rodero (Golsberg 2015), con la intención de ir obteniendo semillas de origen local. Sin embargo, de manera inmediata, el proyecto PRODERI requería de semilla para distribuir entre las/os productoras/es a partir del año 2015, de manera que no había tiempo de esperar un proceso de selección participativa en otra localidad. Para resolver la situación, el proyecto PRODERI obtuvo la semilla mediante su compra a un agricultor del propio proyecto, quien para eso sembró en escala su propia

semilla obtenida en años previos. El resultado logrado fue que pudimos resolver la cantidad de semilla para dar por cumplido el proyecto, aunque con la consecuente homogeneidad de un grano que se mostró poco adecuado para dispersarse en localidades extremadamente heterogéneas, que variaban entre 2790 msnm en Chucalezna, hasta 3850 msnm en Varas. En consecuencia, aun cuando todos los destinatarios del proyecto PRODERI recibieron esta semilla, siempre que pudieron contar con otras proveniencias, optaron por la segunda opción.



La heterogeneidad de colores de quinua fue algo buscado deliberadamente (Cianzo, 11/3/2015)

Esto generó que, en el transcurso de los dos ciclos agrícolas que estamos analizando (2015/2016 y 2016/2017) las semillas empleadas por los/as quinueros/as fueran de una multiplicidad de proveniencias. Las que he podido registrar han sido:

- semillas conservadas y multiplicadas por las/os mismas/os agricultores, a partir de las originalmente recibidas del programa tecnológico en 2014: pasaron a identificarse coloquialmente como "**semilla de Fundación**". Como hemos dicho, no se trataba de una variedad, sino de un "pool de poblaciones" muy colorido y muy buscado por las agricultoras/es.

- semillas proveniente del propio proyecto PRODERI, compradas a un productor del Grupo (por lo que, coloquialmente, pasaron a denominarse como "**semilla de**

Yurquina”). Se trata de semilla blanca, pequeña, de plantas de espigas abiertas, “**chafras**” en el lenguaje coloquial quebradeño.

- semillas entregadas por el INTA Hornillos a partir de las selecciones de poblaciones que el organismo empezó a hacer sobre sus propias existencias de la variedad peruana “cica”. Coloquialmente, entre los agricultores se la denomina “**amarilla del INTA**”.

- semillas traídas a través de colaboraciones con otros científicos, desde la región intersalar en Nor Lípez, para probar su adaptabilidad: se trata de alguna variedad de Quinoa Real. Coloquialmente, la denominan “**semilla boliviana**”. Es una semilla blanca y grande, de panojas petisas y abiertas.

- semillas obtenidas de manera particular por las/os propias/os agricultoras/es a través de diversas ferias de trueque y cambalaches provinciales. Las proveniencias que yo pude registrar fueron las siguientes: de Yavi Chico (Dto. Yavi); de La Intermedia (Dto. Yavi); de El Moreno (Dto. Tumbaya); de Humahuaca; y de la ciudad fronteriza de Villazón (Bolivia).

- Y por último, semillas provenientes de las/os propias/os parientas/es o vecinas/os de los agricultores, consideradas las poblaciones nativas de cada zona (en Coctaca, Ocumazo, Calete, Valiazo y Cianzo). Son plantas grandes o muy grandes, de panojas verdes y semillas blancas. Coloquialmente expresadas con frases como “**original de acá**” (Cianzo, 9/12/2014), “**la semilla propia de acá**” (Coctaca, 19/1/16), “**semilla de la de mis padres**”, (Ocumazo, 30/6/2015), o “**la semillita de aquí nomás**” (Calete. 22/3/2017).

De manera que, a partir de la cosecha de 2016, para el Grupo de Los Quineros **no fue ya una preocupación ni un tema a trabajar la provisión de semilla**. Cada una/o se proveyó de sus propias semillas, y el tema sencillamente no ocupó más la agenda del espacio colectivo de trabajo, más preocupado por otros intereses particulares y organizativos.

Cabe sin embargo señalar algo que se desprende con insistencia de la sistematización de la información registrada en mis apuntes de campo a partir de la siembra de 2016. Y es que, además de la diversidad de orígenes arriba mencionada, comenzaron también los consecuentes mestizajes y los intercambios entre las/os agricultoras/es del propio proyecto. En mis registros sobre estos intercambios me llama la atención un fenómeno persistente: una **devoción constante por cambiar de semilla de un año al siguiente**, aún cuando al hacerlo

se obtengan semillas de peor calidad que la intercambiada. Puedo citar algunos ejemplos que surgieron en mis apuntes:

En 2015-2016, *Julio*²² usó semilla que le dio *Alfonso*, de la nativa de Coctaca. Pero en 2016-2017, *Julio* sembró de una semilla “*que tenía en una bolsa mi mamá*”, no de la propia cosecha del año previo; mientras que en otra parte de su predio, sembró semilla *de la de INTA* que le dio bien, y de *una boliviana* que no le prosperó. En 2017-2018 sembró “*sólo de la de acá*”, que es por su experiencia la que mejor rinde: da para pensar que es de nuevo la semilla descendiente de la que había recibido de *Alfonso* el anteaño. Mientras tanto, en 2016-2017, *Alfonso* – el referente de semilla nativa de *Julio* – no usó su semilla propia, sino de la que le dio *Abelina*, obtenida en Valiazo. En 2017-2018, *Maira* en Calete prueba “*de la amarillita que le saqué a Julio*”, cuando participaron en la trilla en su predio. Por la fecha, es probable que sea semilla de la madre de *Julio*, o acaso (por el color) de la del INTA. Pero el año previo, *Maira* había sembrado de la semilla que obtuvo de *Daniela*, quien la cosechó en Hornocal.

En mis apuntes, los ejemplos de este estilo se multiplican ad infinitum. A los efectos de ilustrar este mecanismo de rotación de semilla creo que el ejemplo citado es suficiente, ya que nos permite ilustrar cómo, **en tan sólo dos ciclos agrícolas**, entre cinco productoras/es (*Julio, Alfonso, Abelina, Maira y Daniela*) que cultivaban en cuatro localidades diferentes (Coctaca, Calete, Valiazo, Hornocal), **la semilla adquirió una dispersión vertiginosa**, estimulada por la curiosidad de “sacar” semillas de otros lados y probarla en el predio propio que las/os cinco productoras/es manifiestan, de tal modo que, **si en 2016/2017 queríamos encontrar la descendencia de la semilla de un agricultor, debíamos buscarla en otro paraje, y viceversa**. Aún aquellos que podríamos considerar como “conservadores” de las semillas nativas más ancestrales de la región (por ejemplo *Alfonso*), sin embargo, dejan de producir esa misma semilla en determinados años, para probar otras provenientes de otros agricultores menos avezados. La norma local que regula este mecanismo se expresa en fórmulas como que “*hay que cambiar de semilla para el año*”, que “*todos los años cambio la semilla*” o que “*no hay que echar la misma semilla del año pasado, más si es en el mismo terreno*”.

²² Para evitar la trazabilidad de la información, en este fragmento ejemplificador opté por respetar los nombres verdaderos de las localidades, pero reemplazar los nombres personales de los/as protagonistas por pseudónimos.

Pareciera carecer de sentido el hecho de que alguien que obtuvo buenos resultados con una semilla durante un año, la cambie al año siguiente, más aún cuando el cambio se hace por una semilla de calidad más dudosa. Sin embargo, en mis apuntes se desprende con fuerza este orden de prioridades. Será tarea de las/os ingenieras/os identificar los sentidos agronómicos de esta práctica (¿acaso vinculados a las plagas y sus plantas hospederas?); desde mi aporte como antropólogo, estos sentidos sin dudas se superponen con otros, vinculados, por un lado, con la curiosidad, la experimentación y la diversificación estética; por otro, con la actualización de las relaciones sociales que se entrelazan por medio de los intercambios de, en este caso, semillas.

Esto me parece importante para iluminar un mecanismo que pasa desapercibido para los organismos institucionales. La permanente demanda de semilla por parte de las/os agricultoras/es se asume demasiado frecuentemente **como manifestación de la escasez de semilla**. En mis apuntes de campo, lo que encuentro es que, en realidad, manifiesta prácticas de actualización de vínculos (no sólo entre personas o familias, sino también entre personas e instituciones), así como de diversificación (dado que no se emplea la misma semilla de un año al siguiente, aunque haya cosecha propia de semilla de calidad, las/os agricultoras/es tenderán a procurarse nueva genética). Visto desde esta perspectiva, la falta de semilla no fue en ningún momento una dificultad para las/os agricultores/as, como en cambio sí lo fue para los organismos institucionales. Seguimos intentando comprender por qué los rendimientos de quinua resultaron tan bajos en relación a las expectativas del programa tecnológico.

¿Los rendimientos se debieron a la técnica de cultivo?

Recordemos que, entre los parámetros establecidos por el programa tecnológico, se desprendían algunos criterios tales como una distancia entre surcos de siembra de 35 centímetros para alcanzar la mayor productividad por superficie, y un sistema de siembra “por chorrillo” en lugar de “por golpe” para alcanzar un mejor tamaño de panojas.

Estos parámetros adquirieron forma a partir de los ensayos a campo presentados en el Congreso Mundial de la Quinua realizado en el año 2015. No obstante, la metodología de trabajo que el equipo técnico que mi compañera y yo integrábamos a partir del 2014, se veía obligado a afianzarse principalmente en los intercambios de saberes de campesino a campesino, no sólo por las obvias

razones ideológicas, sino además por motivaciones prácticas, debido a nuestros importantes baches de conocimiento sobre un cultivo que, a decir verdad, también era nuevo para nosotros. De manera que en diversas instancias – tanto en asambleas y talleres de capacitación agrícola como en recorridos prediales por las parcelas familiares – fueron principalmente las propias experiencias, recuerdos y tradiciones de las/os productoras/es más experimentadas/os, las que establecieron los parámetros del quehacer agrícola que efectivamente aplicaron las/os quinueras/os. Esto cobra valor a la hora de entender no sólo qué hizo efectivamente la gente a campo, sino además, por qué.

En primer lugar, entonces, de mis apuntes se desprende que la distancia entre surcos que se consideraba válido no era el planteado por el programa tecnológico:

Cuando hacemos la práctica de semillado, todos coinciden en que las rayas para estar bien hechas tienen que tener 60 cm entre una y otra. (4/9/2015. Taller sobre siembra, San Roque)

Este parámetro se registra una y otra vez en mis apuntes. ¿Y por qué la distancia de siembra correcta se considera mayor a la establecida por los parámetros experimentales? La respuesta debe encontrarse en la distancia a la que se siembran otros cultivos, como el trigo, la arveja, el maíz o las habas.

Y es que este criterio parecería no tener sentido, si no se presta atención a una práctica que tampoco entró en los parámetros del programa tecnológico, y que sin embargo constituye una modalidad constante para la siembra quebradeña: la quinua, muy frecuentemente, **acompaña a otro cultivo**:

Ella puso con maíz. El maíz por raya; la quinua al voleo. Sembró en octubre, después del 7/10. (Hornocal, 21/11/2016)

Me dice que él va a probar “las tres técnicas de siembra”: primero “al voleo, con haba, como hace A.N.”; después por raya que es como ya ha hecho, “como me explicó A.T”. También, que quiere probar “con maíz” que según A.N. le sale muy bien, “sólo que hay que dejar más distancia entre las semillas de quinua que entre las de maíz”. (Hornocal 23/9/16)

En otra parte del rastrojo sembró la quinua por hoyo con arveja. (San Roque: martes 11 de octubre de 2016)

Si algo presentan en común estos ejemplos, así como muchos otros registrados, es la perseverancia por mantener la asociación de la quinua con maíz o arveja. El cuadro ordenador de la información que acompaña a este capítulo como material anexo me permite identificar la prevalencia de estas modalidades de siembra²³. La información registrada, sin abarcar a todo el universo analizado debido a múltiples dificultades de registro, sin embargo, ofrece una muestra representativa e ilustrativa (32 casos).

Técnicas de cultivo 2015/2016	Cantidad de agricultores
Quinua y maíz	8
Quinua y arveja	6
Quinua sola	18
TOTALES	32

En el cuadro, podemos apreciar que la mayoría de las/os agricultoras/es que integran la muestra – 18 – cumplió de manera más aplicada los lineamientos técnicos que el programa institucional establecía, en este caso, procurando sembrar parcelas de quinua en monocultivo, para mejorar su control y sus rendimientos. Aunque quienes optaron por combinar la quinua con otros cultivos como su técnica de siembra principal – y por lo tanto, desoyeron la ortodoxia técnica – resultan un número muy importante (14), con una ligera prevalencia de la combinación de maíz y quinua por sobre la combinación de arveja y quinua. Cabe aclarar que sólo he identificado estas dos combinaciones posibles, a las que

²³ Es menester señalar que en muchos casos, las técnicas de siembra aplicadas por las agricultoras/es fueron diversas, según en qué sitio de sus predios agrícolas sembraran la quinua. En estos casos, el dato que registré fue la modalidad de siembra más representativa, ya sea porque era la que consignaban las productoras/es al preguntársele, o porque ocupaba la mayor proporción de su superficie cultivada.

ocasionalmente algunas/os agricultoras/es insistieron en poner a prueba en pequeñas cantidades una tercer alternativa – haba con quinua – aunque casi siempre con resultados insatisfactorios, ya que “*si vos sembrás con habas, la haba se cría de la altura de la quinua*” (Cianzo, 21/11/2016).

Los argumentos que dan explicación a este patrón de siembra se expresan recurrentemente de maneras como las que ilustro en estos recortes de mis apuntes:

*Su técnica es pasar de ida sembrando la arveja en la cumbre del surco, y de vuelta sembrando las quinuas en “la falda” del surco: dice que **porque así algo seguro saca; si le falla la quinua por lo menos el suelo lo usa para arveja.*** (Cianzo, martes 9 de diciembre de 2014)

*El año pasado también había puesto con maíz; “**me dieron ralito, pero algo me dio el maíz**”.* (San Roque. Jueves 13 de octubre de 2016)

*“voy a poner 10 rayas de quinua, con arveja, así **si no sale la quinua, al menos levanto la arveja**”.* Me explica que la siembra la va a hacer toda junta hoy (San Roque, 27/10/17)

Estos ejemplos marcan evidentemente la preferencia por asociar la quinua con otros cultivos bajo un criterio de minimización del riesgo: si no se cosecha una cosa, por lo menos el trabajo no estuvo perdido. Aunque es el argumento explicativo más frecuente, no por eso es el único:

*“Si la quinua se ladea, se arrima al maíz”; “se arriman ambos. **Si no, se caen al piso y hace nido la rata**”.* (San Roque, martes 11 de octubre de 2016)

Siendo éste el énfasis agrícola, salta de suyo que la producción de quinua no alcanzará su umbral de máxima productividad, ya que los insumos para el crecimiento de las plantas deben ser compartidos con otros cultivos, que además son los que establecen cuál será la modalidad prioritaria de siembra (por ejemplo, en referencia a la distancia entre surcos).

Sea entonces para reducir el riesgo de perder el trabajo o sea por otras razones, la preferencia por sembrar la quinua en asociación con otro cultivo muestra una amplia difusión y una notable tenacidad, incluso en aquellas oportunidades en que

el programa tecnológico procuró modificar esta práctica, como se desprende de este fragmento de mis apuntes:

“Voy a poner quinua en medio del rastrojo, rodeado de arveja”. Ella me explica que [un técnico del Programa de Fortalecimiento de la quinua en el NOA] quiere que siembren quinua pura, no con otros cultivos. Ella insiste en que **no le conviene poner sólo quinua: “si pongo con haba o con arveja, si me falla una por lo menos saco algo. Si no, pierdo trabajo”.** (22/9/16, en Cianzo)

Aquí se pone de manifiesto un pico en la tensión interpretativa entre las/los agentes del programa tecnológico más aferrados al plan original que, preocupados por maximizar el rendimiento, planteaban una modalidad de monocultivo que esta agricultora no estaba dispuesta a hacer. Una alternativa creativa que ella está proponiendo para conciliar parcialmente ambos criterios consiste en no sembrar ambos cultivos mezclados, sino uno rodeado por el otro, manifestando la tenacidad por no abandonar completamente la asociación entre ambas plantas.



Izq.: siembra de quinua y maíz, ya cerca de la fecha de cosecha (Ocumazo, abril de 2016).
Der.: siembra de quinua con arveja (la arveja con su floración blanca; la quinua en color morado)
(Cianzo, enero de 2016)

Otro aspecto técnico que, sin haber sido sugerido por el programa tecnológico, sin embargo muestra una enorme recurrencia en los apuntes de campo, consiste en la superficialidad con que se practica el tapado de la semilla de quinua, al punto de que en algunos casos las/os agricultoras/es sencillamente la tapan con el pie; aunque más frecuentemente, emplean una práctica muy difundida llamada *rameado*:

*Para tapar la semilla, uno viene atrás de la sembradora **rameando**, apenas **con una rama de churqui** (San Roque, 4/9/2015).*

*Tapa rameando. Para eso busca **una rama “bien bonita, cargadita, de churqui”**. Le pregunto si la rama no arrastra la semilla; aclara que no, “es tan chiquita que pasa de largo”. (Ocumazo, 13/10/16)*

*Dos veces sembró, ya que la primera vez no le nacía. **Esta segunda vez, “le hicimos la raya y le pasamos la ramita”** apenas, o sea que está sembrada muy superficial. (Calete. Jueves 13 de octubre de 2016)*

*A la superficie de quinua no se le ven rayas superficiales [surcos de siembra]. Es que “éste se hace después de sembrar **apenas una rameada**, así cuando se riega el agua tiene que ir **prolijito**”. (Chaupi Rodeo, 6/11/17)*

¿Qué nos dice esta práctica? Llama la atención sobre todo la insistencia en detallar que la rama para la tarea debe ser *de churqui*: que es el *monte* natural que crece en la región, y al que estamos mencionando ya por segunda vez en este capítulo. En mi tesis de maestría (Cladera, 2015), encontré necesario detenerme en estudiar la polisemia de la palabra *monte*, un término que, a lo largo de todas sus acepciones locales remite, una y otra vez, a la acción de una fertilidad desordenada y desenfrenada que obra de manera ajena a la intervención humana. Al punto de que frecuentemente la palabra *monte* se puede usar sencillamente como sinónimo de maleza: por ejemplo, en un *rastrojo* en el que la maleza se desarrolló más rápido y ahogó al cultivo, la/el agricultor/a podrá decir “*me ha ganado el monte*”. De manera que la insistencia de tapar la semilla de quinua *rameándola con churqui* sugiere, en el proceso germinativo, algún tipo de asociación entre un cultivo (por lo tanto una planta doméstica), y *el monte* (por lo tanto, la quintaescencia de la vegetación no doméstica).

En todo caso, la insistencia con que ambas prácticas – la asociación de la siembra de quinua con maíz o arveja; el rameado con churqui – aparecen en los registros de campo parece sugerir que se tratar de prácticas culturales con raigambre, lo que parece entrar en tensión con aquel punto de partida del programa

tecnológico según el cual la quinua estaba prácticamente extinta en territorio nacional.

Pero entonces, ¿se sembraba quinua antes del programa de fortalecimiento?

La dependencia que nuestro equipo técnico tenía respecto de las metodologías “de campesino a campesino” para suplir nuestra ignorancia sobre el cultivo, permitió en distintas oportunidades que adquirieran expresión las experiencias previas de las quinueros/os con el cultivo. Es así como se puso en evidencia que todas/os los involucrados en el programa de fortalecimiento contaban con algún grado de familiaridad previa con la quinua, ya fuere sólo con la semilla, o bien con la planta como cultivo. La complejidad y heterogeneidad de esta información merece una profundización mayor a la correspondiente a este capítulo, y la retomaremos en el capítulo VI. En todo caso, en estas visitas a campo y talleres colectivos se reactivaron memorias y experiencias referidas, entre otras cosas, a las modalidades de siembra de la quinua que los agricultores habían aprendido en el seno familiar. Las formas en que se enuncian estas técnicas suelen remitir a la manera y al momento en que se las aprendió, durante la infancia y frecuentemente a través de abuelas y abuelos, disimulando así que en realidad se trata de procedimientos vigentes: conclusión a la que arribé indirectamente, por ejemplo, a través de muchos de los apuntes compartidos hasta aquí. Las tres técnicas tradicionales de siembra que he podido registrar entre quienes integran el referente empírico de mi tesis son las siguientes:

Técnica 1: Esta técnica es la más difundida. Fue descrita en distintas oportunidades por agricultoras/es de las localidades de Pucara, Queragua y Hornocal. Aquí un extracto de mis apuntes: *“L.P. vuelve a contar la técnica que conoció en su infancia para sembrar maíz y quinua [...]. Dice que cuando pasan arando, hacen las rayas, en ellas ponen las semillas de maíz, luego pasan otra vez el arado que rompe los borditos y por lo tanto tapa las semillas, dejando el campo más o menos uniforme, **sin rayas a la vista**. Una vez terminado, “ya se va el arador” y vos le echás **al voleo** “apenitas unas cuantitas” semillas de quinua. Luego pasás “rameando” con una rama de churqui, y así ya se tapaban las semillas. A medida que van creciendo [las plantas de quinua], vas así **levantando algunas “como si fueras desyerbando”**: ésas se van **usando para llista**. De esa manera van quedando en pie sólo las que no molestan al maíz, ésas son las que se cosechan*

al final para el grano, “pero no usábamos el resto, no sabíamos de las hojas ni nada”. (Queragua, 10/9/2015).

Técnica 2: Esta técnica fue descrita por agricultores/as de Ocumazo y San Roque. Aquí algunos apuntes: “Los abuelos antes sembraban quinua **donde no salía el maíz**”. Sembraban el maíz en los primeros días de octubre. El maíz ya emergía a los 12 días de sembrado. Entonces, **hacia la segunda quincena**, cuando regaban el maíz, “**ya sabían dónde crecía y a dónde no**”. Al mojar el suelo ponían la quinua [en los manchones de tierra desnudos], a veces enterrada apenas un centímetro, o “capaz sin enterrar”. Con la misma humedad del suelo, la quinua ya brotaba”. (Ocumazo, 12/4/2016)

Técnica 3: Esta técnica es la más difundida entre las/os agricultoras/es de las comunidades de Cianzo y Hornocal. Aquí mis apuntes: “Ella pone arveja con quinua o maíz con quinua. Haba y quinua no, porque el haba es la única que le gana a la quinua. En cambio **arveja y quinua**, explica cómo lo hace: la arveja pide primero un agua a los quince días y después otra **a los treinta días, después de eso ella echa quinua**. De esa manera, está cosechando la arveja a los tres meses y la quinua a los cinco”. (Hornocal, 4/9/2015)

De las tres técnicas se desprenden algunos puntos en común que ponen de manifiesto aspectos importantes de la caracterización conceptual de la quinua:

- A diferencia de las propuestas del programa tecnológico – urgido por lograr una expansión exitosa del cultivo –, las memorias y las experiencias personales de siembra de la quinua en la quebrada de Humahuaca no la manifiestan como una práctica segregada de otros cultivos, sino por el contrario, como una planta complementaria que acompañaba a otro cultivo principal, fuera éste maíz o arveja.

- En dos de las tres técnicas, la siembra de la quinua se hacía posteriormente al cultivo principal, cuando el grado de éxito de éste ya se había expresado, “para que la quinua no ahogue” a la otra planta. En la única técnica en la que ambos cultivos son simultáneos, se practica sin embargo un raleo constante de la quinua para un uso no alimenticio (para hacer *llista*: aspecto que retomaré en el capítulo VI), permitiendo de este modo finalizar su ciclo madurativo sólo a unas pocas plantas. Es decir, que en las tres técnicas se aplica sobre la quinua sembrada algún

tipo de mecanismo **para controlar** en lo posible su comportamiento concebido como **precoz, invasivo o descontrolado**.

- Asimismo, y reforzando el punto anterior, en las tres técnicas, la siembra de la quinua subraya algún tipo de desorden deliberado, opuesto a la racionalización agrícola del cultivo principal: se siembra en los manchones yermos donde no creció el maíz; o se siembra al voleo sobre un terreno cuyo orden racional en surcos (“*en rayas*”) ha sido previamente disimulado; o la semilla de quinua ni siquiera es tapada; y aún cuando se la tapa, se lo hace por medio de este mecanismo del que ya he hablado antes (*el rameado con churqui*). En cualquier caso, se pone en evidencia que, en las técnicas “ancestrales”, la siembra de la quinua asemeja más el procedimiento de autosemillado de las plantas silvestres, de las malezas, que el de los otros cultivos. El trabajo cultural posterior continúa reforzando esta idea de control de su desprolijidad y heterogeneidad: como por ejemplo la cosecha selectiva del primer método, “como desyerbando” plantas de quinua aún inmaduras, y dejando sólo unas pocas para recuperar la semilla; del mismo modo la poca agua que se destina al cultivo, que en realidad brota gracias a la humedad destinada al cultivo principal. Todos estos indicios apuntan al rol que la quinua ejerce en el sistema simbólico formado por el predio agrícola, y que desarrollaremos en el capítulo VI. A los intereses del presente capítulo, podemos reconocer que estas técnicas de cultivo impactan sobre las expectativas depositadas por el programa tecnológico, que aspiraba a la maximización de la productividad y por lo tanto de la rentabilidad del cultivo.



La vigencia de las técnicas ancestrales: el maíz creciendo *en rayas*; la quinua creciendo *al voleo* (Hornocal, noviembre de 2016)

Las superficies y rendimientos, ¿afectaron al reclutamiento al programa tecnológico?

Hasta aquí se ha podido apreciar que las técnicas de siembra que promovía el programa tecnológico no fueron necesariamente respetadas por buena parte de su

público destinatario. Esto dispara una serie de preguntas a resolver. En primer lugar, debemos averiguar si los bajos rendimientos de la quinua muestran correlación con la modalidad de siembra elegida. En segundo lugar, y dado que mi tesis se centra en comprender qué cosas mueven a un sector social a adscribir a una política de sector, es necesario analizar si los rendimientos obtenidos influyen o no en la continuidad del interés que despierta el programa tecnológico en su público destinatario; y más aún, si la satisfacción o no de las/os quinueros/os con los resultados obtenidos guarda correlación con los rendimientos que esperaba el programa tecnológico, como establecían las premisas del propio programa.

Al interés de saber si la modalidad de siembra afecta a los resultados obtenidos, nos enfrentamos a la necesidad de recordar que ninguna cosecha fue satisfactoria para los criterios esperados por el programa tecnológico. Sin embargo, si observamos el cuadro que acompaña este capítulo como anexo, veremos que, para resultados globales magros, sin embargo se evidencia un correlato “positivo” entre el monocultivo y los volúmenes cosechados. Es decir, que si ordenamos a las/os productoras/es según sus volúmenes de cosecha, observamos que quienes sembraron la quinua sola tienden a concentrarse en la parte superior de la tabla, y quienes asociaron dos cultivos tienden a concentrarse en la parte inferior, aunque la dispersión es muy grande y es difícil establecer una tendencia nítida.

Desde el punto de vista de la premisa del programa tecnológico, deberíamos esperar que el éxito en el reclutamiento de las/os agricultoras/es sea mayor entre aquellas/os que obtuvieron cosechas más satisfactorias.

Para estudiar este punto, cuento con una fuente de información relevante. He mencionado ya que el espacio de representación “corporativa” de las/os agricultoras/es ante las instituciones públicas y privadas (la Mesa Quinuera de Quebrada) sufrió una modificación cuando, en marzo de 2017, concluidos ya los dos ciclos agrícolas que exigía el proyecto PRODERI, la continuación de la participación en las propuestas técnicas ya no era obligatoria para las agricultoras/es. Por lo tanto, a partir de esa asamblea, el colectivo social adquirió una nueva fisonomía, ya que muchas/os agricultoras/es del universo empírico que estoy analizando dejaron de participar, mientras que otras/os nuevas/os se incorporaron. Es relevante entonces ver cómo incidieron los rendimientos de las cosechas en esta reconfiguración del colectivo. En esto se centra la penúltima columna del cuadro anexo.

Al poner en comparación el porcentaje de rendimientos obtenidos sobre la expectativa, y la continuidad en el programa tecnológico, observamos que la relación no es la esperada, e incluso **parece tender hacia la dirección contraria a la previsible. Quienes peores rendimientos obtuvieron continúan participando del espacio colectivo.** Entre los que obtuvieron rendimientos relativamente menos frustrantes, hay quienes continúan participando activamente del programa – como los casos N°19; N°25+26, N°21 – pero también hay quienes abandonaron – como el caso N°8, o el caso N°11. En cambio, entre quienes obtuvieron resultados más desalentadores, la fidelidad en el reclutamiento al programa se mantiene más firme. Esto entonces barre por tierra con el presupuesto del programa tecnológico de que a cosechas exitosas, el programa tecnológico lograría continuidad.

Pero más desconcertante resulta esta evidencia, si nos detenemos en el siguiente cuadro, y vemos que quienes más fieles se mantienen al programa institucional son precisamente quienes menos “atención” prestan a sus consejos técnicos:

Técnicas de cultivo 2015 a 2017	Cantidad de agricultores	¿Continúan en el programa tecnológico?		De los que continúan... ¿están conformes con los resultados?	
		SI	NO	SI	NO
Quinua y maíz	8	7	1	5	2
Quinua y arveja	6	5	1	3	2
Quinua sola	18	7	11	2	5
TOTALES	32	19	13	10	9

Vemos que, de la muestra estudiada para esta variable, 19 agricultores continuaron (continúan) en el grupo mientras que 13 ya no lo hicieron. Ahora bien: vemos que la deserción del programa tecnológico ocurre fundamentalmente entre aquellas/os que priorizaron el monocultivo de quinua²⁴. En tanto, aquellas/os que, sembrando la quinua con maíz o arveja, atendieron más a sus propias técnicas

²⁴ De hecho, las dos personas de la muestra que abandonaron el programa tecnológico y habían sembrado la quinua con maíz y arveja, responden menos a una “desilusión” con los resultados, que a la estrategia de “reclutamiento” mediante la cual su red familiar las había vinculado a la propuesta técnica (y que desarrollaremos en el capítulo V).

tradicionales de siembra que a los lineamientos técnicos y obtuvieron cosechas de quinua menores, se muestran sin embargo más renuentes a abandonar el programa tecnológico. Es decir: que la mayor erosión en la participación en la propuesta técnica, se manifiesta entre quienes más aplicadamente la cumplieron. E inversamente, más continuidad guarda la participación en la propuesta técnica, entre quienes más desoyeron sus recomendaciones. **Resulta así seriamente dudoso aseverar que lo que mantenga el interés por la propuesta técnica de fortalecimiento de la quinua sea la mejora en el rendimiento del cultivo.** Aumentar el volumen de quinua fue desde el principio una premisa institucional: los datos no evidencian de ningún modo que fuera una premisa de las/os destinatarias/os del programa.

Pero podemos dar aún mayor densidad a esta observación si nos detenemos en una columna adicional, en la que detallé el grado de satisfacción de cada destinataria/o con la quinua obtenida durante el ciclo 2015/2016. Y aquí vemos que el grado de satisfacción o no con las cosechas no guarda ninguna relación, en primer lugar, con la continuidad en el programa (son más los disconformes con los resultados que los satisfechos, pero participan igual). Pero más aún: tampoco guarda relación con el volumen de rendimiento efectivamente cosechado. Hay quienes obtuvieron rendimientos magrísimos para las expectativas del programa tecnológico, y sin embargo se manifiestan conformes: la productora N°1 cosechó apenas el 4,17% de lo esperado según las predicciones técnicas; la agricultora N°34, apenas el 5,54%; la agricultora N°7, el 11,9% de lo estimado. Y sin embargo, una de ella nos dice que *“yo he cosechado bien, para qué me voy a quejar”*; otra señala *“viera qué linda me ha dado la quinua, ¡asina unas panojas!”*. Entonces, se manifiesta el hecho de que **los criterios nativos de satisfacción con los resultados agrícolas no guardan relación con los criterios institucionales.** La gente que cría sus quinales se encuentra conforme o disconforme con los resultados que obtuvo, por motivos que hasta el momento no hemos esclarecido.

...

Recopilando lo visto en este capítulo.

En el transcurso de este capítulo, hemos visto cómo todos los parámetros que dan sentido a un diagnóstico técnico acerca de lo que hace falta para mejorar la calidad de vida de un sector social, así como los medios necesarios para lograrlo, no dan explicación, en el desarrollo de dicho programa de intervención, a las

reacciones y comportamientos de las/os destinatarias/os del mismo. Hemos visto cómo el paradigma técnico se enfrenta a una realidad esquiva que no entra en la coherencia de sus propios parámetros, sostenidos en los siguientes supuestos del quehacer técnico:

- Que la ausencia de semillas de calidad de quinua explica la demanda de semilla por parte de los agricultores; en consecuencia, la obtención de semillas de calidad y en cantidad suficiente facilitaría la expansión del cultivo.

- Que el rendimiento esperado mediante una siembra a principios de octubre debería ser de 4000 Kg/Ha, o si se hace hacia fines de noviembre al menos debería rondar los 2000 Kg/Ha.

- Que cumpliendo con los criterios establecidos por el programa tecnológico – por ejemplo, sembrando la quinua mediante un sistema ordenado de segregación de variedades y de monocultivo para evitar la mezcla genética y para maximizar la productividad – es como se asegura una mejora en los rendimientos por unidad de superficie.

- Que a mejores rendimientos por unidad de superficie (es decir, más cercanos a los calculados en campos experimentales), se mejoran los ingresos del agricultor y así se garantiza su reclutamiento al programa;

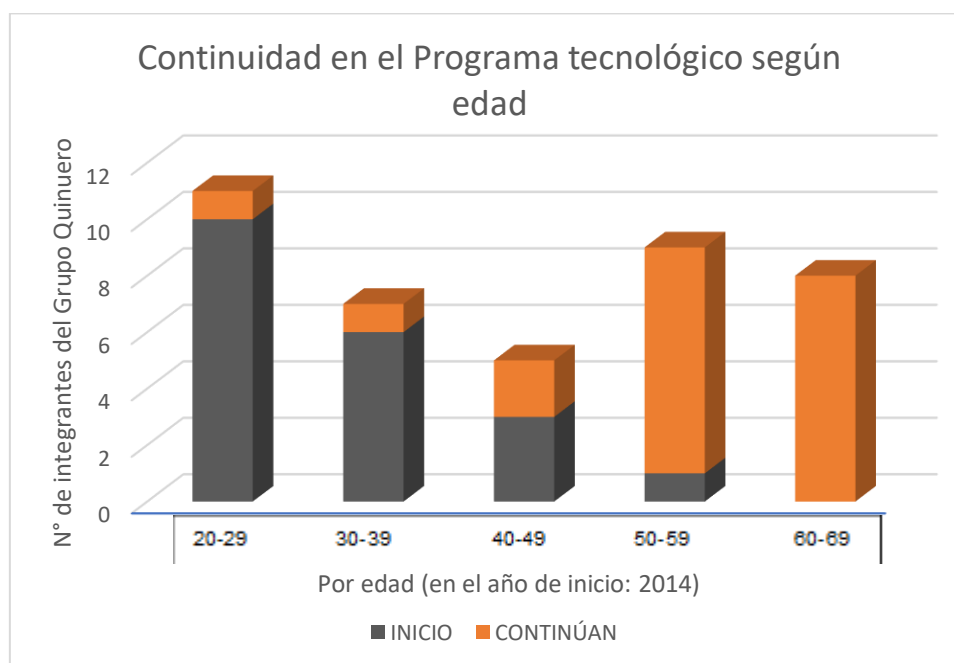
- Que dos señales de compromiso con el programa tecnológico son la superficie implantada (a menor superficie, menor interés y viceversa) y la prolijidad en el cultivo (al evitar la mezcla de variedades o la asociación con otros cultivos que compiten con la quinua).

- Que por debajo del rendimiento calculado en condiciones experimentales, el agricultor perdería el interés por la producción de quinua; y por ende quienes sembraron poca superficie o lo hicieron de manera desprolija deberían ser los que primero abandonen el programa tecnológico.

Considero que hasta aquí he demostrado que ninguno de los parámetros por medio de los cuales el programa tecnológico anticipa su propio éxito y el consecuente interés de su público destinatario, resulta útil para interpretar los comportamientos y los intereses nativos. Sin embargo, es innegable que el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA logró despertar un interés entre su público destinatario que en algunos casos adquirió continuidad durante el tiempo y en otros no. Me he preguntado mucho si es posible reconocer algún patrón que muestre correlación con la ocurrencia de lo uno o lo otro, y que por lo

tanto, nos ayude comprender los mecanismos nativos por los cuales los programas de intervención en desarrollo rural adquieren continuidad. Con este fin, en el caso que analizo, he puesto a prueba diversas variables, tales como la localización de los territorios agrícolas, sin encontrar resultados concluyentes, salvo por una variable que sí ha mostrado una correlación significativa, y que merece ser interpretada: se trata de la edad del/de la agricultor/a.

Si observamos la mutación que sufrió el conjunto de las/os quinueros/os a partir de marzo de 2017, podemos ver un afianzamiento de las/os productoras/es mayores, y una enorme erosión de las/os más jóvenes. A continuación presento un gráfico que ilustra este fenómeno, organizando a las/os integrantes del Grupo Quinuero original (del proyecto PRODERI 2014) por grupos generacionales, en base a la edad que tenían al inicio del proyecto. Las columnas representan el número total de integrantes del colectivo por franja etaria; las porciones anaranjadas de esas columnas muestran cuántos de ellos continuaron a partir de 2017, y lo siguen haciendo hasta hoy:



Una evidente conclusión que se desprende del cuadro es la correlación entre edad de la persona participante y continuidad en la propuesta técnica: cuanto mayor la edad de la persona participante, mayor el grado de compromiso en continuar la participación. Esta progresión es gradual, coherente y no muestra quiebres: mientras que de las/os 11 menores de 29 años del grupo original sólo continúa una persona (el 9%), de las/os mayores de 60 años del grupo original

continúa nada menos que el 100%. ¿Cómo es posible que un programa tecnológico con expectativas innovadoras, logre garantizar un entusiasmo más continuo entre las personas mayores que entre las jóvenes? Esto merece un trabajo en profundidad, al que le dedicaremos el capítulo siguiente.

De esta manera, las preguntas que se desplegaron en el desarrollo de este capítulo serán aquellas que abordaremos en los siguientes tres.

En primer lugar, para comprender la relación entre edad de destinatarias/os del programa de fortalecimiento de la quinua, será necesario profundizar en el capítulo IV las historias de vida de quienes integran este universo, para de este modo poder identificar aquellas características que dan forma a los intereses particulares y las condiciones estructurales que anteceden a la propuesta tecnológica. La pregunta acerca de cómo se configura la territorialidad local, tanto en términos jurídicos como en términos de categorías sociales comunes a una convención de habla dedicada a la producción agropecuaria, será desarrollada en el capítulo V. Por último, el rol que cumple la quinua en el sistema conceptual quebradeño y su relación con los otros elementos del sistema simbólico, será analizado en el capítulo VI.

Capítulo IV. Quiénes son las/os quinueros/os en la Quebrada de Humahuaca.

En el capítulo previo he identificado una correlación entre la edad de las quinueros/os y la continuidad en su reclutamiento al programa tecnológico: cuanto mayor la persona participante, mayor su predisposición a continuar la participación. Esto nos conduce a preguntarnos entonces, a fin de cuentas, quiénes son estas personas de las que estamos hablando, qué fue de sus vidas, cómo construyeron una trayectoria personal que las condujo a sentirse en este momento convocadas por esta política institucional. Para comprender esta relación, en este capítulo analizaré las trayectorias de vida de quienes integran el universo de análisis, es decir de las/os 40 destinatarias/os que conformaron el núcleo original de la organización de productores de quinua en el departamento de Humahuaca, más las/os tres integrantes que se incorporaron en el transcurso del segundo año.

Trabajaré sobre dos fuentes de información. Por un lado, haré empleo de mis apuntes de campo, contruidos tanto durante la etapa de recopilación del corpus estrictamente referido a esta tesis, como durante otras experiencias de trabajo conjunto con varias de las personas que integran el colectivo social bajo análisis, y que ya han sido explicadas. Por otro lado, en este capítulo trabajaré sobre 21 entrevistas en profundidad que pude realizar a miembros del Grupo Quinuero. Estas entrevistas involucran a 27 unidades “destinatarias” del programa tecnológico, lo cual nos aporta un primer indicio para comprender cómo articula la categoría “beneficiario/a” o “destinatario/a” con las redes familiares domésticas o ampliadas.

Las historias de vida, aún siendo irreductibles a simplificaciones estadísticas, sin embargo aportan una información irremplazable para identificar “los determinantes y condiciones de los cambios ocupacionales o residenciales” (Jelin, 1976: 9). Es por esto que, aunque procuraré presentar el despliegue diverso y multivariado que conforma las experiencias de vida, me detendré particularmente en esas dos variables puntuales profundamente relacionadas que puedo trazar para la muestra total que analizo: el lugar de residencia, y la ocupación principal a lo largo de las trayectorias de vida de cada una/o. O, dicho en palabras coloquiales: dónde vivían y de qué vivían estas personas en cada momento de su vida. Un trabajo de estas características ha sido desarrollado con las trayectorias migratorias y vitales de los productores de quinua en el altiplano boliviano (Vassas-

Toral 2016). Poder realizar un trabajo similar con las/os productoras/es de quinua en Argentina me permite identificar tendencias comunes en el rol que, en distintos momentos de sus vidas, ejercía el agro quebradeño.

Encontré útil ordenar la información graficándola bajo dos modalidades. **En los gráficos Anexos N° 6** (p. 274) **y 7** (p. 275), el criterio de orden de las trayectorias de vida es el del orden cronológico en el que se suceden las propias etapas de cada persona: de manera que todas las líneas de vida comienzan en un mismo punto y se extienden a partir de ahí hasta la edad actual de la persona. **En los gráficos Anexos N°4** (p. 272) **y 5** (p. 273) se presentan las trayectorias de vida ordenadas según el marco englobante y universal de los períodos históricos sociales: de modo que, sobre la línea de tiempo “universal”, los nacimientos de las personas que conforman la muestra se suceden en el año que a cada una le corresponde. En ese caso, el punto de encuentro de las trayectorias ocurre en el final: ya que todas las líneas de tiempo confluyen cuando da comienzo el programa institucional que nos convoca. Dentro de estas formas de organizar la información, a la vez hay un desagregado de las trayectorias de vida según lugar de residencia (gráficos Anexos 5 y 7) y según ocupación y/o ingreso económico principal (gráficos Anexos 4 y 6). La organización de la información por medio de estos dos dispositivos, me permitió identificar tendencias muestrales comunes concentradas generacionalmente, es decir, lo que se ha llamado “cohortes” (Jelin, 1976): conjuntos de personas que, nacidas bajo una misma coyuntura histórica, comparten pautas comunes sobre las expectativas deseables y las estrategias posibles de reproducción de la vida.

En el análisis de estas historias de vida surge una multiplicidad de elementos particulares e irreductibles, que resultan altamente significantes para comprender los factores por los que las personas han desarrollado sus estrategias, sus placeres y pesares, sus identidades, sus conocimientos, a lo largo de la vida. Procuraré identificar los nodos centrales que, repitiéndose en distintas trayectorias, hacen a las experiencias subjetivas y saltan con fuerza en las entrevistas y los apuntes de campo. Para poner de relieve cómo estas experiencias configuran la subjetividad de las personas, no encuentro mejor marco metodológico que la llamada en ciencias sociales “dimensión restituyente” (Pretto, 2011): la recuperación de fragmentos de los testimonios directos del/la protagonista de la experiencia. Es así que, por medio de estas herramientas, procuraré identificar continuidades, transformaciones y rupturas intergeneracionales, acontecidas en las expectativas

o tendencias esperables de vida en la Quebrada de Humahuaca, que dan forma a las identidades y los escenarios de futuro que inciden en las pautas de reclutamiento a los programas de innovación tecnológica rural.

Respecto de los lugares de residencia durante las trayectorias de vida, las categorías significativas que identifiqué para ordenar las tendencias son las siguientes: residencia en la localidad rural de origen; residencia en otra localidad rural; en la Mina El Aguilar; en el ingenio azucarero; en la ciudad de Humahuaca; en otra localidad urbana o agroindustrial. Sobre la residencia en “el ingenio”, los casos mencionados apuntan a La Mendieta, Ledesma o San Martín del Tabacal. Sobre la residencia en otras localidades urbanas o agroindustriales, los casos mencionados son, dentro de la provincia de Jujuy: Palpalá, Palma Sola, Santa Clara, Chalicán; y fuera de la provincia, Tucumán (a la cosecha de caña), Mendoza (a la cosecha de uva y de frutales), y la ciudad de Buenos Aires. En todos estos casos, el número de personas que lo mencionan no justifica el desagregado de subcategorías. En cambio, dos “polos” migratorios cobran una innegable relevancia en las trayectorias de vida: la ciudad de Humahuaca, y la Mina El Aguilar.

En consonancia con lo anterior, respecto de las principales ocupaciones, las categorías que adquirieron relevancia en la casuística analizada fueron: el Ingenio azucarero; la Mina; Fuerzas Armadas y de Seguridad; otros empleos en el sector industrial (Techint; el Ferrocarril; Recursos Hídricos; agroindustria para alcohonafta); empleos o ingresos estatales (Municipal; Escuelas; pensiones); actividades en el sector Servicios (comercio, changas eventuales, construcción); y producción agraria cuentapropista.

Algunas observaciones metodológicas sobre las entrevistas para tener presente durante la lectura de este capítulo:

Las entrevistas se enmarcan en determinada relación que las personas tienen con el formato verbal como medio para comunicar sus experiencias. Este formato resulta incompleto. En consecuencia, en muchos casos las entrevistas resultan pobres en cantidad de información. Esto no necesariamente expresa la desconfianza con el dispositivo de grabación o la violencia del formato entrevista. En ocasiones manifiesta una forma de expresarse concisa, propia de sectores rurales subalternos, en los que los pesares sólo adquieren verbalización en contextos ritualizados. Preguntar por los hijos se enmarca, fuera de estos contextos

especiales, en información precisa y específica, más vinculada con dispositivos estadísticos o institucionales que conversacionales.

La organización temática de las entrevistas se realizó de manera muy libre, procurando dejar al entrevistado/a conducir la pluma de su propio relato cuando así parecía dispuesto/a. En cualquier caso, se procuró atender a los siguientes campos temáticos: 1) estructura familiar; 2) historia personal de vida; 3) lugares productivos; 5) comercialización durante este año; 6) experiencia organizativa; 7) tiempo de dedicación; 8) concepciones personales de bien vivir.

Las tendencias globales que se desprenden de los gráficos

Dado que prácticamente no hay ninguna coincidencia en las fechas de nacimiento entre las personas que integran el Grupo los Quineros, permite identificar con facilidad y con eficacia ilustrativa una muestra de trayectorias vitales con saltos breves, escalonados y proporcionados, de personas que al momento de su involucramiento con el programa tecnológico analizado (2014) contaban entre 72 y 22 años, es decir que nacieron entre 1945 y 1995. Hay sólo un salto importante en ese escalonamiento uniforme e ilustrativo: entre quienes en 2014 tenían 56 y 41 años, estableciendo así una ruptura “natural” de la muestra entre las/os nacidas/os antes del año 1961 y las/os nacidas/os a partir de 1976. Sólo contamos con dos casos para ilustrar el rango entre ambas cohortes: una mujer de 53 años y un hombre de 47 años. Luego el escalonamiento continúa gradual. Si exceptuamos entonces estos dos casos y tomamos así la ruptura “natural” de nuestra muestra como punto de inflexión, podemos identificar entonces dos “generaciones” integradas, la primera, por 15 personas nacidas entre 1945 y 1961; y la segunda, por 11 personas nacidas a partir de 1976 hasta 1995. la fractura en la muestra resulta significativa debido a su coincidencia con un hecho histórico crucial: el comienzo de la dictadura cívico-militar en Argentina, y con ello el apogeo de un nuevo modelo económico post-industrial. Si estos dos grupos conforman o no cohortes discernibles en el sentido sociológico ya mencionado, deberemos identificarlo en las experiencias, proyecciones y expectativas de vida a analizar. A continuación entonces, me detendré en analizar los puntos centrales que se desprenden sobre las trayectorias de vida en la generación mayor y en la generación joven.

La generación de los mayores.

Nacimiento y primer infancia.

Hasta los siete años, todas/os las/os representantes de la cohorte mayor de nuestra muestra se criaron en sus ámbitos rurales de nacimiento. En los relatos de vida, los lugares y personas con que transcurrieron esta primer infancia están fuertemente vinculados con la ocupación de sus progenitores. Los casos registrados son los siguientes: en Lagunillas (Dto. Rinconada) con su abuela paterna en su puesto pastoril, ya que sus padres trabajaban en El Aguilar; en Ocumazo con su madre, pues su padre trabajaba en el ferrocarril; en Coctaca con ambos padres pero viajando estacionalmente a la cosecha de caña en La Mendieta; en San Roque con ambos padres; con ambos padres entre Palca de Aparzo e Isla de Cañas debido a la trashumancia ganadera; en Azul Pampa con su madre, pues su papá era policía en Humahuaca; en Campo Grande de Iscuya con ambos padres; en Cianzo con ambos padres (aunque su padre se iba a la zafra en invierno); en Hornocal sólo con la mamá y los hermanos en los puestos pastoriles, y en Abra Pampa, igualmente sólo con su mamá y sus hermanos en los puestos pastoriles. Así, la relación con los ámbitos rurales se remite sensiblemente a esta primer infancia, en situaciones de pastoralismo que son expresadas por sus protagonistas como de una exposición a carencias extremas, no sólo en términos materiales – padecimiento de hambre, ausencia de vestimenta, ausencia de condiciones de higiene – sino también de estímulos a la infancia.

Sin duda, una de las expresiones más impactantes de estas condiciones de vulnerabilidad es la naturalización con que se relata la muerte de hermanas/os e incluso de hijas/os. Los números son espeluznantes, y la experiencia marcó a esta generación de manera más o menos uniforme. Las pérdidas más marcadas que se manifiestan en las entrevistas ocurrieron en un período comprendido entre 1950 y 1968; aunque en algunos casos se extienden hasta bien entrados los años '80. Aquí presentaré sólo una cita, para no detenerme en un detallismo macabro e inconducente, pero la ilustración sirve a los efectos de comprender la forma en que estas experiencias configuraron la infancia de estas personas:

*Nosotros éramos doce [hermanos]. Pero después, ha visto, ya hemos quedado seis nomás porque, sabe, mi papá iba al ingenio. Iba al ingenio, entonces nosotros íbamos... los más grandes íbamos allá por el trabajo, por la calor. De chicos, chicos nomás. Los mayores. Especialmente **han muerto los mayores**. Claro, los menores hemos quedado... uno solo se ha salvado de los mayores. [De ellos]*

*únicamente a una chica le conocí, [...] así **una nenita, falleció cuando iba conmigo para allá ¿no?, para el ingenio.** Después hemos dejado de ir todos, y ya hamos, ya hamos vivido todos aquí. Aparentemente **la calor ha sentado mal allá. Y las enfermedades ésas que antes no... fiebre amarilla,** no sé qué decía mi mamá. **Eso lo ha liquidado a los mayores.** (N°41. Coctaca, 19/4/2017)*

En este tipo de relatos se expresa la naturalidad forzada con que las condiciones de vulnerabilidad social debían ser incorporadas en la trayectoria personal durante este período histórico.

La escolarización.

Para el período registrado, dos imposiciones estatales estaban plenamente asumidas como episodios de vida prescriptivos: la escolarización (sobre todo primaria) y, para los varones, el servicio militar. El hecho de que estas experiencias estuvieran asumidas no implicaba que no entraran en tensión con otras prioridades para la reproducción de la vida rural: por el contrario, puntualmente la escolarización constituía un desafío organizativo para la familia que implicaba soluciones traumáticas y paliativas.

A partir de los siete u ocho años, comenzaba el proceso de escolarización. Aquí se vislumbra una nítida diferencia o segregación de estrategias educativas entre varones y mujeres.

En el caso de los varones, una solución sumamente practicada en aquella época consistía en **la entrega del niño** a otra familia para que fuera criado **como entenado** (a veces, a un convento o parroquia). La forma de designar la práctica resulta elocuente: *entregar con patrón*. Esta modalidad de infancia es una constante que aparece en la mayoría de las historias de vida de los varones nacidos antes de 1961:

*La situación económica era preocupante, no alcanzaba para alimentarnos a todos, esos años **se acostumbraba a los hijos entregarlos con patrón decían,** viste, que **se los lleve alguien que los pueda mantener,** entonces a mis hermanos se los llevaban. Buscaban algún conchabo y se iban a trabajar. Fue pasando con todos y eso sí **es una normalidad** porque a mí también, cuando a los doce años, **me entregaron a una familia.** Tuve suerte, me entregaron a una*

*familia en Jujuy que tenía restaurante [...]. Con ellos me terminé de criar. Me entregaron a cambio, mire cómo sería, **me entregan a cambio de la comida y la ropita y nada más, plata nada.** [...] **Ya no te faltaba el plato de comida, tenías tu plato de comida y por ahí tenías tu ropa también.** Lo único malo es que tenías que trabajar. A veces eran un poco desconsiderados, porque yo trabajaba de las seis de la mañana, hasta las once, doce de la noche. Todo el día trabajaba, entonces eso hacía de que era un poco cansador, pero después era lindo en el sentido de que **uno también estaba comido, y bueno también tenía la ropa.** (N°22. Valiazo, 16/3/2017)*

Pero la práctica de *entrega con patrón* era aún más frecuente – omnipresente, podríamos decir – entre los “hijos naturales” (hijos de madre soltera, no reconocidos por padre). En algunos casos, esa experiencia no necesariamente es percibida por quien la vivió como traumática, sino incluso como deseada o deseable:

[Cuando yo tenía] **seis, siete años mamá venía aquí, venía a llevar verdura, y en eso yo venía aquí, me gustaba.** [...] **Había un hombre que tenía hacienda, y ahí me he quedado, me ha gustado, y ya me he quedado, ya he ido a la escuela, después los servicios, y ya seguía aquí. Sajama, el hombre con que he trabajado y me he quedado.** (N°25. Uquía, 21/3/2017)

Cabe señalar que, en este caso, el patrón acabó siendo el suegro del entrevistado, que se casó con su hija. Este dato es importante para poner de relieve que la *entrega con patrón* no implicaba en todos los casos una relación asimétrica de clases, sino, en ocasiones, una estrategia de ampliación de la red de parentesco. Aunque en otros casos, la relación reforzaba la jerarquía social, expresada en una reciprocidad claramente asimétrica. En efecto, para otras personas de nuestro universo, la *entrega con patrón* constituyó el comienzo de una trayectoria personal signada por sucesivas experiencias de violencia doméstica hasta llegar a la adultez.

Soy el tercero. [Pero mis hermanos] *iban a otras familias.* [...] **A mí me dejaron ahí porque mi mamá cuidaba las cabras del señor ése. A cambio, ella cuidaba las cabras y el otro señor me cuida a mí. Y bueno, así es como he ido a la escuela, hacían trueque. Él trabajaba, en ese tiempo trabajaba en vialidad. Ahora ya es jubilado. Ya cuando estaba haciendo primer grado estaba ahí; por eso en segundo grado yo me escapé. Le escuché que, como él trabajaba en vialidad, si me**

reconocía [es decir, si se formalizaba la adopción] *debe ser que cobraba muchos pesos, por el salario algo debe ser, por el interés que había. [...] Y yo **de miedo que nos pegue a cada rato**, entonces de ahí vamos como al sereno, al poquito así.* (N°2. Hornocal, 10/8/2018)

En todos los casos, esta situación encubría, para la familia (o parroquia) destinataria, la oportunidad de acceso a mano de obra gratuita, sin el pago de honorarios:

Yo [he ido a] *la escuela San Francisco, en pleno centro de Jujuy, porque era cadetecito de un hotelero, **ahí trabajaba yo desde chiquito y él me mandaba a la escuela.** Ahora ya no es escuela la San Francisco. Allá era, donde está la iglesia ésa. Ahí era una escuela comandada mayormente por párrocos. [...] Yo iba solito. Tenía un hermano ya fallecido, pero él no iba a la escuela, él también trabajaba con el hotelero.* (N°13. Palca de Aparzo, 8/8/2018)

Es interesante que, para algunos entrevistados, en este mecanismo de trabajo infantil no asalariado reside la explicación nativa para el despoblamiento rural y la emigración:

*Bueno ahí ese maestro me hace hacer la confirmación, ése ahora es mi padrino. [...] Tampoco me quedé con él, porque **él me hacía trabajar... o sea nunca me pagaba... Él me compraba ropita, nada más. Zapatillas.** Ya no me quedé ni con mi padrino, me he ido a trabajar con otro, me he ido a Ocumazo primero a vivir. [...] Trabajaba a los vecinos, por ahí. Claro, ya ganaba mi jornal ya, me buscaban, así como ahora si necesitás un peoncito, y bueno.* (N°2. Hornocal, 10/8/2018)

De hecho, esta modalidad de organización no remunerada del trabajo permanece en la memoria como un elemento importante para explicar algunas dinámicas territoriales:

*Los originales originales de acá muchos dejaron hace veinticinco, treinta años capaz, de sembrar. Originales. [...] Ellos sembraban, pero **el papá era que vos trabajás pero yo no te doy un peso. Entonces vos trabajás aunque seas viejo, no te doy nada, porque vos comés, vos vivís aquí en mi casa. Entonces ellos por la desesperación de que no le dan nada, y ellos querer progresar, se iban.** Jovencitos ya, [...] los chicos directamente se iban.* (N°21. Uquía, 18/7/2017)

Aunque los procesos educativos masculinos están marcados fuertemente por el desarraigo y la explotación, los procesos educativos transitados por las mujeres de esta generación manifiestan una continua falta de prioridad en su escolarización. Las mujeres apenas pudieron hacer los primeros años de la escuela en sus lugares de origen (en Lagunillas; en San Roque; en Palca de Aparzo). Un argumento asociado fuertemente con la interrupción escolar femenina, consiste en la expectativa de que las niñas asumieran las tareas pastoriles, frecuentemente en reemplazo de sus abuelas, en una suerte de continuación laboral matrilineal.

[Mi papá] *trabajó en Ledesma. Ledesma, después Orán, bah en Tabacal, ahí ha sido sus últimos días de trabajo. Yo también iba con él a trabajar, años. [...] Yo tenía diez, doce años, por ahí más o menos. [...] Y después ya dejé de ir yo también la ingenio y ahí iba mi hermano el Timo. [...] He ido hasta los quince años, nomás he ido yo. Después ya dejé de entrar, ya me tomaron las ovejas.* (N°5. Cianzo, 14/07/2017).

Expresiones como ésta son frecuentes en la explicación de las mujeres de su interrupción escolar: el cuidado del ganado menor como un deber prioritario.

Emplearse.

Entre los varones, en algunos casos, el proceso educativo mantuvo consistencia y permitió el avance en estudios secundarios en Humahuaca (para personas provenientes de las primarias de Ocumazo, Coctaca y Rodero). En algunos casos permitió la conclusión de primario completo en sus comarcas de origen (en Pucará; en Palca de Aparzo). La preocupación prioritaria por la educación sobre todo de los varones se relacionaba con las posibilidades laborales:

Para entrar a Mina el Aguilar me pedían el séptimo grado y el servicio militar cumplido... ¡y cuántas cosas! No... ¡esos yanquis son jodidos! Esa empresa era yanqui, norteamericanos, la mina el Aguilar. (N°13. Palca de Aparzo, 8/8/2018)

Sin embargo, todas las personas – así varones como mujeres – ya contaban con experiencia de salir a trabajar antes de culminar la adolescencia, de manera independiente o ayudando a los padres:

[Mi papá] *por ahí iba a changear, así, al ingenio. [...] El papá se iba con los más grandes al ingenio. [...] Después ya empezaron a ser libres ellos, ya han*

empezado a tomar a la mina, se han ido a la mina ellos, y él seguía yendo con los más chicos para el ingenio. Yo también he ido, muchas veces con ellos. Y vaaaaamos a trabajar allá que estén los más grandes, a cocinarles, a ayudar, y la que se quedaba en el campo ha sido mi mamá con los dos más chicos. Ella manejaba ya la hacienda... (N°16. Varas, 17/3/2017)

Por mucho tiempo **el servicio militar fungió de rito de pasaje masculino a la adultez**, y a partir de ese momento se esperaba que el joven se independizara. Una vez concluido el servicio militar, la consigna implícita consistía en **salir a buscar empleo afuera**, y ya no volver al pago de origen, ya que, como vimos, eso que implicaba seguir destinando la propia fuerza de trabajo en actividades no remuneradas. De modo que la independización a partir del servicio militar implicaba para los varones iniciar un proceso de búsqueda de empleo, y por lo tanto, ya no regresarían a los ámbitos rurales de origen.

Para toda esta generación comprendida por los nacidos entre 1945 y 1961, los principales empleadores fueron, por orden de importancia: la Mina El Aguilar; las fuerzas armadas y de seguridad; y el ferrocarril. Para quienes entraron a las fuerzas, este ingreso laboral resultaba inmediato:

*Y en las vacaciones venía a verlos a mis padres, y cuando estoy para ingresar al servicio militar, como yo ya tenía experiencia de haber estado en la escuela, pido entrar como aspirante, ya estaba un año, entonces **digo no hacer el servicio militar**, se llamaba voluntariado, **entrar como voluntario**. Tuve la suerte de ingresar, ingresé en el estado mayor como voluntario, hice voluntario de segunda, voluntario de primera, y seguí la carrera de suboficial. (N°22. Valiazo, 16/3/2017)*

Para el resto, comenzaba un período de prueba de distintas actividades laborales, que podía durar muchos años, y que algunos se recuerda como una experiencia que expandió los alcances geográficos y las habilidades técnicas del enunciador/a:

Me fui a, ¿dónde me he ido antes de ser mayor de edad?, porque antes de los dieciocho no te dan trabajo, ¿no? Dieciséis, diecisiete me he ido para el Ramal me he ido, a Santa Clara. Pero vos entrás a trabajar ahí por contratista, todo en negro, y tenés que andar buscando quién te da trabajo. Así que fui ahí, cosecha de tomate.

Con gente de Bolivia. [...] De ahí salí, me voy a Mendoza yo. Me cuelo con los bolivianitos, me voy a Mendoza. Estaba como tres años ¡pero ahí estaba bien!, ganaba tres sueldos. Primero era sereno, porque vivía ahí, me han dado la casa y tenía que hacer de sereno, la responsabilidad de entrar, salir los vehículos. Era una fábrica de conservas. Así que ahí tenía el sueldo de sereno, [...] Y después me agarran de tractorista y ahí aprendo a manejar pues. Me preguntan ¿querés aprender a manejar el tractor?, ¡sí!, me dan el tractor y ahí manejé. (N°2. Hornocal, 10/8/2018)

En la mayoría de los casos este proceso de “prueba” de distintos empleos culminó con la estabilización en un entorno laboral específico, dentro de las limitadas opciones disponibles. Para aquellos que este proceso resultó menos traumático y más fácil era para quienes, como hemos visto, contaban con un capital cultural relativamente mayor por haber comenzado o incluso culminado el secundario, y contaban así con un relativo mayor margen de autonomía para elegir el empleo que prefirieran, lo comenzaban antes y con una más sólida continuidad en los aportes jubilatorios:

*Estaba en el Ingenio, ya era fichado, fichado, tuti era. **Tenía número de legajo personal, todo todo bien bien. Con cobertura social, todo. O sea como le dicen ahora a un estatal, planta permanente.** Y después, este... eso, me he ido al Aguilar. [...] Era mejor Aguilar que sufrir en la zafra azucarera, volteando caña. **Más, más sufrido es. Y El Aguilar era más seguridad. Y se ganaba un poco más en Aguilar que allá. Porque era continuo pues. Era continua. En cambio en Tabacal en diciembre paraba la cosecha. Y volvíamos en abril, mayo. Esos meses no se pagaban.** (N°13. Palca de Aparzo, 8/8/2018)*

*Como ya uno ya de veinte años ya es grande, entonces vine de allá, he estado aquí y **como en el Aguilar tomaban gente, diez por diez tomaban, así que no me costó nada**, ya digo ya tengo trabajo, listo. De eso me quedé ahí pues en el Aguilar veintinueve años [...]; salí jubilado. (N°19. Ocumazo, 14/7/2017).*

Todas las actividades laborales de las personas a las que nos referimos implicaban una inmensa exposición al riesgo físico, que en la mayoría de los casos se expresó en el deterioro prematuro de la salud o en accidentes laborales. Nos cuenta un ex empleado del ferrocarril:

*Yo estaba bajando de Volcán, del bordo, del cementerio, y bajé con rieles. Tenía que llevar trecientos metros más o menos. [...] Cuando vengo, **el tren venía ahicito. No me pude frenar che** [...]. **Hemos volado todos, así para un lado, para otro lado.** [...] Ahí murieron dos en ese mismo accidente. [...] Yo, yo, únicamente estaba **la cara, tenía todo partido, y la cabeza.** [...]. **De ahí de esa vez que me he vuelto para acá para sembrar, listo.** (N°41. Coctaca, 19/4/17)*

Nos cuenta un ex minero:

*Ahí el Aguilar estaba **hasta que me accidenté pues.** [...] En el 88 me accidento: dos años creo que estaba, o tres años. 88 estaba el accidente. [...] Los médicos no podían intervenirme para sacarme el hierro del ojo [...] porque se tiene que firmar un tutor, como a la escuela. **Yo, como era solo, la puse a mi mamá.** Ahí la buscaban con la policía, pero **tampoco era que la iban a poder traer, porque no iba a dejar sus cabras.** Yo estaba en Buenos Aires, grave. Entonces ahí sufrí una semana... El cuento es que no la encontraron nunca. Estaba con el hierro adentro del ojo. Qué me entró, no sé si hierro o una esquirla del mineral que se entró al ojo. Ahí me llevaron en avión por eso a Buenos Aires, al hospital británico creo que era. Y de ahí después pasando yo dije, no, yo no aguanto más, no doy más, si me tienen que terminar liquídenme, listo. Le digo a [mi superior de la empresa] **¿te animás a firmar vos? Sí lo firmo.** [...] Y bueno, accedí así. Van un grupo y firmé yo y me operaron. Recién me sacaron el hierro del... el cuerpo extraño que le decían ellos, en la vista. De ahí en ese tiempo **ya pasó mucho tiempo, perdí la vista.** (N°2. Hornocal, 10/8/18). Ex minero en mina El Aguilar.*

Estos episodios de accidentes constituyen hitos muy marcados en los relatos de vida. Explican las disposiciones físicas actuales de las personas involucradas, así como las trayectorias laborales posteriores al episodio.

Jubilarse.

Si bien en la bibliografía sobre las comunidades andinas, el ingenio azucarero ha sido sin duda el caso de análisis más emblemático de explotación de la fuerza de trabajo campesina (Hocsman, 2000; Weinberg, 2009; Weinberg y Mercolli, 2017), y de manera equivalente, el empleo estacional en los ingenios aparece con fuerza en las trayectorias de vida que analizo, sin embargo un dato importante es que, de todo el referente empírico analizado, **nadie se jubiló del ingenio.** Este

polo de trabajo **termina de diluirse con el fin del último golpe cívico-militar** en los 80'. Los últimos que van son gente mayor que no entra directamente en mi muestra: el padre de tres agricultores de la localidad de Cianzo, quien va a Ledesma hasta 1983; y el padre de una productora de Calete, quien va a San Martín del Tabacal hasta 1984. Ambos adquirieron media jubilación mediante aportes extraordinarios. Un solo agricultor va del 81 al 84 a Tucumán, pero es ya otro polo agroindustrial, y además no llegó a jubilarse por esta actividad.

En cambio, el resto de los empleos sí significó, en muchas oportunidades, el acceso a una jubilación. En algunos casos, debido a los accidentes padecidos, se les abrió la posibilidad de acceder a una jubilación prematura o terminar los años de aportes realizando "tareas livianas". En el resto de los casos de jubilación efectivizada, el retiro del trabajador se efectuó a una edad temprana.

*Salí jubilado [...] a los cincuenta. [...] Ya son diecisiete años. [...] Como tenía terreno aquí digo: no, peor irme a Jujuy, eh, que no, es húmedo, más que el médico, porque yo tenía **problemas de bronquios cuando estaba, he salido de la mina.** Entonces el médico me dijo te vas a ir a Humahuaca y te vas a componer solo. Y así fue, pero **cuatro años me costó.** Cuatro años, cinco. Y me he compuesto y así ahora estoy bien. Todos los que tienen asma, todos todos aquí... ah, por el asma, sí, así es. (N°19. Ocumazo, 14/7/2017)*

El período de permanencia en la Mina para esta generación significó una etapa crucial de sus vidas, de entre 14 y 31 años. Como se observa entonces, las características de las actividades laborales asumidas, exponían a los trabajadores a una alta posibilidad de sufrir graves accidentes laborales, incluso la muerte, así como otros tipos de afecciones a la salud. La contracara de esta enorme exposición física era la expectativa de poder acceder a una jubilación en una edad temprana, en la que la persona pudiera aún conservar un pleno vigor físico que, en los casos que estamos estudiando, permitió retomar las actividades agrarias. El último jubilado propiamente dicho contaba al inicio del Programa de Fortalecimiento de la Quinua con 57 años. Pero si lo organizamos por edad de jubilación, el retirado más joven fue jubilado prematuramente a los 34 años debido a un accidente laboral.

Este ciclo era similar para las mujeres, que seguían a sus parejas aproximadamente hacia la misma edad. Para dos de estas mujeres, el período de permanencia en la mina fue más breve (5 años y 7 años respectivamente), debido

al fallecimiento de sus maridos por sendos accidentes. En ambos casos implicó el acceso a una pensión vitalicia por viudez (cubierto por la mina en un caso y por la policía en el otro), que permite que en su trayectoria de vida hayan podido realizarse de manera similar a otras unidades familiares de su misma generación:

Éste es sin papá, no ha conocido a su papá. No, no ha conocido a su papá [...] porque ha fallecido, ¡él era de chiquitito!, tenía un añito. [...] Accidentado ha fallecido en el Aguilar, por eso yo tengo sueldito de ahí, del Aguilar. [...] De él todavía tengo, del primero de su papá de ellos, de los chicos mayores. [...] Con ése he comprado, con lo que me han pagado de mi marido el accidente, y ahí me he comprado mi lote en Jujuy [...]; con mi sueldito yo he hecho mi casa pues yo, aquí, y en Humahuaca también, Jujuy también. [Sueldito] de mi primer marido pues; de la mina. Yo no dormía: yo comía, me vestía con lo que trabajaba yo, y mi sueldito para comprar las cosas para la casa. (N°35. San Roque, 10/8/2018)

*Yo en el matrimonio anduve hasta el Aguilar, y hasta Tilcara. Porque, como era policía, dos tres meses allá, dos tres meses allá, dos tres meses allá. [...] Estuve de matrimonio [...] como ocho años, así he estado. **Él fallece. Y quedé otra vez sola. Con dos:** con mi hija de... seis años. Y el Mario, cuatro años. Chiquititos. Así que de ahí volví de nuevo. Y eso **pasó cuando estaba en el Aguilar.** Me vuelvo a vivir acá [a Humahuaca] otra vez. Porque aquí el papá ya tenía su casita. [...] Después un buen día como pasó dos años más o menos, **dos años, me ha salido una pensión con mucha plata [...] del fallecido.** Entonces mi hermano, como yo vivía con él, me dice, mirá hacé tal cosa. Que **te alcanza esta plata para que te comprés un terreno. Así que me voy a comprar en Jujuy, y ahí ya me fui a Jujuy. Y ahí terminé de hacer estudiar a los chicos [con...] la pensión que percibo [...] de por vida.** Porque yo, eh, la viuda, por vida, **mientras no me case.** Eso también, ése es de seguridad. **La policía, gendarmería, ejército, ¿quién más?, penitenciaría. Esos cuatro, las viudas dependen mientras sean viudas.** Si salen de ser viudas, se casan, fuiste, tiene que mantener el otro, borra inmediato, al mes ya, así que estás obligada a seguir siendo viuda [nos reímos] (N°16. Humahuaca, 17/3/17).*

Las viudas explican su ingreso colateral como pensión o también como “sueldo”. Y en ambos ejemplos, coinciden en que esa manutención les permitió construir sus

viviendas bajo una estrategia multi-residencial, mientras obtenían sus ingresos para el abastecimiento diario de sus propias estrategias de reproducción cotidiana.

En cambio, otras mujeres pasaron la mayor parte de su vida en el ámbito rural, y prácticamente nunca salieron de sus comunidades. Esto implicaba por supuesto una distribución del capital cultural sumamente desfavorable, en el marco del cual, sin embargo, algunas de ellas pudieron desenvolverse con cierta habilidad, llegando a trabajar e incluso en algún caso a jubilarse:

*Tiene por herencia de su papá unos rastrojos grandes incluyendo tres partes y estancias también sobre la falda, porque como ella **se quedó con sus papás hasta el final, su papá le dejó todo a ella**; sus hermanos nunca venían a ver a sus padres. “Después, yo he repartido de buena” con sus hermanos. Por eso, **su marido se vino a vivir con ella a esta casa para cuidar de sus papás**. [...] Por quedarse en Palca tuvo que trabajar desde joven, **empezó a trabajar en la escuela de Palca desde los 14 años**, luego su hermana la llevó por un tiempito a Palpalá, pero de allí se volvió y comenzó de nuevo a trabajar a los 19. **Trabajó allí durante 20 años** “aunque sólo me reconocieron 13”, hasta que se empezó a caer desmayada en la escuela: “trabajaba demasiado: salía a las cinco de la mañana y volvía a la una”. **Le diagnosticaron chagas**. Es cuando le diagnostican chagas que se muda a Humahuaca en donde vive ahora. (N°14. Palca de Aparzo, Septiembre de 2018).*

Aquí se manifiesta una estrategia de reproducción doméstica que, a pesar de las dificultades patrimoniales que produce con la formalidad jurídica, conserva vigencia: la costumbre andina de que sea el/la hijo/a menor aquel/la que se haga cargo del cuidado de los padres durante su vejez, y en compensación, quien hereda la casa y los terrenos rurales de la familia. Esta figura tiene muchos nombres en los Andes. En los valles de altura salteños he escuchado el uso de la palabra “*sulka*”, en los valles occidentales catamarqueños, la misma palabra quechua pero con la acentuación regional: “*shulka*”. En el departamento de Humahuaca, la palabra empleada es “*pichule*” o “*pichuli*”.

Casi todos estos jubilados y pensionados viven hoy principalmente en Humahuaca y tienen un período de permanencia rural importante; hay quienes van sólo ocasionalmente a *ver sus rastrojos*; y sólo dos casos que residen principalmente en el campo.

De los varones “veteranos”, sólo dos casos no se emplearon de manera permanente en uno de estos ámbitos de absorción de mano de obra, y en cambio permanecieron en el campo durante esta etapa. No siempre esta decisión es hoy visualizada como acertada:

*A echar caña a San Martín, tres años, por ahí he ido. [...] Habré salido a los dieciocho años. Después me ido a Tucumán, también a machetear la caña. Después me ido a Mendoza. [...] Por ahí he andado. Hasta que [...] me he venido ya, **ya he buscado mujer, listo he quedado ahí ya.** [...] **Por eso yo no tendría que estar aquí, tendría que estar allá. Yo tendría que ser capataz ya. Así así es el zonzo.** (N°10. Cianzo, 7/9/2018)*

Es claro que los que no tienen ingreso alternativo permanente, viven en el campo y carecen de casa propia en Humahuaca. Sólo un caso mantiene una residencia doble sin contar con un ingreso extra predial fijo, y es por lo tanto la excepción.

La crisis de una cohorte y la emergencia de otra.

El modelo generacional de concepción de la vida que acabo de describir, por más cargado de experiencias desgarradoras que estuviera, marcaba ciertas pautas del rumbo imaginable de una vida para una quebradeña/o. Sin embargo, este modelo sufrió una fuerte alteración en los años 1990, debido al cierre del ferrocarril y a la reducción drástica de personal que realizó la mina El Aguilar. Como producto de estos dos fenómenos, no todos los trabajadores pudieron acceder a la jubilación esperada, sino que ocurrieron en este período varios despidos a personal que llevaba años y hasta décadas brindando sus servicios en distintos ámbitos, y en particular en la mina. Algunos mineros desempleados procuraron mecanismos creativos para reinventarse dentro del mercado laboral y completar los años de aportes con el fin de acceder a la jubilación, principalmente a través de constructoras y transportistas, que absorbían un porcentaje de personal como choferes de maquinaria pesada:

*Hoy tiene 71 años, es categoría 45. **Se jubiló en el 2000, pero no por la mina sino por Techint, ya que lo cesantearon de la mina faltándole sólo 8 meses para jubilarse, tras 25 años de trabajo continuo. A pesar del abogado no pudo resolver ese tema. Con la indemnización de la mina le alcanzó para comprarse un***

camión 350 que puso a laburar; luego también empezó en una telefónica, “me dejaban un peso por llamada”, que era su ingreso. Estos recursos eran necesarios para mantener a sus hijos estudiando en Córdoba. Fue en la telefónica que conoció a los capataces de Techint, que entraban a hacer llamados y un día les dice “si necesitan trabajo me avisan” – “¿qué sabés hacer?” – “soy chofer”. Y ahí lo convocaron de Techint para hacer la obra del gasoducto en el Zenta. **En Techint estuvo trabajando un año y medio, que era lo que le faltaba para alcanzar los aportes jubilatorios.** “Mi señora no creía que yo me fuera a jubilar”. (N°38. Chaupi Rodeo, 20/4/2017).

Después de Aguilar he trabajado en el camino a Santa Ana, primero he ido a Palma Sola. Había alcohonafta de la caña de azúcar. Y ahí había una destilería de alcohonafta, ahí la caña no era para azúcar, era para la alcohonafta. Ahí eran tres épocas, pero hacía el doblete. **Ya estaba principando el camino ése que va a Santa Ana. Han hecho la primer etapa.** Y en tiempo que hacen el camino, que era aquí era la otra, **terminaba ahí y me iba a Palma Sola, a la caña, pero yo no iba como hachero, a machetear ya, yo iba a manejar el tractor.** [...] Después he trabajado con Alonso Crespo que ha hecho el camino a Santa Ana. Esa empresa grande, que es salteña. De Salta son. La firma es Alonso Crespo. Ahí es también, a mí me ha golpeado mucho. Sufría de frío, nieve, esos cerros, viento, bueno vos ya los conocés, yendo para el Santa Ana Caspalá. [...] **Ahí he ido, tres temporadas también.** Tres tramos. [...] Ahí he trabajado en el **92, 94. 95.** [...] Y de ahí me retiré, y entré a Recursos Hídricos. Si tenía una racha bárbara. Y **en recursos hídricos he estado hasta hace dos años atrás, ya me he jubilado.** Recursos hídricos era planta permanente. Ahí era servicio meteorológico, y aforamiento de río. (N°13. Palca de Aparzo, 8/8/2018)

Aunque no todos fueron tan afortunados. Algunos ya no pudieron acceder a nuevas fuentes laborales, y por lo tanto no pudieron completar sus aportes jubilatorios.

– Y de ahí **vino el tiempo de despido y me despiden, me dejan sin trabajo.** [...] en el **91, 90, por ahí.** Yo trabajaba en el mercado, tareas livianas...

Yo – ¿Por lo menos te pagaron una indemnización, te dieron algo...?

– **Nada.** Porque yo era zonzo, no me di cuenta. Después **cuando vine a la Red aprendimos todo** [...] Yo no sabía nada. Eso el defensor de los mineros, “vos firmá

*aquí”, el 5% de lo que yo cobré se agarró el abogado, después mi apoderado, él cobró la plata que yo cobré, lo depositó en el banco y él manejaba la plata. Era como mi plata, me dijo: **Enrique, vos lo votaste a Menem, no hay posibilidad ni de media jubilación, nada. Para qué votaste a Menem me dijo. Me dejó en la calle, botado.** [...] Ya quedé aquí, en San Roque. Ya conocí a Luisa, me quedé por ahí. (N°2. San Roque, 10/8/2018)*

Sin embargo, para aquellos que sí pudieron hacerlo, la jubilación implicó la posibilidad del retiro en una edad en la que la persona contaba aún con un buen vigor físico como para dedicarse a otras cosas.

La generación de los jóvenes.

Como dijimos, si exceptuamos dos personas, tenemos un bache generacional entre los veteranos (nacidos hasta 1961) y los que nacen a partir de 1976. Entre unos y otros se manifiestan transformaciones territoriales y económicas, pero ocurren de manera paulatina y en concordancia con los procesos históricos. Cabe preguntarse qué pasó con la generación intermedia, con las personas nacidas durante esos quince años prácticamente sin casos en la muestra. Al observar las tendencias estadísticas de la Argentina y de Jujuy en particular, no se observa ningún quiebre demográfico significativo en este período. Es decir que no ha habido baches de nacimientos o algún otro tipo de disminución de la población sensible estadísticamente. Entonces, ¿qué manifiesta esta ausencia?

Un indicio para entender lo ocurrido nos lo aportan las personas de nuestra muestra que inauguran la cohorte joven. Nacidas/os durante la última dictadura cívico-militar, los inicios de sus trayectorias de vida expresan aún con nitidez las expectativas de vida del seno familiar en que nacieron, expectativas forjadas aún durante el previo período de industrialización. Al observar los fragmentos de estas infancias transicionales, vemos el rol que cabía a los predios agrarios familiares en aquellos años. Para este grupo etario, su experiencia de primer infancia fue **diferente a la de sus padres: el ámbito rural ancestral no necesariamente constituía el lugar de nacimiento ni de residencia** principal (ya que sus padres trabajaban en Mina El Aguilar o en los ingenios azucareros), sino el lugar habitado temporalmente, **durante las visitas a los abuelos**. Lugares que cumplían una función afectiva y cotidiana circunscripta al tiempo extra-escolar (el verano; los fines de semana), pero de una gran importancia por su remisión ancestral. Esta

condición reconfigura el vínculo con lo rural: vínculo ancestral, afectivo, añorado, pero no cotidiano:

[Mi papá trabajó en el Ingenio San Martín del Tabacal] *más o menos hasta... cuando yo tenía... diez años debe ser. [...] Cuando éramos más chiquitos, nos dejaba a todos con mis hermanos. Todos quedábamos. Vivíamos con mi hermana y con mi hermano [...] en San Roque. [...] En San Roque hice hasta tercer grado, cuarto hice en Uquíá porque me llevó mi hermano mayor; y de ahí me fui a Calete, ahí terminé.* [Durante el receso escolar de verano, cuando mi hermano tenía que buscar trabajo] **salíamos de la escuela y nos mandaban con mi abuela a cuidar ovejas [a un paraje llamado Mudana].** *Ahora me dicen que no hay nadie, yo hace años que no voy, después de los diez años cuando ya mi papá se vino del ingenio, ya no fuimos ya casi. Ya no íbamos, porque ya nos quedábamos con él. [Cuando] no tenían con quién dejarnos, entonces nos mandaba con la abuela. Si nosotros estuvimos con la abuela, y estuvimos todo el verano así, las vacaciones de verano, y el invierno salía mi mamá. Después nos llevaba, me acuerdo que nos llevaba para allá [es decir, para el Ingenio San Martín], y **allá no podíamos ingresar a la escuela, de nuevo nos volvía a traer, debe ser que era difícil. No podíamos ingresar allá a la escuela. Porque ella hacía pedir pases** creo [...] De acá pedían pase para allá, pero allá no nos recibían, no sé, y de nuevo se perdíamos. Por eso nosotros grandes hemos terminado [la escolarización]. Por lo menos yo, quince años yo terminé de estudiar, porque primero es así, parece que perdíamos este año... ingresábamos acá y allá parece que no nos recibían y ya **no íbamos más a la escuela.** (N°17. Calete, 11/4/2018)*

Este fragmento es mencionado por una persona nacida en 1976. Y otro ejemplo de alguien nacida en 1978 apunta en la misma dirección:

*Antes el tren, el tren era el que llevaba y traía. [...] Sabía parar en Chorrillos. Teníamos una paradita ahí. Entonces los que venían del Aguilar se bajaban ahí. En Chorrillos. Y entonces **de ahí mi abuela sabía bajar con el burrito para llevarnos hacia Queragua.** [...] Era una paradita. Nosotros teníamos, ya era como caminito de hormiga, sabíamos cuestear hacia arriba hacia el bordo y **camínabamos derecho que era Queragua.** [...] Yo desde que tengo razón, **para mí salir de la escuela era, supongamos sábado, el viernes salir de la escuela, el sábado mi mamá ya me traía a... ahí hasta Chorrillos y me despachaba y yo ya me iba...** tanto cuando estaba acá como cuando estaba en el Aguilar. A mí me*

*encantaba venirme para acá. [...] Ya mi abuela sabía bajar con sus burritos a esperarnos. O si no ella venía, nos dejaba en Queragua y yo ya me quedaba con mi abuela. Tenía en ese tiempo también al papá de mi papá vivito, vivo. Entonces **tenía a los dos ahí**. Así que yo más me quedaba con mi abuela. No con mi abuelo. Mi hermano y mi hermana preferían mil veces quedarse con mi abuelo. (N°21. Queragua, 18/7/2017).*

Si nos permitimos extrapolar esta dinámica como gestada durante las décadas previas, entendemos que el envejecimiento de las poblaciones rurales debía haber comenzado hacía tiempo ya, a partir de la absorción de la fuerza de trabajo en los polos mineros, metalúrgicos o agroindustriales de la provincia. De esta manera, es imaginable que la mayoría **de los descendientes de las comunidades rurales del departamento de Humahuaca durante el período 1960-1976, hubieran nacido ya en ámbitos semiurbanos** y no en los parajes de origen de sus padres, cortando así de manera más marcada sus vínculos con sus predios agrícolas. El entorno rural de origen no cumpliría para esta generación una función tan central como la cumple para las generaciones previas (1945-1960) y posteriores (especialmente, a partir de 1984).

En efecto, a partir de esta generación transicional, se observa una mutación en la cohorte joven. Se trata de una generación fundamentalmente cuentapropista, que vive de una multiplicidad de actividades, la mayoría de las veces combinadas dependiendo del momento de la vida: con una preponderancia de la horticultura, de la cerámica, del empleo en la escuela o en el municipio, de los empleos agrícolas estacionales, o de hacer changas locales. Es así que el ámbito rural cuentapropista se vuelve más importante en la vida personal que los años en otros trabajos. Un tipo de actividad que adquiere importancia relativa – nótese que en los ejemplos citados, suma la mayor cantidad de jóvenes rurales de la muestra – consiste en empleo en tareas locales (de construcción, de pircado, mantenimiento de canales o corrales, rodeo de ganado, etc.) en los mismos predios rurales de origen. La trayectoria de una pareja sirve para ilustrar la expansión y diversificación de actividades diferentes en distintos momentos de la vida de pareja y familiar:

“Yo – ¿Y pensaste en algún momento irte para Humahuaca?

***No, porque no me gusta depender de nadie.** [...] Un solo tiempo tuvimos la idea de irnos, porque mi tía al vernos que nosotros ya teníamos al Gabi, era chiquito*

*pero él, bebé, nos había dicho que nos vayamos a Buenos Aires. Y decía **yo no me voy a morir de hambre allá. Porque allá hay trabajo.** En ese tiempo había trabajo. [...] Nosotros hemos llegado a arroz con nada, así, mal. Pero nunca hemos dejado de [comer]. **Yo tengo todos los oficios. Si yo tenía que revocar, cortar adobes, o hacer soldar, o qué se yo, no sé. Hago música también, y hago cerámica. Te puedo hacer todo. Carpintería ¿ve? Entonces nos dedicamos a hacer cerámica. [...] Así hacía yo: arrendaba terreno; [si] no me iba muy bien: tenía el negocio, lo manejaba ella ¿sí?; y en invierno, ya pasada la temporada, aparte que iba a arar todo, hacíamos cerámica más. Así que nos mantenía el negocio, nos mantenía el terreno, y nos mantenía la cerámica, así. Las tres cosas.** (N°21. Uquía, 18/7/2017)*

Esta cita muestra no sólo la multifuncionalidad, sino además, una valoración positiva de esta modalidad de trabajo: el valor de la independencia y la autonomía. Esta valoración colisiona con el valor central que, para las generaciones previas, guardaba el lograr un empleo seguro. De hecho, en varios casos, estas/os agricultoras/es no pueden ocultar que sus conocimientos agrarios fueron adquiridos por la propia experiencia más que por el aprendizaje de sus padres, quienes conformaron una generación en buena medida “desarraigada”:

*Mi papá era de Hornaditas, él falleció hace catorce años. [...] Cuando mi papá falleció, yo todavía tenía dieciocho, diecinueve, por ahí. Esos años fueron bravos. No llegué mucho a trabajar con mi papá, cuando empecé a trabajar ya no estaba mi papá, **tuve que aprender solo, a hacer solo.** [...] A mi papá **no le gustaba mucho transformar ni modificar en el terreno, cada cosa tenía su lugar. Ya nosotros fuimos creciendo, hicimos más terreno, modificamos todo, y se ve que dio resultado.** (N°30. Pinchayoc, 10/8/2018)*

Todos los casos que conforman la cohorte joven de la muestra, viven en sus parajes rurales o semirurales de origen: Uquía, Pinchayoc, Cianzo, Hornocal, o Varas. Ninguna/o de ellos cuenta estrictamente con casa propia en Humahuaca, aunque algunas/os de ellos articulan relaciones para acceder a residencias familiares ampliadas allí en caso de necesidad (para quedarse a dormir, dejar materiales o mercadería, estudiar, etc.), lo que conduce a presentar las casas de la familia ampliada como “casas propias” en la conversación:

Tenemos casa en el barrio del Hospital [en la ciudad de Humahuaca]. Antes cuando iba a la secundaria sí estaba más allá, venía el fin de semana a hacer la verdura acá y el resto de la semana estaba allá. Ya cuando terminé eso, no seguí estudiando, ya me vine para el terreno, y mis hermanas quedaron ahí. Todos los hermanos hicimos la primaria en Uquía. [...] Acá vivimos los varones nomás, los tres. Mis hermanas están estudiando en Humahuaca. [...] En la casa viven mi mamá y mi hermano Antenor vive acá con su familia, el más chico no. Antenor son él con su señora y una nena. Yo tengo dos nenas y mi señora. (N°30. Pinchayoc, 10/8/2018)

De manera que, para aquellos que nacieron a partir de mediados de los ochenta, la dinámica territorial resulta menos dispersa y más concentrada. En esta nueva generación es en la que reconozco períodos más prolongados e ininterrumpidos de permanencia en sus ámbitos rurales de nacimiento o residencia desde la infancia. Esto no significa de ninguna manera que el problema de la residencia y la actividad laboral estén resueltos, ya que vivir en el terreno familiar o comunitario, no significa necesariamente contar con una infraestructura habitacional cómoda, ni con acceso a luz, agua de red o accesibilidad para enviar a los/as niños/as a la escuela. Muchas veces, por el contrario, implica serias condiciones de hacinamiento y aislamiento. Pero la ausencia de polos atractivos de absorción de mano de obra conllevó a estrategias localizadas, tanto para la resolución de la problemática habitacional como para el tema laboral. La organización de colectivos sociales para la gestión de los servicios – luz, agua – que permitieran la edificación de viviendas en asentamientos nuevos – a veces en las periferias de la ciudad de Humahuaca, pero en muchas ocasiones en las mismas localidades rurales de origen – constituyó la principal modalidad de acceso a la vivienda para las parejas o familias jóvenes de los nacidos a partir de los ochenta, o bien mediante proyectos ejecutados con fondos de desarrollo social o de desarrollo rural. Estos asentamientos ocasionalmente fueron organizados por las propias comunidades aborígenes de origen. Un ejemplo es el barrio La Toma en Cianzo, en el que vive la mayoría de las familias jóvenes de la comunidad, incluyendo dos de los Quinueros. En otras ocasiones, estos barrios fueron una consecuencia más espontánea del déficit habitacional rural, que no surgió de manera planificada: como ocurre con el Barrio San José de la localidad rural de San Roque o con El Asentamiento de Uquía, en donde residen tres de las/os Quinueras/os. Esta modalidad de desarrollo barrial fue estudiada, para la Quebrada de Humahuaca,

por Potocko (2014), para el caso de Sumay Pacha, entre Maimará y Tilcara. En este proceso cumplieron un rol fundamental las organizaciones barriales que lograron unificar dos déficits – el habitacional y el laboral – en una única solución – la coordinación de cooperativas de trabajo para la formulación y ejecución de planes estatales de vivienda. El caso paradigmático por supuesto lo constituye la organización Tupac Amaru, pero no fue el único.

Sobre la residencia, esto aplica para el caso de casi todas las unidades familiares jóvenes de la muestra, salvo para aquellas que viven en las casas familiares de la familia extensa, lo que ocurre con casos en Hornocal, en Cianzo y en Pinchayoc.

De manera que algunos aspectos que caracterizan a esta nueva cohorte son la diversificación de las actividades laborales y las residencias rurales en asentamientos y nuevos barrios, a los que podríamos agregar otro aspecto característico: procesos educativos más extensos. En las generaciones más jóvenes, se pone en evidencia además la importancia creciente – y la mayor accesibilidad – que adquirieron los procesos educativos (formales y no formales).

[Aunque cultivo en un terreno cedido por mi papá], *yo ya vivo aparte, y mi hermano el mayor vive en Humahuaca. Trabaja también en agricultura porque no estudió, así que viene a sembrar. Siembra de mediero, en Esquina Blanca.* [Aquí el que siembra es] *mi pareja. Yo más me dedico a estudiar, a estar en la casa con los chicos, estaba yendo a tejidos, cocina. Son los cursos de talleres libres.* (N°26. Uquía, 21/3/2017)

Somos nueve hermanos en total. Tres, cuatro que hemos nacido en el cerro. El resto ya nacieron acá [en Uquía]. Tuvimos que venir por obligación, porque mi hermano tenía que venir a la escuela. [...] Ya tuvo que venir a la escuela, quinto ya, por ese motivo mi papá ya se vino a trabajar aquí, ¿ve? [...] Mi papá ha entrado de jornalero... alquilaron una piecita así en el cerro, un galponcito así. Una piecita. No teníamos nada nada nada. [Ahora en Uquía] sólo queda mi hermana aquí... [El mayor siguió carrera religiosa]; la segunda, [...], que ella sí vive con [los padres], es la que cocina, limpia, atiende la casa. [El cuarto hermano, el que sigue al narrador], él vive ahí. Él trabaja así también la agricultura. Después está N., está estudiando enfermería. El H. está estudiando ciencias económicas en Jujuy. [Luego viene la séptima hermana], *ella vive en El*

*Asentamiento... [Y después describe al menor] Bueno ése **vende regionales** [...] ahí en la plaza, así le ofrecía al turismo, y se animó a comprar regionales [...] **Él prefiere vender eso a vender espinaca**, dice. “Ya no me estiro mucho [en el tiempo, para recuperar liquidez] y me enfrió menos”, dice. Porque él va recibiendo mercadería y ya tiene dinero, en cambio para la espinaca tiene que esperar. (N°21. Uquía, 18/7/2017)*

De esta cita, lo que me parece importante destacar es que, de una familia de nueve hermanos (o de ocho, si nos ceñimos a aquellos que fueron descriptos), hijos de un padre jornalero rural, sin embargo, en el año 2017, la dedicación al estudio se incorpora como un quehacer profesional posible más, y su difusión y accesibilidad se expandió a toda la familia, por lo que tres hijas/os del total han estudiado o se encuentran en proceso de hacerlo. Si bien sólo dos hermanos se dedican a la agricultura (a “la verdura” o “la espinaca”), sus posibilidades se ven como equiparables con aquellas/os que estudiaron. Cuatro de los hermanos viven en la propia localidad de Uquía; dos en San Salvador, uno en la provincia de Salta y sólo un hermano en Humahuaca.

Otro detalle significativo que se desprende de estos fragmentos de entrevistas consiste en un sutil cambio de perspectiva subjetiva que se manifiesta entre las generaciones. Las personas más jóvenes, al contar sus experiencias de vida, **expresan su multifuncionalidad con más naturalidad y desprendimiento que las/os de la cohorte mayor**, quienes, al hablar de sus hijas e hijos, no pueden dejar de proyectar **su propia experiencia subjetiva del progreso**:

[sobre sus hijos dice] **Gracias a Dios, todos son empleados. Todos. Una china es policía, en Jujuy. Digamos otro... dos municipales, en el hospital trabaja mi hijita.** (N°35. San Roque, 10/8/2018)

La satisfacción en la vida de los hijos se expresa en que han “salido adelante”, entendiendo esto en términos de estudios superiores o de un empleo estable. Esta noción de la satisfacción de la vida de los hijos aparece con nitidez en las entrevistas. Para no abundar, sólo presentaré aquí un ejemplo:

*Yo **tengo seis hijos** en total: dos hijas, y cuatro varones. [...] Unito, el más chiquitito de toda la barra es, **es el más pichuli**, ya tiene veinte años. [...] **Él es soldador ahora. Changuito. [...] Él es ingeniero de la técnica de Maimará. [...] No andaba, este, pala y pico ni nada. De ahí ha vuelto medio ducho. Pero me***

*gusta. Bien útil. [...] El otro está **profesorcito de historia**, está trabajando para la quebrada al fondo, él también ha estado, **este año le han blanqueado recién**, ha aguantado mucho, pero ya está blanqueado, **ya está bien**. [...] Después el otro hace la prótesis así, está en Güemes, ése es el más mayor, **también está bien**. [...] Y **hay un sólo que está medio cerca de mí**. Está en Palca, más abajo; donde tengo la casita yo, razón de ir para Cianzo ya, ahí en la banda vive él, ahí, **trabaja en la muni pero no está todavía efectivo, nada. Es el único que anda por ahí; después, ninguno están por ahí**. [...] **Él es el que atiende la agua potable, le paga la municipalidad su sueldito**. [...] Bueno, él es de las aguas potables. Él ha dado, no sé ahora ya está como cinco años, pero no, cuatro años más o menos, pero no lo pasan a planta. **Él es de la municipalidad**. [...] Después viene la **enfermerita** que estaba en el sanatorio que está acá. Son dos hijas en total. La otra chica es **peluquera**. La más mayor. [...] Allá en [barrio] Santa Rita vive. (N°13. Palca de Aparzo, 8/8/2018)*

Obsérvese en este fragmento cierta sutil idea de que permanecer en el campo manifiesta una forma de fracaso o de vida incompleta. El único hijo del que nuestro interlocutor se manifiesta preocupado, es el que vive en el campo, “medio cerca de mí”, y que, a pesar de encargarse del mantenimiento de la red de agua vecinal, no es empleado fijo municipal.

La generación que más directamente sufrió esta mutación de la forma de organización social del trabajo – los nacidos durante la década del 70’, que en los 90’ estaban incursionando en un mercado laboral estallado – es la que manifiesta una relación más paradójica con la modalidad clásica del empleo. Algunos recuerdan esos años como los más sufridos:

*Tanto les hablé, tanto les hablé a los dos, **no quería que cometan el mismo error que yo** [de tener hijos tan jóvenes]. [...] Dos son. Seguidos nomás dos. Ellos se llevan un año y siete meses nada más. Los dos son seguiditos. [...] Bueno de ahí yo no tuve, bueno yo me quedé atormentada, no quería saber nada así de más chiquititos. [...] **Es que recién empezábamos, no teníamos nada, ni él trabajo, ni yo, nada. Ninguno**. [...] Dijimos: no. Ninguno de los dos. Hicimos la cruz. Después, al tiempo ya tuve mi nena. Después de ocho, diez años. Ocho años. [...] Cuando tenía ocho años el más chico, cuando Leo entró en la Muni, recién la tuve a la nena. (N°17. Calete, 11/4/2018)*

Esta generación fue así la que, por medio de una crisis social traumática, se enfrentó a una modificación de las expectativas de la vida que marcó a partir de ahí la proyección deseable y posible del bienestar.

La percepción de la vieja cohorte sobre la nueva.

Es una frase hecha que, para cada generación, todo tiempo pasado fue mejor. No deja sin embargo de ser un elemento de análisis valioso la propia percepción de las/os protagonistas acerca de lo que ha cambiado en el transcurso del tiempo. Un par de frases muy escuchadas entre los sectores populares humahuaqueños es que los jóvenes hoy no quieren trabajar, los jóvenes perdieron la disciplina que caracterizaba a las generaciones mayores. Un lugar común para explicar esta mutación es, como no podía ser de otro modo, por culpa de “los planes”:

Yo – Cuando vos pensás en cómo se vivía antes y en cómo se vive ahora, ¿qué cosas te parece que han cambiado para bien, y qué cosas han cambiado para mal?

Entrevistada 1– Para mal, eso de los planes de la gente, de darles, que se han ilusionado todos, y se han venido al pueblo, porque ya no trabajan.

*Entrevistada 2 – ...Y han terminado la haciendita y siguen diciendo que no han terminado [...]. Es que por eso van al pueblo, ahí están **las señoritas andan, no quieren conservarse para las ovejas, para traer leña, nada, ellas no quieren caminar, caminando nada.***

*Entrevistada 1 – Sí, ése es el contradictorio yo digo. Y pero para los jóvenes, ¿no? Ahora: los viejitos está bien, porque ya viejitos, antes por ejemplo sufrían las viejitas, viejitas ya sin pensión, antes, se iban caminaaaaando a los otros puestos a llevar leñita, para que le den comida, le inviten pancito. **Está bien para los viejitos, está bien que le den pensiones.** Pero a los jóvenes no.*

Entrevistada 2 – Y han trabajado, han trabajado los pobres abuelos, han trabajado mucho.

Entrevistada 1 – Sí, pues han dejado sus casas, ¡pero cerro acá, así! Sacando aguas, aguadas, todo. Ahora ¡qué! Las aguadas secas pues; nadie las va a cavar.

(N°16. Humahuaca, 17/3/2017)

Esto está instalado en el propio sentido común de las/os entrevistadas/os. Lo que en realidad yo observo es que, ante este escenario, hubo una concentración de la población en las cabeceras departamentales – en nuestro caso de estudio, en la ciudad de Humahuaca, o incluso en el pueblo de Uquía – sobre la base de los emprendimientos cuentapropistas y aportes estatales. Pero esto trajo aparejada una mayor expectativa de reactivación de los predios agrícolas, y mayor cercanía geográfica con los mismos. De manera que para algunas tareas – aradas, limpieza de canales, desmonte, poda de árboles, pircados, cerramientos, refacción de viviendas – es común emplear a muchachos jóvenes que viven de manera continua en los parajes rurales. De este modo, aunque sea de manera muy informal, hay, como ya he mencionado más arriba, un ligero repunte del empleo rural. Pero, de manera simultánea, los discursos de las/os mayores están permanentemente marcados por este tipo de ideas: de que los jóvenes no están dispuestos a extenuar su físico en tareas que sí se realizaban en generaciones previas. A propósito, emergen dos reflexiones. La primera es que, como hemos visto hasta aquí, las generaciones previas asumían con naturalidad el desgaste y el riesgo físico como premisas instauradas por las condiciones para la venta de la fuerza de trabajo. La segunda es que las condiciones sanitarias de vida mejoraron y brindaron mayor previsibilidad a la expectativa de vida y a la planificación familiar. Un dato claro de esto consiste en la cantidad de hijas/os. El promedio de hijas/os por persona de la cohorte mayor me arroja 4,93 hijos por productor/a. En cambio, el promedio para la cohorte joven me arroja 1,75 hijas/os por productor/a. Si bien uno podría asumir que estas personas no han culminado su período “reproductivo” debido a su edad, en todo caso el dato es marcado por otras variables: la edad para el nacimiento del primer hijo se extendió mucho, la predisposición por no tener hijas/os se ha facilitado por las condiciones de planificación familiar.

¿Los jóvenes participan más en las organizaciones sociales?

Una característica que sí representa claramente los cambios de época es la participación en organizaciones sociales. Éstas pueden ser de base o pueden ser de segundo grado. Como hemos señalado, es difícil distinguir entre la pertenencia a una organización, y la participación efectiva como un miembro activo. Al ordenar la información del caso que estudio, lo que observo que cobra sentido no es tanto el “pertenecer” o no a una organización, como el hecho de servir de canal de

comunicación y estímulo para sumar a una propuesta tecnológica a determinadas personas con las que, a través de alguna organización social, se comparte algún tipo de cotidianidad.

De esta manera, en el proceso que llevó a la gestación de un público destinatario del programa de estímulo de la quinua, cumplieron una función importante aquellas personas que sirvieron de puente para que la difusión de la propuesta se abriera paso entre una organización y otra, y despertara el interés de algunos de sus asistentes.

He intentado armar una red social no muy compleja para graficar estos procesos. Al ordenar así la información, me encontré con que hubo cuatro experiencias organizativas que cumplieron algún tipo de rol en el reclutamiento de interesadas/os por el programa.

La primer experiencia fue, como se observa en el gráfico, la UPPAJS, que además de permitir la difusión de las actividades del programa, ofreció un espacio físico para su realización efectiva (el salón de la organización). De esta manera, el interés por la propuesta se despertó, en primer lugar, entre aquellas personas que circulaban cotidianamente por los alrededores de este espacio físico. Puntualmente, podemos reconocer la importancia que aportó la presencia de **puestos comerciales** en el predio de UPPAJS, en los que miembros de las comunidades indígenas que participan de la organización, al vender diariamente sus productos, **están muy empapados de la información que circula**, y pueden hacer un uso ágil de esa información. Entre otros, podemos señalar a cuatro agricultoras/es dentro de este primer círculo de información e interés.

En un segundo plano entran aquellas/os agricultoras/es que, además de interesarse por la propuesta, trasladaron el interés a otros espacios organizativos. En este proceso cumplen un rol esencial aquellas personas difíciles de catalogar discrecionalmente como “fieles” a una organización u otra, y que en el gráfico aparecen así en las intersecciones. Por ejemplo, fueron importantes en este aspecto un productor que despertó el entusiasmo de algunos miembros activos de Red Puna; así como dos productoras/es, que por sus afinidades políticas lograron interesar sus redes de parentesco y vecindad que encadenaban con una Fundación, que acabó siendo la entidad patrocinante del proyecto PRODRI.

Pero aquí cumplieron un rol central dos direcciones de difusión de la información que se montaban sobre proyectos previos ejecutados por personal del equipo técnico. Una de estas direcciones fue en torno a la comunidad aborigen de Cianzo. Siendo una comunidad que participa tanto de la Red Puna como de UPPAJS, sin embargo, resultó central en el entusiasmo de reclutamiento al programa tecnológico. Esto estaba vinculado con la ejecución exitosa unos años antes de algunos proyectos relativamente ambiciosos en esa localidad – incluyendo dos obras de agua, una de red domiciliaria y otra de acondicionamiento de canales de riego – que había permitido a la mayoría de los vecinos de la localidad estar familiarizados con personal del equipo técnico de la propuesta quinuera, así como haber cosechado resultados visualizados como positivos de esas experiencias previas. En este proceso de difusión de la información y “entusiasmando”, cumplieron un rol central algunas agricultoras que al poner en conocimiento de la asamblea comunitaria la propuesta, lograron un interés sostenido.

Otro rol similar cumplió una experiencia técnica que había ocurrido poco tiempo antes en la zona más “comercial” de la Ruta 9: la creación de un Fondo Rotatorio integrado por dos comunidades (San Roque y Uquía). Del mismo modo, la familiarización con el equipo técnico a partir de esta experiencia, así como la obtención de resultados favorables en la experiencia previa, facilitó la difusión del conocimiento y el interés por la propuesta técnica entre distintos integrantes de las localidades de San Roque, Uquía y alrededores (Chucalezna y Pinchayoc). En este proceso cumplieron protagonismo dos productoras, partícipes cada una de sus respectivas comunidades en el Fondo Rotatorio.

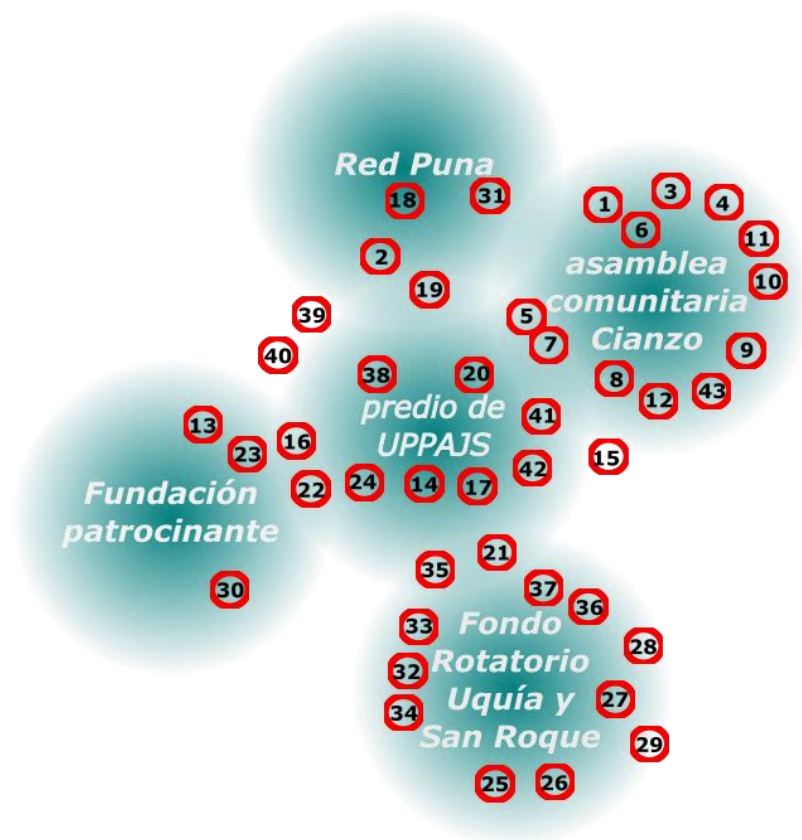


Gráfico ilustrativo de los movimientos de participación en espacios organizativos y efectos de “interesamiento” de otras/os miembros de cada espacio por parte de las/os integrantes del Grupo Los Quineros. Cada persona está representada por un número, que se corresponde a mi propio código de identificación para esta tesis.

Cabría esperar que quienes mejor se entenderían con este rol integrador entre distintas experiencias organizativas fueran las personas más jóvenes, que nacieron y crecieron en el contexto de un mercado laboral en crisis. Sin embargo, al observar la red de relaciones arriba ilustrada, observo que quienes cumplieron este rol que acabo de mencionar de difusores de la propuesta técnica entre una organización y otra así como de “entusiasmadoras/es” de sus familiares y vecinos, fueron, salvo en el caso de la persona N°21, personas que participan de la cohorte “vieja” de nuestro análisis sociológico (tales como N°2, 19, 5, 7, 35, 16 y 22). Más bien observo que las/os jóvenes de la muestra se integran a través de las “periferias” de la red social, y esto se hace más evidente cuanto más jóvenes son los/as destinatarios del programa tecnológico (N°3, 4, 10, 11, 25, 26, etc.).

¿Por qué se da entre las/os miembros de la cohorte “veterana” una mayor predisposición para ejercer de brokers con sus organizaciones sociales de origen?

Aquí, la única explicación nodal que encuentro tiene que ver con el prestigio social previamente adquirido durante el ejercicio de roles gestores dentro de sus organizaciones sociales. Identifico dos claros orígenes para estas experiencias: las actividades sindicales y las religiosas. En algunos casos esto salta a la vista más fácilmente; en otros no tanto. Para dar algunos ejemplos puntuales: N°38 y N°19 ejercieron roles de delegados sindicales en Mina El Aguilar; N°38 además, habiéndose convertido al pentecostalismo en esa misma época de su vida, se volvió una figura importante de su templo y, a través suyo, también del crecimiento urbanístico de su barrio en la ciudad de Humahuaca. Por su parte, N°19 asumió por dos períodos como presidente del Centro Vecinal de su comunidad rural, habiendo logrado durante sus gestiones un proyecto de mejoramiento de los canales de riego y una obra para hacer llegar el camino carretero. Por dar otro caso, un referente sumamente importante de UPPAJS dio sus primeros pasos como líder juvenil parroquial a fines de los ochenta, y a través de esa experiencia, se convirtió en uno de los primeros promotores rurales de la Agencia de Extensión Tilcara en los 90'.

En el caso de las mujeres que han cumplido este rol de “animadoras sociales” en relación al programa tecnológico, sus trayectorias de liderazgo estuvieron al menos parcialmente relacionadas a la actividad catequística de sus comunidades durante la juventud. Pero debo confesar que esta centralidad de algunas mujeres de la cohorte mayor no se me había presentado tan nítidamente hasta que no elaboré este gráfico; y por lo tanto, no cuento con información en profundidad para conocer las trayectorias que les dieron tanto ascendente territorial. Dos puntas para indagar esta cuestión posiblemente deberían pasar por entender sus roles en relación al cuidado de las imágenes de las capillas locales, y en relación a los rituales de despacho de los difuntos. Pero en ambos casos son intuiciones especulativas, que escapan al alcance concreto de lo que puedo aseverar en esta tesis.

Conclusiones del capítulo

- La idea del “abandono” del ámbito rural simplifica una realidad más compleja, en la que la dinámica rural-urbana desde temprano incluso facilita en algunos casos la vigencia del quehacer rural, precisamente porque aporta el acceso a un mayor capital cultural (herramientas educativas, formativas, económicas), para la

reinversión en el ámbito rural. En algunos casos, observo que mejoraron sus posibilidades de vida rural en cuanto pudieron articular mejor su doble pertenencia y residencia urbano-rural, ya sea incorporando una casa en la ciudad o bien accediendo a un vehículo.

- A la inversa, los que tuvieron infancias más exclusivamente condicionadas a la ruralidad, sufrieron una peor distribución de capital cultural y económico, y por lo tanto su quehacer rural es también menos diverso y exitoso, sus decisiones menos acertadas.

- El acceso a un ingreso fijo hace la diferencia entre una posibilidad exitosa de inversión en el agro o no, aún para las viudas.

Algunas diferencias generacionales significativas que se expresan en la muestra:

- la distinción entre nivel educativo. Las mujeres de las generaciones previas tuvieron escolarizaciones truncas y participaron de generaciones que sufrieron lo mismo; los varones acabaron el primario – que era un requisito para las actividades profesionales – y sólo excepcionalmente hicieron algunos años del secundario. Las personas – independientemente del género – actuales tienen formaciones más extendidas, y pertenecen a generaciones en que el proceso educativo incluye, en muchísimos casos, estudios terciarios.

- La cantidad de hermanos y/o hijos también ha decrecido sensiblemente respecto de las generaciones previas. Hoy las parejas tienen muchos menos hijos. Paralelamente, la escandalosa mortandad de las generaciones previas también disminuyó drásticamente. Se expresan de este modo las dos dimensiones de lo que se denomina en teoría sociológica la **transición demográfica**: disminución sustancial de la mortandad y de la natalidad, a partir del retorno de la democracia.

- la precariedad del trabajo aumentó y se convirtió en la norma. El Estado asume un papel más protagónico en la resolución de los ingresos más elementales, que se complementan con la diversificación de actividades.

- En la muestra de entrevistas hay una mucho mayor disponibilidad de miembros de la generación mayor, que de representantes de la generación menor. Las historias de vida de la generación menor las pude reconstruir gracias a un conocimiento personal de muchas historias de vida por el trabajo continuado con el mismo sector social en la misma zona durante un período largo; en muchos casos

participé del crecimiento de estas generaciones: los vi conseguir pareja, independizarse de sus padres, erigirse la casa, tener sus hijos, separarse, volver a formar familia. En muchos casos, en estos procesos cumplieron una función significativa proyectos de desarrollo en los que participé. Sin embargo, con esta generación me costó más acceder a entrevistas. Esto se debe a que, en muchos casos, fueron estas mismas personas las primeras que abandonaron el programa tecnológico.

- Retomando el dato significativo que hemos visto expresado en el capítulo anterior – el reclutamiento al Programa Tecnológico resulta más firme en las generaciones mayores que en las jóvenes –, encontramos como dato para complementar esa observación, que **en las generaciones jóvenes la actividad agrícola cumple una función más importante en términos de los ingresos económicos**; mientras que, en **las generaciones mayores, son las jubilaciones y pensiones las fuentes de ingreso principal**. De manera que un dato importante es que participar en una propuesta técnica para el trabajo agrícola, se facilita cuando la principal fuente de ingresos domésticos no depende precisamente de ese trabajo agrícola.

- Aquí entonces cabe preguntarse qué otros factores están desempeñando un rol significativo en la explicación del entusiasmo y enrolamiento continuo o discontinuo de los participantes de una propuesta tecnológica. Y aquí cumple un rol esencial comprender las dinámicas de acceso y control de la tierra que enmarcan las condiciones de posibilidad de estos sectores sociales.

Capítulo V. Dónde se produjo la quinua de la Quebrada de Humahuaca.

En el capítulo III hemos visto que la expectativa mínima de superficie que esperaba el programa de fortalecimiento de la quinua era de por lo menos un cuarto de hectárea (2500 m²) por productor/a (Plan de Contingencia del Clúster Complejo Quinua, 2016). Hacia el mes de agosto de 2016, el relevamiento de toda “región quebrada” arrojaba 83 unidades productivas quinueras incorporadas al programa tecnológico entre los departamentos de Tumbaya (26) y Humahuaca (57). De manera que la expectativa de superficie a sembrar con quinua en los ciclos 2015/16 y 2016/17 era de poco más de 20 hectáreas, de las que la mitad correspondería al referente empírico stricto sensu de mi tesis. Hemos visto sin embargo que los resultados estuvieron muy lejos de estas expectativas – véase el gráfico Anexo N°3 –, ya que la superficie sembrada total a marzo de 2016 era de 53.459 m², y a marzo de 2017, de 39.433 m². Para rastrear el origen de esta distancia, hemos identificado las únicas oportunidades en que un dato de superficie fue efectivamente expresado por las agricultoras/es: cuando éstas/os procuraron poner en palabras aquellos espacios agrícolas que ponían a disposición del programa tecnológico, mediante una convención nativa para representar, en unidades de medida institucionalmente legibles, un requisito sintético de equivalencias entre área (“un cuarto de hectárea”), volumen de abono, y tiempo de empleo de tractor (una camionada de abono y una hora de arada de tractor). Para entender entonces estas distancias entre el lenguaje institucional y el nativo, es necesario que comprendamos cómo se organiza, mensura, distribuye, maneja y administra en la actualidad el espacio agrario en el departamento de Humahuaca. Y en particular, cómo impactaron estas convenciones naturalizadas por esta comunidad de habla, en el devenir del Programa de Fortalecimiento de la Quinua.

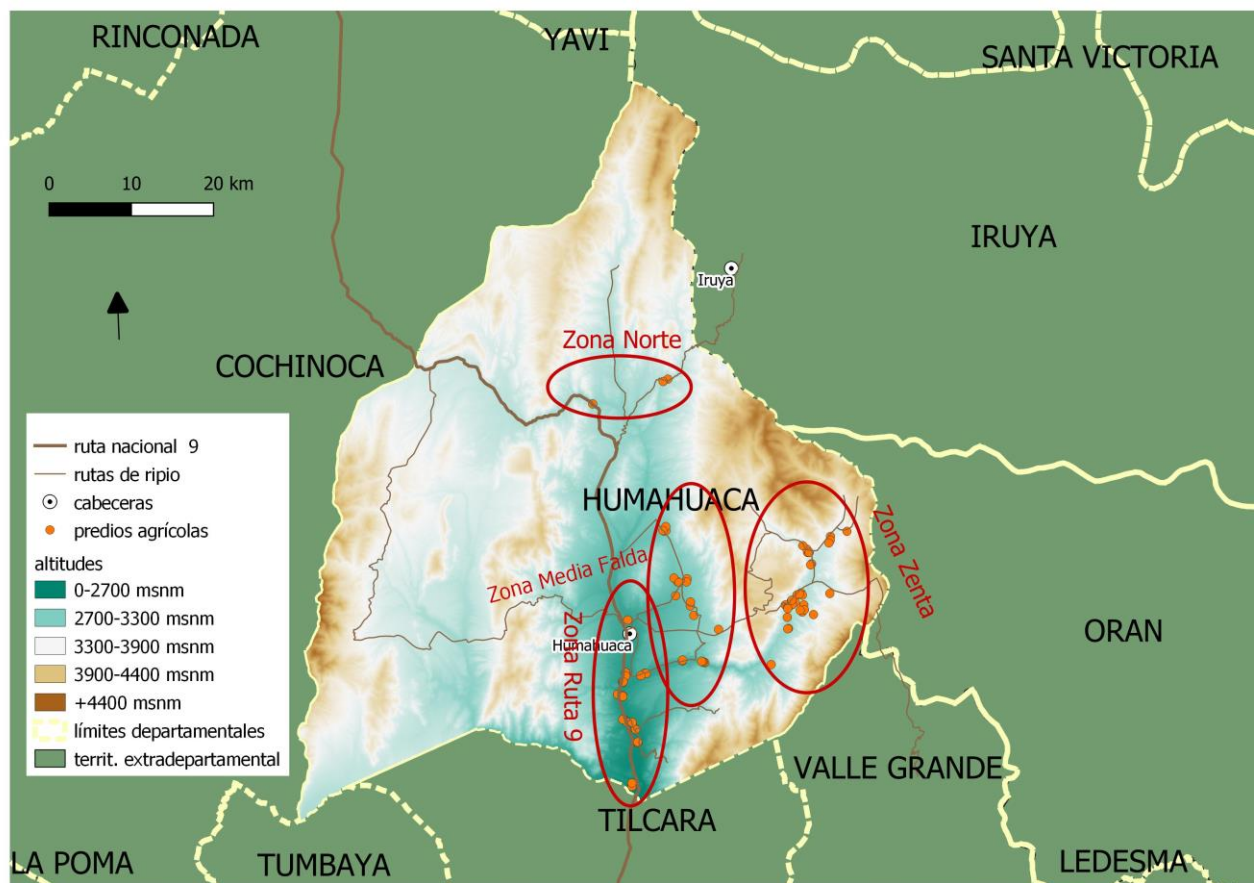
Cuando iniciamos las actividades para la redacción y posterior ejecución del proyecto PRODERI “Rescate y revalorización del cultivo de quínoa orgánica con productores de la Quebrada de Humahuaca” – que daría origen al colectivo social que conforma el referente empírico de mi tesis – debimos dar forma a alguna modalidad de seguimiento y colaboración en las tareas agrarias, para acompañar las inquietudes y dudas de las/os agricultoras/es y el ciclo de crecimiento de los cultivos. De esta manera fue adquiriendo forma una dinámica de recorridos de los

predios agrarios, que nació más de las necesidades operativas que de un plan deliberado. Esta modalidad organizaba los días de disponibilidad de camioneta institucional, en cuatro momentos, coincidiendo con cuatro “zonas” a visitar. Con el tiempo, esta organización zonal adquirió aún mayor importancia, no sólo ya para el seguimiento técnico, sino también para otros quehaceres en los que cobraban protagonismo las/os propias/os destinatarias/os: sobre todo, para la logística para la circulación espacial y el empleo coordinado de las máquinas de poscosecha que el colectivo social había adquirido a partir del propio proyecto (ver capítulo II). Estas máquinas debían ser remolcadas o transportadas hasta cada localización en que hubiera almacenada quinua seca por alguna camioneta u otro tipo de transporte, y asimismo requerían de la operación de una persona capacitada, con la ayuda del/la dueño/a de la quinua en cuestión, y bajo la certificación de tareas de un miembro de la comisión responsable de la maquinaria. De este modo, tanto las tareas de seguimiento técnico como la posterior modalidad de gestión de las máquinas de poscosecha, recuperaban y reproducían cuatro zonas operativas “naturales” en términos logísticos, es decir, en términos de accesibilidad. Y fue también siguiendo este criterio que la Comisión Responsable de la maquinaria se conformó por cuatro miembros, uno por cada una de estas zonas. Como se observa, las condiciones materiales de accesibilidad y movilidad impusieron determinada configuración territorial sobre nuestro quehacer, que antecedió y moldeaba la organización del espacio.

En el mapa siguiente se observa la ubicación de todos los predios rurales de derecho y acceso de aquellas personas que fueron integrantes del programa tecnológico estudiado, y que por lo tanto visité en varias oportunidades entre los años 2014 y 2019. Aunque representan un universo de 43 quinueros/os, la cantidad de lugares señalados conforman un total de 84 predios agrarios. Estos predios pudieron ser empleados productivamente por estas personas haciendo empleo de una multiplicidad de mecanismos de acceso que trascienden los criterios meramente jurídicos y que trataré de poner de relieve en este capítulo.

Observando el mapa se pone en evidencia que la distribución “natural” de los predios agrarios responde a su accesibilidad por medio de caminos carreteros: la Zona Norte (que incluye las localidades de Negra Muerta y Chaupi Rodeo) es accesible a través de la ruta provincial N°133, de ripio; a la Zona Zenta, a los pies de las sierras homónimas (localidades de Cianzo, Hornocal, Palca de Aparzo y Varas), se accede por medio de la ruta provincial N°73, también de ripio; la zona

que llamamos “de media falda” por encontrarse sobre las laderas de las sierras de Aparzo (localidades de Ocumazo, Pukara, Valiazo, Coctaca y Queragua) es accesible a través de la ruta provincial N°73A (un ramal de la ruta 73, también de ripio); y por último la Zona Ruta 9 (incluyendo predios localizados en los parajes de Chucalezna, Uquía, Pinchayoc, San Roque, Calete y El Churcal de Humahuaca), que es la única zona a la que se accede por medio de una ruta pavimentada: la Ruta Nacional N°9, constitutiva de la ruta panamericana.



Mapa del departamento de Humahuaca indicando todos los predios agrícolas manejados por el Grupo Los Quineros de la Quebrada del proyecto PRODERI. (Elaboración propia).

Lo significativo de estas cuatro zonas operativas, es que se condicen asimismo con distintas modalidades históricas de organización del territorio. En efecto, los actuales caminos carreteros no hacen otra cosa que actualizar los viejos caminos de herradura que conectaban las distintas comarcas rurales entre sí, así como con las cabeceras jurídicas: en el caso que nos interesa, la ciudad de Humahuaca. De manera que esta accesibilidad no es meramente natural, “física”, sino que es el producto de una construcción histórica. Paralelamente, las cuatro zonas expresan cuatro trayectorias históricas diferentes que configuraron distintas “vocaciones

agropecuarias” y también distintas modalidades jurídicas de acceso a la tierra. Estas modalidades de acceso están tan naturalizadas en las comunidades de habla locales, que para comprenderlas es necesario adquirir una gran familiaridad con el contexto local y con la producción historiográfica. A continuación presentaré muy brevemente mi marco interpretativo actual, que por cierto es el resultado de una lenta reconstrucción de muchos años.

Recordemos que, para fines de la etapa colonial, mantenían vigencia en la quebrada de Humahuaca cuatro comunidades indígenas bajo encomienda: Santa Rosa de Purmamarca, San Francisco de Tilcara, San Francisco de Paula de Uquía, y San Antonio de Humahuaca. Estas comunidades controlaban de manera colectiva sus propias “tierras de encomienda”, en los alrededores de cada uno de los cuatro “pueblos de reducción” (concentraciones demográficas forzadas por la Corona española, con el fin de facilitar la fiscalización tributaria y el adoctrinamiento cristiano) (Sica 2008). Los lindes de estas jurisdicciones comunitarias son temas controvertidos y poco claros aún.

En el resto del territorio de puna y quebrada de Jujuy, las comunidades rurales se ubicaban dentro de grandes latifundios privados concedidos por Merced Real a vecinos potentados de las ciudades de Jujuy, Salta o Tarija, cuya propiedad jurídica fue respetada y continuada en tiempos republicanos. En lo que constituye el empírico de mi tesis, este fue el caso de la Finca Rodero y Negra Muerta, que continuó durante todo el siglo XIX en manos particulares: primero de la familia Zegada, luego de Macedonio Graz, y a partir de 1889, del salteño Vicente García; aunque, debido a las deudas de éste último con el Banco Hipotecario Nacional que había financiado la operación, la finca terminó pasando a propiedad de esta entidad bancaria a partir del siglo XX (Fandos y Fleitas, 2011).

En tanto, las mercedes reales entregadas a las comunidades indígenas fueron consideradas formas de derecho obsoletas, por lo que esas tierras administradas colectivamente devinieron fiscales. Esto ocurrió con las que corresponden, entre otras, a los alrededores del pueblo de Humahuaca. Durante el siglo XIX, el estado provincial de Jujuy promovió diversos mecanismos legales e institucionales de subdivisión de estas tierras para arriendo en enfiteusis primero, y a partir de la década de 1860, para su venta a propietarios particulares (Fandos y Teruel, 2012; Fandos, 2014a, b; Teruel, 2014). Estos esfuerzos estatales por privatizar las antiguas tierras comunales adquirieron sin embargo dos formas marcadamente diferentes, como las investigaciones historiográficas recientes están permitiendo

sacar a la luz. En las tierras agrícolas de fondo de valle, cercanas a los pueblos de reducción, el proceso enfiteútico fue más directo, provocando una constelación de minifundios particulares (Fandos y Teruel, 2012; Fandos, 2014a) obtenidos, en la mayoría de los casos, por los descendientes de los antiguos comuneros. En cambio, los territorios localizados en las laderas serranas (que en la documentación se denominan “estancias del Estado”) resultaron más difíciles de subdividir por tratarse de pastoreos de acceso abierto (Fandos, 2013), por lo que transitaban un proceso de privatización diferente, que llevó a su remate público de manera indivisa. En muchas oportunidades, estos remates acabaron en manos de comerciantes o funcionarios públicos (en nuestro empírico, esto ocurrió en *Sauzal*); pero en algunos casos, los habitantes antiguos de estas estancias pudieron adquirirlas colectivamente bajo el marco de condominio (o “copropiedad”). Esto ocurrió en los casos de algunas de las localidades de nuestro caso empírico: Cerro Negro (probablemente la localidad hoy llamada Chorrillos), Coctaca (hoy Finca Coctaca y Achicote), Baliazo (hoy Finca Valiazo), y Pucara (hoy Finca Pucara) (Fandos, 2013; 2014a).

Ya durante el siglo XX, los breves períodos democráticos en la inestable política argentina fueron los momentos en los que el derecho a la tierra se volvió más accesible para los sectores populares en el departamento de Humahuaca. Así, durante el gobierno provincial del radical Horacio Carrillo (1918 a 1921) se avanzó por primera vez en reconocer formas posibles de expropiación de los latifundios puneños, teniendo como caso testigo Finca Rodero y Negra Muerta, en manos del Banco Hipotecario (Fandos y Fleitas, 2011). Aunque estas reivindicaciones no tuvieron éxito, se reavivaron durante la década del peronismo (1946 a 1955), a partir de la movilización campesino-indígena de 1946 conocida como el Malón de la Paz (Valko, 2008). Una de las fincas que como consecuencia de este episodio fue expropiada por el Estado fue, precisamente, Finca Rodero y Negra Muerta en 1949. Durante el período frondizista, el gobernador Horacio Guzmán logró la provincialización de estas tierras fiscales, y efectuó titulaciones de pequeños lotes en propiedad a algunos de sus pobladores (Fleitas y Kindgard, 2007). Son estos títulos, coloquialmente conocidos como “títulos Guzmán”, los que hoy detentan muchas familias minifundistas de la ex Finca Rodero y Negra Muerta.

Finalmente, ya en democracia, pudo tener lugar la incorporación del inciso 17 al artículo 75²⁵ en la Constitución Nacional Argentina reformada en 1994, por el cual se otorgaba reconocimiento jurídico y derecho de propiedad territorial a una entidad que había sido negada por casi 200 años: la comunidad indígena. Lo cual inició un proceso de demandas comunitarias sobre territorios localizados en los ex latifundios por medio de un programa diseñado para tal fin, el PRATPAJ (Programa de Regularización y Adjudicación de Tierras a Población Aborigen de la Provincia de Jujuy), que en algunos casos – no en todos – coronó con una restitución exitosa (Cladera, 2014).

Hoy tenemos entonces que las familias que integraron el Programa Tecnológico bajo análisis, desarrollan sus actividades agrarias en tierras cuyas formas de tenencia responden a situaciones sumamente diversas y complejas:

1- Hay familias que conservan los títulos de sus minifundios de aquellos obtenidos por medio de enfiteusis durante el siglo XIX, o bien que los han comprado a otros (por ejemplo, en Calete, San Roque, Pinchayoc, Uquía y Chucalezna).

2- Hay familias que arriendan anualmente estos minifundios agrícolas (por ejemplo, en Uquía);

3- Hay familias que han ido ganando terrenos al río, y por lo tanto se encuentran iniciando la regularización por ley veinteañal de sus tierras nuevas (en Uquía y Chucalezna)

4- Hay familias que son condóminas en pequeñas proporciones de las fincas indivisas obtenidas por remate en el siglo XIX, ya sea por herencia o bien por compra de fracciones (“hijuelas”) a otros vecinos (por ejemplo, en Valiazo, Pukara, Coctaca y Queragua);

5- Hay familias que cuentan con minifundios titulados mediante “títulos Guzmán” dentro de la ex Finca Rodero y Negra Muerta (por ejemplo en Palca de Aparzo y algunos lugares de Cianzo);

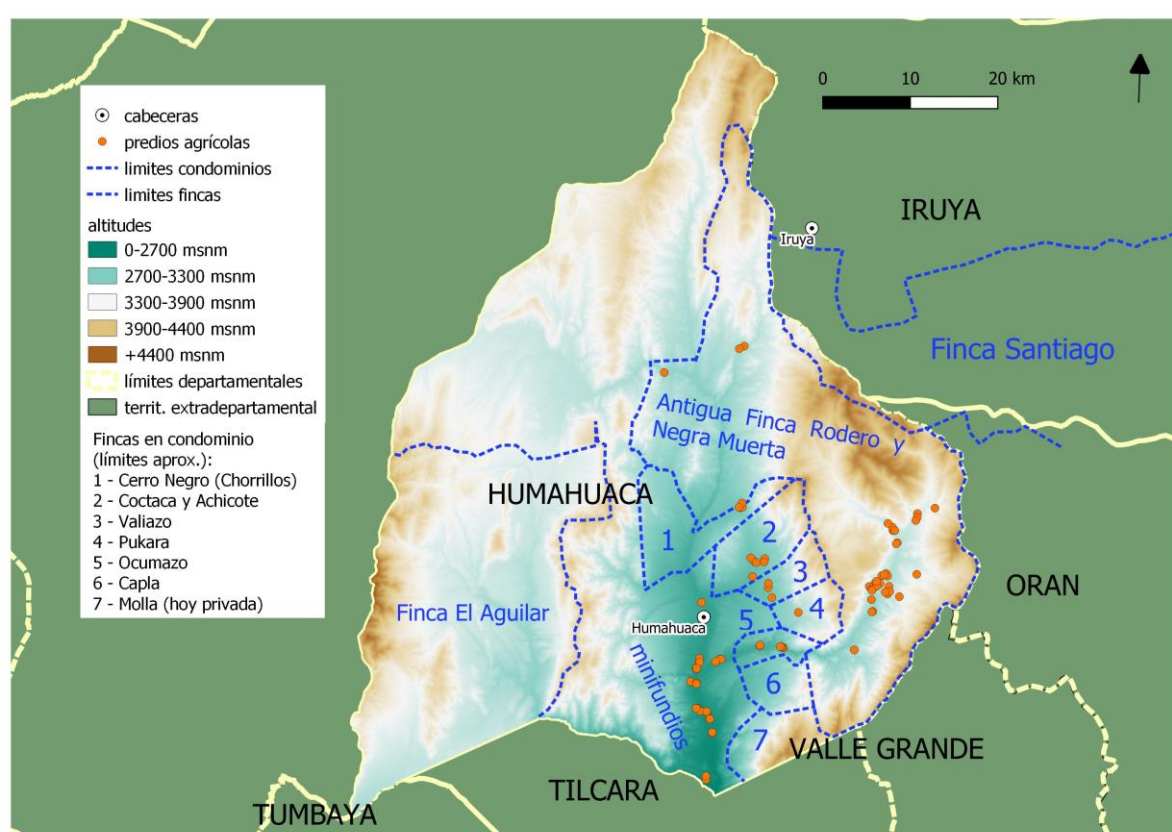
6- Hay familias que integran territorios de la ex Finca Rodero y Negra Muerta con títulos comunitarios indígenas obtenidos mediante el programa PRATPAJ (por ejemplo, en Cianzo y Chaupi Rodeo) o cuyos *pastoreos*, por fuera de los

²⁵ Recordemos que este artículo, al reconocer la preexistencia de los pueblos indígenas argentinos, establece “garantizar [...] la posesión y propiedad comunitarias de las tierras que tradicionalmente ocupan; y regular la entrega de otras aptas y suficientes para el desarrollo humano; ninguna de ellas será enajenable, transmisible, ni susceptible de gravámenes o embargos”.

minifundios privados, pertenecen a estas propiedades colectivas (por ejemplo, en Palca de Aparzo).

7- Y hay familias residentes de territorios comunitarios indígenas que iniciaron su expediente de PRATPAJ pero no obtuvieron aún el título formal (por ejemplo, en Hornocal, Varas u Ocumazo).

Si se observa en el mapa, se evidencia, como decíamos, la coincidencia de nuestras zonas operativas de desarrollo del proyecto, y las principales trayectorias históricas de derecho territorial que acabo de mencionar brevemente:



Mapa del departamento de Humahuaca indicando las unidades de propiedad fundiaria (las "fincas") históricas dentro de las que se enmarcan las actividades agrícolas del Grupo Los Quinueros de la Quebrada del proyecto PRODERI. (Elaboración propia)

Las modalidades 1 (minifundios en propiedad), 2 (minifundios en arriendo) y 3 (minifundios en proceso veinteañal) tienen lugar sobre los márgenes del río Grande, desde la ciudad de Humahuaca hacia el sur: un área que hoy es además la de accesibilidad menos dificultosa, por la cercanía a la Ruta N°9.

La modalidad 4 tiene lugar en varias de las fincas en condominio obtenidas en el siglo XIX, que se detallan en el mapa: la zona operativa que para el Grupo los Quinueros se denominó “zona Media Falda”²⁶.

Y las modalidades 5, 6 y 7 se correlacionan con territorios que correspondían a la ex Finca Rodero y Negra Muerta, y que hoy están siendo colectivamente administrados por las comunidades aborígenes, ya sea con títulos obtenidos o en tramitación. A veces, dentro de estas tierras comunitarias se presentan pequeños deslindes correspondientes a los “títulos Guzmán” (modalidad 5). Estas modalidades jurídicas corresponden a lo que para el programa tecnológico que estudio constituyó las zonas operativas Norte (comunidades de Chaupi Rodeo y Negra Muerta) y Zenta (comunidades de Hornocal, Cianzo, Palca de Aparzo y Varas).

Sin embargo, la mayoría de quienes que integran las experiencias agrícolas que analizamos, emplean estrategias múltiples de territorialidad, haciendo uso de distintos espacios agrarios bajo diferentes modalidades de derecho legal, que como veremos, activan y actualizan las redes familiares extensas. Como en una oportunidad lo puso en palabras un miembro del Grupo Quinero, *“los aborígenes somos como las golondrinas: yo tengo por mi papá en un lado, por mi mamá en otro, y así...”* (Asamblea de grupo quinero, 7/06/2019). Estas territorialidades múltiples implican que distintos predios agrícolas están ejerciendo distintas funciones dentro del sistema, tanto en un sentido agroecológico como en un sentido social.

A continuación, presentaré entonces dos redes familiares extensas que estuvieron y están involucradas en el programa tecnológico de promoción de la quinua. En este desarrollo podré ilustrar las dinámicas fluctuantes por las cuales en sucesivos momentos se involucran en una propuesta técnica distintos miembros de la red familiar, activando diferentes territorios y diferentes criterios de derecho familiar en función de intereses, entusiasmos, y objetivos diversos y fluctuantes. A los fines de facilitar la lectura de este capítulo, será necesario personalizar las trayectorias presentadas, motivo por el cual, para preservar la intimidad de las

²⁶ Una de las razones por las que más me costó identificar esta modalidad de propiedad, es por la falta de una categoría nativa que la distinga de otras formas de propiedad. Los vecinos de cada uno de estos condominios los llaman “la Finca”. A cada unidad de propiedad dentro del territorio indiviso, “hijuela”. Una hijuela es simplemente una fracción de la propiedad: por lo tanto no se condice con una unidad agrícola catastral. Las divisiones internas de las fincas no aparecen en ningún documento oficial.

familias a las que hago referencia, haré empleo de pseudónimos en reemplazo de los nombres reales de las personas. Dado que las comunidades son entornos sociales pequeños y la “trazabilidad” de las personas resulta sencilla con poca información, me pareció prudente asimismo emplear pseudónimos para nombrar a las comunidades mencionadas en el texto²⁷. Para recordar al/la lector/a que se trata de pseudónimos, emplearé a lo largo del texto itálicas.

Familia extendida A. *Rufina, María, Pedro*

La familia que aquí llamaré **Familia A.** está integrada por personas a quienes yo no conocía de proyectos de promoción social rural previos al comienzo del programa de fortalecimiento de la quinua. Eso no significa que esta familia no hubiera participado de este tipo de instancias; pero no conmigo como técnico. Quien había hecho el contacto previo con esta familia era mi compañera, que sí los conocía a partir de la creación de un fondo rotatorio para la localidad de Uquía. De manera que, cuando comenzó la convocatoria para trabajar con la producción de la quinua, *María A.* manifestó pronto su entusiasmo; aunque, debido a su compromiso como miembro de la comisión directiva del Fondo Rotatorio, se veía imposibilitada de asumir la titularidad del nuevo proyecto: tarea que fue asumida por su mamá, a quien aquí denomino *Rufina D.* De cualquier modo, las responsabilidades para con el proyecto (de asistencia a las reuniones talleres; de cumplimiento con los compromisos asumidos, etc.) fueron asumidas indistintamente por *Rufina, María* y por su marido, *Pedro*.

María es la mayor de los tres hijos de *Rufina*. Ambas viven en dos casas contiguas, localizadas en las afueras del área urbana del pequeño pueblo de Uquía. Sin embargo, *María* no nació en Uquía sino en un paraje rural al que aquí denominaré *Charcomal*, de donde son originarios sus familiares, tanto por la rama paterna (los *A.*) como materna (los *D.*)

Pedro E., el marido de *María*, nació en un paraje pastoril en Volcán de Yacoraite, dentro de la Finca El Aguilar. Debido a la necesidad de escolarización, la familia *E.* se mudó al pueblo de Uquía cuando Pedro tenía muy corta edad. Allí su padre se empleó como peón rural, y ya no regresó a sus *puestos* de origen. De manera que la red familiar no maneja espacios agropecuarios en la localidad de origen de los

²⁷ No he considerado necesario mantener ese mismo recaudo con los nombres de los parajes familiares, que suelen ser denominaciones propias, sólo empleadas por las personas que pertenecen a la propia red de parientes. Tampoco me parece que tenga sentido anonimizar la localidad semiurbana de Uquía, cuya escala cambia la trazabilidad de la información.

E. Los espacios agropecuarios que manejan los A. se sitúan en dos localidades bien diferentes – Uquía y *Charcomal* – y bajo modalidades de manejo marcadamente distintas, que se expresan con nitidez en las categorías nativas empleadas para identificar y delimitar los predios agrícolas en cada localidad.

Por empezar, un aspecto que se pone en evidencia claramente en los relatos de vida de la familia A. (entrevista a *Pedro y María*, 18/7/2017), consiste en una mutación productiva estructural que la localidad de Uquía sufrió en las últimas décadas, en sintonía con lo ocurrido con el resto de los parajes situados sobre la vera de la Ruta 9 (en nuestro universo de análisis: Chucalezna, Pinchayoc y San Roque). Nos relata *Pedro*:

Cuando yo conocí [Uquía de niño], era todo manzana, cuesta arriba. Manzanas, peras. Duraznos también había mucho. [...] Es que la gente, claro, venía la gente de Abra Pampa, cambiaba las manzanas, la carne con manzanas, con maíz, entonces llevaban eso, la gente grande era así en esos tiempos, por eso existía el trueque. [...] Más antes se vivía así. Y ya venían a hacer verdura, entonces ahí empezaron la punta, ¿ve? Y como para el sur [los conglomerados urbanos de Salta, Jujuy y Tucumán, localizados en climas subtropicales] hace tanto calor, entonces la necesidad de la lechuga era tanto porque allá no da pues ya. [...] Hoy en día todos los campos se han hecho de producción. Y ahora los campos se están loteando, se están dividiendo, están loteándose [...] Ya va dispersando los campos pues, entonces van arrasando las quintas, todo eso, que eran manzanas se van arrasando, todo para hacer verdura.

Se describen aquí dos mutaciones. En primer lugar, de una agricultura frutícola destinada al trueque entre quebradeños y puneños, a una agricultura hortícola de contraestación, destinada a los mercados urbanos. En segundo lugar, la subdivisión de las quintas grandes ubicadas cerca del centro del pueblo. Estos terrenos subdivididos se usan parcialmente para la construcción de viviendas (*loteos*), y el remanente se destina a la producción de hortalizas (principalmente lechuga, acelga, espinaca; secundariamente zanahoria y ajo).

Estas mutaciones vinieron de la mano de un reemplazo poblacional.

Yo – ¿Qué ven ustedes acá en Uquía? ¿Nietos de los abuelos que eran dueños de terrenos, que se dediquen a horticultura, quedan, o poco?

Pedro – Ninguno. En realidad los originales originales de acá muchos dejaron hace... veinticinco, treinta años capaz, de sembrar, originales. [...] Han dejado que otros vengan de otro lado, como nosotros viniendo de otro lado, como hacen entrar los bolivianos de otro lado, de otro lado vienen y hacen. [...] Y así se han regalado todo y por eso ya no hay propio, digamos así, herencia que quedan, que estean valorando así, los hijos. No hay. Todos los que están acá, todos los que son grandes productores²⁸, todos somos que hemos venido de otro lado.

Se observa que los herederos de los terrenos agrícolas de Uquía han loteado las fincas y en su mayoría no se dedican a la agricultura; los lotes agrícolas disponibles son arrendados por vecinos que, como la red familiar que aquí hemos llamado “los A”, provienen de otras comunidades aledañas; o bien, como señala *Pedro*, también de Bolivia. En este escenario, la disponibilidad de terrenos agrícolas se redujo mucho, y obliga a quien se dedica a la producción de hortalizas a buscar arriendos de terrenos “flojos de papeles”, y aún a priorizar el mantenimiento de dichos arriendos en años de pérdida. Así les ocurrió a *Pedro* y *María*, que desde hace décadas arriendan un terreno con buen riego en Uquía, pero que nunca pudieron comprar debido a irregularidades dominiales. En el mapa anexo, corresponde al lote señalado con el número 1. Además del arriendo de este predio agrícola, *Pedro* y *María* tienen en Uquía la casa familiar, que le compraron a un pariente de *María*. En este terreno, más pequeño, detrás de la casa familiar, ellos construyeron un invernadero de buenas dimensiones, que les permite plantar almácigos para el trasplante al terreno, así como sembrar hortalizas y flores de contraestación para la venta. Este lote figura en el mapa con el número 2.

Estos dos predios agrícolas – el arriendo para hortalizas, y el invernadero en el lote propio – son aquellos que permiten los mayores ingresos económicos para el sustento familiar, lo que explica el esfuerzo de endeudamiento para mantener estos espacios activos aún en años en los que les depararán pérdidas y en que, por lo tanto, el monto para cubrir los arriendos debe ser obtenido de fuentes externas al propio terreno:

²⁸ Aquí no se debe entender “grandes productores” en un sentido de escala de producción (ya que ninguno supera las dos hectáreas), sino por actividad principal.

*Yo no quería largar el terreno, por ir a otro lado. **Porque si suelto el terreno ése y entraba otro... y ya no lo sacaba más ya.** Ya dónde iba yo. [...] Y ahí perdimos tres años claves, donde todos mis compañeros han ido, **han trabajado en agricultura, y de ahí dieron un salto más alto.** Por qué, porque fueron **dos temporadas que fueron buenísimas.** [...] Después ya **la otra temporada ya le mandé aunque sea** [una parte del arriendo], **juntábamos plata de negocio** [de un almacén familiar] **y haciendo cerámica, y le mandamos.** ¿Ve? [...] En ese mismo año nomás sacamos plata y **pagamos deudas. En otro año ya volvieron con todas las rayas de nuevo.** Y ahí hice, organicé bien bien bien, y **compramos un tractor** ese año, listo. Y de ahí ya vino todo ya.*

A pesar de la predisposición de *María* y *Pedro* para comprar este terreno, los problemas de sucesión lo vuelven imposible:

*El tema es que como **no tienen papeles**, y no termina nunca ese juicio, y se llevan mal [los herederos], que median un lado, median otro lado ¿ve?, el otro quiere mensurar en otro lado, que el tuyo es más grande el mío es más chico, y nunca se ponen de acuerdo. [...] Ninguno, ¿ve?, de ellos, tanto sus padres sembraban alfa, trigo todo eso, **ningún hijo llegó a hacer eso.** ¿Ve? Así se fue degradando, degradando. Y tampoco ellos saben aprovecharlo, mensurarle bien, o venderle, trabajarle, o qué se yo, no sé. Ninguno. Todos están así a la deriva. Van muriendo, los hijos van abandonando, y así van a ir abandonando parece todo.*

Para referirse a este terreno agrícola, *Pedro* suele emplear con mucha naturalidad dos categorías: **cuadro** y **tablón**. Al pedirle que me las explique, surge esta respuesta:

*Un **tablón** es una parcela, digamos así, de lechuga que vamos a poner. [...] Cuando decimos un **cuadro** quiere decir así, punta a punta. Eso es un **cuadro.** Y un **tabloncito** es ya... ya una parcela, o sea divide en tres, cuatro ese **cuadro.** Decimos así, es una forma de hablar.*

Es decir que, en Uquía, la palabra **cuadro** designa una unidad de terreno; y la palabra **tablón**, una unidad de cultivo. Podríamos esperar que, siendo el cuadro la

unidad de terreno, cuente con una medida estándar. Al preguntar ocurre lo siguiente:

Yo – *Cuando se dice un cuadro, ¿tiene más o menos una medida estándar?*

Pedro – *Media hectárea.*

María – *¿Ah sí, no? Porque éste tiene, ¿éste es una hectárea de largo punta a punta?*

Pedro – *Media.*

María – *Porque son dos, ¿no?*

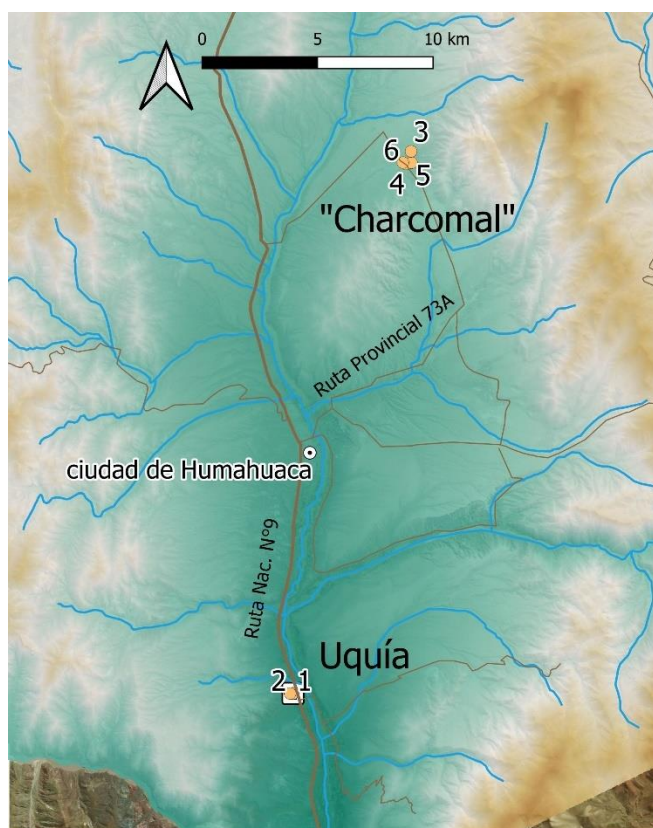
Pedro – *No, porque éste tiene cincuenta metros hasta ahí al fondo, tiene sesenta, de largo tiene que tener... una hectárea es cien cuadrados, ¿no ve? Cien por cien hace una hectárea. Y ésta toda una manzana puede tener... más. Esta manzana puede tener una hectárea y media. Puede tener como 150 así y tiene como 60 así.*

Vemos que, a pesar de los esfuerzos por identificar una norma para mensurar la superficie (un *cuadro* = “media hectárea”), en la misma descripción del caso testigo, la norma no se cumple. Evidentemente, la estimación es puramente aproximativa; expresa más un criterio fácil de convencionalizar que el resultado de un cálculo preciso. De hecho, en posteriores mediciones de área mediante SIG, la superficie de este *cuadro* es de 3959 m², como se aprecia en el siguiente cuadro anexo con el detalle de los predios agrícolas de la familia A., (el *cuadro* en cuestión es el predio N°2)

N.º predio	Unidad de referencia	Titular	Fam. extensa	Localización del terreno	Superficie	Situación fundaria	Forma y origen del derecho
1	21	Pedro E.	Familia A.	Uquía	607 m ²	Propiedad (invernadero)	Compra a su vecino
2	21	Pedro E.		Uquía	3959 m ²	Arriendo	Arriendo
3	21	Rufina D.		<i>Charcomal</i> donde nació María	5291 m ²	Condominio – Fca. Cerro Negro	Herencia matrilineal (fam. D)
4	21	Rufina D.		<i>Charcomal</i> hermana de A.	6968 m ²	Condominio – Fca. Cerro Negro	Hermana de A.: compartido (2016/17) y arriendo (2017/18)
5	21	Rufina D.		<i>Charcomal</i> el propio misma agua	2090 m ²	Condominio – Fca. Cerro Negro	Herencia patrilineal (fam. A.)
6	21	Rufina D.		<i>Charcomal</i> el recuperado de la venta del tío	2466 m ²	Condominio – Fca. Cerro Negro	Herencia patrilineal compartida

							entre los dos hermanos A.
--	--	--	--	--	--	--	---------------------------

Recordemos aquí que, además de los dos predios agrícolas en Uquía, los A. disponen de otros terrenos, heredados de la familia por la rama materna, y localizados en un paraje rural denominado *Charcomal*, que es parte de una finca en condominio.



Detalle del Departamento de Humahuaca en el que se localizan todos los predios agrícolas de la familia ampliada A.

Menciono aquí esto, ya que el empleo de las categorías *cuadro* y *tablón* para delimitar un espacio agrario me llamó la atención, porque yo estaba familiarizado con otro término. Lo que me disparó la siguiente pregunta, y la consecuente respuesta de *María*:

Yo – *¿Acá no se le dice **rastrojo** a la unidad? Por lo menos yo en muchos otros lados lo he escuchado así.*

María – *Sí... nosotros no... se dice... **ahora se le dice terreno**. Porque es más grande. Porque nosotros, **el rastrojo es... [...] chiquito**. Claro, **y con pared**. En cambio acá no hay pared. Vos vas al terreno que el Pedro arrienda, ¡qué!, dos*

paredes tenemos apenas, que ya están... ni nada las paredes. Nada más. [...] En el campo le decís rastrojo. Porque son chiquitos, con pared, bien cerraditos. Sí, nosotros así le decimos, allá en el campo le llamamos [así ...]. Para nosotros no hay un terrenito, un rastrojo, si no es una pared. Acá vos vas, ningún terreno vas a ver con una pared, bien cerradito. No. No no no. Yo conocí muy poca pared en este, en estos terrenos. En ninguno casi. [...] Pero antes era puro tapial. El terreno de al lado no, ése ya no tenía tapial ¿no? Ése ya no tenía tapial. Para arriba sí hay paredes todavía, así, que han ido quedando. Pero... porque antes había paredes. Separaban paredes. En cambio, ahora ya no. Ya no. Alambrito. Dos hilos, listo ya está.

Fue evidente, para mí como entrevistador, que estaba haciendo una pregunta nunca formulada en la comunidad de habla nativa, una pregunta que, desde una perspectiva claramente etnográfica, estaba invitando a “des-naturalizar” convenciones semánticas inconscientes. Tanto *Pedro* como *María* se vieron en la situación de tener que improvisar una explicación para expresar por qué en Uquía (“acá”) a los predios les decían *terrenos* (aunque en determinados contextos la palabra es, como dije, *cuadro*), mientras que “en el campo” (en *Charcomal*) les decían *rastrojos*. En los esfuerzos que hace *María* por dar explicación a esta distinción, ella reconoce tres aspectos relevantes. **Primero**, el tamaño del predio: por comparación, un *rastrojo* sería más pequeño que un *cuadro* (aunque en las mediciones de área realizadas mediante SIG esto no ocurre: comparar en el cuadro anexo la superficie de los *rastrojos* N°3 y 4 con el *cuadro* N°2). **Segundo**, la modalidad de cerramiento (el *rastrojo* está cerrado con pared o tapia; el *cuadro* no, aunque en la misma enunciación esto se relativiza). Mediante el término *rastrojo* se designa entonces un espacio con vocación a la agricultura, *para sembrar*, delimitado bidimensionalmente, **cercado**. Al expresar esto en comparación con la palabra *cuadro*, parece carecer de sentido. El sentido reside en algo que ya he analizado en mi tesis de maestría: el cercamiento implica la sustracción “privada” y bidimensional de pequeñas proporciones de área, sobre espacios de acceso libre dedicados a la ganadería, y concebidos de manera cerodimensional (Cladera, 2015): “el campo”.

El tercer aspecto que se entrevé en la descripción de *María* de lo que es un *rastrojo*, es determinada temporalidad que se asocia con la espacialidad (al hablar

de “*el campo*” hay una remisión temporal al pasado, “*antes había paredes*”; a diferencia de “*acá*” o “*ahora*”).

De esta manera, lo que se puso en evidencia es que hay dos contextos de enunciación diferentes en los que distintas categorías territoriales adquieren pertinencia: uno de ellos asociado a la distancia espacial y al pasado temporal; el otro asociado a la cercanía geográfica y al tiempo presente. La diferencia entre el empleo de la palabra *cuadro* y *rastrojo* remite a dos funciones diferentes que ejercen los terrenos. El **cuadro** es una unidad de medida empleada para planificar o estimar cultivos destinados al mercado (“*voy a poner un cuadro entero de acelga*”, por ejemplo). Por eso, fuera de su función comercial, *María* emplea con más naturalidad la palabra *terreno* al hablar del predio N°2 en Uquía. Ahora bien: si no se emplea para producir mercancías, entonces, ¿para qué se emplea un **rastrojo**?

Para avanzar en la respuesta a esta pregunta, considero importante señalar que, a la hora de enrolarse en el programa de fortalecimiento de la quinua, el rol protagónico no lo tuvieron los terrenos en Uquía que manejan *María* y *Pedro*, **sino los terrenos familiares en Charcomal** que en el cuadro anexo figuran con los números 3, 4, 5 y 6. Estos predios, localizados dentro de una de aquellas fincas en condominio a las que hicimos mención al principio del capítulo, no se organizan mediante un seccionamiento reticulado del espacio al estilo pampeano, sino que se ordenan en función de su acceso al riego. A continuación un fragmento de mis apuntes de campo durante las visitas a los predios familiares:

En Charcomal, hay tres ojitos de agua [vertientes de ladera]. *Los vecinos actuales – entre ellos el hermano del marido de Rufina – riegan de los primeros dos; hay un tercer ojito que era de los D. o sea de la familia de Rufina*²⁹ *que hoy nadie usa y cuya agua se pierde: éste es el que están recuperando para ponerlo a trabajar en el rastrojo familiar* [el predio N°3 en el cuadro anexo]. *Recuperaron un viejo canal y de este modo hacen llegar el agua hasta un potrerito que tuvo varios años de descanso y donde va a poner la quinua. [...] Hoy apenas tres vecinos viven permanentemente en Charcomal. Pedro piensa cuando sea*

²⁹ En localidades rurales con fuentes muy pequeñas de riego en Puna y Quebrada, es frecuente que las vertientes más pequeñas alcancen sólo para unos pocos regantes, por lo cual esas microcuencas se asocian a un único linaje de regantes, o lo que es decir lo mismo, a un único apellido particular.

grande venirse a trabajar acá, y dejar los arriendos en Uquía que le resultan carísimos. (Apuntes de recorridos de campo. Jueves 10 de septiembre de 2015)

Observamos que los esfuerzos de inversión y cuidado de la quinua fueron destinados a los predios ancestrales, localizados en un paraje hoy prácticamente despoblado. Los insumos que *Rufina A.* – en tanto titular de la familia ante las instituciones – solicitó a los distintos proyectos de desarrollo rural enmarcados dentro del programa de fortalecimiento de la quinua fueron, principalmente, los siguientes: 1) material (rollos de alambre de púa y de alambre San Martín) para parcelar un predio agrícola, 2) un cincel para tiro mediante tractor, y 3) materiales para conducción de agua.

Es evidente que el cincel, de tiro mediante tractor, no puede ser empleado en terrenos de ladera como los de *Charcomal*, por lo cual su uso se destinó al predio hortícola N°2 en Uquía.

En cambio, los materiales para parcelamiento se emplearon para volver a “cerrar” el predio de herencia propia que la familia pretendía reactivar (predio N°3), y cuyas pircas perimetrales estaban parcialmente derrumbadas, precisamente debido al abandono. Simultáneamente, y con el mismo fin de reactivar ese predio agrícola, la familia había comenzado por su cuenta a trabajar en una represa de agua, para cuya terminación se emplearon los materiales de conducción solicitados al Programa de Fortalecimiento de la Quinua. Este rastrojo guarda un valor sentimental importante para la familia, ya que fue en la casa localizada en su interior – hoy parcialmente derruida – en donde *Rufina* concibió a *María*.

Ahora bien, al acompañar a *Rufina*, *María* y *Pedro* durante los sucesivos ciclos agrarios en *Charcomal*, se hicieron evidentes algunas cuestiones. La primera fue que, finalmente, no fue en el predio N°3 en donde se sembró la quinua del proyecto. La explicación de *Pedro* para esto era que, tratándose de *tierra nueva*, lo que correspondía era emplearla **para sembrar papa**.

Entonces, si la quinua no se sembró en Uquía, pero tampoco en el predio N°3 de *Charcomal*, entonces, ¿dónde se sembró? ¿Bajo qué modalidad de derecho territorial? Vuelvo a mis apuntes:

En donde pusieron quinua el año pasado es de la cuñada de Rufina [predio N°4 en el cuadro anexo]. Este año también van a poner quinua ahí, pero menos. Me explica que este año lo van a arrendar; el año pasado “sólo pagamos el

pasto. Como teníamos animales...” La cuñada de Rufina vive en Humahuaca, pero no le gusta mucho el campo; entonces va poco. El año pasado sólo les **cobró el pasto** (“nos cobró 800”), **pero no los cultivos, ya que “le ayudamos a cultivar”.** Le pregunto cómo es la modalidad, y me explica que **cada uno siembra lo que trae: “mi cuñada trajo una bolsita, entonces le corresponden dos rayitas, tres”.** Ellos ayudan a sembrar, y a cambio se espera una contribución de la cosecha; al respecto me aclara que “Pedro se andaba quejando, que tanto trabajo hemos hecho, y apenas nos paga con esto, porque nos dio apenas una bolsita”.

Este año en cambio, **les arrienda. Les cobra “2500”, más la papa que siembren, que van “a medias”.** “¿pero igual tienen que pagar el arriendo? Igual. Aunque Rufina aclara: “Capaz debería dejármolo, si total a ella el campo no le gusta”.

(Apuntes de recorridos de campo. Martes 7 de noviembre de 2017)

Observamos que, tanto para el ciclo 2016/17 como para el 2017/18, la quinua de los A. se sembró en un *rastrojo* de *Charcomal* que no es “propiedad” (*herencia*) de Rufina D., sino que pertenece a su cuñada, la hermanada de su marido A. Aquí la modalidad de acceso al derecho de sembrar el *rastrojo* mutó de un año al otro. El primer año, el bien que fue intercambiado entre parientes fue el forraje: es decir, el derecho a soltar las carbas dentro del *rastrojo* para que coman la cobertura vegetal. A cambio, el mecanismo de siembra compartida entre parientes fue claramente extramonetario: ambas parientas aportaron semilla y fuerza de trabajo; mientras que aquella que aportó el suelo agrícola – el *rastrojo* – corrió con el “beneficio” o el derecho de distribuir la cosecha. Evidentemente, ambas parientas quedaron insatisfechas con la transacción: una manifestó que lo obtenido del reparto de la cosecha fue magro; y la otra optó directamente por arrendar el *rastrojo* al año siguiente. Esta segunda actitud aumentó la insatisfacción: que se expresa en la duda de Rufina si lo correcto no sería acaso que su cuñada le cediera el derecho de sembrar a ella.

Esta breve “anécdota” expresa, por un lado, un rol social específico que ejerce el *rastrojo*, y por otro la tensión que éste genera con las transformaciones agrícolas que propone un programa de desarrollo rural. A diferencia de los terrenos agrícolas destinados a la producción para el mercado – que, como vimos, son designadas mediante términos nativos específicos que marcan esta función, tales como *cuadro* y *tablón* –, en los espacios agrícolas aún conceptualizados tradicionalmente – en

los *rastrojos* – la reproducción de las cosechas reproduce, asimismo, relaciones sociales. Durante las siembras compartidas en los *rastrojos*, lo que se produce no son mercancías: son alimentos cuyos mecanismos de distribución recrean relaciones entre parientes. La expresión de este fenómeno se observa en la última frase del fragmento: independientemente de la transacción monetaria, la cuñada de Rufina demanda la distribución equitativa de **la papa**. Como veremos en el capítulo VI, esta ayuda de siembra no es otra cosa que una **minga** en una escala más pequeña, doméstica.

Pero simultáneamente, la aparición de un programa de promoción de un cultivo con buenas perspectivas mercantiles como lo es la quinua, activó una tensión en esta relación: ya que la distribución de la cosecha implicaba, en este caso, también la distribución de una riqueza potencial. En la experiencia de los A., la resolución de esta tensión reforzó lógicas de mercantilización de los vínculos sociales, y con ellos, de mercantilización del acceso a la tierra.

Un segundo aspecto del caso de los A. que no quiero dejar de remarcar es la priorización de los insumos y beneficios obtenidos del programa de promoción de quinua para revitalizar el predio agrícola menos productivo (el *rastrojo* en que los canales de riego estaban inutilizados y requerían mantenimiento), pero asimismo, el afectivamente más relevante (el *rastrojo* en que *Rufina* fue madre). En pocas líneas: la familia A. obtiene sus mayores ingresos económicos de sus *cuadros* N°1 y 2; pero repartió equitativamente los recursos obtenidos del programa de fortalecimiento entre estos predios y su *rastrojo* N°3, el de mayor valor afectivo y ancestral; y sembró efectivamente la quinua para cumplir con el programa en el *rastrojo* N°4, mediante un sistema de intercambio de tierra y trabajo extra-mercantil.

Estas modalidades de dispersión entre recursos obtenidos de proyectos y sitios en los que producir las cosechas para dichos proyectos no es en absoluto exclusividad de la familia A. Aquí un fragmento de una entrevista a otro productor del referente empírico (N°13) que manifiesta esta misma lógica:

Ahí había puesto la quinua, que nos ha jodido esa vez el hongo. [...] Y a la banda, ahí es otro [rastrojo]. Ahí es donde trabajo con la bomba que hemos sacado [se refiere a que “sacó” (obtuvo) del proyecto]... Ahí es donde más me dedico ahora, porque la agua le tengo a mano. Saco con la bomba de los pozos que nunca se secan, no son de cavar con pala ni máquina ni nada, son naturales, ¡un agua dulce cristalina! Y a la banda, soy el primer regante de la toma de la

banda, así que qué problema voy a tener. [...] Ése que, a donde fuiste tú, arriba al lado del molinito viejo ése, bueno, ése es de mi papá. Ese terreno. Ahí me ha regalado a mí, y a Juliana. Y más abajo hay unas casitas con rastrojo también, casas lindas, más abajito, que está en una entrada a la playita, al enfrente. Ahí he puesto alfalfa. Para eso alambre liso que estaba pidiendo, pero no hace falta más que armarla. Es alfalfa. (Entrevista a productor N°13. 08/08/2018)

De una manera similar a como hemos visto para el caso de *Rufina*, vemos que este productor “cumplió” con el programa tecnológico sembrando en un terreno (en un *rastrojo*), pero empleó las inversiones en otros dos *rastrojos* (en uno, una bomba para elevar el agua; en otro, el alambrado). En el segundo caso, es explícito que su uso es para cuidar la alfalfa.

Algo que se puede desprender de la presentación de la familia A., es que muchas de las territorialidades que se activan en la vida cotidiana quebradeña actual, pasan desapercibidas si no se valorizan adecuadamente los contextos de enunciación pertinentes, que ocurren *in situ* y que dependen de un ejercicio etnográfico paciente y atento.

Familia extendida B. Mónica, Nicolás, Elvira y Justino.

La familia que aquí llamaré B., está integrada por gente con la que, a diferencia de los A., he compartido trabajos desde hace muchos años. Con las hermanas *Elvira* y *Mónica B.* nos conocimos en el año 2007. *Mónica B.*, madre soltera de un único hijo que vive en Córdoba, dedicaba la mayor parte de su tiempo a trabajar la tierra familiar y a cuidar a su padre anciano. *Elvira B.*, la hermana que le sigue, tiene nueve hijas/os, todas/os adultas/os ya, uno de los cuales vive en la comunidad rural de origen, y el resto entre las ciudades de Humahuaca y San Salvador de Jujuy. Nunca conocí al padre de sus hijas/os, pues estaban separados y él ya no vivía en la comunidad de *Elvira* cuando yo comencé a trabajar como técnico. *Elvira* había ejercido unos pocos años antes como representante de su comunidad ante una empresa de tendido de gas que cruza por territorio comunitario. Esa primera experiencia la había animado a ejercer posteriormente otros cargos representativos para la comisión directiva de su comunidad.

A *Justino F.* lo conocí prácticamente para la misma época, también en actividades técnicas, aunque en otra localidad. Ese año, él estaba terminando su

ejercicio como presidente de su comunidad aborigen. Ya entonces era jubilado de Mina El Aguilar – de donde se había retirado en el año 2000 – y viudo desde el 2003, habiendo quedado con cinco hijas/os, aunque sólo la más pequeña seguía a su cargo.

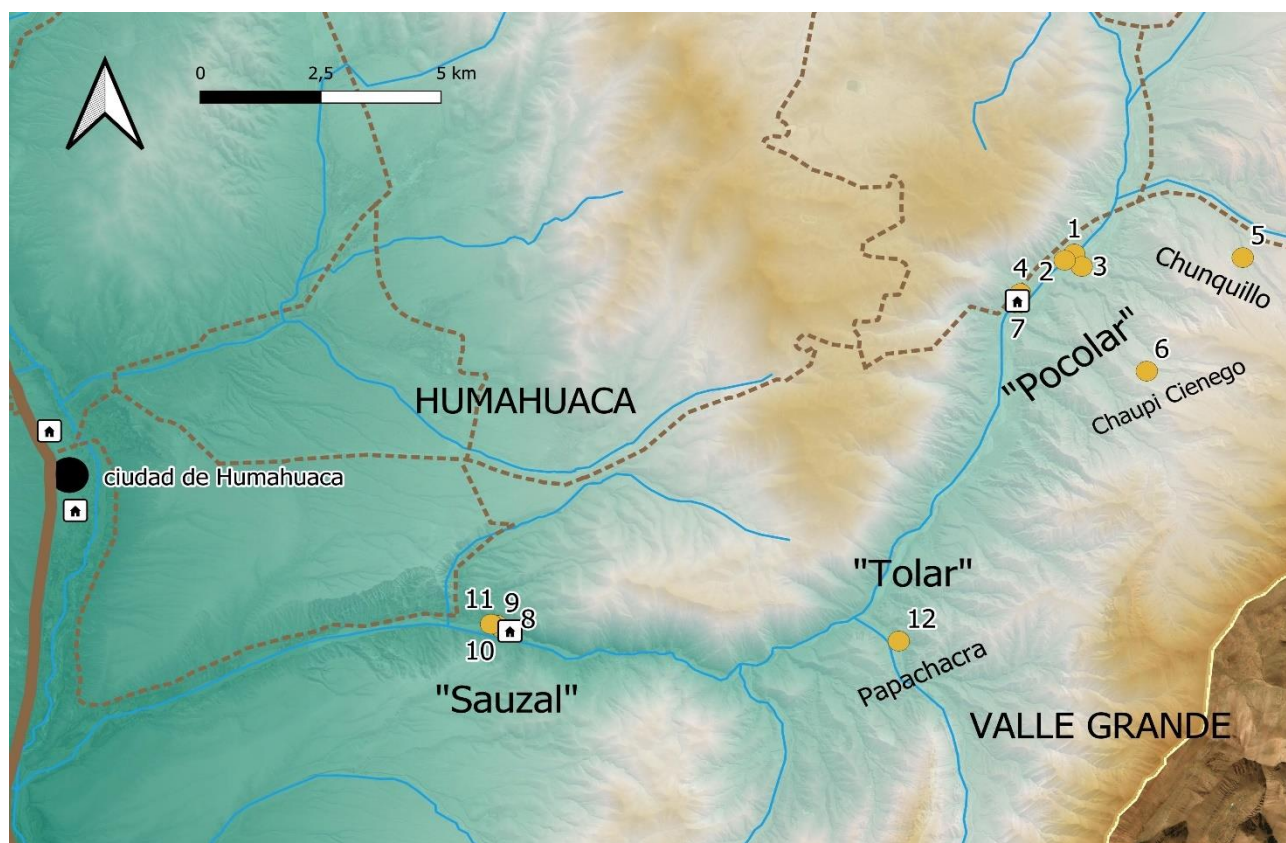
Justino y *Elvira* comenzaron a frecuentarse, y con el tiempo a colaborar y a integrar sus sistemas agropecuarios, a partir de 2009 aproximadamente. Cada cual tiene sus hijas/os y nietas/os en Humahuaca, su casa propia en Humahuaca, pero ellos trabajan juntos – y a través suyo, también integran a sus respectivas redes de parentesco y vecindad – en la crianza agropecuaria de sus parajes. La larga trayectoria compartida con *Justino*, *Elvira* y sus respectivos parientes, me ha permitido ir conociendo poco a poco y entendiendo cómo se organiza este campo de estrategias. Cuando surgió el interés por desarrollar el cultivo de la quinua, tanto *Justino*, como *Elvira* y *Mónica* se sumaron a la propuesta, incorporándose además un tercer hermano, *Nicolás B.*

De esta manera, la red familiar integrada por los *B.* y, a través de *Justino*, también por los *F.*, logra desplegar derechos de acceso a *rastrojos* en tres localidades contiguas sobre los márgenes del mismo río, aunque a varias horas de caminata entre una y la otra. A estas localidades las denominé en este documento como *Pocolar*, *Tolar* y *Sauzal*.

N.º de predio	Unidad de referencia	Título	Fam. extensa	Localización del terreno	Superficie	Situación fundaria	Forma y origen del derecho de uso
1	6	Mónica B. y Nicolás	5, 6 Mónica y Nicolás B.	Rastrojo norte (<i>Pocolar</i>)	4897 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	Herencia del “padrastro” de su padre
2	5	Mónica B.		Rastrojo sur	4953 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	Compartido con Familia Hurtado
3		don B. (padre de 5, 6 y 7)		Banda de Román	5825 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	Herencia del “padrastro” de su padre
4	5	Mónica y Elvira B.		Cerca de la sala APS	4183 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	desconocido
5	5, 6 y 7	Mónica y Elvira B.	5, 6 y 7 Mónica, Nicolás, Elvira	Pastoreo “Honduras”	indeterminado	Comunitario, en litigio (F. S. Andrés, Salta)	Herencia matrilineal (Fermina M.)
6	5	Mónica B.		“Chunqui-llo”	2822 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	Herencia por el “padrastro” de su padre
7	7	Elvira B. Elvira B.	7, 19 Elvira y Justino	Quintina “terreno de mi mamá”	2844 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	Herencia por el “padrastro” de su padre
8	7			Fondo de su casa – <i>Pocolar</i> centro	5929 m ²	Comunitaria (<i>Pocolar</i>)	Compra a vecino

9	19	Justin o F.		Sauzal	6018 m ²	Título individual	Herencia de su tío
10	19			Sauzal	16929 m ²	Título individual	Herencia de su padre
11	19			Sauzal su hermana	6031 m ²	Arriendo	De su hermana (herencia paterna)
12	19			Sauzal su primo	3671 m ²	Arriendo	De su primo
13	19			Tolar "Papach a-cra"	45617 m ²	Desconozco	Herencia patrilineal

En el mapa podemos observar esta sucesión de unidades mencionadas:



Detalle del Departamento de Humahuaca en el que se localizan todos los predios agrícolas de la familia ampliada B.

Justino se reconoce dueño de dos *rastrojos* en la localidad de *Sauzal* (números 9 y 10), ambos por herencia:

Me explica que él tiene dos propiedades, "dos títulos", diferentes: ambos contiguos. Su abuelo (que era de Tolar) compró "un tercio de la superficie total" de los dueños originales ("era finca de los M."). [...] Por eso "en Tolar seguimos teniendo un terreno grande", herencia de su papá [predio N°12 en el mapa]: "ahí sembramos trigo". "Porque Tolar es más complicado, más frío, [...] es lindo,

sembraban, pero más frío". Su mamá era de aquí, de Sauzal. Compraron aproximadamente en la década de 1930. (20/4/2017)

Uno de los rastrojos en *Sauzal* (número 9) es cabecera del canal y por lo tanto el terreno que recibe el agua primero y en más cantidad. Pero además, es el terreno por el que *Justino* expresa más afecto, por haber sido herencia de un tío muy querido, que le dejó el *rastrojo* en herencia porque no tenía hijos propios:

*El tío que vivía aquí, el que **me ha sabido hacer la herencia**, él sabía bien: incluso para arar, todo ¿ve? Y sabía... después algunas cosas, acatábamos de acuerdo a la luna, sembrar, todo, todo eso. [...] Como **nosotros éramos dos, dos changos mayores**, mi hermano que era mayor de mí, él quedaba abajo [en Humahuaca] y **a mí me mandaban aquí**. Como el tío no tenía equipo, entonces siempre hace falta, que vaya a traer agua, algo. Entonces me mandaban a mí. Y bueno, **no fue en vano**, mirá, **quedé heredero**. (Entrevista a Justino F. 14/7/2017)*

Se observa la importancia que tiene el eslabonamiento afectivo para la definición de las herencias en ausencia de herederos directos. En el caso de *Justino*, el recuerdo de este tío guarda un gran valor como su principal referente y maestro en cuestiones agrarias.

El otro terreno de *Justino* (N°10) le fue heredado por vía directa, a través de su padre: aunque por ese mismo motivo, la herencia original fue distribuida entre los distintos hermanos:

*A mí me gustó siempre el campo. Sí, **siempre me gustó el campo**. No sé, porque me gustaba, ¿ha visto? [...] Allá tenemos **otra propiedad**, donde queríamos hacer represa ¿viste?, o se llevó el río el canal ¿ve? **Ahí le corresponde a ellos** [a mis hermanos]. **Eso es parte de ellos** de la finada de mi mamá. [Pero a mi hermano] **nunca le gustó el campo**. [...] De chico estaba aquí cuando él tenía hasta once años, doce años, después ya no, ya no quería venir para acá. [...] Cuando terminaban las clases, ya en noviembre al 30 terminaban las clases, él se quedaba [en un taller metalúrgico en Humahuaca]; no, no venía para acá. Después ya cuando tenía 12 años en adelante ya no venía. (Entrevista a Justino F. 14/7/2017)*

Aquí surge de nuevo algo ya visualizado en el capítulo anterior: es **en las vacaciones escolares** cuando se construye **un vínculo afectivo con los predios rurales**, con la “vida de campo”, que cimentará la identidad y las preferencias laborales de quien se expresa. Estas experiencias no están desligadas de quien las transmitió: y es de ese modo que, para *Justino*, remitir a su infancia implica no sólo remitir a la vida rural, sino a su tío como mentor.

Sin embargo, sus hermanos, al no residir en la localidad, **le ceden a Justino sus rastros mediante la siembra compartida**, esa lógica que ya mencionamos en el caso de la familia A.:

*Sobre [el rastrojo que heredó] de su papá, la mitad del terreno la heredó él y la otra mitad (contigua más al sur), su hermana. Ella hoy vive en Bs.As.; él es quien le cuida, y ahí también produce. Le pregunto si van al partir o cómo; me explica que **no hace falta: ella cuando viene se lleva un poco de lo cosechado (“papa, lo que haya de cosecha: también le llevo yo cuando voy para BsAs”); a cambio, él le tiene que cuidar, “limpiar la acequia; mantener limpio”**. (20/4/2017)*

Dos características significativas sobre la siembra compartida en los *rastrojos* se desprenden de este fragmento. Primero: el hecho de que el mantenimiento (la **limpieza**) de los **canales de riego constituye la tarea mediante la cual se expresa sintéticamente el principio de derecho consuetudinario sobre el terreno**. Independientemente de la propiedad formal del predio, la convención local establece que quien tiene derecho a emplear productivamente el terreno, es asimismo quien carga con la responsabilidad de su mantenimiento, sintetizado en el cuidado del canal. Esta modalidad de derecho manifiesta una sorprendente dispersión geográfica en la región bajo estudio. De hecho, no sólo es la norma convencional de administración de la tierra en los parajes rurales quebradeños, sino que ocurre incluso con aquellas/os agricultoras/es que conservan, a través de alguna línea de herencia, derechos de terrenos agrícolas en localidades rurales en Bolivia, como el caso de la agricultora N°1 de nuestro empírico:

*Ella mantiene terrenos en Calza [Cochabamba, Bolivia] y por ellos paga una cuota [...] a sus tíos que son los que trabajan sus terrenos, **“lo más importante es que limpien los canales”**. (Entrevista a productora N°1. 9/01/2019).*

El segundo elemento que se desprende del fragmento de mis apuntes señalado un poco más arriba, es que **el producto agrícola que sintetiza el intercambio horizontal de favores** (entre el cuidador del terreno y quien lo cede) es, una vez más, **la papa**. En general, quienes no permanecen en la zona tienen pocas pretensiones productivas relacionadas con la cosecha, que queda principalmente en manos del/la pariente/a encargado/a de su cuidado. La distribución de las cosechas se expresa como algo librado al criterio y a la buena fe de quien trabajó el terreno. Sin embargo, es un solo producto, la papa, el que adquiere expresión como aquel que **debe** ser repartido entre los parientes que se quedan (los cuidadores del *rastrojo*) y los que se van (los dueños del mismo). Esto será una constante que se volverá a expresar recurrentemente entre las familias que integran mi universo de análisis:

Mi hermano era casado [con una vecina de Valiazo, una finca en condominio]. Entonces, él al ser casado, eh, tiene muchas tierras. Y él, como no le interesa tener siembra, nada, “sembrá, sembrá” [me dice...]. Él me ayuda a regar. Pero para la siembra, compartimos. Pero para las papas nada más. Él, quinua, maíz, otras frutas no: “ése es tu árbol, vos lo has puesto, usalo”; la fruta, todo, la quinua. Solamente la papa, él dice: esta papa como hemos sembrado tanto, vos me das un poco; el resto, todo tuyo. [...] Apenas papa. Quinua nada, ni frutas tampoco. (Entrevista a productora N°16. 17/3/2017)

De manera que se expresa una modalidad implícita, una convención local no escrita, para el acceso a la tierra, por la cual quien permanece en la localidad accede a terrenos de quienes no lo hacen. El que trabaja el terreno tiene la responsabilidad de la limpieza de los canales, y a cambio cuenta con el beneficio de las cosechas; salvo por **la papa, que es el cultivo que debe ser distribuido entre ambas partes**, aunque sea simbólicamente, “ritualmente”, para completar la transacción. Por medio de estas convenciones, reconocemos modalidades locales para “recomponer”, en cada generación, los predios agrícolas que son dispersados por la modalidad legal de herencia igualitaria del patrimonio. Por lo general es uno solo de los hermanos o hermanas de cada generación, quien permanece en la localidad rural y quien por lo tanto hará empleo productivo de los *rastrojos* familiares. Las diversas opciones de siembra compartida – que se sintetizan en el principio arriba señalado – permiten una administración unificada, planificada y

continua de los predios de varios hermanos, en manos de quien permanece en la zona.

Al involucrarse en el programa de fortalecimiento de la quinua, la principal solicitud de *Justino* era una herramienta de tiro animal (una aporcadora); y material para acondicionar su canal de riego, con el fin de instalar una pequeña represa para regar el rastrojo N°10. A este fin, durante el ciclo agrícola 2015/16 sembró la quinua para el proyecto en este mismo predio; al año siguiente, para evitar sobreexigir al terreno, sembró quinua en su predio N°9 y en el N°11, de su hermana, mediante siembra compartida.

Al ampliarse la red familiar centrada en *Justino* a partir de su “alianza” informal con *Elvira B.*, estas estrategias de activación de los *rastrojos* de dueños ausentistas mediante la siembra compartida, permitieron conectar a una red familiar muy activa en términos de producción agropecuaria (los *B.*) con una localidad en la que había, proporcionalmente, más terrenos que agricultores disponibles (*Sauzal*), como ocurrió con el predio que en el mapa figura con el número 12:

El terreno contiguo [...] lo sembró Elvira que hizo arreglo con el primo de Justino que es el propietario. “Arrienda” me dijo Justino, pero al preguntarle cómo fue el arreglo, me explica: “a cambio se riegan sus plantas, se cuida el terreno, y él se lleva unas bolsas de maíz, de papa”. (10/07/2019)

Además de los *rastrojos* en *Sauzal*, que son centrales para el sistema agrícola de *Justino*, él cuenta también con otro terreno aguas arriba sobre el mismo río, en la localidad de *Tolar*: el *rastrojo* originario de sus abuelos (número 13 en el cuadro y mapa).

[La quinua] *da por ahí en Tolar también. Claro, yo voy a veces, viste. [...] Papachacra se llama. [...] Por eso yo tengo para sembrar quinua, mucha quinua. Claro, si ahí tengo varias hectáreas yo. [...] El agua esa utiliza únicamente la propiedad que tengo yo nada más, no siembra más nadie. No hay más otro terreno.* (Entrevista a Justino F. 14/7/2017)

Justino, que tiene una gran pericia en identificar los tipos de suelos y climas para la adecuación de determinados cultivos, señala en consecuencia que cuenta con suficiente terreno para ampliar la superficie de quinua. Sin embargo, existen dificultades logísticas para producir en cantidad en *Tolar*, debido a la

inaccesibilidad de los caminos carreteros. Consecuentemente, las panojas cosechadas deben ser transportadas a lomo de burro hasta alguno de los parajes con acceso carretero con que la red familiar cuenta: ya sea *Sauzal*, a través de *Justino*, o *Pocolar*, a través de *Elvira*.

Recordemos que *Pocolar* es territorio comunitario indígena y todos los miembros de la comunidad tienen claro que la propiedad jurídica es colectiva. La administración interna de la tierra se mantiene bajo el principio de que “*del cerco para adentro, cada uno es dueño de lo que haga; del cerco para afuera es de la comunidad*”. Así, en *Pocolar*, las/os B. cuentan con derechos sobre una multiplicidad de *rastrojos*. Algunos de ellos han sido heredados por vía materna, otros son herencia paterna, y otros han sido adquiridos mediante compras consuetudinarias entre vecinos. Por un lado, están los terrenos heredados por vía paterna:

*Mi abuela es de Abra Pampa, del lado de Rumi Cruz el lugar. [...] Dice que **la han traído de peona** [para un vecino de la comunidad llamado Ceferino R.]. Y de peona ha venido a posicionar un hijo en Pocolar. El padre padre ha sido de Tolar, nada más que **no lo ha reconocido mi abuelo**. [...] El señor ése se llamaba Ceferino R. **Y ése lo ha criado a mi papá pues**. [...] Todavía me acuerdo cuando falleció el **abuelo don Ceferino**, me acuerdo. Que era la más chica yo, pero me acuerdo. [...] Nosotros le atendíamos a él, ya era viejito, no podía caminar, ya andaba con bastoncito. Estaba muy enfermo así él. **Mi papá lo ha puesto bajo tierra a él. Sería como su papá**. [...] Y a mi papá, **su padrastro lo dejó todos los rastrojos, todo era a él**. [...] Porque **el señor ése no tenía hijos, no tenía nada, y la señora no tenía hijos**. (Entrevista a *Elvira B.* 14/07/2017)*

Aquí se manifiesta un mecanismo de herencia muy similar al que vimos para el caso de *Justino*: en ausencia de herederos directos, el compromiso afectivo – expresado en el cuidado durante la ancianidad – se refleja en la herencia de unidades agrícolas unificadas a personas que mantienen continuidad geográfica en la zona.

Por el otro lado, están los terrenos heredados por vía materna:

*Mi mamá iba a la escuela en Pocolar también, ella venía de arriba, **del Queñual**, de ahí. De un lugar, **Quintina**, de ahí venía a la escuela. [...] **Quintina**. Está para*

allá, cerquita del Queñual es. [...] Es la más arriba de todo el Cienego Grande para donde está alzando toda el agua de Queñual. (Entrevista a Elvira B. 14/07/2017)

Como resultado de estas trayectorias de vida, las hermanas/os *B.* cuentan con varios terrenos a los que pueden acceder para su empleo agrícola. Dado que el padre de las/os *B.* vive aún, los terrenos que cada uno describirá como propios son solamente aquellos que haya obtenido **mediante compra a un vecino, o por herencia matrilineal**, pero no se mencionan los terrenos paternos:

*Yo – ¿Vos dónde tenés **rastrojo**?*

Elvira – Al lado de la escuela.

Yo – Después tienen en la banda también, ¿no?

*Elvira – **Es la casa de mi papá.***

Yo – [...] ¿Y dónde más tienen?

*Elvira – Después tengo **arriba en Queñual**, ahora **en casa de mi mamá**, ahí también tengo un **pedacito**. Eso nomás tengo, **no tengo más.***

*Yo – Todos en Pocolar. ¿Vos no tenés **derecho o herencia** en ninguna otra parte?*

Elvira – No.

Yo – ¿[Tu papá] no sabía ir para el valle por ejemplo? ¿A llevar la hacienda para el valle?

*Elvira – Ah, sí. **Con la hacienda sí. Eso es pastoreo. Pastoreo ya. [...] En provincia de Salta, sí. Y a veces voy para el otro lado. [...] Mis hermanos van el Nicolás. Y la Mónica. Si ella tiene más hacienda pues.***

(Entrevista a Elvira B. 14/07/2017)

Como se ve, al preguntar dónde tiene *rastrojos*, *Elvira* sólo me aclara cuál es terreno que es de su derecho personal. Eso no significa que no cuente con otros espacios agrícolas a los que pueda acceder a través de acuerdos intergeneracionales o colaterales. De hecho, durante los dos ciclos agrícolas que estudio – 2015/2016 y 2016/2017 – *Elvira* estaba centrando sus quehaceres más en *Sauzal* mediante siembra compartida con el primo de *Justino* que ya hemos mencionado, que en *Pocolar*: descomprimiendo de este modo las demandas agrícolas sobre los terrenos familiares a favor de su hermana y su hermano, *Mónica* y *Nicolás*, que eran quienes hacían uso de ellos.

En el caso de las/os *B.*, las demandas de equipamiento que solicitaron al programa de fortalecimiento de la quinua también deben ser entendidos como estrategias colectivas. Las/os tres hermanas/os coincidieron en solicitar cada una/o un *arado de hierro* (ver capítulo 3) y dos arneses completos (dos pecheras, dos 2 lomerías y cadenas) para ungrárselo a la yunta de animales. *Nicolás* solicitó, además, una herramienta agrícola de tiro animal (una *rastra*, empleada para desterronar), y *Mónica* otra (una *cultivadora* de tracción animal). La explicación de esta demanda cobra sentido si pensamos en el peso del *arado de hierro*, que lo vuelve muy incómodo para transportarlo de un *rastrojo* a otro sin una camioneta o vehículo carretero. La disponibilidad de un arado en cada *rastrojo* familiar agiliza así la tarea de roturación y siembra, independientemente de quién sea la persona de la red familiar que en ese momento utilice el equipo. Es que, como vimos, en sus quehaceres agropecuarios anuales, distintos integrantes de la red familiar *B./F.* acceden a diferentes terrenos y fuentes de mano de obra, y los distribuyen en función de dos criterios: por un lado, los intereses particulares del año agrícola en cuestión; por el otro, las memorias de las siembras del ciclo agrícola previo, para evitar el agotamiento del suelo. Estas mismas lógicas se activaron también en relación con los proyectos de desarrollo. Así, durante el Programa de Fortalecimiento de la Quinua que analizamos, *Justino* sembró su quinua un año en el predio propio N°10 y, para rotar las siembras, al año siguiente lo hizo en el predio de su hermana N°11 por medio de siembra compartida, y parcialmente también en el N°9. Asimismo, *Elvira* sembró la quinua durante el primer año en su predio propio N°8 y, para no sobreexigir el terreno, al segundo ciclo agrícola sembró la quinua en el terreno N°12 mediante siembra compartida con el primo de *Justino*. *Mónica* también estableció siembras compartidas con un vecino de su localidad para sembrar su quinua en el predio N°2 y, durante el segundo año, parcialmente también en terreno de su papá, el *rastrojo* N°3. Esto descomprimió el terreno N°1, que fue destinado principalmente a *Nicolás*, más desfavorecido económicamente por su estado de salud. Por otro lado, dado que *Nicolás* carece de trabajo fijo por motivos de salud, se dedica principalmente a ayudar a parientes en tareas rurales. Durante los dos ciclos agrícolas analizados, *Nicolás* colaboró con *Justino* en las tareas agrícolas como mecanismo de retribución por el terreno cedido por su hermana *Mónica*.

Así, **cuatro de las unidades** que integran el universo de las/os *destinatarias/os* del Programa de Fortalecimiento, desplegaron una diversidad de estrategias de

acceso a ocho de los doce terrenos agrícolas a los que puede acceder esta red familiar. De este modo, saber en dónde siembra su quinua de proyecto cada destinataria/o es, de antemano, incierto: ya que depende de su disponibilidad de estrategias dentro de la red.

Algunos parajes guardan un gran valor sentimental debido a su carácter ancestral (“*la casa de mis abuelos*”) pero su localización alejada de las rutas de acceso vehicular les reduce su utilidad agrícola. Esto ocurre con los parajes que continúan “nominalizados”: *Papachacra* (localidad de nacimiento del padre de *Justino*: predio N°13); *Quintina* (paraje natal de la madre de las hermanas/os *B.*: predio N°7); *Chunquillo* (paraje natal del padre de los *B.*: predio N°6). Estos parajes no participaron abiertamente en las inversiones del proyecto, y, aunque guardan lugares importantes en las memorias personales y familiares, no parecen ejercer un efecto gravitatorio tan marcado como para la familia extensa *A.* producen sus terrenos en *Charcomal*. Aquí no puedo dejar de señalar una diferencia significativa: mientras los terrenos en *Charcomal* constituyen los únicos *rastrojos* que manejan los *A.* – ya que sus otros predios agrícolas participan de otras tramas productivas y por lo tanto también conceptuales –, en cambio **todos** los terrenos a los que acceden los *B.* continúan siendo conceptualizados y expresados como *rastrojos*.

En otras palabras, todos guardan una remisión ancestral. Lo que aquí sí reconozco y me parece significativo, aunque de manera menos explícita que en el caso de la familia *A.*, son ciertas formas de ancestralidad que sin embargo guardan estas locaciones remotas. Por ejemplo, el único paraje en el que, según *Mónica*, se conservaban plantas de la quinua “*original original de aquí*” (9/12/2014), era, precisamente, en Chunquillo. Es irremediable no reconocer en esta remisión a la ancestralidad a la vez geográfica y agrícola un eco similar al que encontramos en la familia *A.*, que, aún con los magros beneficios que le reporta, insiste en sembrar la quinua precisamente en el paraje ancestral. Estos aspectos sugieren **algún tipo de relación simbólica entre los parajes más vinculados a la ancestralidad y este cultivo en particular, la quinua**. Volveremos sobre este punto en el próximo y último capítulo.

Reflexiones que se desprenden de los dos casos analizados

Cuando en 2016 el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA quiso afianzar la expansión del cultivo, una estrategia consistió en consolidar una superficie agrícola mínima por cada unidad productiva. De este modo, una premisa implícita de las intervenciones del programa consistía en asumir que la unidad agrícola se podría equiparar a una unidad doméstica (una familia nuclear) con su correspondiente entidad espacial uniforme (una parcela agrícola). Hemos podido analizar en este capítulo cómo articulan en las prácticas de multiplicación agrícola dos entidades que difieren respecto de esta premisa inicial.

Por un lado, hemos ilustrado cómo en las dinámicas territoriales que se despliegan con relación a la actividad agrícola, se reconocen por lo menos tres escalas sociales que articulan. Una de ellas sin dudas es el grupo doméstico en sus múltiples expresiones: el linaje (como *Rufina* y *María A.*); los parientes consanguíneos (como las/os hermanas/os *B.*); la alianza, marital o extramarital (como *Pedro* y *María* o *Justino* y *Elvira*). Otra escala lo conforma la red de parentesco extenso. Por este medio es posible acceder a fuentes de fuerza de trabajo (como *Justino* con *Nicolás*) o a terrenos “negociados” mediante mecanismos extraeconómicos de derecho (las siembras compartidas y sus múltiples variables, que como vimos se mueven dentro de un repertorio marcado por el derecho de uso a cambio de los deberes de mantener los canales y cumplir con el “protocolo” de la distribución por lo menos de la cosecha de papa). Y finalmente, la escala decisora, que en última instancia está constituida por el individuo quien, con claridad de sus estrategias de reproducción social más amplias, activa esa red para lograr esos objetivos.

Como consecuencia de estos factores, vemos que las tramas sociales van activando derechos de acceso y uso a una multiplicidad de predios agrícolas. En el estudio de las dos redes familiares analizadas, vimos la capacidad para desplegar derechos territoriales sobre 17 predios agropecuarios distintos (6 de los *A.* y 11 de los *B.*, respectivamente), dispersos en cinco parajes diferentes con distintas características ecológicas en el departamento de Humahuaca (*Uquía*, *Charcomal*, *Pocolar*, *Sauzal* y *Tolar*), e incluso en los departamentos contiguos de Orán e Iruya, en la provincia de Salta. Los miembros de estas redes activan estos criterios de derecho mediante diversas estrategias en su articulación con los programas tecnológicos destinados a la agricultura familiar. La manera que

encuentro yo de interpretar estos criterios de articulación, de manera intuitiva en mis experiencias como técnico, y de manera analítica a partir de la actual tesis, es en términos de un vínculo de reciprocidad implícito. **Esta reciprocidad se basa en el principio de asumir compromisos, a cambio de obtener beneficios.** Si bien en la escala local el personal técnico que encarna los programas institucionales debe participar de estas mismas lógicas recíprocas con el fin de actualizar, entre otras cosas, su propia legitimidad como bróker³⁰, no obstante los programas de intervención técnica, tal como son concebidos en las esferas metropolitanas, desconocen estos mecanismos, y por el contrario dan por sentado el interés de su público destinatario: se ven a sí mismos como un acto unidireccional casi desinteresado (extendemos estos avances tecnológicos para beneficiar a quienes lo necesitan). En cambio, los sectores subalternos se posicionan frente a los programas desde una aproximación recíproca: yo me comprometo a esto, y a cambio usted se compromete a aquello. Los organismos de promoción técnica asumen que, si un/a agricultor/a hace las acciones “A”, le va a ir mejor. Para hacer “A”, los organismos institucionales le pueden otorgar los insumos “B”. Bajo esta premisa lineal, cae de maduro que las acciones técnicas “A” y los insumos productivos “B” se destinan al mismo predio agrícola. Si por ejemplo, “B” significa alambre para el cerramiento de un predio agrícola, es innecesario señalar que el alambre “B” se destinará al predio donde se practicarán las acciones técnicas “A” que mejorarán el sistema productivo del/la destinatario/a (supongamos, la siembra de quinua).

En cambio, las acciones de los destinatarios cobran sentido desde el siguiente punto de partida: para obtener “B” (alambre), debo asumir el compromiso “A” (sembrar quinua). En términos estrictamente territoriales, esto produce un efecto invisible para los organismos institucionales: los insumos “B” pueden estar pensados por el/la destinatario/a para un predio agrícola determinado, mientras que el compromiso “A” puede ser cumplido mediante otros predios agrícolas. *Rufina* destinó los fondos para maquinaria agrícola a emplearse en el predio N° 2, y para conducción del riego en el predio N°3. Sin embargo, en ambos períodos, cumplió su compromiso con el proyecto sembrando quinua en el predio N°4. *Elvira*, para ampliar su superficie sembrada en quinua, durante el segundo ciclo agrícola,

³⁰ Este aspecto lo desarrollé en el capítulo I de mi tesis de maestría (Cladera, 2015). También fue desarrollado por Cowan Ros (2011).

incorporó un predio agrícola (el N°12) al suyo propio (N°8), pero los insumos se emplearon exclusivamente en el segundo.

Hemos visto también que esta estrategia se extiende fuera de estas dos redes familiares que analizamos en el capítulo: por ejemplo, el productor N°13 destinó su alambrado para un rastrojo y la motobomba para otro, pero cumplió su compromiso para con el proyecto sembrando quinua en un tercer predio. Otra estrategia que vemos desarrollada en el caso de la familia B., y que se entiende bajo este mismo criterio de reciprocidad, consiste en incorporar otros titulares al proyecto. De esta manera, se multiplica el acceso a recursos obtenido en forma de insumos de los proyectos: pero en compensación, esto viene de la mano de una multiplicación del compromiso que quien incorpora una segunda titularidad asume. Por ejemplo, *Mónica* incorporó a su hermano *Nicolás* como destinatario. Esto significó asumir dos compromisos: ya que debía asegurarse de dos sembradíos de quinua, uno por *Nicolás* y uno por ella. Esto lo logró, incorporando a su terreno propio (predio N°1 de los B.), un segundo terreno obtenido mediante un acuerdo vecinal (predio N°2 de la misma red).

En algunos casos en los que se manifiesta esta preocupación por rotar los cultivos, lo que se está poniendo de manifiesto es un programa de acción que hoy los mismos organismos institucionales aplauden, pero que en la práctica no saben cómo aplicar, y contra los que a veces incluso atentan: el modelo agroecológico. *Justino* sembró la quinua para cumplir con el compromiso del proyecto un año en el primer predio (en que asimismo invirtió los insumos obtenidos del proyecto), en el que es sin duda el terreno más apreciado por él: el N°9, herencia de un tío muy querido. Al año siguiente, las inversiones de proyecto se destinaron a otro predio (predio N°10), pero el compromiso en quinua fue realizado en un predio obtenido mediante intercambio familiar (el N°11). El argumento para esta rotación que realizó Justino “*es para no agotar la tierra*”.

Tanto la priorización de los insumos observada en el caso de Justino como en el de Rufina, apuntan además a una dirección difícil de eludir: la inversión de recursos institucionales se destina prioritariamente a aquellos terrenos que guardan una carga afectiva más importante, que participan de un modo más explícito y tangible en la construcción subjetiva de la persona a través de sus redes de parentesco y afecto. *Justino* claramente prioriza fortalecer el rastrojo heredado de su mentor agrícola, su tío. *Rufina* prioriza el rastrojo en el que concibió sola a su hija *María* y por lo tanto se convirtió en madre.

En tanto, la siembra de la quinua para cumplir con los compromisos del proyecto, se destina a terrenos en los que se combinan dos factores: la facilidad para realizar su seguimiento agrícola, y la reducción del riesgo que se corre en caso de que la siembra falle. Rufina por ejemplo, al sembrar en el predio N°4 compartido con su cuñada, no pone en riesgo la siembra de hortalizas que es la principal fuente de ingresos (terrenos N°1 y 2), y se asegura del seguimiento del cultivo por hallarse cerca del terreno agrícola propio que desea reactivar (N°3). *Justino* sembró, durante el segundo año, la quinua en el predio que comparte con su hermana. De esta manera, si fracasa, no puso en riesgo sus siembras prioritarias en términos de su rol social: el maíz, la papa, el haba, los manzanos.

Dicho de modo sintético: reconocemos en ambos casos la prioridad por invertir en los terrenos más queridos. Aunque, precisamente por ser los terrenos más queridos, se los cuida de la sobreexigencia agrícola que implicaría sembrar el mismo cultivo durante varios años seguidos. Si un año se siembra quinua, al año siguiente el cultivo se derivará a otro terreno. Aquí cabe, una vez más recordar un aspecto significativo que nos invitará a recalar en el siguiente y último capítulo: cuando la tierra es considerada “nueva” – como lo fue para *Pedro* el predio familiar N°3 de *Charcomal* –, se da por sentado que el cultivo que debe sembrarse es *la papa*. En el capítulo III observamos que las asociaciones posibles para sembrar la quinua son el maíz o la arveja; secundariamente, las habas. **Pero nunca la papa.** Es necesario entonces profundizar en los sentidos nativos que guardan estos dos cultivos en la Quebrada de Humahuaca: la papa por un lado; la quinua por otro.

El modelo sintético con que los programas conciben la realidad para gobernarla – la idea de un predio agrícola único manejado por cada unidad familiar única – contrasta con la evidencia empírica etnográfica, que manifiesta una multiplicidad de unidades prediales activadas mediante distintos criterios y redes de derecho por personas particulares, según sus intereses o estrategias productivas en cada ciclo agrícola y en diálogo con el resto de los integrantes de su red. Diferentes unidades espaciales así como diferentes miembros de las redes de parentesco y vecindad pueden cumplir distintas tareas en la articulación entre personas, cultivos y lugares para cultivar. La integración de los terrenos en un programa tecnológico viene de la mano con criterios de rotación (en qué orden se deben poner los cultivos de un año al siguiente para no agotar la tierra) y de integración de los cultivos (qué especies se pueden sembrar en conjunto con qué otras, y por qué motivos). También entran en juego criterios de parentesco sobre cómo se deben intercambiar

los terrenos. Estos criterios favorecen ampliamente a quien cultiva la tierra: se intercambia el cuidado (expresado metonímicamente en la limpieza de las acequias) por cultivo (expresado metonímicamente por *las papas*). Cuando la siembra no es de papa, entran otros criterios de intercambio a jugar – por ejemplo, el arriendo –, que pueden generar disensos acerca de si estos criterios corresponden o no.

Pasando en limpio algunas conclusiones de este capítulo, hemos visto que:

- Pierde utilidad interpretativa un concepto naturalizado por la comunidad de habla institucional: el concepto de establecimiento agropecuario, ya que muchas parcelas responden a una red familiar en acción.
- También se debilita el valor interpretativo del concepto de unidad doméstica: ya que las titularidades manifiestan un criterio de legibilidad de acuerdos de reciprocidad de integrantes de redes familiares con los programas institucionales.
- Pierde sentido la idea de una mensurabilidad de las superficies agrícolas. Los criterios para establecer unidades agrícolas – *cuadros*, *rastrojos* – se dan por sobreentendidos como criterios suficientes para medir áreas agrícolas – cuarto de hectárea; media hectárea. Cuando la gente asume media hectárea o un cuarto de hectárea, está comprometiendo una unidad agrícola, que, a la vez, por la misma lógica “agroecológica” de organización de la producción, no necesariamente será de exclusividad. El hecho de “aportar” un *rastrojo* para el proyecto significa que quien lo hace compromete actividades a realizarse allí en relación con el proyecto, lo cual no significa que toda la unidad se emplee uniformemente.
- Hay una tendencia a marcar con distintas categorías a predios agrícolas destinados a la producción de mercancías (*cuadros*; *tablones*) y a predios destinados asociados con el pasado familiar y narrativo (*rastrojos*). No parece en vano la remisión de la producción de quinua a estos predios ancestrales. Podemos identificar aquí un criterio de racionalización económica – si la quinua sale mal, no se pierden los ingresos de las hortalizas –, pero éste se superpone con estas otras expresiones del retorno al pasado, de recuperar los terrenos ancestrales, que responden a sentidos afectivos y conceptuales que nada tienen que ver con lógicas mercantiles.
- Por último, estas motivaciones no mercantiles activan precisamente

modalidades no mercantiles de acceso y empleo de terrenos agrícolas, que refuerzan y actualizan las relaciones entre parientes por sobre el interés económico: aunque esto puede provocar las esperables tensiones que trae aparejado incorporar un cultivo con proyección mercantil.

Capítulo VI. Por qué se cultiva quinua en la Quebrada de Humahuaca.

A lo largo de los capítulos anteriores se fue presentando una serie de aspectos que, desde una perspectiva “institucionalista” de la producción agrícola, en principio resultan desconcertantes, y que nos han hecho poner el eje no sólo en la quinua, sino también en otras plantas con las que evidentemente integra sistemas significantes más complejos: el maíz, la arveja, el churqui, la papa. Recordemos algunos de estos puntos:

- En el capítulo III, vimos que guardan vigencia, en la memoria oral quebradeña, determinadas técnicas nativas para cultivar la quinua, las cuales incidieron en las prácticas agrícolas efectivamente ocurridas. Estas prácticas implicaban consociar la quinua con maíz y con arveja, así como acciones simbólicas y concretas para controlar la quinua en favor del otro cultivo.

- También en el capítulo III vimos que dos de estas acciones técnico-simbólicas consistía en: 1) tapar la semilla de quinua mediante un *rameado* con churqui, el *monte* de la región, reforzando una asociación entre la quinua y *el monte*; y 2) ralear la mayoría de las quinuas aún verdes para producir *llista*: un subproducto local que de ningún modo entra en el espectro visual de los programas técnicos.

- En ese mismo capítulo, vimos que una de las principales demandas expresadas al programa técnico por su público destinatario, fueron camionadas de abono: y fue en relación a esta demanda que adquirieron expresión determinados criterios locales para delimitar los espacios agrícolas: los *rastrojos*.

- En el capítulo V, en cambio, se nos presentó en dos oportunidades un protagonismo inesperado de otro cultivo: *la papa*. Por un lado, en tanto aquel cultivo priorizado para inaugurar una tierra sin labores culturales previas, *tierra nueva*. Por otro lado, en tanto aquel que sintetiza y materializa las transacciones entre parientes para el empleo de *rastrojos* con fines agrícolas y, de ese modo, “reconstituir” áreas agrícolas desagregadas por el sistema de herencia.

Para entender entonces en toda su complejidad las variables que intervienen en las decisiones y comportamientos de las agricultoras/es quebradeñas/os, es necesario que logremos comprender qué sentidos expresan en la región estos dos cultivos en particular: la papa y la quinua. Para abordar este tema, encuentro útil comenzar poniendo el foco en una categoría que, pudiendo utilizarse en contextos que hagan referencia a ambas plantas, sin embargo, conlleva efectos muy diferente: la palabra *quipa*.

Quinua y quipa. Palabras antiguas.

Cuando comencé a trabajar con el Programa de Fortalecimiento de la quinua a partir del 2014, tempranamente me llamó la atención el empleo de una palabra que, a pesar de llevar yo varios años trabajando en la zona, no había identificado antes: la palabra *quipa*.

*“Permanentemente R.V. nombra a las plantitas guachas nacidas de semillados de años anteriores, **QUIPAS.**”* (Colanzulí, 10/11/2014)

Con el transcurso del tiempo, escuché esta palabra de manera cada vez más frecuente, al punto de que se incorporó en el acervo del lenguaje compartido de nuestro ámbito técnico-destinatario. Fui descubriendo que, aunque la palabra se usaba muy especialmente en referencia a las quinuas, podía emplearse en definitiva para cualquier otro cultivo:

*“Detrás del rastrojo principal, Serapia tiene en un patiecito varias plantitas de ajo, **“ahí me han salido ajo quipas”**, explica”* (Valiazo, 10/9/2015)

*“En Valiazo, en el lote de Sonia, **hay mucha quipa de papa.**”* (Valiazo, 19/1/2016)

*“En donde tiene 11 rayas de quinua x 60m, **le salieron también varias quipas de habas.**”* (Ocumazo, 28/11/2017)

Las *quipas*, plantitas hijas de siembras anteriores, nacen al recibir el abono y el riego, entremezcladas con las semillas de la nueva siembra. Como vemos en los fragmentos de mis apuntes, pueden ser quinuas, papas, habas, ajos, etc. Ya

hemos visto que la rotación de cultivos es prácticamente una regla de oro en la práctica local; de manera que las quipas son fácilmente reconocibles, porque nacen entremezcladas en cultivos de otras plantas. Estas plantitas son respetadas, no se las arranca, sino que crecen a la par del resto de la siembra, hasta el momento de la cosecha. Esto ya había sido observado por Pazzarelli y Lema (2018: 278) en el departamento de Tumbaya, aunque el término que ellos identifican en su campo etnográfico para denominar estas plantas es *huachas*

El término *quipa* es de origen quechua: *k'ipa*, en la fonética original (que no es la empleada en Jujuy). Sus acepciones en el idioma originario se anclan en un sentido estrictamente relacionado a esta descripción quebradeña que he mencionado:

“K’IPA- V.T. QHEPA. Adj. Dejado, abandonado; silvestre, agreste, no cultivado. [...] Silvestre, no cultivado, de cereal o tubérculo producido de semilla abandonada en la cosecha – K’IPA PAPA, papas dejadas en el campo que se reproducen sin ser sembradas. [...]” (Rosat Pontalti 2009: 1116)

“Como k’ipa papa se denomina a aquella papa no recogida durante la cosecha y que después brotará en una nueva planta, compartiendo terreno con otros productos como avena o trigo.” (Pórcel Gira et.al. 2009: 12)

“Los campesinos denominan [k’ipa] a las papas que quedan como remanentes de un cultivo dentro de una chacra, aunque el término puede utilizarse para otras tuberosas [...] Entre ellas es posible identificar plantas que surgen de los remanentes de tubérculos cultivados durante el ciclo anterior, pero también plantas que resultan de la germinación de semillas.” (Begazo et.al., 2019: 15)

Como ocurre con tantos otros términos nativos de la región andina, esta palabra no es exclusiva del quechua, sino que guarda el mismo sentido en aymara:

“K’ip”a ch’uqui= papa no sembrada, sino producida por la semilla dejada anteriormente.” (Arnold y Yapita 1996: 438).

La palabra *k'ipa* remite así a determinada posición de las plantas en el continuum entre domesticidad y silvestría, y guarda una marcada vigencia a lo largo de diversos contextos andinos, tanto de hablantes de aymara (como en la región de Titicaca), de quechua (como en Ravelo, Cochabamba o la sierra peruana), o de español con un sustrato quechua (como en la Quebrada de Humahuaca).

La ejemplificación por antonomasia del sentido de *k'ipa*, para todos los autores citados y para ambas lenguas nativas, se asocia a la *papa* (*k'ipa papa* en quechua; *k'ip" a ch'uqi* en aymara). La papa es de hecho, como señalan Arnold y Yapita (1996), **la planta cultivada** (*juyra*) **por definición** para las comunidades aymaras. Sin embargo, en mi campo etnográfico, el término **quipa** comenzó a “activarse” con la puesta en funcionamiento de un proyecto para promoción de la quinua. Aunque es posible que en otras oportunidades previas yo simplemente no hubiera registrado el empleo del término, lo cierto es que yo ya tenía experiencia con al menos tres proyectos anteriores para trabajar, en algunas de las mismas comunidades que conforman el campo etnográfico actual – San Roque, Cianzo y Varas – la promoción de cultivos andinos, y especialmente de las papas andinas. ¿Cómo era posible que yo no hubiera identificado esta palabra peculiar – *quipa* – antes, habiendo trabajado en la zona desde el año 2007? Y esta pregunta me permitía conducir mejor la reflexión en esta dirección: ¿qué campos de sentido nativos se habían abierto al comenzar a trabajar en torno a la quinua, que habían permanecido hasta ese momento inactivos en otros contextos de trabajo técnico? Es menester entonces analizar en mayor detalle los significados que asumen la papa y la quinua dentro del sistema conceptual local para la buena crianza de la vida.

Los sentidos locales de la *papa* (1). Polisemia y metáforas del parentesco.

Acabo de mencionar que, en las lenguas andinas, la planta que expresa el cultivo por definición es la papa (Arnold y Yapita, 1996). Algunas investigadoras en Argentina también están manifestando la centralidad de este cultivo (Korstanje, 2015). Más que su importancia “económica”, lo que yo observo en el norte de la Quebrada de Humahuaca, es que la papa cumple en múltiples ocasiones comportamentales, discursivas y rituales, **funciones simbólicas metonímicas**: la

papa sintetiza a los cultivos y, por extensión, también al *rastrojo* (el espacio agrícola), y a las relaciones sociales entre las personas que se ponen en contacto por medio del quehacer rural.

Lo primero que es necesario señalar al respecto es la polisemia que encubre la propia palabra *papa*. Por un lado, por medio de esta palabra se menciona a una especie de cultivo particular, *Solanum spp.*, así como a todas las variedades locales (que son muchísimas) que integran a la especie. Pero además, la palabra *papa* se emplea en la Quebrada de Humahuaca para referir a la parte subterránea de cualquier especie de planta que permita su regeneración vegetativa. De manera que no sólo cualquier tubérculo será descripto como *papa* cuando se aluda a su capacidad reproductiva (ocas, papaliskas, batatas, etc.), sino que lo mismo ocurrirá con cualquier bulbo. Para decir, por ejemplo, el bulbo del gladiolo, la frase empleada en la región será “*su papa del gladiolo*”; para la cabeza de la cebolla, “*su papa de la cebolla*”, etc. Esta condición no es exclusiva de las plantas cultivadas. Incluso para referir a plantas silvestres, *de campo*, se emplea el término con el mismo sentido:

“Algunas florcitas blancas de Loca Loca brotan del suelo [...] R.C. aclara que se llama así porque “cuando los caballos encuentran la papa, se vuelven locos” [para diferenciar dos florcitas silvestres muy parecidas], dice que la loca loca ‘tiene la papa más superficial, el palcancho la tiene más profunda’ [...]. (Coctaca. 7/11/2017)

“Hay una florcita que crece en el piso, pero de color rojo, que se llama charagua. Dicen M.Z. y S.I. que nace ‘de una papa que parece como una cebolla’”. (Cianzo, martes 12 de noviembre de 2019).

Esta doble acepción de la palabra *papa* asocia así a determinada forma de reproducción vegetal con un cultivo alimenticio en particular. Este tipo de asociaciones no es casual. En efecto, por tratarse de un tubérculo, la “*semilla*” que se guarda para sembrar la próxima temporada se obtiene de una selección de los propios tubérculos cosechados, es decir de las raíces. En este acto de resiembra a través de los tubérculos reside uno de los principales descubrimientos agrícolas que marcan la segregación de líneas de descendencia vegetal completamente independizadas de sus ancestros silvestres, ya que las plantas no sufren las

recombinaciones genéticas causadas por la polinización. Como no podía ser de otro modo, la centralidad de este acto domesticador guarda su correlato mítico en la región andina: la siembra vegetativa constituye uno de los actos civilizatorios que, en los relatos míticos andinos, distingue a la humanidad actual, civilizada y cristiana, de la humanidad gentil de la era presolar – los *ch'ullpas*:

“Los Chuani [una parcialidad aymara del altiplano boliviano] niegan también a [los ch'ullpa], todo conocimiento sobre los productos híbridos que son la base fundamental del sustento andino: “(Así el gentil) ” ... de la flor, dice, había sabido producir. Su fruto de la papa, eso no más se lo guardaba para semilla. Eso, no más, siembran en ese tiempo antiguo, oscuro ... ”.” (Cereceda 1990: 77)

Como menciona el mito, el hecho de que las papas se reproduzcan de los tubérculos, no implica que no les broten frutos. Los frutos de la planta de papa son unas bolitas de color verde y del tamaño de cerezas, y en la quebrada de Humahuaca tienen un nombre peculiar: *tulco* o *tulqui*; también lo he registrado como *tulpo* y *tulpa* (Uquía, 16/3/2018). Su emergencia en la parte aérea de la planta constituye el indicador de que los tubérculos bajo tierra ya están listos para cosechar:

“cuando tiene el TULCO, es que la papa ya dio”. (Negra Muerta, 4/12/2015)

“–“¿será que no tienen papa todavía?” pregunto; me dicen – “sí, si ya tienen TULCO”.” (Queragua, 10/1/2019)

Es curioso que el indicador de la cosecha del tubérculo (subterráneo) de una planta sea precisamente su fruto (aéreo), que no tiene ningún otro destino que forraje para el ganado. Los agricultores no dan en este caso lugar a las recombinaciones genéticas que degenerarían la calidad de los productos si se sembraran las semillas de los *tulcos*. La gente tiene presente que las flores constituyen los órganos sexuales de las plantas: por ejemplo, para asegurar una buena cosecha del ajo, que es un cultivo con orientación más comercial, se lo debe “*capar*”, que es como se le dice en Humahuaca a cortar el tallo central – el *tocoro* – del que nacerá la flor. Sin embargo, a las papas no se las capa. Cumplen todo su ciclo natural sin interrupciones, destinando una parte de su energía al desarrollo de frutos que serán descartados.

Al procurar rastrear el origen de este término para denominar los frutos de la papa – *tulco*, *tulqui*, *tulpa*, de evidente sonoridad quechua –, no di con ninguna acepción agronómica del término; pero en cambio me topé con un elemento acaso más significativo: el término ***tullka o tullqa designa, en quechua, al “yerno (del padre de la esposa)”*** (Rosat Pontalti, 2009: 1154; con el mismo significado se menciona en Pórce! Gira y Quispe Flores 2009). La metáfora empleada para describir así las frutas de la papa, es decir la descendencia no deseable, no podría ser más sugerente. La papa, tratada como descendencia directa de las agricultoras y agricultores – como hija – requiere para cumplir su ciclo biológico de la intromisión de genética externa, expresada mediante el parentesco por alianza por definición: el yerno. Sin embargo, la descendencia producida por este “yerno” es precisamente la indeseable, porque llevaría a una regresión de la calidad de la línea de descendencia hacia estados predomésticos: un movimiento opuesto al control y la rigurosidad ordenadora que permite el sistema de propagación vegetativa. Esta relación metafórica entre la terminología aplicada a los tubérculos y la empleada para las relaciones de parentesco había sido ya identificada por Haudricourt en Melanesia; allí también, el etnobotánico reconocía la centralidad mítica de la propagación vegetativa como principio civilizatorio (Haudricourt, 1964).

Los sentidos locales de la papa (2). Las mingas de siembra.

Pero el carácter central de la papa como metonimia de los cultivos y, a través suyo, de las relaciones sociales entre las personas, se expresa además en otros episodios significativos. De uno de ellos ya hemos hablado en el capítulo V: hemos visto que los mecanismos para lograr una redistribución de los terrenos de derecho particular se suelen sellar mediante transacciones que no guardan ningún valor económico sino fundamentalmente simbólico: la entrega de una parte de la cosecha por aquel que recibe el permiso para cultivar, al dueño o dueña. Hemos visto que el objeto que sintetiza la transacción es la **papa**: “unas bolsas de papa”.

Otro evento en el que la papa adquiere su máxima plasticidad significativa está constituido por las *mingas de siembra*. Aunque la palabra *minga* se puede emplear para cualquier forma de intercambio recíproco de trabajo, yo he identificado tres eventos concretos en los que esta modalidad de organización del trabajo constituye una convención social difundida: las mingueadas para techar las casas (importantes en las comunidades de los valles salteños), la minga de cosecha (una

modalidad que existía en la región central de la Quebrada y hoy aparentemente ya no se practica); y la minga de siembra (una modalidad aún vigente en el departamento de Humahuaca).

La *minga de siembra* constituye hoy sólo una de las diversas modalidades de labranza y siembra del suelo agrícola en el departamento de Humahuaca, y definitivamente no es la más importante en términos numéricos: ya que, como vimos en el capítulo III, lo más común hoy para terrenos grandes es el alquiler de tractores municipales o particulares; y para terrenos más pequeños, lo más común es el arado personalizado mediante el empleo de burros o caballos. La *minga de siembra* es una modalidad de trabajo adecuada para terrenos de tamaño mediano, suficientemente grandes como para requerir el trabajo de varias personas, pero asimismo suficientemente remotos, abruptos, o inaccesibles, como para impedir el empleo de tractores. Esto hace que se siga practicando en la zona operativa de Media Falda (ver capítulo V), y que cumpla una fuerte función en la memoria colectiva, en términos simbólicos, conceptuales y performativos. Consiste básicamente en lo siguiente: *“El vecino viene con sus animales, y te hace la arada y no te cobra; vos le tenés que preparar la comida y la bebida”. Y es para que participen “muchas personas”. Se hace en tiempo de noviembre, “para la siembra de la papa”. Como son muchas personas trabajando para un predio grande, se avanza rápido y así “en el mismo día ya queda el suelo sembrado, rameado...”* (Coctaca, 14/11/2017)

Por lo tanto, la *minga de siembra* es, por definición, **una siembra de papa**. Aún cuando algunos cultivos ya hayan sido sembrados antes – como las habas – o serán sembrados después – como el maíz –, sin embargo, la *minga de siembra* sintetiza el evento agrícola. De hecho, muchas prácticas de la siembra de papa a escala más familiar recuperan sus elementos simbólicos y conceptuales, aun cuando, si uno le preguntara a la cuadrilla de trabajo si lo que está haciendo es una *minga*, la respuesta sería que no. Y ocurre que el elemento que define a la *minga* en el departamento de Humahuaca es el empleo de la **yunta de bueyes**: esto se sintetiza mediante la frase *“sin yunta, no hay minga”* (Juirí - 18/11/2017). Los vecinos se prestan sus animales y equipos de arada mutuamente, para ir rotando de un día al siguiente por los distintos predios agrícolas de derecho de cada uno, hasta completar el ciclo:

“Yo – ¿Cómo organizan la minga? ¿Por fecha?”

FM – La yunta define: hay que organizarse para que se cumplan todos los que necesitan arado” (Ocumazo, 13/10/2016)

Hemos señalado en el capítulo III que, antes de que existieran tractores, las yuntas de bueyes constituían la única tracción capaz de romper *tierra nueva*, que es la preferida para sembrar papa, porque se considera **el cultivo más exigente en nutrientes**, y por lo tanto, **el que inaugura el ciclo de siembra**.

La *minga* tiene un despliegue significativo muy marcado y muy rico, que inicia con la *chaya de la semilla* y finaliza con el *despacho* de las ofrendas a la tierra. Durante todo el evento, la papa asume roles semánticos relevantes para expresar la complementariedad de las relaciones sociales, entre varones y mujeres por un lado, y entre vecinos de una comarca – es decir, en términos estructuralistas, “parientes por alianza” – por el otro. Me interesa detenerme en los tres roles característicos del evento: el *gañán*, el *caracunca*, y las *semilleras*.

Estrictamente hablando, el *gañán* es como se denomina al guía del arado, quien toma la manija del arado tirado por los bueyes, y quien por lo tanto abre los surcos (“*las rayas*”) en la tierra. En ocasiones, sobre todo cuando las yuntas tienen poca experiencia, el *gañán* necesita un ayudante complementario que guíe a los animales. Pero en términos conceptuales, la tarea de arado del día se sintetiza mencionando al *gañán*, el dueño de los animales que va conduciendo el arado; de manera que el *gañán* es por definición **quien brinda su trabajo a otro**.

La otra figura masculina que complementa la tarea del día se denomina *caracunca*. Su tarea se expresa de los siguientes modos:

“El *caracunca*, es que él reparte la semilla, pero ponen... sobraron papa, hay cinco seis bolsas, entonces a él lo dicen bueno, tal papa ahora, y bueno él, los otros están semillando, él viene y le da esa papa. Y él está sentado ahí, él es el que organiza, el que reparte la semilla, ¿ve?” (F.M., de Ocumazo, 14/07/2017)

“El *Caracunca* viene de antepasado de los abuelos, es el que **representa la semilla, y reparte la semilla ya en el terreno, atiende los *gañanes*”** (L.P., de Juirí - 18/11/2017)

“*Caracunca* era el encargado de entregar la semilla, hacían acuerdo con el *caracunca*, tenía que calcular bien la semilla, eso era para la *minga*.” (A.Q., de Pucara, 5/6/2020)

No he encontrado por el momento ningún registro de esta palabra en ningún documento, ni en los Andes Centrales, ni en el noroeste argentino. Lo cual me parece muy sorprendente, y en principio parecería sugerir que se trata de una categoría muy local, humahuaqueña. Sin embargo, la figura del *caracunca* está muy presente en la memoria colectiva en relación a la minga en distintas comunidades del departamento de Humahuaca. La sonoridad de la palabra invita a pensar en alguna relación con la palabra “curaca”. En cualquier caso, su origen quechua parece bastante transparente: *q’ara kunka*, es decir, “garganta desnuda” o “garganta lampiña”. El *caracunca* inaugura la jornada encabezando la chaya de la siembra, y es también el responsable del despacho. Durante la jornada laboral, permanece a un costado del rastrojo que está siendo sembrado, rodeado de las bolsas de papa semilla cuya distribución entre las *semilleras* va coordinando.

Como en otros episodios fuertemente ritualizados en los Andes del noroeste argentino, los juegos de roles constituyen canales para viabilizar la propiciación (Cladera, 2010). Entre *caracunca* y *gañán* se intercambian chistes y se critican socarronamente durante toda la jornada. Al finalizar la minga, hay una costumbre o un juego propiciatorio que no he visto nunca, pero he escuchado nombrar varias veces, llamado *el rameado*: “*Cuando en la siembra sobra tierra, “ramean al gañán”; mientras que cuando lo que sobra es papa, “ramean al caracunca”*. (Inca Cueva, 24/7/2017). Por ramear, refieren a la misma tarea que con el rameado de ramas de churqui que hemos visto antes. A la víctima del evento lo toman por los pies, y lo arrastran por el terreno, como si fuera un rastrillo, como castigo. Vemos así que hay un juego complementario entre dos elementos necesarios para la siembra – la tierra y la semilla – que expresan la complementariedad laboral entre vecinos de una misma localidad, que por el tipo de vínculo – a la vez de competencia y de cooperación – sin duda expresa versiones ritualizadas de las antiguas relaciones de parentesco por alianza. Aunque no es necesario que el *caracunca* sea el dueño del terreno que se va a arar, el hecho de que deba proveer de la papa, y que por lo tanto deba conocer bien la cantidad de semilla necesaria para cubrir todo el terreno, manifiesta ritualmente **la vinculación entre quien recibe el trabajo y quien lo provee**.

Una segunda dualidad está dada por las figuras femeninas que complementan a las dos figuras masculinas: las *semilleras*. Las *semilleras* van por detrás del *gañán*, depositando en los surcos recién abiertos las semillas de papa que llevan en sus rebozos, atados sobre la falda como si fueran delantales. Estas semillas

fueron seleccionadas por el *caracunca*; sin embargo, es de mencionarse que no es el *caracunca* en persona quien deposita las semillas en las manos de cada *semillera*, sino su pareja – que puede ser solamente una pareja ritual, elegida para la ocasión – a quien también se la llama la *semillera*. Es decir que el mecanismo consiste en que el *caracunca* selecciona las papas semilla que están en las bolsas, se las señala o da a la *semillera* que es su pareja, quien a su vez se las entrega en el rebozo a cada *semillera* del *gañán*. Vemos que todo el mecanismo cumple con un protocolo ritual en el que la papa semilla es feminizada, y por lo tanto su fertilidad debe pasar por un canal de asociación propiciatoria femenina, y así debe ser manipulada y depositada sólo por mujeres. Algunas reglas reafirman este protocolo propiciatorio. Por ejemplo, **las mujeres que están en su período, no pueden ser semilleras** durante una minga. Este hecho cobra sentido porque en los Andes “[...] *la fertilización se considera más probable durante la menstruación [...], y se dice que el feto es como una planta (sach’a), y como tal necesita humedad para crecer.*” (Platt 2001: 132). Las mujeres al sembrar las papas entran así en un canal mutuo de propiciación de la fertilidad, cuyo grado de efecto debe ser sin embargo limitado y controlado.

De este modo, durante la minga, una serie de complementariedades ritualizadas – entre ambos bueyes aradores, entre ambas tareas “masculinas” (selección de la semilla y apertura de la tierra), así como entre tareas masculinas (apertura de la tierra y selección de la semilla) y femeninas (siembra) deben ser complementadas equilibradamente, promoviendo, como decíamos al principio, a la minga de siembra como una narración propiciatoria de la fertilidad, en la que **la papa** sirve, en diversos aspectos, como signo metafórico y metonímico para expresar la máxima domesticidad del trabajo cultural, del cultivo, y por este medio, de las relaciones sociales de parentesco y de intercambio de tierra y trabajo.

Los sentidos locales de la papa (3). La desmesura como propiciación y peligro.

Una norma de domesticidad, de “civilidad” que caracteriza particularmente a la papa, es la capacidad de calcular rendimientos aproximados de cosecha, debido a que las plantas cumplen con criterios de multiplicación más o menos ordenables. Según cada agricultor/a, la cantidad de cosecha de papa esperable resulta muy

variable. Algunos calculan el rendimiento por cada papa semilla empleada; otros, por la cantidad de bolsas de semilla empleadas en una superficie determinada:

“El rendimiento que P.T. calcula de la semilla es: “más o menos por bolsa de semilla me da diez bolsas de papa”. [...] Una bolsa de semilla le da para sembrar 6 rayas de 30 o 40 metros.” (Cianzo, 16/3/2011)

“M.V. confirmará que él de una planta (de una semilla) cosecha entre 800g y 1 Kg, aunque una vez pudo sacar una papa que pesaba por sí sola 1,3 Kg”. (Uquía y Negra Muerta. 14/7/2017)

“De una bolsa de papa te salen tres bolsas”. (Pinchayoc, 10/8/2018)

“De papa, en una hectárea, F.M. siembra 50 bolsas de semilla de 20 Kg c/u. Y de cada bolsa cosecha doce bolsas de 20 Kg c/u.” (Ocumazo, 25/11/2020)

Pero, por muy variable y flexible que sea el cálculo que cada agricultor/a tiene en mente para estimar su rendimiento de papa, este cálculo existe, es trazable y permite establecer un vínculo de equivalencia entre un punto de partida (la cantidad de semilla) y un punto de llegada (la cantidad de cosecha).

Sin embargo, como muchas etnografías andinas han mostrado, el éxito reproductivo – de las majadas (Abercrombie, 2006; Lanata 2007), de las siembras (Allen, 1984), y de las personas (Platt, 1999) – depende de equilibrar fuerzas complementarias, como las expresadas en las *mingas de siembra*: dosificar con cuidado la fertilidad de las fuerzas ctónicas del interior – el interior de la tierra donde residen los muertos y germinan las semillas y las vetas minerales, pero también el interior de los cuerpos donde se gestan los embriones –, mediante actos ordenadores del mundo de arriba. Estas dos fuerzas han sido expresadas desde la formulación sintética de este principio (Bouysse-Cassagne y Harris, 1987), mediante los principios del Alaq Pacha (“el mundo de arriba”), y el Ukhu Pacha o Manqa Pacha, el “mundo interior”: un estado de existencia habitado por energías tan poderosas y caóticas que son capaces de engendrar y parir nueva vida e incluso nuevos períodos históricos; pero también de deformar o destruir lo existente. Por ello mismo, esta separación entre orden de arriba y fertilidad del interior debe volverse permeable en diversas ocasiones. Pero al invocarlas, se las pone en acción; en consecuencia, reemerge la amenaza del desordenamiento caótico y distorsivo del mundo. El ritual debe actuar permanentemente como mediador en estas ocasiones, recalcando las fronteras entre los mundos.

Una vez más, es la papa el principal cultivo que ejerce este rol ritual. En particular, a través de las formas atípicas, inusuales, que aparecen entre algunas papas durante la cosecha: pueden ser exageradamente grandes, o estar compuestas por varios tubérculos mutuamente adheridos, adquiriendo así una plasticidad expresiva que sugiere formas de personas, animales, cruces, cerros, etc. En la zona central de la quebrada – zona Ruta 9 y Media Falda – estas papas son llamadas *erakas*, así con acentuación castellana convencional. En el oriente de la quebrada, en la zona Zenta y también en los valles aledaños, las nombran *eraqas*, con el sonido oclusivo y explosivo característico de las lenguas quechua y aymara. Otra palabra – más antigua, que sólo los mayores recordaban – que surgió en una ocasión (junio de 2020) para denominarlas es *taranchas*.

Franciso Pazzarelli y Verónica Lema (2018) explican que, en su campo de estudio en el departamento de Tumbaya, al sur de la Quebrada, las *erakas* están vinculadas a la suerte de su dueño, y no son cocinadas, sino que son ofrendadas a la Pacha Mama durante las Corpachadas del mes de agosto (Pazzarelli y Lema, 2018: 278-279). En el mismo artículo, mencionan como otro término para designar a estas papas como *pirwas*: palabra que también se emplea para carneros de múltiples cuernos y para los maíces de mazorcas múltiples (op.cit. 278).

En el departamento de Humahuaca, ~~que constituye mi campo de estudio para esta ocasión~~, también se reconocen ambos términos – *eraqa* para estas papas expresivas y *pirwa* para maíces o habas apiñados en racimos –, y sobre las *eraqas* se les dice “la madre de las papas” (Cianzo, 3/2012). De mis apuntes identifico que hay distintas costumbres para “despacharlas”. Las *eraqas* pueden despacharse crudas como ofrenda a la Pacha Mama, o bien se pueden consumir **en momentos especiales**, “cuando ya está arrugada” (Tilcara, 29/2/2020) por haberle pasado ya la época de almacenamiento (los dos que yo he registrado son las corpachadas de agosto y la fiesta de Todos los Santos, el 1 de noviembre).

Lo que sí es considerado una regla prescriptiva es que “*no se la puede vender, porque si no, uno pierde la SUERTE*” (A.T., Cianzo, 1/4/2016). Vuelve a aparecer la idea de *suerte* para la crianza – para el *multiplico* – que mencionaran los autores citados más arriba.

Además de en el momento de su despacho, las *eraqas* o *taranchas* adquieren protagonismo en el momento de su aparición, durante el *cavado* (la cosecha) de papa. En el contexto mismo de la tarea de cosecha, la denominación *eraqa* es con

frecuencia reemplazada por la denominación de *papa grande* (Palca de Aparzo, 4/2016). Lo cual facilita que, siempre que se *cave papa*, aún en un papal pequeño, aparezcan *eraqas*, o mejor dicho, **papas que asuman este rol**. De esta manera, la *papa grande* sintetiza el poder genésico de esa unidad agrícola, de ese papal, y permite así actuar de la manera ritualmente aceptable, separarla del resto cuando aparece y “*poner la eraqa parada*” (Palca de Aparzo, 5/4/2016) al frente del *rastrojo*, velando por él, durante el resto de la tarea de *cavado*. También he observado en otras oportunidades que a las *eraqas* recién cosechadas se las hace “jugar”, creando con ellas pequeñas escenas que hacen uso de su aspecto zoomorfo o antropomorfo (Yacoraite, 17/4/2020), e incluso, adornándolas con lanas de colores (Pucara, 11/4/2021). Durante esos juegos y tareas, las personas que participan de la cosecha tratan de reconocer en las formas de las *eraqas* señales de lo que hizo el sembrador en el *rastrojo* o premoniciones, ya que “*la papa copia lo que vos hacés en el rastrojo*” (Humahuaca, 1/4/ 2016). Esto da pie a bromas e interpretaciones posturales de la papa: si la sembradora o sembrador es perezosa/o, si está o estará embarazada, etc. Vemos así una relación de vinculación mutua entre las *eraqas* y quien las sembró. La relación es bidireccional: la *suerte* de la cosecha y aún de la propia persona parecieran estar atadas a la de sus *eraqas*; pero asimismo, la *eraqa* también toma sus rasgos físicos de la persona y de sus comportamientos durante el trabajo agrícola.

Lo que comparten tanto la *papa grande* como la *eraqa* es constituir expresiones de hiper-fertilidad: ya sea por el tamaño y/o por la excentricidad de su aspecto multicorpóreo, sintetizan formas llamativas de concentración del poder genésico.

La asociación de las *eraqas* no sólo con cuerpos multiformes, sino asimismo con un tamaño desmesurado, se manifiestan también en el territorio quechua-hablante de Ravelo, en Nor-Potosí, Bolivia, en donde el término para expresar este rol de papa grande durante cosecha es *iraqa*, que sin embargo allí se elige para el consumo; mientras que el rol ceremonial de las papas multiformes – que allí no ocurre para las corpachadas del 1° de agosto, sino para Candelaria, el 2 de febrero – es *llallawi* (Pórcel Gira y Quispe Flores 2009). En los relatos nativos presentados en este documento, los autores ponen de manifiesto la personificación de la *llallawi*, y consecuentemente, el particular detenimiento en el trato que debe destinársele, para evitar provocarle sentimientos indeseables: enojo o tristeza, que provocarían su “alejamiento” del papal, y las desgracias consecuentes.

Un festejo parecido se da entre los aymaras. Para ellos el día de Mama Candelaria “*siempre se ch’alla a todas las chacras y siempre se sahúma*” (Arnold y Yapita 1996: 243). El centro de la celebración lo constituye la “*Madre o Mama Melliza*” (*Ispa’at’awall Mama*: op.cit. 240, 241) o más genéricamente, los “*productos mellizos*” (*Ispall Juyra* o *Juyra Ispalla*: op.cit. 248), sean éstos papas, habas, maíces, ocas, etc.; a los que ese día hay que **amarrar mediante distintos procedimientos** rituales al terreno, “*para que no se vayan los productos mellizos a otro lado*” (op.cit. 249).

Entonces, las papas nombradas *eraqa* en Jujuy, *llallawi* en Ravelo, o *Ispall Mama* en aymara, asumen características de personas, más específicamente como madres de las papas o de los cultivos en general, y deben por lo tanto ser tratadas como tales, bajo pena de abandonar los lugares por los que velan llevándose la *suerte* del/la agricultor/a; pero asimismo, no sirven para semilla y, peor aún, pueden incluso atraer desgracias. Aquí se evidencian dos características de las *eraqas* que parecieran ser contradictorias: ¿cómo es posible que sean madres de la abundancia, cuando no se pueden usar para sembrar? Y ¿cómo es posible que sean a la vez protectoras y perjudicadoras?

Esta función ambigua adquiere expresión en otro término nativo: la palabra *tafia*. A continuación dos fragmentos de mis apuntes:

“A.L. me cuenta de que determinados productos agrícolas cuando están sobredesarrollados son **malas premoniciones**. Me dio un ejemplo de una cebolla que una vez sacó, “*así de grande*” me dice señalándome un bidoncito Los vecinos le decían “**eso es TAFIA**”, es decir, es “*como cuando tenés una premonición de que algo va a pasar*”, y efectivamente, a él le pasó que al tiempo murió alguien [...]. Lo mismo **cuando un maíz tiene demasiadas mazorcas, cuando por ejemplo tiene cinco o seis choclos una sola planta, cuando lo normal es que tenga dos o tres** [...] “*eso también es TAFIA*”. (camino a Chalguamayoc, 18/3/2015).

“Le pregunto a A.T. qué significa cuando te salen así [muchas papas multiformes], y ella aclara que “*no significa nada*”, que siempre aparece alguna en el rastrojo. ‘**Ahora: si te sale todo el papal con esas formas, entonces es TAFIA. Es cuando anuncia que algo malo va a pasar**’. Mientras eso no ocurra, no es malo. [...] C.G. asevera lo de TAFIA y dice que es por ejemplo **cuando le salen todas las papas así, o cuando se le agusana toda la cosecha. Por ejemplo,**

cuenta que una vez a su papá le salió una cosecha de zanahoria ‘toda agusanada, ni un atado pudieron vender’. Y que a la semana se mató su compadre. [...] Me dice que TAFIA ‘o también BRUJERÍA le dicen ellos’, aclara”. (Humahuaca, 1/4/2016).

Es así que los productos agrícolas de exuberancia desmesurada, anormal, pueden expresar tanto condensaciones favorables a la *suerte* de la persona que las halla y posee – pueden ser sus *eraqas* –, como pueden significar todo lo contrario: pueden desencadenar fuerzas tan poderosas que su efecto sea contraproducente – *tafia* –, y acaben devorando aquello que deben fertilizar. Este término *tafia*, también de origen quechua, está detallado en el diccionario enciclopédico como *TAPHYA*, tanto en su forma sustantiva como en su forma verbal (Rosat Pontalti 2009: 1116). Esta ambigüedad cobra sentido al retomar la caracterización de las dos energías complementarias que animan el universo andino: el orden esterilizante del Alaq Pacha por un lado; la fertilidad peligrosa del Ukhu Pacha, por el otro.

Recuperando lo visto sobre el rol simbólico de la papa.

En cualquier caso, y para concluir este subíndice recuperando lo que veníamos señalando hasta aquí, vemos que la papa constituye la quintaescencia de la domesticidad, del cultivo humanizado por definición. Por lo tanto, las manifestaciones de permeabilidad de fuerzas ctónicas cobran, particularmente para el caso de la papa, aunque también para otros cultivos como el maíz o las habas, una función ambigua. Por un lado, son necesarias porque animan y vitalizan al sembradío, sintetizan o vehiculizan la fertilidad de la tierra. Pero por otro, esta fertilidad desmesurada requiere de permanentes actos rituales y comportamentales de control. A nivel ritual, la presencia de estas señales no necesariamente constituye una buena noticia, sino que puede ser todo lo contrario. El afecto permanente que se les debe mostrar, el debido trato ritual, el despacho correcto (durante las corpachadas, durante Todos los Santos, etc.), permiten controlar este poder necesario pero riesgoso. A nivel comportamental, estas plantas animan a las otras, son sus madres espirituales (Arnold y Yapita 1996; Pazarelli y Lema 2018), pero de ningún modo son seleccionadas como semilla,

sino todo lo contrario. Usarlas de semilla podría desencadenar energías incontrolables.

Vimos hasta ahora las características simbólicas que reviste la papa como signo metonímico de la agricultura y de las relaciones sociales que ésta implica: de complementariedad masculino-femenina (aradores / sembradoras); de complementariedad y competencia entre vecinos y/o parientes por alianza (gañán / *caracunca*; papa / *tulco*), entre parejas de trabajo (la yunta de bueyes); y de control sobre las fuerzas genésicas del mundo interior (a través de las *eraqas* o *taranchas*), que son necesarias pero peligrosas.

Algunos cultivos de *gavilla* o *choclo*, tales como el maíz y el haba, cumplen algunos de estos roles simbólicos, aunque en un claro segundo orden de importancia, detrás del cultivo que sintetiza el acto social bautismal constituido por la reproducción vegetativa. Pero la quinua pareciera alejarse de este rol.

Los sentidos locales de la *quinua* (1). *Llista, ajara y mestizajes*.

Una premisa de partida del Programa de Fortalecimiento de la Quinua era que esta especie constituía un cultivo relictual, prácticamente extinto en el territorio argentino, hasta que dieron comienzo las acciones institucionales a partir de 2008.

Si bien es innegable el retroceso que venía sufriendo el cultivo, hemos visto en el capítulo III la vigencia, no sólo en la memoria sino también en las prácticas agrícolas concretas, de cuatro técnicas de cultivo locales, que iban de la mano con poblaciones de semilla nativa vigentes.

La pervivencia de semillas y técnicas de cultivo ancestrales en distintas localidades, se relacionaban con las memorias de los usos para los que se empleaba la quinua.

Así, algunas de las localidades en las que ya no se conservaba semilla, se asociaban con su empleo principalmente para la higiene doméstica mediante el empleo de la saponina:

“Mi papá sembraba poquitito, apenas en el corral, usaba la punta amarilla para lavarse el pelo, lavar la ropa...” (Varas 18/2/2016)

Mucho más difundido era el consumo de la quinua como alimento, aunque sólo cocinado en guiso:

“[En mi casa se comía la quinua] *una vez a la semana seguro.*” (Ocumazo, 12/4/2016)

Sembrábamos para tener, para comer, para hacer guiso... lo único para eso sembrábamos. No sembrábamos para más nada. (Calete. 22/3/2017).

“**Sabíamos hacer guiso nada más, por eso. [...] Nada más. Ésa era nomás. En cambio ahora no, pues le hacemos empanadas, hacemos otras cosas, con pan...**” (San Roque. 10/8/18)

Sin embargo, los dos principales usos que las/os quinueros/os recuerdan de la quinua eran para rituales, y para *quemar llista*. Esto último se repite una y otra vez en la información de mis apuntes. Quienes también habían observado previamente la insistencia de los informantes locales en este aspecto, y sugirieron su posible importancia para reflexionar sobre la pervivencia y la superficie que se dedica a la quinua en los sistemas agrícolas familiares del territorio argentino, fueron Costa Tártara, Manifesto, Curti y Bertero (2015: 215). La *llista* (escrita también como *llijta*, *llipta* o *yista*) es un material alcalino que se confecciona con las cenizas remanentes de una combustión incompleta de determinadas plantas – la *lejía*³¹–, a las que se les incorpora una pequeña cantidad de algún aglutinante, también de origen vegetal. En la actualidad es frecuente encontrar en los almacenes y negocios de barrios y pueblos de Jujuy *llista* en venta importada de Bolivia, en donde muchas artesanas de La Paz y El Alto la preparan en grandes cantidades para su comercialización, usando como materia prima la ceniza de quinua que obtienen principalmente de las ferias campesinas de Challapata y Huari (Romero Aguilar, 2013: 186). En efecto, en la zona central productora de quinua – la región intersalar de los departamentos de Oruro y Potosí –, el grano no es el único derivado de la cosecha. Un subproducto es el llamado *jipi* en aymara: el polvillo que queda de descarte del proceso de venteo de los granos, y que es precisamente el que se vende en esas ferias para la confección de *llista* (Vassas-Toral 2016: 110). Es decir que la *llista* comercial es un derivado de los descartes de la quinua producida a gran escala en Bolivia.

³¹ A este subproducto se lo llama *lejía*; aunque en ocasiones, se usa esta palabra como sinónimo de *llista*.

A pesar de la comercialización de la *llista* paceña, cuando los términos del intercambio comercial con Bolivia se vuelven desfavorables para Argentina, en las comarcas rurales jujeñas y salteñas es frecuente que las agricultoras y agricultores reactiven la confección artesanal de *llista* en los fuegueros de sus casas, por lo que sus recetas son conocidas y vigentes. Para preparar la *llista*, se emplea un tiesto boca abajo, pero inclinado “como para revisar la cocción”. El tiesto, agujereado en su base, permite así la liberación del humo, pero produce una combustión incompleta cuyos remanentes son recuperados para la preparación. A estas cenizas se les agrega una pequeña cantidad de otro producto vegetal para que sirva de aglutinante, obteniendo así una consistencia amasable. Esta masa se moldea en unidades pequeñas a las que, al menos en la Quebrada de Humahuaca, he escuchado nombrar como “*caramelos*”. La preparación de los *caramelos de llista* es un momento íntimo, que requiere atención al fuego, y del que se obtiene un producto que por lo común es de consumo exclusivo del seno familiar. De aquí que se emplee para estas ocasiones la frase “*ir a quemar su llista*”.

Las especies vegetales que se emplean para preparar la *llista* fueron estudiadas por Norma Hilgert (2000) en otra región ecológica: las yungas del Alto Bermejo (norte de Salta). Allí ella identificó 32 especies vegetales utilizables, de las cuales 26 son para la ceniza, y 7 se emplean como aglutinantes. Los aglutinantes son, salvo en un caso – las naranjas agrias – siempre derivados de cultivos (en la quebrada de Humahuaca he escuchado siempre mencionar para esto el uso de cáscara de banana; menos frecuentemente cáscara de papa). Inversamente, de las 26 especies empleadas para obtener la ceniza, sólo 7 son cultivadas: es decir que en su gran mayoría, al menos en las regiones boscosas, **se prefiere el empleo de cenizas de malezas o montes**.

En cambio, en la Quebrada de Humahuaca se distinguen dos plantas como prácticamente las exclusivas empleadas para preparar *llista*: éstas son la *quinua* y la *ajara*. Según la costumbre de cada persona, se puede confeccionar *llista* con una, con la otra, o con combinaciones de ambas:

“A la *quinua* **había que cortarla “verde, cuando está de este alto”** [medio metro aproximadamente], y **se la entreveraba con ajara para quemarla; de esa manera se obtenía una llista muy buena.**” (Chaupi Rodeo, 30/6/2015)

*“Su abuelo sabía hacer llista todas las semanas. **La hacía exclusivamente con ajara**, y al final le agregaba la cáscara de una banana. La ajara **“tenía que estar bien elegida, decía mi abuelo”, tenía que ser verde.**” (Huacalera, 14/11/2017)*

La **ajara** (en territorio argentino; conocida como **ayara** en la región del Titicaca y **aara** en el altiplano boliviano), es el nombre coloquial para designar a una quenopodiácea silvestre, es decir, **un pariente silvestre de la quinua**, con la que guardan una sorprendente semejanza. La **ajara** cumple funciones recurrentes en los relatos míticos andinos sobre las humanidades que antecedieron a la moderna. En el relato aymara ya citado, se trata de plantas que constituían el alimento de las sociedades presolares, los gentiles **ch’ullpa**:

*“Los gentiles tuvieron de todo y sólo carecieron de sal y ají; no dominaban, pues, el 'sabor' en la comida. [...] Es el caso, por ejemplo, de la **aara**, que los Chuani consideran como una quínoa silvestre (de color negro). Se dice que **la aara constituyó el alimento principal de los ch’ullpa**, que preparaban con ella su **p’isque** (guiso tradicional de quínoa cocida).” (Cereceda, 1990: 77)*

En territorio argentino, la **ajara** también es relatada como el cultivo ancestral de los pueblos que antecedieron a la humanidad presente: los **antiguos**. En más de una ocasión durante los encuentros y talleres de intercambios de los años 2015 y 2016, las/los agricultoras/es de las localidades de los departamentos de Rinconada y Susques insistieron cómo en las noches de luna llena se sabía ver a **los antiguos** – o los duendes, dependiendo de las versiones – saliendo **“a sembrar las ajaras”** por los cerros. (14/5/2015).

La **ajara** es una planta colonizadora de espacios intervenidos. Por esta razón, en terrenos barbechados de la Quebrada de Humahuaca se vuelve, junto al nabillo, el ataco, la malva o el pasto bobo, una de las principales malezas invasoras. Sin embargo, cuando está emergiendo, y durante buena parte de su desarrollo, la **ajara** es prácticamente indistinguible de la quinua. La semejanza no es sólo aparente. Los resultados de estudios sistemáticos de genética y morfología de las quenopodiáceas refuerzan la teoría de que ambas plantas conformarían **“un sistema monofilético cultivo / maleza”** (Wilson 1990: 1, mi traducción), ya que **“a diferencia de otras especies cultivadas [...], en quinua existe flujo génico entre formas cultivadas y silvestres (ajaras)”** (Costa Tártara et. al., 2015: 214)

Es decir que la cercanía genética entre planta silvestre y cultivada es tal, que sólo se explica por el permanente **intercambio genético** entre una y otra,

provocando así mayor parentesco entre *quinuas* y *ajaras* de una misma localidad, que entre quinuas de distintas localidades entre sí (Costa Tártara et. al., op.cit.: 214-215). Esto no ocurre con otros cultivos, ya que el proceso de domesticación tiende a concentrar y homogeneizar los períodos de maduración de las plantas domésticas, facilitando así su cosecha pero además aislando la floración de la de sus parientes silvestres. Esto no ocurre con la quinua. La promiscuidad genética entre las plantas silvestres y las domésticas es permanente e irremediable: quinuas y *ajaras* comparten floraciones en diversos momentos del año, y por lo tanto se están recombinando mutuamente todo el tiempo. Un proceso de domesticación milenario no parece haber hecho ningún esfuerzo por evitarlo. ¿Cómo es posible que sociedades que han tenido una tradición agrícola tan meticulosa hayan podido “descuidar” marcadores de domesticación que impidan o por lo menos dificulten el mestizaje de quinuas y malezas?

Pablo Cruz y Richard Joffre sugieren que estas características de la quinua sugerirían su **“domesticación parcial, [...la cual...] podría resultar de una decisión productiva”** (Cruz y Joffre, 2015: 125), intencional y sostenida en el largo plazo, relacionada, para estos autores, con la reducción del riesgo de la pérdida de cosechas debido a la impredecibilidad climática de los ecosistemas de alta montaña.

Esta explicación “preventiva” de la decisión productiva resulta sin dudas central; sin embargo, no acaba de dar cuenta de todos matices que inciden en ella, ya que no ocurre con otros cultivos de las mismas regiones. Recordemos que el hito agronómico que segregaba definitivamente a la sociedad actual de las sociedades presolares *ch’ullpa* era, junto al sazonado de la comida, el descubrimiento de que la papa se podía propagar de manera vegetativa. Al hacer esto, las papas evitan mecanismos de recombinación genética, se mantienen a sí mismas como clones de sus madres. Aún cuando por supuesto existen recombinaciones genéticas que incorporan genética de papas silvestres como las *aparomas* (Lema, 2014) o las *araccas* (Begazo et. al. 2019), estas recombinaciones no llegan a propoagarse a las futuras cosechas (salvo por una intención explícita y deliberada de parte del agricultor/a), ya que, como vimos, los *tulcos* se descartan, y con ellos, sus semillas mestizas.

Con la quinua ocurre exactamente lo contrario. La conciencia de la relación de parentesco entre ambas plantas es explícita por parte de las agricultoras, y

manifiesta la posibilidad de una fluctuación entre la condición doméstica y la silvestre para ambas plantas:

“[Hay tanta ajara en el terreno, que yo] *en broma digo “tendríamos que pasar la ajara por la trilladora y venderla como quinua”*. [...] Ante estos chistes, L. P. hace mención de un comentario extremadamente elocuente: **“mi abuela decía que cuando dejamos la quinua en el terreno, ella se hace ajara”**: que con el transcurso del tiempo, **en el terreno la quinua se volvía ajara**. Esto lo desmiente [...personal del INTA en Maimará...] *“son como el ataco y el amaranto, son parientes pero nada que ver”*. Pero L. P. insiste *“no sé, así decía mi abuela, con el tiempo la quinua se vuelve ajara”*. (Coctaca, 7/11/2017)

Esta frase resulta esclarecedora. Las familias quebradeñas consideran la posibilidad de una regresión de las plantas cultivadas a estados cimarrones si se discontinúa su proceso de domesticación y crianza cotidiana. Esta misma frase textual ha sido documentada por Verónica Lema en la puna jujeña³² (Lema, 2014: 67-68). Es decir que la condición de domesticidad es siempre frágil, remisible y permeable.

En consonancia con este aparente desinterés por segregar, en el universo de las quinuas, la domesticidad de la silvestría, (*juyra* de *k'ita*, si empleamos las palabras aymaras), hemos visto cómo al menos un producto, la *llista*, se hace mediante combinaciones diversas de malezas silvestres con cultivos *lato sensu* (en las yungas), o bien de *quinuas* y *ajaras* stricto sensu (en la Quebrada de Humahuaca), constituyendo el principal derivado de la quinua en los sistemas agrícolas quebradeños y vallistos tradicionales. Todo esto nos obliga a preguntarnos por qué no hay una preocupación por separar el linaje de la quinua de sus variaciones silvestres, como en cambio sí lo hay para las papas. Lo que nos conduce a detenernos ahora en los aspectos **simbólicos** que asume la quinua en los sistemas agrícolas andinos. Retomaremos entonces esta sugerencia para profundizar bajo qué contextos se activa el protagonismo de la quinua en el marco de las tradiciones culturales de los integrantes de nuestro universo de estudio.

³² Cabe aclarar que la autora recolectó en la misma oportunidad referencias a que también la papa se vuelve *aparoma* (papita de campo) si es abandonada por algunas generaciones. Yo particularmente he oído esta frase sólo en referencia a la quinua. Aclaro esto, ya que implica tomar con cuidado cualquier extensión automática de mis reflexiones particulares a otros campos etnográficos.

Como hemos observado, el principal uso de la quinua en los campos quebradeños era para *quemar lista* durante sus estados inmaduros. Sólo unas pocas plantas eran respetadas hasta el final de su ciclo biológico: de éstas se obtenía el grano para preparar guiso y para siembras posteriores.

Los sentidos locales de la *quinua* (2). La desmesura como mensaje de multiplicación infinita.

El segundo uso – parcialmente complementario con el previo – que he identificado, consistía en el empleo ritual de la quinua, en cuatro ocasiones: las *corpachadas*, las señaladas, los despachos de los difuntos, y las mesas de Todos los Santos. Las cuatro ocasiones comparten, con matices, un momento en común: el entierro de ofrendas a la tierra.

El evento denominado ***corpachada*** es también llamado *pago*, *pago a la tierra*, *pachamameada* o simplemente *pachamama*. Constituye un rito que se ha difundido tanto, que hoy ha sido adoptado por muchos colectivos sociales, ya sea universitarios, artísticos, de movimientos barriales, como instancia ritual de comunión con la tierra y la naturaleza. En el caso de la tradición quebradeña, la modalidad ancestral de realización del rito consistía en un evento íntimo del seno de cada familia, que debía practicarse durante la madrugada del 1° de agosto en la esquina del *rastrajo*. La característica distintiva de las *corpachadas* es que es la única oportunidad en que las ofrendas que se destinan a la tierra consisten en alimentos, porque *la tierra está con hambre* y por lo tanto debe ser apaciguada, bajo peligro de que se desquite del hambre *llevándose a alguno*: mediante muertes, enfermedades o tragedias sufridas por los vivos. El *pago* inicia el ciclo agrícola, y por lo tanto constituye la primer actividad que se realiza en el *rastrajo*, antes del comienzo de las aradas y del abonado. Los alimentos que se le ofrecen pueden ser muy variados y dependen de cada tradición. En algunos lugares se practica la elaboración de varios platos distintos. Pero además de los alimentos elaborados, existe siempre un conjunto de elementos que, independientemente de las tradiciones locales, resultan infaltables en las ofrendas. Estos son: *coa* (una especie de incienso puneño, empleado para sahumar), bebidas alcohólicas, coca, *alegría* (guirnaldas y papel picado de colores), y **quinua cruda**. En estas oportunidades, la costumbre es que, cuando la pareja ofrendante vuelque la quinua dentro de la boca de la tierra, se guarde un puñadito de quinua en el bolsillo. “Es

la platita", "*que no falte la platita*", "*que no falte el dinero*", son las frases que acompañan este gesto.

También durante **las señaladas del ganado** se abre una *boca* o *pachero* (Bugallo 2015) a la tierra. En las oportunidades en que pude participar, las *bocas* se abren dentro de los corrales del ganado; por lo tanto, son *pacheros* distintos de los abiertos durante las *corpachadas*. Las señaladas tienen lugar durante las fechas de los Santos Patronos que velan por cada especie de *hacienda* (desde el 25 de abril, día de San Marcos, patrono de los bovinos; hasta el 31 de agosto, día de San Ramón, patrono de los burros); o bien en fechas que pueden ir desde enero hasta el desentierro de carnaval. Por lo tanto, durante las señaladas no se da de comer a la tierra, salvo que coincidan con el mes de agosto. Sólo se debe *sahumar* y *chayar*: se entierran en la boca las puntas de rabos y orejas cortadas a los animales señalados, junto a libaciones de alcohol y coca. Sin embargo, aquí también las parejas que pasan a agradecer deben ofrecer quinua cruda. Esta presencia de la quinua "*es para el multiplico*": para propiciar el éxito reproductivo de las tropas.

Un dato relevante que he observado es que, **cuando falta la quinua, el elemento que se carga de sus atribuciones simbólicas es la hoja de coca**. En estos casos, los procedimientos verbales que se asocian a la ofrenda de coca toman la misma forma que la que tomaría la ofrenda de la quinua. Por ejemplo, en Cianzo en 2008, cada hoja seleccionada de coca asumía la representación de cien cabezas de ganado. Por lo tanto la fórmula de la ofrenda consistía en entregar, por cada categoría de *hacienda* celebrada en el día (*novillos, vaquitas, tamberitas y toritos*), un puñado de hojas, y multiplicarla por el ciento correspondiente. De este modo, al entregar cuatro hojas de coca seleccionada, la fórmula del oferente debía ser "*yo traigo cuatrocientos novillos*"; si luego entregaba tres hojas, diría "*traigo trescientas vaquitas*", y así sucesivamente. Los números expresados eran por supuesto inverosímiles: hoy nadie llega a criar cuatrocientos novillos; el gesto es puramente performativo, pero la desmesura del número expresado emula la desmesura de la multiplicación que se adjudica a la quinua.

En el departamento de Cochinoa, he presenciado una segunda manera en que la quinua se hace presente en las ofrendas de las señaladas, esta vez de manera indirecta: a través de la *llista*. Para la ocasión, además de los chimpos que adornan a los animales, la coca, las bebidas alcohólicas y la ya mencionada quinua cruda, se confecciona un muñequito de *llista* que representa al animal celebrado en el día

– una llama, un bovino, un ovino –. Cuando la boca de la tierra ya está abierta y ha sido debidamente sahumada, cuando los elementos ya están listos para proceder a la rogativa previa a la señalada, el dueño de la casa hace un agradecimiento y, mirando al este, procede a **sacrificar el muñequito de *llista* que representa al ganado**. Le corta primero “*la sangre*” (el cogote en forma de cuña) y “*el corazón*”, que son envueltos en hojas de coca y guardados. El resto del animalito **es despiezado y repartido entre los presentes**, envuelto y acompañado con abundante coca para que cada invitado pueda coquear durante el día. Esta práctica había sido señalada ya por Mariscotti de Görlitz, quien geográficamente lo asocia, específicamente, a nuestro territorio nacional (Mariscotti de Görlitz, 1978: 108). La importancia de las observaciones señaladas en los últimos dos párrafos consiste en reforzar **una relación que asocia a la quinua con la coca**, a través del ingrediente que completa el acto ritual del coqueo: la *llista*. No hay que perder de vista que, dado que en territorio argentino está prohibido el cultivo de coca, un elemento simbólico tan poderoso no puede sin embargo ser criado por las mismas personas que comprenden y requieren su efecto regenerativo. De esta manera, la producción de la *llista* no deja de tener un efecto importante como acto de apropiación agronómica, como acto de crianza indirecta, sobre el cultivo que no puede ser cultivado. La coca no se puede cultivar pero la quinua sí, de manera que determinados valores simbólicos pueden circular entre ambas recíprocamente: así, cuando la metáfora sacrificial requiere un efecto plástico que la coca no puede ofrecer, la *llista* asume esa tarea; inversamente, cuando la metáfora multiplicadora no cuenta con su significante convencional (la quinua), es la coca la que la reemplaza.

Por último, la quinua aparece asociada a dos rituales vinculados con la muerte: los ***despachos* funerarios, y Todos los Santos**. En los Andes, el proceso de separación entre el cuerpo y el alma del difunto requiere de pasos sucesivos que duran varios días, y que en definitiva sólo concluyen ritualmente cuando se han dedicado tres años consecutivos de mesas rituales durante Todos los Santos en homenaje a la persona fallecida, que deja así de ser considerada *alma nueva*.

Más allá del ciclo largo que lleva el duelo, la despedida funeraria requiere, en la quebrada de Humahuaca, de los siguientes procedimientos: el velorio y entierro; el lavado de la ropa del difunto, la novena – que, como el nombre lo dice, lleva nueve días de rezos dedicados a la persona –, y por fin el *despacho*. Dos de estos

episodios resultan peculiares a esta experiencia cultural del rito funerario: el lavado de la ropa, y el despacho. En el primero, la ropa que pertenecía al difunto es lavada a mano en el río, por personas que no deben ser parientes directos; luego se separa una parte de esa ropa para el *despacho*, y el resto debe ser entregado entre los participantes o a otras personas; no deben quedar pertenencias del difunto.

Luego de nueve días de rezos, se realiza el *despacho*, cuyo episodio central consiste en “*el entierro del caballito*”. El entierro es en algunas ocasiones un caballito de madera; aunque en la mayoría, se trata del perro del difunto, sacrificado en la misma ocasión. El “caballito” es cargado con las ropas del difunto, a las que se prepara de manera tal que “*se parezca al finado*” (Robin, 2005, señala que, en los Andes Centrales, se confecciona con esta ropa un muñeco con el aspecto de la persona). Lo más significativo del viaje consiste en el cruce del río que separa de la otra vida, y que el alma realiza montada al caballito. Este río metafísico es llamado, según Bárbara Martínez (2010: 99), *el río Jordán*. En una oportunidad escuché referir la aclaración de que, en realidad, “*dos ríos son: el río de sangre y el río de leche*” (Huasa Durazno, 5/8/2015). Esta aclaración refuerza un argumento que dijimos previamente en este capítulo: que el mundo del interior (el Ukhu Pacha) refiere tanto al interior de la tierra como al de los cuerpos.

En todo caso, la preparación del caballito para el viaje implica acondicionarle y aprovisionarle “*las alforjas*” con *el avio* (la comida) y con todo aquello que el alma necesite para el viaje. Entre estas provisiones, aparece el empleo de la quinua:

“S.I. – *La quinua [...] era como la abundancia: al fallecer alguno a los viejitos, en sus alforjitas ponían un poquito porque ponían un granito por día, entonces así era, y cuando fallecía alguno era la quinua el uso principal, y para Todos los Santos también.*”

P.Y. – *Claro, cuando te vas a ir te dan quinua, como si fuera el dinero, para la abundancia.*” (Asamblea quinueros. 5/6/2020)

Esta modalidad de empleo ritual parece ser la que también fue señalada por Costa Tártara et.al. (2015), al mencionar que: “*la quinua participa de los ritos funerarios: cuando alguien muere se colocan semillas en los bolsillos como “dinero” para llevar al otro mundo*” (Costa Tártara et.al., 2015: 215). Sospecho que aquí hay una pequeña confusión entre dos actos rituales, el funerario (poner quinua

en las alforjas del caballito) y el realizado en el *pago a la tierra* (poner en los bolsillos a modo de dinero).

En los fragmentos de mis apuntes de campo que acabo de citar, se manifiesta la quinua como metáfora de elementos sobre los que se desea una multiplicación incontable o por lo menos exponencial: el *tiempo*, el *dinero*, la *hacienda*. Para todos estos casos, el objeto que se carga de sentido metafórico y de eficacia simbólica es la quinua: eficacia expresada mediante los conceptos de *multiplico* y *abundancia*.

Pero, ¿cómo se establece este vínculo? **Por la fertilidad desproporcionada que las agricultoras/es identifican en la quinua:**

D.V. dice por su experiencia, que bien separado cada planta le rinde 1,5 o 2 y hasta 3 Kg de grano. Mientras que muy juntas como las tiene en algunas partes ahora, espera levantar 800g. (Cianzo, 14/1/2016)

Este tipo de expresiones es puesto de manifiesto en infinidad de situaciones de campo. Los agricultores son conscientes de que la quinua, si no está ahogada por otras plantas, es más productiva. Esta productividad llega a extremos desmesurados para los criterios agrícolas esperables en otros cultivos. Una semilla de haba producirá entre cinco y seis vainas de habas; un grano de maíz, entre tres y cuatro choclos; una papa semilla, aproximadamente una docena de tubérculos. Los criterios para correlacionar el grado de multiplicación que provoca cada semilla se mantienen dentro de lo mensurable. Con la quinua en cambio, la correlación es tan exponencial, que **sencillamente se vuelve incontable**: un minúsculo grano de quinua, de peso despreciable, produce tanto grano que para medirlo es necesario calcularlo por peso (2 Kilos; 3 Kilos...). Una sola panoja de quinua alcanza para cultivar un *rastrojo* entero.

Esta característica visible distingue a la quinua de otros cultivos, por cuanto en ellos, la expresión de hiperfertilidad – *eraqas*, *taranchas*, *pirwas* – es excepcional, es una manifestación poderosa, a la vez necesaria y peligrosa: puede ser *suerte* o *tafia*. En cambio, la quinua es intrínscamente hiperfértil: no hay modo de controlar su hipertrofia, ni intención de hacerlo. Todo lo contrario: es el cultivo cuyas desviaciones hacia formas más asilvestradas – las *quipas* – no son sólo respetadas, sino que son deseadas por su mayor vigor: su mayor tolerancia a la falta de agua o a los ataques de las plagas. Esto emerge en los apuntes de campo:

*“E.L. me muestra cómo **ni siquiera le brotaron quipas** en donde había sembrado el año pasado, se sorprende porque **“menos la persigue el gusano a la quipa”** (Hornocal, 21/11/16)*

Esto vuelve a la *quipa* – la planta crecida de semillados de años previos – **la mejor de las semillas posibles de quinua**, exactamente a la inversa de lo que ocurre con el resto de los cultivos. La selección preferida de semillas de quinua no se realiza sobre las cultivadas, sino sobre aquellas que tienden hacia una regresión al asilvestramiento:

*“D.G. habla de una **quipa de quinua** que le salió en el predio en donde había puesto el año pasado, que es **la más grande de todas**, “y eso que no recibió agua ni nada: sola creció” (después sí, ya comenzó a regarla). E.T. le dice **“ésa guardala para semilla”**, ya que es una semilla resistente.” (Coctaca, 19/4/17)*

Y más aún, esta regresión se carga de una exhuberancia desmedida, asociada a las fuerzas ctónicas, fertilizantes, debido precisamente a su empleo ritual, a su permanente contacto y retorno ceremonial al seno de pacha mama. Recordemos que una productora explicaba que el principal sentido que le daban “los abuelos” al cultivo de la quinua era para los despachos de los difuntos; por eso, en esa misma ocasión, ella aclaraba que **“no la acababan toda, pero la tenían exclusivamente para eso la plantita, dos o tres tenían.”** (Asamblea quinueros. 5/6/2020). En este contexto, por “acabar” el cultivo, debe entenderse, permitir que se extinga. Aquí se expresa claramente la modalidad prioritaria de cultivo previa a la intervención del programa tecnológico: la intención de permitir que sólo alcanzaran la madurez unas pocas plantas, “dos o tres”. Si son *quipas*, mejor aún: se vuelven más vigorosas y esplendorosas.

El sitio de selección de estas *quipas* de quinuas deliberadamente procuradas para semilla es acorde a su rol liminar, y por lo tanto no respeta tabúes básicos que de ninguna manera ser podrían trascender con versiones hiperfértils de otros cultivos, como las *eraqas*. Todo lo contrario:

*“[E.T.] nos cuenta de **la semilla que recuperó** de las plantas que salían **“en la Pacha Mama”**: nos explica que era **una sola planta pero enorme**, **“me dio 5 Kg***

de semilla”: era tan grande “que al final la tuve que cinchar para que no se cayera”. (19/4/17 Coctaca.)

La selección de las *quipas* de quinua que crecen en la Pacha Mama como semilleras, es algo que he registrado en más de una oportunidad, no sólo en la ciudad de arriba. Así es como explican las agricultoras y agricultores la vigencia de quinua en determinadas comarcas: *“sacan su semilla de la que crece en las pachamamas”*. La emergencia de enormes *quipas* en los mojones que marcan los pacheros no es de sorprender, si tenemos en cuenta que cada año se entierra semilla cruda en ese mismo sitio en agosto, es decir, para el inicio del período agrícola. Cualquier otro fenómeno que se relacionara con el *pachero* fuera del episodio ritual, merece respeto y precaución, ya que se trata de un lugar poderoso, al que ni siquiera hay que mirar demasiado insistentemente. En cambio, las *quipas* de quinua que brotan en los pacheros son celebradas, causan maravilla y orgullo a sus dueños por la ostentación desproporcionada de sus panojas, tan grandes que tienden a quebrar la planta: desmesuradas como *eraqas* multiformes, *pirwas* multicorpóreas o *illas* de carneros con múltiples cuernos. Estas semillas opulentas son elegidas, son buscadas. Están cargadas de una hiperfertilidad que es precisamente aquello que se procura obtener de estas plantas, ya que su razón de ser simbólica complementa su razón nutricional. Es así como podemos evidenciar el rol mediador que asume la quinua. Multiplico de la vida y de la abundancia que se activa en la despedida de quienes ya han cumplido su tiempo en este mundo; propiciación del dinero y del tiempo que deseamos que no se agoten nunca, la quinua vuelve a la pacha mama y es recuperada de ella una y otra vez, facilitando una deliberada mediación entre la fertilidad descontrolada de Ukhu Pacha y el orden riguroso que requieren las fuerzas de Alaq Pacha. Esta mediación retoma antiguos principios civilizatorios en los andes, como los que identificó Rostworowski y recuperó Cereceda en el artículo que hemos citado ya en dos oportunidades:

La aara o ayara nos remite [...] al nombre de los hermanos Ayar, civilizadores míticos de la región del Cuzco y fundadores de un nuevo orden cultural. El hecho de que por una parte se apellidaran Ayar, lo que los relaciona a las especies más primitivas de la qañiwa y de la quínoa, pero que por otra parte, uno de los hermanos se llamase uchu (ají) y el otro kachi (sal), parece estar indicando que estos antepasados ocupaban una posición mediadora

entre dos edades: entre un pasado pre-agrícola de la recolección de la ayara que no se siembra, y un presente, donde el ají y la sal constituyen el emblema de una cocina sofisticada” (Cereceda, 1990: 77)

...

Reflexiones finales del capítulo.

La palabra *quipa* se asocia más a la papa. Sin embargo, esta palabra emergió en mi campo etnográfico en contextos de trabajo con quinua. Esto ocurrió porque la *quipa* de papa no cumple una función en la reproducción de la planta, no se recombina, ya que los *tulcos* se descartan, y sólo se recupera el tubérculo. En la misma dirección, la hiperfertilidad de la papa – adquiere un valor simbólico muy poderoso, fundamental; pero este mismo poder fertilizante es excesivo, puede ser una mala señal, puede ser *tafia*, y debe ser controlado. La hiperfertilidad es tanto un recurso positivo como uno peligroso, que puede provocar o atraer desgracias. Vemos que, en los sistemas agropecuarios quebradeños, el tratamiento aplicado sobre los cultivos tiende a procurar un equilibrio previsible entre la cantidad sembrada y la cosechada.

En cambio, un cálculo equivalente con la quinua es sencillamente imposible, ya que el peso de cada grano es nulo, mientras que la cantidad de semillas producidas por cada gavilla es sencillamente incalculable. En la quinua hay permanente recombinación genética entre planta cultivada y planta silvestre, por lo que las *quipas* de quinua constituyen plantas doblemente liminares entre silvestría y domesticidad: por un lado, son el producto de polinizaciones cruzadas entre *ajaras* y quinuas; por el otro, son plantas nacidas espontáneamente con independencia de la acción intencional humana. Estas *quipas* no sólo son respetadas: incluso son las más buscadas para semillar, ya que logran características buscadas y estimadas, tal como mayor resistencia a las plagas, y una productividad que se expresa visualmente en su voluptuosidad desproporcionada. Esta estimación por la genética feral cobra su máxima expresión en la recuperación de semillas de las quinuas del *pachero*: una clara licencia de un lugar que para cualquier otro acto agrícola es tabú. Las quinuas, cuanto más inclasificables, más deseadas son para las intervenciones en las que es necesario activar y representar la *abundancia* o el *multiplico*, del dinero (en las corpachadas), de la descendencia (en las señaladas) y del tiempo (en los despachos de los muertos); pero su propia hiperfertilidad las actualiza en una posición mediadora, no plenamente doméstica, no plenamente

civil. Y por lo tanto, siendo una planta no del todo doméstica, los tratamientos agrícolas que se le rinden se asemejan mucho más a aquellos destinados a las malezas (o *montes*: ver Cladera 2015) como el churqui con que se tapa su semilla, que al resto de los cultivos. Así, recibe un manejo que refuerza los aspectos de control por sobre los de cuidado – se la siembra al voleo, en una fecha posterior al cultivo al que acompaña, escatimándosele el agua y cosechándola aún verde – precisamente, porque su ambigüedad representa no ya un peligro simbólico, sino un riesgo agrícola concreto: actúa como maleza, y de hecho tiene el potencial de volverse definitivamente una maleza, de *volverse ajara* e invadir todo el espacio agrícola ahogando el resto de los cultivos.

Esta característica cultural tan arraigada en los sistemas agropecuarios andinos evidentemente colisiona con las posiciones productivistas de los programas institucionales, que a veces de manera explícita, a veces de manera inintencionada, permean los discursos y las acciones de los organismos de desarrollo rural. Mejorar la productividad y aumentar los rendimientos, constituyen los principios rectores del programa agroindustrial. De este modo, las nuevas acciones institucionales que procuran desarrollar un programa tecnológico de expansión de la quinua, se topan con limitaciones que expresan, entre otras cosas, la colisión con paradigmas ajenos, fuertemente cimentados en la tradición andina, sobre la crianza y sobre el rol de la quinua en ese proceso.

Conclusiones.

Considero que hasta aquí ha quedado demostrado que los parámetros por medio de los cuales el lenguaje técnico del Programa institucional anticipa su propio éxito y el consecuente interés de su público destinatario, no logran otorgar de sentido a los comportamientos y los intereses nativos que efectivamente mueven a las personas. Sin embargo, es innegable que el Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en el NOA logró despertar un interés entre su público destinatario, que en algunos casos adquirió continuidad durante el tiempo y en otros no. Los capítulos III, IV, V y VI nos han permitido detenernos en diferentes dimensiones de la vida rural quebradeña de los quinueros/as, que nos brindan insumos para reflexionar sobre estas cuestiones.

Como hemos intentado ilustrar hasta aquí, las motivaciones para el enrolamiento de las/los destinatarias/os del Programa se reflejan menos en parámetros mensurables de rendimiento, superficie o retorno económico, que en otros criterios para verbalizar la satisfacción agrícola. Dos términos muy frecuentes para poner en palabras estos criterios valorativos son “*lindo*” y su variante “*bonito*”, empleados en infinidad de contextos enunciativos vinculados con el quehacer en los *rastrojos*. Pueden emplearse por ejemplo para referir a las condiciones del suelo para la crianza agrícola:

D.A. explica que donde sembró es una parte en que “era todo chillagua [es un tipo de paja grande, tipo mata]. “Es trabajoso para arar, pero después se da lindo”. (Varas, 15/10/2015)

También puede referir directamente a cada uno de los cultivos que componen la finca:

Ella tiene quinoa, variedades blanca (“ha salido linda”), rosada, amarilla (la que menos salió). (Cianzo, 16/3/2011)

[Sobre una variedad de papa llamada ‘amajana’, me dicen que] *es muy arenosita que le decimos acá; cuece bien lindo, rápido*”. (Cianzo, 16/3/2011)

*Sobre el maíz, me dice L.V.: “del 5 al 10 de octubre, **ése sale lindo maíz**” (Calete, 22/3/2017)*

[Sobre la semilla de papa que obtienen de una localidad llamada Santa Ana, me cuentan lo siguiente] *“Allá se siembra a temporal [...]. Para que se adapten acá hay que esperar un par de años, en ese tiempo no se consigue cosecha. Yo he puesto alguna vez, y **la planta se crece así linda, alta, pero cuando vas a cavar, no hay nada**”. [Sobre la variedad obtenida de esta manera, me dicen lo siguiente] *“la ‘Ojo de señorita’ **es linda porque no se necesita mucha semilla, con un poco da mucho**”. (En Feria de Semillas de Humahuaca, 5/7/19)**

Pero también puede referir a la integración conjunta de los distintos cultivos que conforman el sistema de crianza:

[Hablando sobre el ‘angolín’ un tipo de zapallo nativo, me cuentan lo siguiente]. *“Ahí está, por medio de la chacra [es decir, el maizal]. **Él es compañero de la chacra** [...]. **En la chacra, lindo se cría**. Con apenas unas poquitas plantitas, va creciendo y se va enredando, se trepa a la caña de la chacra. **Si está solo, no se cría tan lindo**”. (Calete, 22/3/2017)*

O también puede referir a los procedimientos rituales correctos para propiciar el buen crecimiento de las plantas:

*Cuando le pregunto por qué se hace [de ese modo el ordenamiento de las Papas Grandes durante la cosecha], S.I. me contesta “es tradición”, **es lindo poner la eraqa parada**”. (Palca de Aparzo, 5/4/2016)*

Y finalmente, también puede expresar las condiciones climáticas, fuera del control humano directo, que deben ocurrir para que los cultivos prosperen:

*F.G. dice que sufrieron la falta de lluvia: **se arma lindo**; viene el viento y lo desparrama”. (Uquía 20/1/16)*

*A.Q. me dice que no está helando tanto: **por suerte esta luna entró linda**”. Le pregunto qué significa eso; me explica que es la luna nueva: **“porque como entra***

la luna sale; si entra con frío termina igual; si entra con viento, igual. Por suerte esta luna estuvo linda". (Pucara, 1/9/2017)

De esta manera, la palabra "lindo/a", tal como es empleada en los contextos enunciativos señalados, recupera evidentemente la carga semántica de su correlato quechua (el término *sumaq*): ya que prefigura tanto un sentido **ético** ("lindo" en el sentido de "correcto", "debidamente hecho") como uno **estético** ("lindo" en el sentido de "bello", "agradable"). Pero además, este tipo de enunciación ejerce un rol **no sólo expresivo, sino también performativo**. Es decir, el empleo de este término no sólo permite otorgar orden al mundo: sino que además, **ejerce efectos propiciatorios** sobre los factores a los que alude:

En el viaje de regreso, se pierden los cerros del norte y del noroeste bajo la cortina de lluvia. En el auto, Gabi [mi compañera] dice: "está lloviendo fiero". F.G. le aclara "¡No se dice fiero a la lluvia! Lloviendo bonito hay que decir". (Viaje de regreso desde Humahuaca hasta Uquía. 1/2/2019)

En este fragmento cobra visibilidad un hecho recurrente en los contextos etnográficos analizados: no sólo aquello que está "lindo" (bien ejecutado, bien hecho) se carga de efecto propiciatorio, sino que inclusive la misma enunciación de la palabra lo hace.

En los años recientes ha ganado reconocimiento académico una categoría recuperada de las tradiciones andinas, promovida sobre todo por pensadoras y pensadores indígenas de Ecuador y Bolivia, con la intención, precisamente, de poner en valor experiencias no hegemónicas de desarrollar la vida humana y no humana (Viteri Gualinga, 2002): el principio del Buen Vivir, traducción literal de *Sumaq Kawsay* en quechua (Hidalgo Capitán et.al., 2012), o *Suma Qamaña* en aymara (Uzeda Vazquez, 2010).



Una expresión posible del término: un *rastrojo* en tiempos de germinación (Hornocal, diciembre de 2014) y cuando *ya está bien bonito*, en tiempo cercano a la cosecha (Hornocal, marzo de 2015)



Otra expresión del término: *armar los puestos bonitos* en la feria. Izq.: Expoferia de la Intermedia (dto. Yavi, 4/2012) – der.: Feria Agrícola (Humahuaca, 3/2013). Nótese que el orden y el color constituyen elementos propiciatorios.

Estos esfuerzos han ido despertando el interés de un ámbito académico más amplio que el regional, de manera que hoy el Buen Vivir es una de las categorías que se proponen como alternativa a la de “desarrollo” desde las epistemologías del sur (Acosta y Martínez Abarca, 2018; Gudynas, 2011). En estas conclusiones de mi tesis, no pretendo discurrir por reflexiones demasiado barrocas sobre el concepto que me alejen de las evidencias concretas de mi campo empírico. Ahora bien: sí me parece que emerge que, aún en un contexto “periférico” para la tradición agropecuaria andina como lo es la Quebrada de Humahuaca, la categoría “lindo/a” o “bonito/a” cumple efectos enunciativos que no se superponen cómodamente con los criterios valorativos hegemónicos para describir y pensar los cultivos. Lo que observamos de acuerdo a nuestra información de campo sería que “vivir bonito” sugiere vivir de acuerdo a principios de ordenamiento del mundo considerados simultáneamente bellos, correctos, y por lo mismo, capaces de recrear su propia continuación en el tiempo. Un *rastrojo* se pone *lindo* cuando su disposición espacial y temporal – el lugar que cabe a cada cultivo, el tiempo en que cada cultivo fue

sembrado, así como la mutua colaboración entre los elementos que integran el sistema (como la luna con el frío; la lluvia con el viento; la *chacra* con el angolín; el maíz con la quinua) – permite el desarrollo equilibrado de los elementos que lo componen: y esto se refleja en una expresión sensorial – visual, olfativa, táctil – considerada bella.

Ahora bien, recuérdese también que otra hipótesis subsidiaria era que estas concepciones nativas, no hegemónicas, de reproducción de la vida humana y no humana, sólo pueden desplegarse y ganar terreno cuando las condiciones estructurales no imponen limitaciones insuperables a los sujetos que las encarnan. Es decir que, frente a un sistema económico de libre mercado, las condiciones estructurales imponen con demasiada frecuencia limitaciones que están por fuera de la capacidad de control de las agricultoras/es. Hemos visto en el capítulo III que son precisamente aquellas personas cuyos comportamientos se adecuan más a las expectativas, objetivos y criterios de legibilidad hegemónicos del programa tecnológico, las más propensas a desvincularse, a “des-enrolarse” del mismo. O dicho de un modo simplificador, los “mejores alumnos” del programa institucional son asimismo sus primeros desertores. He identificado una variable que manifiesta una correlación significativa con la continuidad o la discontinuación de la participación en el programa: se trata de la edad del/de la agricultor/a.

El hecho de que hay mucha mayor continuidad de participación entre las/os adultos mayores que entre las/os jóvenes, podría tentarnos a darle entidad a una explicación del sentido común de los propios sectores populares, y que se ha instalado firmemente entre los equipos técnicos de ONGs y de instituciones públicas, una idea tan naturalizada que solemos no ver su carácter construido: la idea de que “a los jóvenes ya no les interesa el campo”. Esta explicación se complementa con otros elementos justificativos: que se maravillan de la vida de ciudad, del consumismo; que quieren cambiar el celular; que quieren hacer plata y ya no les interesan las cosas de sus mayores, que el campo les da vergüenza, etc.

Sin embargo, a contramano de estos prejuicios, hemos visto que la mayoría de las personas mayores que integran nuestro universo de análisis, permanecieron largos períodos de su vida en ámbitos urbanos o mineros, alejados de sus comunidades de origen. De hecho, hemos podido poner en evidencia también que entre dichas generaciones mayores, el quiebre con las comunidades de origen durante largos períodos de la vida era mucho más frecuente que entre los jóvenes actuales, quienes en su mayoría permanecen mucho más cerca – y otorgándole

un protagonismo cotidiano mucho mayor – a su “campo” de origen. Sin embargo, quienes hoy integran los adultos mayores en algún momento regresaron, para permanecer en sus parajes de origen y consolidar la vida comunitaria rural. O sea, que, si acaso fuera cierto que “a los jóvenes ya no les interesa el campo”, este argumento se debería aplicar por lo menos a sus propias generaciones, es decir, a lo que ocurría a quienes constituían el grupo de los jóvenes en la década del 80’, del 70’ y aún del 60’. De esta manera, la fascinación por la modernidad como argumento interpretativo pierde peso, y se requieren en cambio explicaciones más estructurales que iluminen un fenómeno que se repite de generación en generación, pero que, además, tiende a debilitarse. En efecto, hemos visto en el capítulo IV que, a diferencia de las generaciones que los precedieron, las/os jóvenes permanecen un tiempo considerablemente mayor en el campo de origen. Las construcciones de viviendas nuevas ocurren cada vez con mayor frecuencia en las propias comunidades de origen. En ausencia de polos de absorción de fuerza de trabajo, la precariedad laboral aumentó y se convirtió en la norma. De manera que **en las generaciones jóvenes la actividad agrícola cumple una función más importante en términos de ocupación pero también de ingresos económicos;** mientras que, en **las generaciones mayores, son las jubilaciones y pensiones las fuentes de ingreso principal.**

De manera que aquí emerge una aparente paradoja a comprender: que **participar en una propuesta técnica para el trabajo agrícola, se facilita cuando la principal fuente de ingresos domésticos no depende precisamente de ese trabajo agrícola.** ¿Cómo explicar esta tendencia a desvincularse más prontamente del programa tecnológico por parte de quienes más dependen de la producción agrícola, es decir, las/os jóvenes? Aquí es necesario visualizar en toda su crudeza la escasa rentabilidad (en términos estrictamente monetarios) de la producción agropecuaria, debido a la tendencia global a licuar el valor del trabajo. Casos etnográficos para ilustrar esto sobran, tanto entre el Grupo los Quineros como por fuera del espacio. Puedo ilustrar con un caso de primera mano de un productor al que aquí llamaremos *José*.

José tiene una camioneta mediante la cual *saca* sus productos agropecuarios desde su comunidad localizada a 25 Km de la ciudad de Humahuaca. A diferencia de otros hombres de su generación, no cuenta con jubilación, por lo que los ingresos de los productos agroganaderos son para él centrales en su economía

cotidiana. En el desesperante año 2021, *José* participó en todas las ferias agrícolas en las que tuvo oportunidad, a razón de una o dos por mes durante los meses con disponibilidad de cosechas (de abril a agosto). De algunas de estas experiencias contamos con registros muy minuciosos realizados por el propio *José*: en una Feria de Semillas durante el mes de julio en Humahuaca, obtuvo por sus ventas un monto de \$3840. En una Feria en Maimará durante el mes de agosto, *José* vendió \$2222. Los productos por los que obtuvo estos montos tan marginales fueron de una diversidad sorprendente: charque de vaca, maíz, quinua, harina de haba, harina de trigo, harina de maíz, miel, cinco variedades de papa andina (oquilla, collareja, holandesa, tune, papa verde). A partir de estos datos, podemos estar seguros de que somos muy optimistas si concluimos que la venta total de sus productos agrícolas le debe haber reportado en 2021 menos de veintemil pesos.

En el mes de septiembre de 2021, *José* entró a desesperarse cuando comprobó que su camioneta había perdido fuerza y estaba quemando aceite. Pero el presupuesto más accesible que obtuvo para el arreglo del motor de su camioneta era por \$75.000, confiando para ello en repuestos de muy dudoso origen. ¿Qué opciones maneja *José*? A mayo de 2021, la escala salarial que establecía UATRE³³ para un jornalero rural no especializado era de \$1759 por día. (<https://www.uate.org.ar/resoluciones.aspx>). La ecuación no da pie a mucho debate: si todo un ciclo agrícola de multiplicación de la vida mediante un semestre de jornales enteros destinados al arado, abonado, siembra, riego, aporque, cosecha de la variedad de productos agrícolas arriba mencionados, se paga, en el mejor de los casos, lo mismo que una docena de jornales de empleo rural, la pregunta entonces no es por qué no es redituable la producción agropecuaria campesina; la pregunta es la contraria: por qué se sigue haciendo, si da valores ridículamente marginales.

Aquí vuelvo a los antropólogos formalistas, al clásico trabajo de Barth (1974) sobre las esferas económicas en Darfur: existen diferentes circuitos de pertinencia para el intercambio de bienes. La coherencia interna de las equivalencias entre los productos intercambiados sólo se mantiene dentro de la correspondiente esfera de pertinencia. Si un producto aporta bienes tan magros como los que aquí estamos observando, es porque no está destinado a un circuito de intercambio que se maneje mediante las equivalencias que estamos ponderando: en este caso, los

³³ Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores.

productos alimenticios obtenidos en los rastrojos quebradeños, carecen de sentido si los interpretamos desde un lente comercial, financiero. José no hace papa para hacer plata. Ahora bien: si quiere intercambiar papa en la Feria, necesita pagar un viaje en combi, o arreglar su camioneta. Entonces, el problema al que se enfrentan estos circuitos subalternos de producción de alimentos, es que el valor del trabajo se devalúa diariamente, pero el tiempo disponible para destinárseles a ambas esferas de intercambios resulta inelástico. Para nuestro ejemplo, el arreglo de la camioneta desnuda la devaluación permanente que padecen los circuitos no comerciales de producción de alimentos: estrictamente hablando, un arreglo de camioneta vale cada vez más “horas-papa” u “horas-quinua”, porque el precio del combustible y los repuestos de la camioneta aumentan. Pero el tiempo disponible para invertir en obtener bienes no cambia, de manera que la devaluación del valor de la fuerza de trabajo redundan negativamente sobre aquellas esferas de pertinencia cultural menos rentables. Si esto lo intentáramos llevar a una ecuación abstracta, el caso cobraría mayor peso aún. Si un día, comprar bonos en la bolsa de valores rinde 100, trabajar en albañilería rinde 10, y vender papas criollas rinde 1, podemos imaginar un/a humahuaqueña/o que, para satisfacer ambos circuitos de pertinencia cultural y así estar satisfecha/o, destine dos tercios de su tiempo a albañilería, obteniendo, digamos 6,6 unidades de valor, y un tercio a las papas, obteniendo 0,33. Pero al mes siguiente, comprar bonos rendirá 150, trabajar de albañil 5, y vender papas, 0,5. Es así que, para sacrificar lo menos posible su capacidad de adquirir bienes, podríamos esperar que los tres tercios del tiempo del trabajador rural se destinen a albañilería, obteniendo por ello unas – de todos modos devaluadas – 5 unidades de valor. Y el tiempo destinado a las papas se ve impactado negativamente, invitando a destinársele un número cercano a 0. **Lo increíble es que el número no llegue nunca al cero absoluto**, que siempre se procure destinar siquiera un ratito del tiempo a criar los *rastrojos* y los *sembradíos*. En una entrevista, este principio ético y estético adquirió palabras muy concretas: “aunque sea en una maceta, pero alquilo tenemos que cultivar” (Humahuaca, 17/3/3017). Esto refleja el peso central que en las vidas personales guardan estos territorios ancestrales activados mediante circuitos de flujo no mercantil de trabajo y bienes. Es así que el entusiasmo o la pasión por destinar tiempo a estas actividades de crianza de la vida se enfrentan, en un mundo desregulado (o sea, regulado por el patrón dólar), a crecientes presiones para destinar el tiempo a esferas de rentabilidad más inmediata.

Éste es el mecanismo económico que yo identifico en la erosión mucho más aguda de los jóvenes por sobre los mayores en los programas tecnológicos. No es el desinterés cultural. Es la necesidad más urgente de distribuir el tiempo disponible en circuitos de rentabilidad más inmediata, que reduzcan la devaluación de su propia fuerza de trabajo en relación a los bienes de consumo necesariamente mercantiles.

Quienes entonces se vinculan a los programas tecnológicos de promoción de la quinua con mayor continuidad, lo hacen traccionando redes sociales de acceso al trabajo, a la tierra y a los otros elementos necesarios para la producción agrícola – maquinaria, semillas, agua para el riego, abono, etc. – que responden a circuitos no mercantiles, y asimismo se vinculan al programa tecnológico bajo estos criterios de reciprocidad social no mercantil. Si estas personas guardan la capacidad de activar estas redes sociales a pesar del marco de producción neoliberal hegemónico, es porque han logrado a lo largo de sus trayectorias particulares de vida garantizar diversos mecanismos – redes familiares fuertes, tramas territoriales amplias y, sobre todo, fuentes monetarias externas a la actividad agropecuaria –, que por lo tanto pueden ser derivadas, destinadas, a la reproducción de redes sociales y agropecuarias no motivadas por el retorno económico. Es decir, que lograron mecanismos para **autosubsidiar sus circuitos agropecuarios no mercantiles**. En cambio, quienes tienen mayor urgencia por obtener un retorno económico del programa tecnológico, lo hacen desde situaciones de subalternidad en contextos de retracción de los mercados laborales; por lo tanto, no han logrado aún consolidar o traccionar estas redes sociales y territoriales, porque no han logrado aún garantizar ingresos monetarios estables que puedan ser reinvertidos en dichas redes extra-mercantiles de producción agrícola. En el contexto de Argentina y del mundo en este comienzo del siglo XXI, estas modalidades de integración a los programas tecnológicos manifiestan así la vigencia pero también la fragilidad de mecanismos tradicionales de crianza de la vida, en las que una generación que accedió a condiciones de trabajo con mayor posibilidad de derechos puede reinvertir ese tiempo de su vida que fuera distraído de la continuidad de las redes sociales comunitarias, precisamente en su continuación; mientras que una generación más joven no ha logrado asegurar aún, ni encuentra los mecanismos para hacerlo, fuentes económicas que les permitan distraer circuitos productivos y reproductivos de la lógica mercantil.

Es entonces muy frecuentemente **bajo la expectativa de resolver este déficit crónico de recursos monetarios** para sostener los circuitos de intercambio no mercantiles y los *rastrojos* familiares, **que las quebradeñas/os se acercan a los programas institucionales**, como el Programa de Fortalecimiento de la Quinua. Y en esa clave cobran sentido los recursos e insumos que se espera obtener del mismo. Al ejecutar un programa tecnológico como lo fue el Programa de Fortalecimiento de la Quinua en el NOA, las demandas de su público destinatario se focalizaron en aquellos costos que no pueden dejar de pasar por un canal de flujo monetario: camionadas de abono; horas de tractor para roturación; materiales industriales como alambre, motobombas, cemento. Si bien la modalidad convencional local permite cubrir cotidianamente algunas de estas transacciones mediante flujos mixtos que involucran una proporción de intercambios no monetarios, sin embargo, resulta ineludible cubrir una parte de estos costos en dinero. Ha sido frente a la posibilidad de acceder a medios para cubrir estos insumos necesariamente monetarios, que las/os agricultoras/es estuvieron dispuestos a poner sus rastrojos al servicio del Programa de Fortalecimiento de la Quinua. Una conclusión es que los programas esperan la mejora en la dedicación y los resultados vinculados a un cultivo (la quinua), mientras que los destinatarios están acercándose al programa con la intención de mejorar la integridad de sus sistemas agrícolas. En sintonía con esto mismo, hemos observado que las camionadas de abono han sido una de las principales demandas solicitadas a las instituciones de un programa de fortalecimiento de la producción de quinua: cuando, como hemos visto, la quinua es el cultivo al que menos se le destina abono.

Otro ejemplo lo constituyen las máquinas de poscosecha de quinua. Uno de los cuatro referentes zonales que integraron la Comisión para la administración de la máquina trilladora, insistió por muchos meses en la posibilidad de modificar el grosor del tamiz interior de la máquina, para poder emplearlo para trillar también otros granos. Ante la falta de una respuesta técnica concreta – sencillamente, porque no sabíamos si tal cosa era posible – Este quinuero finalmente hizo la prueba él mismo, lo que arrojó resultados satisfactorios que se propagaron rápidamente en el resto del Grupo. Con el transcurrir del tiempo, ocurrieron situaciones como la siguiente:

D.V. me aclara que este año no sembró quinua [...]. Dice que este año puso cebada, así que quinua para ver no hay. Pero me aclara que sigue vinculado al

Grupo por la máquina, ahora que vio que F.M. pudo trillar cebada, quiere probar cómo le va a él. (Asamblea grupo quinuero. 2/3/2018)

Es decir que la ampliación de las prestaciones de la máquina – su versatilidad para satisfacer su empleo para diferentes cultivos – constituyó, de hecho, uno de los motivos por el que se mantenía el reclutamiento y la participación de miembros del programa. Las personas se relacionan con él, menos en términos de incorporar una nueva solución tecnológica o económica a sus vidas, que en términos de una relación de reciprocidad por la cual se integran responsabilidades con beneficios, cosas recibidas con compromisos asumidos.

Y aquí viene lo último, es esta especificidad la que los sectores rurales subalternos valoran, y eso se expresa precisamente en el **autosubsidio de la actividad**. Si mantienen sus papales, sus quinales y sus cabras, es por motores no monetarios: sentimientos de identidad, de afecto, de goce en el quehacer cotidiano, de deber para con una red social que involucra a parientes vivos – hermanos, hermanas, hijas e hijos a quienes se quiere agasajar, cuyos terrenos se procura cuidar – y difuntos – en los casos que hemos analizados, se trata de tíos, abuelas y abuelos, biológicos o adoptivos – ante los que se ejerce una responsabilidad y una necesidad de mantener vigente el recuerdo y vivo el terreno. **No se cultivan los *rastrojos* para obtener dinero: se obtiene dinero para cultivar los *rastrojos***, porque criar los *rastrojos* es una de las modalidades centrales de **criar las relaciones sociales entre parientes**. Si dos espacios agrícolas diferentes – *cuadros* y *rastrojos* – responden a esferas de intercambio distintas (los primeros al intercambio mercantil; los segundos al intercambio entre parientes, como vimos en el capítulo IV), está claro que la prioridad reside en el segundo, porque es más importante criar las relaciones con las/os parientas/es y vecinas/os, que obtener una gran rentabilidad. Pero, en el contexto económico desregulado del siglo XXI en que ambas esferas de intercambio se enfrentan a un creciente distanciamiento, el dinero es tirano y la disponibilidad del tiempo y la energía deben destinarse prioritariamente a las esferas monetarias. De esta manera, el entusiasmo es transgeneracional cuando se trata de integrar programas tecnológicos que simbólicamente pero también materialmente se vinculan a reforzar la producción en los *rastrojos*. Y qué cultivo resulta más caro a la concepción ancestral de los *rastrojos* que la quinua, esa planta que de tan ancestral es casi

silvestre, esa semilla tan cercana a la Pachamama que es la única que se cosecha directamente de ella, que se cosecha preferentemente de sus *quipas* híbridas. Aún a pesar de este entusiasmo inicial “transgeneracional”, sin embargo, con el transcurso del tiempo, quienes acaban por tener mayor capacidad por continuar vinculadas/os al programa tecnológico, son quienes están en mejores condiciones de mantener segregadas la esfera de intercambio mercantil de la esfera de intercambio para los parientes. Para esto, resulta sumamente facilitador contar con una – siempre en términos relativos – “buena” fuente de ingresos monetarios, que permita al productor/a dedicarse despreocupadamente a cultivar sus relaciones sociales.



Los Quineros de la Quebrada. Ocumazo, 10/1/2020.

Bibliografía.

Abercrombie, T. A. 2006. *Caminos de la memoria y el poder: etnografía e historia en una comunidad andina*. La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos-Universidad Mayor de San Andrés (La Paz)-Instituto de Estudios Bolivianos. [1998]

Achilli, E. L. (2005). *Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Libros.

Acosta, A y Martínez Abarca, M. (2018). Buen Vivir: an alternative perspective from the peoples of the Global South to the Crisis of capitalist Modernity. En: Satgar, V. (editor). *The Climate Crisis: South African and Global Democratic Eco-Socialist Alternatives*. Johannesburg: Wits University Press, University of the Witwatersrand

Agüero, Juan J.; Acreche, M.M.; Aguiar, J.M. 2015. Manejo del cultivo de la quínoa en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina): fecha de siembra y marco de plantación. Presentado en: V Congreso Mundial de la Quinoa. San Salvador de Jujuy: 27 al 30 de mayo de 2015.

Alandia, G.; Rodríguez, J. P.; Jacobsen, S.-E.; Bazile, D.; Condori, B. (2019). Un nuevo escenario para la producción de quinoa: desafíos para la región andina. Presentado en: *VII Congreso Mundial de la Quinoa y otros granos andinos*. Iquique: MinAgri, INDAP, PUCaCh.

Allain, B. (2014). Qu'est-ce que l'agriculture familiale? En: *Pour*, (2) (N° 222), p. 79-86. DOI: 10.3917/pour.222.0079

Allen, C. J. 1984 Patterned time: The mythic history of a Peruvian community. *Journal of Latin American Lore* 10 (2): 151-173.

Altieri M. y Toledo. V. M. (2011). The agroecological revolution of Latin America: rescuing nature, securing food sovereignty and empowering peasants. En: *Journal of Peasant Studies*, Vol. 38 N°3, Julio 2011, 587-612

Andrade, Alberto; Babot, Pilar; Bertero, Héctor D.; Costa Tártara, Sabrina; Curti, Ramiro; Manifesto, María. Argentina. Cap. 5.5 en Bazile, D., D. Bertero y C. Nieto. (editores). 2014. Estado del Arte de la quinoa en el mundo en 2013. FAO (Santiago de Chile) y CIRAD (Montpellier)

Andrews, Deborah. 2017. Race, Status, and Biodiversity: The Social Climbing of Quinoa. *Culture, Agriculture, Food and Environment* Vol. 39, Issue 1, pp. 15–24. DOI:10.1111/cuag.12084

Aracena, Guillermo. 2015. Comparación de tres técnicas de siembra y desarrollo del cultivo de quinua en la Quebrada de Humahuaca – Jujuy. Presentado en: V Congreso Mundial de la Quinua. San Salvador de Jujuy: 27 al 30 de mayo de 2015.

Aracena, Guillermo & Tolaba, Mariana V. 2015. Determinación del costo de producción y rentabilidad de quinua bajo un sistema semi-mecanizado en la Quebrada de Humahuaca - Jujuy. Presentado en: V Congreso Mundial de la Quinua. San Salvador de Jujuy: 27 al 30 de mayo de 2015.

Arce y Long 1992. “The dynamics of knowledge. Interfaces between bureaucrats and peasants.” En: Long N. y Long A. (eds.). *Battlefields of knowledge: the interlocking of theory and practice in social research and development*. Routledge: London y Nueva York. 211-246

Archetti, E. (2007). Una perspectiva antropológica sobre el cambio cultural y desarrollo: el caso del cuy en la sierra ecuatoriana. En: Boivin M., A. Rosato y V. Arribas (editores). *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, 4° ed. Pp. 291-305

Arnold, D. y Yapita, J. de D. (comps.) (1996). *Madre melliza y sus crías / Ispall maman wawampi*. Antología de la papa. Editorial: Hisbol / ILCA, La Paz

Arzeno, M. B. (2008). *Pequeños productores campesinos y transformaciones socioespaciales. El cambio agrario en la Quebrada de Humahuaca*. Tesis de Doctorado. FFyL, UBA.

Arzeno M., Ponce M., Villarreal F. (2011). Las contradicciones en el rol de los técnicos de desarrollo rural. Análisis de dos casos en el Norte Argentino. En: *VII Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*. Buenos Aires, 1, 2, 3 y 4 de noviembre de 2011. FCE, UBA.

Arzeno, M. y Ponce, M. (2013). El rol del Estado y las políticas públicas de “desarrollo” en Misiones. Contradicciones emergentes con relación a la agricultura familiar. En: Manzanal M. y Ponce M. *La desigualdad ¿del desarrollo? Controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*. Buenos Aires: CICCUS69-102

Arzeno, M. B. y Troncoso, C. A. (2012). Alimentos tradicionales andinos, turismo y lugar: definiendo la nueva geografía de la Quebrada de Humahuaca (Argentina). En: *Revista de Geografía Norte Grande*, 52: 71-90

Balbi, Fernando, y Boivin, Mauricio F. 2008. “La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y Gobierno”. En: *Cuadernos de Antropología Social*, N°27. Sección Antropología Social, ICA – FFyL – UBA. Pp. 7-18

Balsa, Javier. (2006). Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía. En: *Theomai* (14). Universidad Nacional de Quilmes. <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtBalsa.pdf>

Balsa, Javier y Lazzaro, Silvia (2012). *Agro y política en Argentina. Tomo I: el modelo agrario en cuestión 1930-1943*. Ediciones Ciccus, Buenos Aires,, 464 pp

Banks, E. (2011). Bolivian quinoa questions: production and food security. *The Andean Information Network*. Recuperado de <http://ain-bolivia.org/2011/05/bolivian-quinoa-questions-production-and-food-security/>

Barbetta, P. (2012) *Ecologías de los saberes campesinos: más allá del epistemicidio de la ciencia moderna. Reflexiones a partir del caso del movimiento campesino de Santiago del Estero Vía Campesina*. Buenos Aires: CLACSO, 1° ed.

Barbetta, P.; Domínguez, D.; Sabatino, P. (2012). *La ausencia campesina en la Argentina como producción científica y enfoque de intervención*. En: *Mundo Agrario* (13) 25

Barrientos, E., Carevic, F., and Delatorre, J. 2017. “La sustentabilidad del altiplano sur de Bolivia y su relación con la ampliación de superficies de cultivo de quinua”. *Idesia* 35(2): 7-15.

Barth, Fredrik (1974). Esferas económicas en Darfur. En Firth, Raymond (comp.). *Temas de Antropología Económica*. México: Fondo de Cultura Económica: 150-174.

Bartolomé, L. (1977). Sistemas de actividad y estrategias adaptativas en la articulación regional y nacional de colonias agrícolas étnicas: el caso de Apóstoles (Misiones). En: Hermitte, E. y Bartolomé, L. (comps.) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 257-282

Bartra, A. (1979). *La explotación del trabajo campesino por el capital*. México D.F.: Editorial Macehual y la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Batallán, G. y García, J. F. (1992). Antropología y participación. Contribución al debate metodológico. En: *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, año 1, N°1.

Bazile, D. 2014. Contesting blossoming treasures of biodiversity ‘Quinoa – is the United Nation’s featured crop of 2013 bad for biodiversity?’ – Quinoa, a model crop to examine the dynamics of biodiversity within agricultural systems. *Biodiversity*, 15, 3-4.

Becerra, V. H.; Issaly, L. C.; Ricotto, A.; Bergamin, G.; Ryan, S. (2011). Agricultura familiar: vulnerabilidad económica en la provincia de Córdoba (Argentina) En: *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 8 (67). pp. 121-150

Begazo, D.; Torres, I.; Márquez-Castellanos, E.; Segovia, J.; Zarazúa, M.; Parra, F.; Cruz, A.; Torres-Guevara, J.; Casas, A. (2019). Sacha, aracca, k'ipa y cultura andina. Las bases de la diversidad de papas En: *LEISA* (35)2 "Agrobiodiversidad y semillas en la agricultura familiar campesina".

Belli, E., y Slavutsky, R. (2002). Hacia la genealogía del desocupado rural en el NOA. En: *Antropología y Ruralidad: un reencuentro*. Formato digital en Disco Compacto. ISBN.: 950-29-0787-6

Bencivengo, M. (2017). Las transformaciones de la política social: el PSA/Proinder y la experiencia Socioterritorial en Tala/Nogoyá, Entre Ríos. Presentado en: *XIV Jornadas Nacionales y VI Internacionales de Investigación y Debate "Discursos y representaciones sobre el Mundo Rural Latinoamericano de los siglos XX y XXI"*.

Benedetti, A.; G. Pelicano; A. Combetto y L. Reboratti (2001). ONG's e introducción de nuevas tecnologías en comunidades rurales. El caso de la Red Puna. En: *Realidad Económica* 180, Buenos Aires: Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, pp. 112-128

Berger, M. (2014). "Apenas bicicleta teníamos: el proceso de organización del Movimiento Campesino de Formosa (MOCAFOR) en perspectiva histórica. En: *Cuadernos de Antropología Social*, n° 40, pp. 127-147.

Bernstein, H.; Friedmann, H.; Ploeg, J. D.; Shanin, T. & White, B. 2018. Forum: Fifty years of debate on peasantries, 1966-2016. *The Journal of Peasant Studies*, 45:4, 689-714

Bidaseca, Karina; Andrea Gigena; Leopoldo Guerrero; Facundo Millán y María Marta Quintana. 2008. "Dispositivos miméticos y efectos de identidad. Ensayo de una interpretación crítica sobre las personerías jurídicas y las comunidades originarias". En: *Papeles de Trabajo*, Revista Electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales, UNSaM. Año 2, N°3, Bs. As.

Biermayr-Jenzano P. (2016). *Género y sistemas agroalimentarios sostenibles. Estudios de caso: yuca, quinuna, maíz y algodón*. Santiago de Chile: FAO.

Bilbao, L. y Ramisch, G. (2010) *Atlas: población y agricultura familiar en el NOA*. Buenos Aires, 1°, Ediciones INTA.

Bisio R. y Forni F. (1976). Economía de enclave y satelización del mercado de trabajo rural. El caso de los trabajadores con empleo precario en un ingenio azucarero del Noroeste. En: *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*. IDES, N° 61 volumen 16

Böhm F. 2016. *The grain of the gods against poverty. Approaching the quinoa value chain in Bolivia and Peru with inclusive business models*. Tesis para aspirar a MSc Global Business & Sustainability Faculty, Rotterdam School of Management

Bollier, D. (2016). *Pensar desde los comunes*. Madrid, España: Guerrilla Translation, Link:
https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Pensar_desde_los_comunes_web.pdf

Borghini, N. 2010. "Tenencia precaria de la tierra y políticas públicas en Jujuy, Argentina. Un análisis de vínculos entre provincia, nación y pueblos originarios." En: *Apuntes* N°67, segundo semestre 2010. Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico. pp. 129-155

Borgogno, A. y Ogando, C. (2004). Red Puna: "Juntos tenemos más fuerza". *Revista Herramienta* N° 25. FCS – UBA.

Bourdieu, P. (1996 [1987]): *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.

Bourdieu, P. y Wacquant, L.J.D. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

Braticevic, S. I. (2018). Valorización inmobiliaria reciente en la Quebrada de Humahuaca. El caso de la localidad de Tilcara. En: *Economía, Sociedad y Territorio*, (XVIII) 56, 291-317. DOI: <http://dx.doi.org/10.22136/est20181133>

Briones, Claudia. (1998). *La alteridad del «Cuarto Mundo»: una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Briones, Claudia (2004). Construcciones de aboriginalidad en Argentina. En: *Bulletin de la Société Suisse des Américanistes*, (68) pp.73-90

Bugallo L. (2010). La estética de la crianza. Los santos protectores del ganado en la puna de Jujuy. En: M. A. Bovisio y M. Penhos (eds.) *Arte indígena: categorías, prácticas, objetos*. (pp. 85-102). Córdoba: Editorial Brujas – Grupo Encuentro

Bugallo (2015). Wak'as en la puna jujeña. Lo fluido y lo fino en el diálogo con pachamama. En: L. Bugallo y M. Vilca (comps.). *Wak'as, diablos y muertos: alteridades significantes en el mundo andino*. (pp. 112-161). San Salvador de Jujuy, Argentina: EdiUNJu.

Bugallo, L. y Tomasi J. (2012). Crianzas mutuas. El trato a los animales desde las concepciones de los pastores puneños (Jujuy, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana*, 42 (1): 205-224

Cáceres D. (2003). El Campesinado Contemporáneo. En: R. Thornton y G. Cimadevilla (Ed), *La Extensión Rural en Debate. Concepciones, Retrospectivas, Cambios y Estrategias para el MERCOSUR*. Buenos Aires: Ediciones INTA.

Canet, V. (2010). *Análisis de experiencias de intervención pública y privada con pueblos indígenas*. Serie Estudios e Investigaciones N°24, Subsecretaría de Agricultura Familiar, MinAGyP de La Nación. Bs. As.

Carimentrand, A., and Ballet, J. 2010. "When Fair Trade increases unfairness: The case of quinoa from Bolivia". *Working paper FREE Cahier*, (5).<https://www.researchgate.net/publication/46464572>

Carrasco, M. (2000). *Los derechos de los pueblos indígenas en Argentina*. Bs. As.: IWGIA y Vinciguerra.

Carter, W. Y Mamani, M. (1989). *Irpa Chico. Individuo y comunidad en la cultura aymara*. La Paz, Bolivia: Editorial Juventud.

Castelnuovo Biraben, N. (2017). Collaborations In Faith: NGO Development Policies In Northern Argentina. En: *Urban Anthropology*, 46(3, 4), 333-373

Cereceda V. 1990. A partir de los colores de un pájaro... En: *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*. (4) pp. 57- 104, Santiago de Chile ISSN 0716-1530

CIPAF (2015). *Informe IPAF NOA 2005-2015*. INTA, MAGyP.

Cladera, J. L. (2008). *Implicancias de la apropiación comunitaria de la tierra sobre las actividades de subsistencia en la Comunidad Kolla de Finca Santiago, Iruya, provincia de Salta*. Tesis de Licenciatura, FFyL, UBA.

Cladera, J. L. (2010). Cuando propiciar es jugar. Una reflexión sobre los rituales andinos en las comunidades rurales de Salta y Jujuy. En: Cruz, E. (Comp.): *Carnavales, Fiestas y Ferias en el mundo andino de la Argentina*. S.S. Jujuy: Purmamarka Ediciones y CEIC (FHyCS – UNJu). Pp. 110-136.

Cladera, J. L. (2013). Pessoas que cruzam territórios, e territórios que são pessoas. As experiências do direito espacial nos Andes desde um caso no noroeste argentino. *Ilha*, 15 (1): 149-178

Cladera, J. L. (2014). La Comunidad Indígena como categoría de traducción: trashumancia ganadera y propiedad jurídica en las sierras del Zenta (dtos. Humahuaca e Iruya, pcias. Jujuy y Salta). En: J. Tomasi y A. Benedetti (comps.). *Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina. Tomo I.* (pp. 197-226). Buenos Aires, Argentina: Ediciones FFyL UBA

Cladera, J. L. (2015). Trashumancia ganadera y negociación de identidades ante el Estado en las sierras del Zenta (provincias. de Jujuy y Salta). *Tesis de maestría*

Cladera, J. L. (2016). Hacia una etnografía de coyuntura. Campos de disputa de sentidos, habitus y preconcepciones sobre la Agricultura Familiar en Jujuy. Presentado en: *Pre-Congreos ALASRU*. Santiago del Estero: UNSE

Cladera, J. L. (2020a). Rural Development Projects, Schooling and Territorial Transformations: A Case Study in Indigenous Communities of Andean Argentina. En: *Journal of Cultural Analysis and Social Change*, 5:1, Article No: 05. DOI: <https://doi.org/10.20897/jcasc/8297>

Cladera, J. L. (2020b). Epistemología recíproca. Aportes para un diálogo entre la antropología social y la investigación acción participativa. En *ReLMeCs: Revista Latinoamericana de Metodologías en las Ciencias Sociales*. 10:1. FAHCE, UNLP. DOI: <https://doi.org/10.24215/18537863e065>

Costa Tártara C.; Manfredo M.; Curti R.; Bertero H. D. (2015). "Origen, práctica de cultivo, usos y diversidad genética de quinua del Noroeste Argentino en el contexto del conocimiento actual del germoplasma de América del Sur". En: Cruz P., Joffre R. y Winkel T. (editores): *Racionalidades campesinas en los Andes del Sur*. S.S. de Jujuy, EdiUNJu. Pp. 199-231

Cowan Ros, C. (2005). Transformaciones sociales, crisis y resistencia en las tierras altas jujeñas: el caso de la Red Puna. En: Benencia y Flood (comp.), *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina de los noventa*, Buenos Aires, CEDERU y La Colmena, pp. 315-345.

Cowan Ros, C. (2011). "Laberintos de la emancipación: reciprocidad y conflicto entre agentes de promoción social y dirigentes campesinos". *Actas del XXVIII Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Recife: Universidad Federal de Pernambuco.

Cowan Ros, C. (2013). "Cuando el beneficiario se personaliza: (re)significación de programas de promoción social en comunidades andinas". En: *VII Jornadas de Investigación en Antropología Social Santiago Wallace*. ICA, FfyL, UBA.

Cowan Ros, C. (2017). Política, modos de vida y sociabilidad en una pequeña sociedad rural. *Mundo Agrario*, 18(37), e046.
<https://doi.org/10.24215/15155994e046>

Cowan Ros, C. y Berger, M. (2018). "Sujetos" a la organización. Prácticas asociativas y políticas en procesos de desarrollo rural en Jujuy y Formosa,

Argentina. *Trabajo y Sociedad*, N° 31. Santiago del Estero, Argentina ISSN 1514-6871

Cowan Ros, C. y Schneider, S. (2008). Estrategias campesinas de reproducción social. El caso de las Tierras Altas Jujeñas, Argentina. En: *Revista Internacional de Sociología*. LXVI (50), 163-185.

Cruz, P. (2006). "Mundos permeables y espacios peligrosos. Consideraciones acerca de Punkus y Qaqas en el paisaje altoandino de Potosí, Bolivia". En: *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*. Santiago de Chile, Vol. 11 N°2. Pp. 35-50

Cruz, P. (2013). "El mundo se explica al andar. Consideraciones en torno a la sacralización del paisaje en los Andes del sur de Bolivia (Potosí, Chuquisaca)". En: *Revista Indiana*. N°29. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut. Pp. 221-251.

Da Matta, Roberto (2007). "El oficio del etnólogo o cómo tener "Anthropological Blues". En: Boivin M., A. Rosato y V. Arribas (editores). *Constructores de Otriedad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Bs. As.: Editorial Antropofagia, 4° ed. Pp. 229-236

Fundación Nueva Gestión (2015). *Quinoa, regalo ancestral: historia, contexto, tecnología, políticas*. S. Salvador de Jujuy.

De Micco, C. (2013). Organizaciones y política en el desarrollo rural misionero. En: Manzanal M. y Ponce M. (eds.). *La desigualdad ¿del desarrollo? Controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*. Buenos Aires: CICCUS. 155-169

Delgado, F.; Fandos, C. y Boto, S. (2007). Mundo urbano y agrario: los Valles Centrales. En: Teruel, A. y Lagos, M. (dirs.). *Jujuy en la Historia. De la colonia al Siglo XX*. 2° edición, S. Salvador de Jujuy: EdiUNJu, pp. 403-433

Diez, María Carolina. (2013). "Plantamos por la obra social". Tabacaleros y políticas de salud en Misiones (Argentina). En: Manzanal M. y Ponce M. (eds.). *La desigualdad ¿del desarrollo? Controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*. Buenos Aires: CICCUS. 103-128

Desmarais, A. A. (2008). The power of peasants: Reflections on the meaning of La Vía Campesina. *Journal of Rural Studies* 24, 138-149

Domínguez, Diego. 2001. "Conflictos por el control de la tierra: pueblo Kolla Tinkunaku". En: Giarraca, N. (comp.). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Bs. As., Alianza Editorial.

Dominguez, D. (2008) "La trashumancia de los campesinos kollas: ¿hacia un modelo de desarrollo sustentable?" En: Alvarado Merino et.al. *Gestión ambiental y conflicto social en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO

Escobar, A. (1996). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Editorial Norma, Bogotá.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones Universidad Autónoma Latinoamericana.

Espósito, G. (2014). Despojo, reconocimiento y después. En: Fandos, Cecilia y Ana Teruel (coords.). *Estudios sobre la propiedad en la Quebrada de Humahuaca*. (Pp. 185 – 214). San Salvador de Jujuy, EdiUnju- UNHIR-ISHIR- CONICET.

Fabio, J. F. (2008). Representación de intereses de agricultores familiares. El caso de la Asociación de Productores Agrícolas de Misiones (APAM). En: Bartolomé L. y Schiavoni G. (comps.) *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS

Fandos, C. (2013). Derechos de copropiedad en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina). Arriendo fiscal y privatización de tierras de pastoreo entre las décadas de 1830 y 1920. En *Actas del XIV Congreso Internacional de Historia Agraria*, Asociación Española de Historia Agraria. Badajoz, España: Universidad de Extremadura

Fandos, C. (2014). Enfiteutas, propietarios y arrendatarios en el departamento de Humahuaca. Estructura social y distribución de la riqueza en la década de 1860. *Estudios Sociales del noa, Nueva serie*, (14): 41-61

FAO (2011). *La quinua, cultivo milenario para contribuir a la seguridad alimentaria mundial*. (Informe técnico elaborado por PROINPA para declaración del Año Internacional de la Quinua). Santiago de Chile: Oficina Regional para América Latina y el Caribe de FAO.

FAO (2014). *The State of Food Insecurity in the World 2014*. Roma: FAO Press, Rome

FAO. (2017). *The future of food and agriculture. Trends and challenges*. Rome, Italy: Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO). 163 p. URL: <http://www.fao.org/163/a-i6583e.pdf> .

Feito, María Carolina (2013). Agricultura familiar para el desarrollo rural argentino. *Avá* (23). PPAS, UNaM.

Feito, María Carolina (2020). La Agricultura Familiar en la cuestión alimentaria en Argentina. Proveedores fundamentales del mercado interno. En: Padawer, A.

(comp.) *El mundo rural y sus técnicas*. CABA: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras – UBA

Ferguson, J. (1997). *The Anti-Politics Machine. "Development", Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*. Minneapolis & London: University of Minnesota Press.

Fernandes, B. Mançano (2008). Cuestión Agraria: conflictualidad y desarrollo territorial. En Buainain, A. (Ed.) *Lucha por la Tierra, Reforma Agraria y Gestión. Los conflictos en el Brasil*. Campinas: Unicamp.

Fernandes, B. Mançano (2014). Cuando la agricultura familiar es campesina. En: Hidalgo F.; Houtart F.; Lizárraga P. (editores). *Agriculturas campesinas en Latinoamérica. Propuestas y desafíos*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales y CLACSO. pp. 19-33.

Fernandez Álvarez, M. I. y Carengo, S. (2014). Del "otro" como sujeto de investigación al "otro" como productor de conocimiento: (re)pensando la práctica de investigación etnográfica con organizaciones sociales. En: *Encuentro de Saberes*, N°5. Buenos Aires: Ediciones FFyL, UBA. Descargado de: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/45930>

Fleitas, M. S. y Kingard, A. entre la legalidad y la proscripción: políticas públicas y lucha obrera en Jujuy. 1918-1976. En: Teruel, A. y Lagos, M. (dirs.). *Jujuy en la Historia. De la colonia al Siglo XX*. 2° edición, S. Salvador de Jujuy: EdiUNJu, pp. 185-239

Freire, P. (2001). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Siglo XXI Editores Argentina y Tierra Nueva. Montevideo, 22° ed.

Fuxman, A. (2019). Políticas públicas en el sector de cultivos andinos. Priorizando las economías regionales y a los pequeños productores. Presentado en: *VII Congreso Mundial de la Quinoa y otros granos andinos*. Iquique: MinAgri, INDAP, PUCaCh.

García Lema, Alberto M. (2012). "Pueblos Indígenas argentinos. Significado constitucional de la preexistencia étnica y cultural". En: García, Julio C. (coord.), *Derecho Constitucional Indígena*. Ediciones ConTexto, Resistencia (Chaco).

García Moritán, M. y Cruz, M. B. (2011). *Comunidades Originarias y grupos étnicos de la provincia de Jujuy*. Fundación ProYungas y Ediciones del Subtrópico, S. M. Tucumán.

Gaztañaga, Julieta. 2010. *El trabajo político y sus obras*. Serie Antropología Política y Económica. Bs. As., Editorial Antropofagia.

Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.

Gerbi P.; Quiroga Mendiola M.; Aracena G. 2017. *Estado del arte del sistema agroalimentario de la quinua en el NOA*. INTA: Ministerio de Agroindustria de la Nación.

Giarraca, N. y Gras, C. (2001). "Conflictos y protestas en Argentina de finales del siglo XX con especial referencia a los escenarios regionales y rurales". En: Giarraca, N. (comp.): *La Protesta Social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Alianza Editorial, Bs. As.

Giuliani, A., Hintermann, F., Rojas, W., and Padulosi, S., eds. (2012). *Biodiversity of Andean grains: balancing market potential and sustainable livelihoods*. Rome: Biodiversity International.

Golsberg C. (2013). Organización de la Agricultura Familiar en el Noroeste de Argentina para la producción de quinua. En: *Ciencia y Tecnología de los Cultivos Industriales*, Año 3 N° 5. Buenos Aires: Ediciones INTA.

Golsberg, C. (2015). Semillas de quinua: formación de capacidades en selección participativa. Presentado en: *V Congreso Mundial de la Quinua y II Simposio Internacional de Granos Andinos*. S. Salvador de Jujuy, 27 al 30 de mayo de 2015.

Golsberg, C., Orcasitas E., Chauque J., Daza R. 2010. La Quinua en la región del noroeste argentino. Reconstrucción del conocimiento del cultivo, revalorización cultural y alimenticia. Presentado en: *III Congreso Mundial de la Quinua*. Oruro, 16 al 19 de marzo de 2010.

Golsberg, C.; Roisinblit D.; Figlioli G.; Schimpf J. H.; Chauque J.; Sardina J.; Alcoba L.; González L., Rivero M. A.; Chavez M. F. 1; Quiroga, P.; Alvarez, S. 2015. Complejo Quinua Jujuy. Espacio de articulación para intervenciones que potencien el desarrollo sustentable en las regiones de Quebrada y Puna jujeña. Presentado en: *V Congreso Mundial de la Quinua y II Simposio Internacional de Granos Andinos*. S. Salvador de Jujuy, 27 al 30 de mayo de 2015.

Gómez, E. L., y Kindgard, F. M. (2007). Trabajo, desocupación y movimiento obrero. En: Teruel, A. y Lagos, M. (dirs.). *Jujuy en la Historia. De la colonia al Siglo XX*. 2° edición, S. Salvador de Jujuy: EdiUNJu, pp. 517-552

Gordillo, G. (1992). Procesos de subsunción del trabajo al capital en el capitalismo periférico. En: Trinchero H. H. (comp.), *Antropología Económica II. Conceptos fundamentales*. Colección Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre, Centro Editor de América Latina, Bs. As.

Gordillo, G. (1995). Después de los ingenios: La mecanización de la zafra saltojujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco Centro-Occidental. *Desarrollo Económico*, (35) 137. Pp. 105-126 <https://doi.org/10.2307/3467425>

Goulet, F. y Giordano, G. (2018). Searching for family farming in Argentina: chronicles of a technological innovation between two worlds. *Review of Agricultural, Food and Environmental Studies*, 98:4, 233–253. <https://doi.org/10.1007/s41130-017-0058-1>

Gras, Carla y Hernández, Valeria. (2007). L'agriculture argentine dans la globalisation: connaissances et subjectivités. *Autrepart* (43), p. 147-163

Gras, Carla y Hernández, Valeria. (2008). Modelo productivo y actores sociales en el agro argentino. *Revista mexicana de sociología*, (N°2), pp. 227-259

Greslou, F.; Grillo, E.; Moya, E.; Rengifo, G.; Rodriguez Suy Suy, V.; Valladolid, J. (1991). *Cultura Andina Agrocéntrica*. Lima: PRATEC – Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas.

Grillo, E.; Quiso, V.; Rengifo, G.; Valladolid, J. (1994). *Crianza andina de la chacra*. Lima: PRATEC – Proyecto Andino de Tecnologías Campesinas.

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós Bs. As.

Gudynas, E. (2011). Buen Vivir: Today's tomorrow. *Development*, 54(4), (441–447)

Gutiérrez, A. (2004). *Pobre', como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza. Un estudio de caso*. Córdoba: Ferreyra Editor.

Harvey, D. (2004). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu Editores, Bs. As.

Haudricourt A-G. (1964). Nature et culture dans la civilisation de l'igname : l'origine des clones et des clans. In: *L'Homme*, (4) 1. pp. 93-104. doi : 10.3406/hom.1964.366613

Hidalgo Capitán, A. L.; Guillén García, A.; Deleg Guazha, N. (edits.) 2014. *Sumak Kawsay Yuyay. Antología del pensamiento indigenista ecuatoriano sobre Sumak Kawsay*. Universidad de Huelva y Universidad de Cuenca

Hocsman, L. D. (2000). *El Regreso a la Tierra. Estrategias territoriales y economía doméstica en los Valles Intermontanos de la Cordillera Oriental (San Isidro – Salta)*. Tesis de Maestría, Programa de Posgrado en Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones.

Hocsman, L. D. (2011). *Estrategias territoriales, recampesinización y etnicidad en los andes de Argentina*. Buenos Aires & México: UNAM / CLACSO.

Hocsman, L. D. (2014). Horizonte para la producción campesina y agricultura familiar en el modelo agroalimentario hegemónico mundial. Visión desde el Cono Sur. En: Hidalgo F.; Houtart F.; Lizárraga P. (editores). *Agriculturas campesinas en Latinoamérica. Propuestas y desafíos*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales y CLACSO. 35-54.

Hocsman, L. D. y Romano, M. (2009). Política de tierras, capital agrario y control social. Actual fase de resistencia de la lucha campesina en Argentina. En Mançano Fernandes, B.; Rincón, L. y Kretschmer, R. (Ed.) *Actualidad de la Reforma Agraria en América Latina y el Caribe*. (pp. 189-203). San Pablo: CLACSO.

Ingold, T. (2011). *Being alive. Essays on Movement, Knowledge and Description*. Routledge: London & New York.

Isla, A. (comp.) (1992). *Sociedad y Articulación en las Tierras Altas jujeñas. Crisis terminal de un modelo de desarrollo*. Proyecto ECIRA – ASAL – MLAL. Bs. As.

Isla, A. (2002). *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias.

Isla, A. y Colmegna, P. 2005. (comps.), *Política y poder en los procesos de desarrollo*. Bs. As.: Editorial de las Ciencias.

Jacobsen, S. E. 2011. "The situation for quinoa and its production in Southern Bolivia: from economic success to environmental disaster". *Journal of Agronomy and Crop Science* 197(5): 390 -399.

Jacobsen, S. E. y Sorensen, M. 2010. Quinoa y su producción en Bolivia: de éxito económico a desastre ambiental. En: Böhrtr, J. P. (comp.) *Desafíos de la Globalización a los sistemas alimentarios en América Latina*. La Paz: DANIDA (Min. of Foreign Affairs of Denmark).

Jelin, E. (1976). *El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el uso de historias de vida a partir de la experiencia de Monterrey*. México: trabajo preparado para el "Seminario teórico-metodológico sobre las investigaciones en población, con especial referencia a las encuestas" (mimeo).

Karasik, G. (2010). Subalternidad y ancestralidad colla: transformaciones emblemáticas y nuevas articulaciones de lo indígena en Jujuy. En: G. Gordillo y S. Hirsch (comps.). *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina*. Buenos Aires: La Crujía. Pp. 259-282

Kay, Cristobal (2001). Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina Presentado en: *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades: X Coloquio de Geografía Rural de España de la Asociación de Geógrafos Españoles*. ISBN 84-8409-122-8, págs. 337-430

Kerssen, T. M. 2015. Food sovereignty and the quinoa boom: challenges to sustainable re-peasantisation in the southern Altiplano of Bolivia. En: *Third World Quarterly*, Volume 36, Issue 3: Food Sovereignty: convergence and contradictions, condition and challenges. Pp. 489-507

Koohafkan, P. y Altieri, M. (2011). *Globally Important Agricultural Heritage Systems (GIAHS): a Legacy for the Future*. Roma: FAO Press

Korstanje, M. A. (2015). Andenes en los Andes: paisajes agrícolas tardíos sin maíz. En: Cruz P., Joffre R. y Winkel T. (editores): *Racionalidades campesinas en los Andes del Sur*. S.S. de Jujuy, EdiUNJu. Pp. 21-58

Lagos, M. y Gutiérrez, M. (2007). Dictadura, democracia y políticas neoliberales: 1976-1999. En: Teruel, A. y Lagos, M. (dirs.). *Jujuy en la Historia. De la colonia al Siglo XX*. 2° edición, S. Salvador de Jujuy: EdiUNJu, pp.

Laguna, P. (2011). *Mallas y flujos. Acción colectiva, cambio social, quinua y desarrollo regional indígena en los Andes Bolivianos*. Tesis doctoral. Wageningen University

Lanata, X. R. 2007. *Ladrones de sombra. El universo religioso de los pastores del Ausangate*. Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos-Centro Bartolomé de las Casas.

Landini F., Lacanna M. C., Murtagh S. (2013). Procesos asociativos y vínculo entre extensionistas y pequeños productores desde la perspectiva psicosocial. El caso de Misión Tacaaglé, provincia de Formosa. En: Ramilo D. y Prividera G. (comps.) *La Agricultura Familiar en la Argentina. Diferentes abordajes para su estudio*. Buenos Aires: Ediciones INTA

Latour, B. (1998). La tecnología es la sociedad hecha para que dure. En: M, Domenech y F. J. Tirado (comps.). *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: GEDISA.

Lattuada, M.; Nogueira, M. E.; Urcola, M. (2015). *Tres décadas de desarrollo rural en la Argentina. Continuidades y rupturas de intervenciones públicas en contextos cambiantes (1984-2014)*. Buenos Aires: Teseo y UAI Editorial.

Lema, V. S. (2014). Criar y ser criados por las plantas y sus espacios en los Andes Septentrionales de la Argentina. En: J. Tomasi y A. Benedetti (comps.).

Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina. Tomo I. (pp. 301-338). Buenos Aires, Argentina: Ediciones FFyL UBA.

Lema, V. S. (2020). Alteridades semejantes: plantas y contradomesticación en comunidades andinas. *Cuadernos materialistas*, nº 5. Pp. 16-32

Lins Ribeiro, Gustavo (2007). "Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica". En: Boivin M., A. Rosato y V. Arribas (editores). *Constructores de Otriedad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Editorial Antropofagia, 4° ed. Pp. 255-259. Bs. As.

Long, N. (editor) (1989). *Encounters at the Interface. A perspective on social discontinuities in rural development*. Wageningen: Agricultural University.

Long, N. y Long, A. (editors) (1992). *Battlegrounds of Knowledge. The interlocking of Theory and Practice in social Research and Development*. Routledge: London & New York.

Madrazo, G. B. (1982). *Hacienda y encomienda en los Andes. La Puna argentina bajo el marquesado de Tojo. Siglos XVII a XIX*. Buenos Aires, Argentina: Fondo Editorial

Madrazo, G. B. (1990). El proceso enfitéutico y las tierras de indios en la Quebrada de Humahuaca (pcia. De Jujuy, república Argentina), período nacional. *Andes*. (1): 89-114.

Madrazo, G. B. (1995). Historia de un despojo: el indigenado del noroeste argentino y su transformación campesina. *Andes*. (6). 127-156.

Manzanal M. y Schneider S. (2010). Agricultura Familiar y Políticas de Desarrollo Rural en Argentina y Brasil (análisis comparativo, 1990-2010). En: *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*. Porto de Galinhas (Pernambuco), 15 al 19 de noviembre de 2010.

Manzanal, M. y Villarreal, F. (2010). (Eds.) *El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino*. Buenos Aires; Ediciones Ciccus

Marcos, M. F. (2019). Desarrollo rural y constitución de nuevas categorías de sujetos de gobierno: el caso del Programa Social Agropecuario (1993-2013) *Perspectivas de Políticas Públicas*, 9:17. <http://revistas.unla.edu.ar/perspectivas/article/view/2647>

Martínez-Alier, J. (1994). *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona: Icaria, 2°

Martínez Raya, A. (1976). *Apuntes obre suelos*. Madrid: Ministerio de Agricultura.

McDonnell, E. 2015. Miracle Foods: Quinoa, Curative Metaphors, and the Depoliticization of Global Hunger Politics. *Gastronomica: The Journal of Critical Food Studies*. V15 (4). Pp. 70 – 85

McDonnell, E. 2018. *The Quinoa Boom Goes Bust in the Andes*. <https://nacla.org/news/2018/03/12/quinoa-boom-goes-bust-andes>

Meillassoux, C. ([1975] 1999). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo Veintiuno Editores (12ª edición), México.

Milana, M. P. y Villagra, E. (2020). Entre prácticas de intervención y proyectos de desarrollo: un acercamiento a los procesos organizativos indígenas en los valles interandinos (Salta, Argentina). *Territorios*, vol. Esp., N° 42, pp. 1-29,

Ministerio de Educación de Jujuy, 2013. *Los haceres y saberes de la quinua*. S. Salvador de Jujuy.

Mintzer, Miguel J. 1933. “Las Quinoas: su cultivo en la Argentina, su importancia como planta alimenticia.” *Boletín Mensual Ministerio Agricultura de la Nación* 34(1):59–77.

Montero, M. (2006). *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Mollison, B. C.; Slay, R. M.; y Jeeves, A. (1991). *Introduction to permaculture*. Tyalgum, Australia: Tagari Publications.

Montón, D. (2018). La lucha por los Derechos campesinos en el seno de Naciones Unidas. En Boletín NODAL 26/10/18 (www.nodal.am)

Morandi J. L. (2017). Las políticas públicas, los paradigmas y los enfoques del desarrollo territorial rural. En: Patrouilleau M. M., Mioni W. F. y Aranguren C. I. (Orgs.). *Políticas públicas en la ruralidad argentina*. Buenos Aires: Ediciones INTA

Mosse, L. (2017). *La construcción de un sector. Políticas para la Agricultura Familiar en Argentina, 2002 – 2015*. Tesis par obtener el grado de Magister en Cs. Sociales – Maestría en Ciencias Sociales IDES - UNGS

Muzzopappa, E. y Villalta, C. (2011). Los documentos como campo. Reflexiones teórico-metodológicas sobre un enfoque etnográfico de archivos y documentos estatales. *Revista Colombiana de Antropología*, 47 (1), 13-42.

National Research Council. (1989). *Lost crops of the Incas. Little-known Plants of the Andes with Promise for Worldwide Cultivation*. Washington D. C.: National Academy Press.

Neri Pereyra, J. P. (2017). Quinua, comunidad y relaciones capitalistas en el altiplano sur boliviano. En *Revista de Estudios Bolivianos* (27), pp. 147-167.

Neuman, N. (2019). On the engagement with social theory in food studies: cultural symbols and social practices. *Food, Culture & Society*, 22:1, 78-94, DOI: 10.1080/15528014.2018.1547069

Nogueira M. E., Urcola M. A., Lattuada M. (2017). La gestión estatal del desarrollo rural y la agricultura familiar en Argentina: estilos de gestión y análisis de coyuntura 2004-2014 Y 2015-2017. En: *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales* II (4), 2017 ISSN 2525-1635

Nussbaumer B. y Cowan Ros C. (editores). (2011). *Mediadores sociales en la producción de prácticas y sentidos de la política pública*. Buenos Aires: Ciccus.

Obschatko, E., Foti, M. P., & Román, M. (2007). *Los pequeños productores en la República Argentina. Importancia en la producción agropecuaria y en el empleo en base al Censo Nacional Agropecuario 2002*. Buenos Aires: SAGyP - IICA.

Ofstehage, A. 2011. Nusta Jaira's Gift of Quinoa: Peasants, Trademarks, and Intermediaries in the Transformation of a Bolivian Commodity Economy. In *Anthropology of Work Review*, (32)2. 103-114

Orlove B., Godoy R., Morlon P. (1996). Sistemas de barbecho sectorial. En: P. Morlon. (comp. y coord.) *Comprender la agricultura campesina en los Andes Centrales*. Cusco, Perú: IFEA & CBC.

Ormaechea, E., y Ramirez, N. 2013. *Propiedad colectiva de la tierra y producción agrícola capitalista: El caso de la quinua en el Altiplano sur de Bolivia*. La Paz: CEDLA.

Otero N. y Rodriguez. (2008). Encuentro de saberes técnicos y locales. Etnografía de dos experiencias organizativas en el nordeste de Misiones. En: Bartolomé L. y Schiavoni G. (comps.) *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS

Parodi, L. (1998 [1966]). *La agricultura aborigen argentina*. Buenos Aires: Eudeba, 2° edición.

Parodi, M., y Benedetti, A. (2016). Minería, Descampesinización y Desocupación. Trayectorias de movilidad de cuatro mineros de El Aguilar (Jujuy, Argentina, década de 1940 a 2010) *Estudios Atacameños* (52).

Patrouilleau M. M., Aranguren C. I. y Mioni W. F. (2017). Presentación: Las políticas públicas como objeto de indagación. En: Patrouilleau M. M., Mioni W. F. y Aranguren C. I. (Orgs.). *Políticas públicas en la ruralidad argentina*. Buenos Aires: Ediciones INTA

Paz, R. (2006). ¿Desaparición o permanencia de los campesinos ocupantes en el noroeste argentino? Evolución y crecimiento en la última década. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 31(61), 169-197.

<https://doi.org/10.1080/08263663.2006.10816894>

Paz, R.; De Dios, R.; Gutiérrez, M. (2014). *La Agricultura Familiar en Santiago del Estero. Cuantificación y análisis a partir de los datos del Registro Nacional de la Agricultura Familiar*. S. M. de Tucumán: Ediciones Magna.

Paz, R.; Sossa Valdéz, F.; Lamas, H.; Echazú, F.; Califano, L. (2012). Diferenciación social y procesos de mercantilización en los campesinos de la puna jujeña (Argentina). *Estudios del Trabajo*, 43/44, 49-80

Pazzarelli, F. y Lema, V. (2018). A Pot Where Many Worlds Fit: Culinary Relations in the Andes of Northern Argentina. *Indiana* 35.2 : 271-296. DOI 10.18441/ind.v35i2.

Pefaur, J. 2019. Mesa de la Quínoa en Chile: experiencias de un trabajo público-privado. Presentado en: *VII Congreso Mundial de la Quinua y otros granos andinos*. Iquique: MinAgri, INDAP, PUCaCh.

Pereyra, E.; Rivero, M. (2015). La producción de quinua en el NOA, estrategia para su fortalecimiento. Presentado en: *V Congreso Mundial de la Quinua*. San Salvador de Jujuy: 27 al 30 de mayo de 2015.

Pino, M. (2013). Una experiencia de Investigación Acción Participativa en parajes y colonias de Goya y Lavalle, provincia de Corrientes. En: Ramilo D. y Prividera D. (comps.). *La Agricultura Familiar en la Argentina. Diferentes abordajes para su estudio*. Ed. INTA – CIPAF. Pp. 241-255

Platt, T. 2001. El feto agresivo. Parto, formación de la persona y mito-historia en los Andes. *Anuario de Estudios Americanos*, LVIII (2): 633-678.

Ploeg, J. D. van der. 2000. Sistemas de conocimiento, metáfora y campo de interacción: el caso del cultivo de la patata en el altiplano peruano. En: Andreu Viola (comp.). *Antropología del Desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Ploeg, J. D. van der. (2010). *Nuevos campesinos: campesinos e imperios alimentarios*. Barcelona: Icaria Editorial.

Pórcel Gira, S.; Quispe Flores, R. y Durán Sandoval. R. 2009. *Concepciones originarias de la papa*. Sucre: ASUR – Antropólogos del Surandino.

Potocko, Alejandra. (2014). Los discursos sobre la construcción del barrio Sumay Pacha, quebrada de Humahuaca (Argentina). *Estudios Sociales Del NOA*, (13), 67-84. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/esnoa/article/view/531>

Pretto, A. (2011). Analizar las historias de vida: reflexiones metodológicas y epistemológicas. *Tabula Rasa*. No.15: 171-194

Quiroga Mendiola, M; Longoni, A.; Chávez, F.; Alcoba, L.; Bilbao, L. (2013). Los Agricultores Familiares en el NOA. Aproximaciones a partir de las encuestas F1 (PROINDER-PSA). En: Ramilo D. y Prividera D. (comps.). *La Agricultura Familiar en la Argentina. Diferentes abordajes para su estudio*. Ed. INTA – CIPAF. Pp. 157-186

Quiroga Mendiola, M. y Ramisch, G. (2013). ¿Pastores o asalariados? Tierra y trabajo en las altas montañas del noroeste de Argentina. En: Ramilo D. y Prividera D. (comps.). *La Agricultura Familiar en la Argentina. Diferentes abordajes para su estudio*. Ed. INTA – CIPAF. 133-156

Quirós, J. (2011.) *El porqué de los que van. Peronistas y piquetereos en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Ramilo, D. N., y Prividera, G. (2013). *La agricultura familiar en Argentina. Diferentes abordajes para su estudio*. Buenos Aires: Ediciones INTA.

Reboratti, C. (2009). *El Alto Bermejo. Realidades y conflictos*. Buenos Aires: Editorial La Colmena, 2° edición.

Reboratti, C. (coord.) (2016). *La Quebrada. Geografía, Historia y Ecología de la Quebrada de Humahuaca*. Buenos Aires: Editorial La Colmena, 2° edición.

Regazzoni J.; De Pascuale J.; Martínez J.; Virgili R. (2011). *La Investigación Acción Participativa como herramienta para el diseño de máquinas destinadas a la agricultura familiar*. Informe de actividades. AER Perico, INTA. Disponible en: https://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-trabajo_iap_como_herramienta_para_el_diseo.pdf

Reyes-García, V; y Martí Sanz, N. (2007). Etnoecología: punto de encuentro entre naturaleza y cultura. En: *Ecosistemas* 16 (3): 46-55

Rigal, L. (2008). *La Investigación Acción Participativa*. Buenos Aires: Documento de trabajo de CIPES.

Ríos, F. L. (2019) El cultivo de quinoa en el NOA argentino, evaluación de su competitividad. Presentado en: *VII Congreso Mundial de la Quinoa y otros granos andinos*. Iquique: MinAgri, INDAP, PUCaCh.

Informe de Cierre. Clúster Complejo Quinoa de Jujuy. 2017. PROSAP y UCAR, MAGyP.

Rockwell, E. 2009. *La experiencia etnográfica, Historia y cultura de los procesos educativos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Rodas Arano, C.V. (2021). Impactos del cultivo de quinua en los territorios aymaras: Transición de la producción pastoril a la producción agrícola moderna en el altiplano boliviano. *Journal of Latin American Geography* 20(1), 217-237. doi:10.1353/lag.2021.0008.

Roisinblit, D.; Golsberg, C.; Schimpf, J. H.; Figlioli, G.; Chauque J.; Sardina, J.; Rivero, M.; Chávez, M. F.; Quiroga, P.; Álvarez, S.; Hamity, V. 2015. La producción de quinua en la Quebrada de Humahuaca y Puna Jujeña. Presentado en: *V Congreso Mundial de la Quinua y II Simposio Internacional de Granos Andinos*. S. Salvador de Jujuy, 27 al 30 de mayo de 2015.

Rosat Pontalti, A. 1998. *Diccionario Enciclopédico Quechua-Castellano del Mundo Andino*. Cochabamba: Editorial Verbo Divino.

Rutledge, I. (1987). *Cambio agrario e integración: el desarrollo del capitalismo en Jujuy, 1550-1960*. ECIRA-CICSO, Tilcara.

Salleras, L., y Borghini, N. Turismo en Tilcara, Purmamarca y Humahuaca. Un análisis de las transformaciones socioculturales y económicas del territorio. En: J. Tomasi y A. Benedetti (comps.). *Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina*. Tomo II. (Pp. 153-194) Buenos Aires, Argentina: Ediciones FFyL UBA.

Sammartino, G. (2015). *Los significados de los alimentos andinos locales en la Quebrada de Humahuaca. Un enfoque antropológico*. Tesis Doctoral: FfyL – UBA.

Santos, Boaventura de Souza (2010). *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Editorial Antropofagia. Buenos Aires

Scalise J. (coord. Gral.). (2015). *Caracterización y diagnóstico de la cadena de valor de la quinua en la Argentina*. UNSAM y UCAR, MAGyP

Schiavoni G. y De Micco C. (2008). Los ingenieros y los técnicos. Producción y circulación de conocimientos agrícolas en Misiones. En: Bartolomé L. y Schiavoni G. (comps.) *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS

Schiavoni G. (2013). Objetivación y medida: el registro de la agricultura familiar en Misiones. En: Manzanal M. y Ponce M. (eds.). *La desigualdad ¿del desarrollo? Controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*. Buenos Aires: CICCUS. 51-68

Schwittay, A. F. (2003). From Peasant Favors to Indigenous Rights. The Articulation of an Indigenous Identity and Land Struggle in Northwestern Argentina. *The Journal of Latin American Anthropology*, Vol. 8 N° 3, American Anthropological Association

Scott, J. C. 1985. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press. New Haven & London.

Scott, J. (1998). *Seeing like a State. How certain schemes to improve the human condition have failed*. Yale University Press. New Haven & London.

Sendón, P. (2010). La tierra emparentada. Acerca de los muyu o “suertes” (sistema de barbecho sectorial) en Marcapata, Perú. *Estudios Atacameños*, (40): 63-84

Sica, G.; Bovi, M. T.; Mallagray, L. 2007. La Quebrada de Humahuaca: de la colonia a la actualidad. En: Teruel, A. y Lagos, M. (dirs.). *Jujuy en la Historia. De la colonia al Siglo XX*. 2° edición, S. Salvador de Jujuy: EdiUNJu, pp. 351-372

Sica, G. (2014). Paisajes agrarios coloniales en la Quebrada de Humahuaca. Tierras privadas, tierras comunales. Siglos XVI-XVIII. En: A. A. Teruel y C. Fandos (comps.). *Quebrada de Humahuaca, estudios históricos y antropológicos en torno a las formas de propiedad*. San Salvador de Jujuy, Argentina: UnIHR y EdiUNJu.

Sirvent, T. (2004). *La investigación social y el compromiso del investigador: contradicciones y desafíos del presente momento histórico en Argentina*. En: Revista del IICE, N°22. Buenos Aires.

Sirvent, T. y Rigal L. (2014). La investigación acción participativa como un modo de hacer ciencia de lo social. En: *Revistas Decisio*. https://cdn.crefal.org/CREFAL/revistas-decisio/decisio38_saber2.pdf

Small, Ernest. 2013. 42. Quinoa – is the United Nations’ featured crop of 2013 bad for biodiversity? En: *Biodiversity*. Volume 14, 2013 - Issue 3, Pp. 169-179. <https://doi.org/10.1080/14888386.2013.835551>

Soverna, S., Tsakoumagkos, P., & Paz, R. (2008). *Revisando la definición de agricultura familiar*. Buenos Aires: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.

Tapia, M. (editor) (1979). *La Quinoa y la Kañiwa: Cultivos Andinos*. Bogotá: CIID e IICA.

Tapia, M. (1982). *Los Cultivos Andinos, su papel en las economías campesinas*. Informe de consultor, Seminario regional sobre políticas agrarias y sobrevivencia campesina en ecosistemas de altura. Quito: CEPAL – PNUMA – MAG de Ecuador

Tapia, Mario (compilador). 1990. *Cultivos andinos subexplotados y su aporte a la alimentación*. Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe. http://www.fao.org/tempref/GI/Reserved/FTP_FaoRlc/old/prior/segalim/prodalim/prodveg/cdrom/contenido/libro10/home10.htm

Tapia, M. y Fries, A. M. (2007). *Guía de Campo de los Cultivos Andinos*. Lima: FAO – ONU y ANPE Perú.

Teruel, A. (2014). La propiedad territorial en tiempos de la enfiteusis. En: C. A. Fandos y A. Teruel. (Comps.). *Quebrada de Humahuaca, estudios históricos y antropológicos en torno a las formas de propiedad*. San Salvador de Jujuy, Argentina: UnIHR y EdiUNJu.

Toledo, V. M. (2018). Detener el colapso: reto mayor de la ciencia. En: *Diario Digital NODAL*, 30/11/18 <https://www.nodal.am/2018/11/detener-el-colapso-reto-mayor-de-la-ciencia-por-victor-m-toledo/>

Teruel, A y C. Fandos. (2009). Procesos de privatización y desarticulación de tierras indígenas en el norte de Argentina en el siglo XIX. *Revista Complutense de Historia de América*, (35): 233-255

Troncoso, C. (1999). *Estrategias de vida de la población campesina en la Quebrada de Humahuaca. El caso de Juella*. Tesis de Licenciatura en Geografía. FFyL – UBA

Troncoso, C. (2013). Postales hechas realidad: la construcción de la mirada del turista y las imágenes que promocionan la Quebrada de Humahuaca. En: Lois, C. y Hollman, V. (Eds.) *Geografía y cultura visual: los usos de las imágenes en las reflexiones sobre el espacio*. Buenos Aires; p. 223 – 250

Troncoso, C. y Arzeno, M. (2019). Turismo gastronómico en el noroeste de la Argentina. Experiencias de recuperación de alimentos y preparaciones culinarias locales. En: *Debates contemporáneos del turismo. Tomo IV: Turismo gastronómico: experiencias y análisis*. Bogotá: p. 91 – 114

Tsakoumagkos, P., Soverna, S., & Craviotti, C. (2000). *Campesinos y pequeños productores en las regiones agroeconómicas de Argentina*. Buenos Aires: PROINDER.

Tschopp, M. (2018). The quinoa boom and the commoditisation debate: critical reflections on the re-emergence of a peasantry in the Southern Altiplano. *Alternautas* 5(1): 64-81. <http://www.alternautas.net>

Tsing, A. L. (2005). *Friction. An Ethnography of Global Connection*. Princeton: Princeton University Press..

Unidad de Investigación en Lingüística y Literatura (UILL) 1998. *Registro de Voces quechuas en el discurso coloquial norteño*. Jujuy: Editorial UNJu

Urdanivia, C. (2016). Andean Quinoa. Local Farmers in a Global Market. En: *Anthropology Now*, Volume 6, 2014 - Issue 2, Pp. 35-43

Uzeda Vásquez, Andrés (2010). “Suma Qamaña, visiones indígenas y desarrollo”. En: *Revista de Ciencias Sociales Traspacios* N°1. Interculturalidad: Un desafío para las ciencias sociales. Cochabamba: AGRUCO – Universidad Mayor de San Simón.

Vaca Ávila, P. (2010). *Estrategias de desarrollo local en Argentina Un análisis del caso de Cauqueva (Provincia de Jujuy)*. Tesis doctoral en Economía Política y Social en el marco de la Globalización. Universidad Complutense de Madrid.

Valko, M. (2007). *Los Indios Invisibles del Malón de la Paz. De la apoteosis al confinamiento, secuestro y destierro*. Bs. As.: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

Vassas-Toral, A. (2015). Movilidades, recursos de tierra y sistema de producción agrícola en el Altiplano Sur de Bolivia. En: Cruz P., Joffre R. y Winkel T. (editores): *Racionalidades campesinas en los Andes del Sur*. S.S. de Jujuy, EdiUNJu. Pp. 281-322

Vassas-Toral, A. (2016). *Partir y cultivar. Auge de la quinua, movilidad y recomposiciones rurales en Bolivia*. La Paz: IRD /CIDES – UMSA / Plural Editores.

Veltmeyer, H. y Petras, J. (2008). Peasants in an Era of Neoliberal Globalization: Latin America on the move. En: *Theomai*, N°18. <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero18/Veltmeyer.pdf>

Vergara Camus, L. y Kay, C. (2018). Agronegocio, campesinos, Estado y gobiernos de izquierda en América Latina: Introducción y reflexiones teóricas. En: Kay, C. y Vergara Camus, L. (editores.) *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina: campesinos, agronegocio y neodesarrollismo*. Buenos Aires: CLACSO, 1a ed.

Villagra, E., & Milana, M. P. (2019). Trayectorias de luchas y memorias subalternizadas. El caso de la Organización de Comunidades Aborígenes de Nazareno (Salta, Argentina). Presentado en: 1º Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María, Córdoba.

Viteri Gualinga, C. 2002. “Visión indígena del desarrollo en la Amazonía”, *Polis* [En línea], 3. Publicado el 19/11/2012, consultado el 25/9/2016. URL: <http://polis.revues.org/7678>; DOI: 10.4000/polis.7678

Walsh-Dilley, M. (2013). Negotiating hybridity in highland Bolivia: indigenous moral economy and the expanding market for quinoa. En: *The Journal of Peasant Studies*, Volume 40, 2013 - Issue 4. Pp. 659-682

Weinberg, M. (2009). *The Politics of the State and the State of Politics in an Indigenous Community in Northwestern Argentina*. Masters Thesis, Binghamton University – State University of New York.

Weinberg, M. (2019). Agricultores familiares, ¿y después? Impacto de la inclusión de organizaciones indígenas a la estructura estatal. En: *Chungara* (51) 4, 693-709

Weinberg, M. y Mercolli, P.H. (2017) Sweet death: indigenous labour exploitation in the San Martín de Tabacal Sugar Mill, Salta, Argentina. *Cultural Studies*, 31:1, 70-92, DOI: 10.1080/09502386.2016.1167929

Wilkis, Ariel. (2004) Apuntes sobre la noción de estrategia en Pierre Bourdieu. *Revista Argentina de Sociología*, vol. 2(3), pp. 118-130

Winkel, T. (2013). *Quinoa y Quineros / Quinoa et quineros*. IRD Éditions. Marsella. Francia.

Winkel T., Alvarez-Flores R.A., Bommel P., Bourliaud J., Chevarria Lazo M., Cortes G., Cruz P., Del Castillo C., Gasselin P., Joffre R., Léger F., Nina Laura J.P., Rambal S., Rivière G., Tichit M., Tourrand J.F., Vassas Toral A., Vieira-Pak M. (2014). Altiplano Sur de Bolivia. En: Bazile D., Bertero D., Nieto C. (eds.) *Estado del arte de la quinoa en el mundo en 2013*. FAO. Rome, Italy. 432-449. URL: <http://www.fao.org/433/a-i4042s/i4042s4024.pdf>.

Anexos.

Gráfico 1: Documentos institucionales sobre el Programa de Fortalecimiento de la Quinoa en el NOA analizados mediante exégesis en capítulo II [p. 267]

Gráfico 2: Proyectos de promoción de la quina ejecutados en la provincia de Jujuy entre los años 2009 y 2018 [p. 268]

Gráfico 3: Síntesis de planilla de cálculo: superficies de siembra estimada; superficies efectivamente sembradas; rendimientos obtenidos; técnicas de siembra en relación con otros cultivos (2015/16 y 2016/17) [pp. 269-271]

Gráfico 4: sistematización de historias de vida – según año histórico, por ocupación y/o ingreso principal [p. 272]

Gráfico 5: sistematización de historias de vida – según año histórico, por lugar de residencia [p. 273]

Gráfico 6: sistematización de historias de vida – según edad, por ocupación y/o ingreso principal [p. 274]

Gráfico 7: sistematización de historias de vida – según edad, por lugar de residencia [p. 275]

fecha	tipo doc	formato	Complejo Quinuer	Mesa Cult. And.	acceso digital
08/15/14	quedó formalmente inaugurado el complejo quinua de Jujuy	emeroteca digital	X		http://www.prosap.gov.ar/Docs/1erForoQuinoaJujuyAgosto2014-Gacetilla.pdf
08/15/14	complejo quinua Jujuy – cluster seleccionado	emeroteca digital	X		http://visor.competitividad.ucar.gov.ar/complejo-quinua-jujuy/
09/04/14	inauguraron el complejo quinua Jujuy	emeroteca digital	X		http://www.todogro.com.ar/noticias/nota.asp?id=28990
10/06/14	UCAR quinua	doc	X		
05/07/15	Quinua, regalo ancestral – Fundación Nueva Gestión	impreso	X		
05/30/15	complejo quinua Jujuy. Espacio de articulación para intervenciones	emeroteca digital	X		http://www.ceadaf.fca.unju.edu.ar/assets/vcmq_33.pdf
06/01/15	Informe Ipat'noa 2005 – 2015	pdf	X	X	
04/22/16	reunión plenaria instituciones	doc	X		
06/02/16	Plan de promoción de la quinua	doc	X		
07/11/16	reunión plenaria	doc	X		
08/01/16	reunión técnicos	doc	X		
08/24/16	complejo quinua busca su mejora integral	emeroteca digital	X		https://www.eltiempo.com/ujuy/nota/2016-8-24-1-30-0-complejo-quinua-busca-su-mejora-integral
10/13/16	el complejo quinua Jujuy implementará cinco proyectos	emeroteca digital	X		http://ucar.gob.ar/index.php/en/prensa/noticias-ucar/1908-el-complejo-quinua-de-jujuy-implementara-cinco-proyectos
11/01/16	Minuta Mesa Nacional Cultivos Andinos	pdf		X	
04/04/17	Gacetilla encuentro Comisión CultyProd – Mesa Cult. And.	pdf		X	
04/04/17	comisión de mesa de VA en cultivos andinos	doc		X	
04/04/17	gacetilla encuentro en INTA	pdf		X	
05/01/17	estudio de mercado de la quinua	doc	X		
07/01/17	informe de cierre cluster complejo quinua de Jujuy	impreso	X		
07/15/17	gacetilla de encuentro en salta	pdf		X	
08/16/17	formularios banco germoplasma unju		X		
08/17/17	Acta 18 – reunión asoc ad hoc complejo quinua Jujuy	pdf	X		
09/06/17	estatuto asoc ad hoc – borrador		X		
09/25/17	reunión directorio quinua por plan quinero y prosap	doc	X		
10/31/17	asistencia técnica para plan de promoción	xls	X		
10/31/17	encuentro mesa y complejo	doc	X		
12/13/17	Acta 22 – reunión asoc. Ad hoc complejo quinero	pdf	X		
03/27/18	En Jujuy, el agregado de valor en quinua está en marcha	emeroteca digital	X	X	https://intainforma.inta.gov.ar/en-jujuy-el-agregado-de-valor-en-quinua-esta-en-marcha/
03/28/18	nueva planta de VA en quinua y cultivos andinos	emeroteca digital	X		http://prensa.jujuy.gob.ar/2018/03/28/nueva-planta-de-valor-agregado-de-quinua-y-cultivos-andinos/

N.º	NOMBRE DEL PROYECTO (sólo aquellos ejecutados en Jujuy)	FINANCIÓ	EJECUTÓ	OBJETIVO	EQUIPO TÉCNICO EN TERRENO	DESTINATARIOS (en Jujuy)	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018
1	“Conservación in situ de cultivos andinos en la Qº Humahuaca”	PNUD GEF	FundAndes	valorización gastronómica y semilleros comunitarios	FCA UNJu	Fca, Tumbaya Grande (principalmente)	X	X								
2	“Fortalecimiento de integración territorial argentino-boliviana”	Fund. AUTAPO	Fund. Nueva Gestión	parcelas piloto en quinua	ProHuerta La Quiaca	Dto. Yavi	X	X								
3	“Producción de quinua orgánica en el dto. Yavi”	PNUD GEF	Fund. Nueva Gestión	promover tecnología	ProHuerta La Quiaca	Dto. Yavi	X	X	X							
4	“Fortalecimiento del agroecosistema de quinua en Jujuy”	PRODERN OA (FIDA)	Fund. Nueva Gestión	formación técnica				X	X							
5	“Producción semilla por pequeños productores del NOA”	UCAR ITI	AER Humahuaca	Prod.semilla	Cambio Rural – AER Humahuaca INTA	(en Jujuy) Comunidad Aborigen Rodero						X	X	X		
6	Proyecto ProQuinoa	AECID	CADECAL	Instalar una planta Valor Agregado en cultivos andinos	ADESO	Cusi Cusi (Dto. Santa Catalina)	X	X	X	X						
7	“Rescate y revalorización de la producción de quinua orgánica en la Quebrada de Humahuaca”	PRODERI UCAR	Fund. Mallku Andina	infraestructura predial y máquinas	SsaF Humahuaca	Dto. Humahuaca						X	X	X	X	X
8	“Desarrollo asociativo de prototipo de maquinaria poscosecha...”	Progr. Norte Grande – Ministerio Economía	Fund. Nueva Gestión	desarrollo maquinaria de poscosecha	INTA IPAF NOA	Palpalá (Flama srl.)				X						
9	“Promoción del complejo productivo quinua en Argentina”	Fund. Argentina	Fund. Nueva Gestión	promover un cluster en quinua	Fund. Nva. Gestión	Dto. Yavi (principalmente)		X	X							
10	Tecnologías Apropriadas para la producción primaria de la agricultura familiar	INTA	INTA	desarrollo maquinaria de poscosecha	INTA IPAF NOA	Palpalá (Flama srl.)		X	X	X						
11	Proy.I: Fortalecimiento Institucional del Complejo Quinoa de Jujuy	UCAR – Cluster Quinoa	Fund. Nueva Gestión	logística de cluster quinua	Fund. Nva. Gestión	Dtos. Humahuaca, Tumbaya, Yavi							X	X	X	
12	Proy.II: Manejo agroecológico en Quebrada y Puna jujeña	UCAR – Cluster Quinoa	FCA – UNJu	talleres e insumos agroecol.	INTA IPAF NOA	Tumbaya y Humahuaca								X		
13	Proy.III: Conservación y uso sustentable de quinua	UCAR – Cluster Quinoa	FCA – UNJu	instalación laborat. Semillas	FCA UNJu	Campo Exp. Severino								X		
14	Proy.IV: Infraestructura productiva para AV	UCAR – Cluster Quinoa	IPAF NOA de INTA	Instalar una planta Valor Agregado en cultivos andinos	INTA IPAF NOA	Campo Exp. Hornillos									X	
15	Proy. V: Apoyo a la comercialización de la quinua de Q. Y P.		SsAF – MinAgro	Comercialización	SsAF La Quiaca	Dto. Yavi							(X)	(X)		
16	Validación de tecnología para la Poscosecha de Quinoa	INTA	INTA IPAF NOA	desarrollo maquinaria poscosecha	INTA IPAF NOA									X	X	X
17	Plan de Promoción de la quinua en la provincia de Jujuy		INTA+SsAF +Fund. Nueva Gestión+FC A-UNJu	consolidar el seguimiento técnico de la producción de quinua	ProHuerta La Quiaca – SsAF La Quiaca – SsAF Humahuaca	Dto. Humahuaca, Dto. Tumbaya y Dto. Yavi								X	X	
18	Mesa Nacional de Valor Agregado en Cultivos Andinos	BID	INTA + MinAgro		INTA + MinAgro Nación									X	X	X

2015-2016					2016-2017				2018			mod. Siembra 15/16 (depurada)
COD.	superficie s/presentad a en PRODERI	Superfici e al 3/16 en m ²	Estimac. Rendim (Kg)	Producción obtenida oct 2016 (Kg)	8/16 superficie s/solicit. Roturación (m ²)	superficie al 3/17 en m ²	Estimac. Rendim. 2017 (Kg)	% obtenido sobre expectativa	¿Continú a en el grupo?	¿satisfech o c/results.?		
1	2500	9000	3600	150	10000	2318	927,2	4,17	SI	SI	con maíz	
2	2500			35	2500	1350	540		SI	NO	con arveja	
3	2500	450	180	22,5		1750	700	12,50	NO		sola	
4	2500	450	180	22,5	2500	410	164	12,50	NO		sola	
5	2500	2400	960	20	2500	1545	618	2,08	SI	NO	con arveja	
6	2500	1000	400	n/d		1616	646,4		NO		con arveja	
7	2500	1784	713,6	2	5000	1425	570	0,28	SI	SI	con maíz	
8	2500	450	180	60	2500	0	0	33,33	NO		sola	
9	2500	12000	4800	600		5057	2022,8	12,50	NO		sola	
10	2500	400	160	120	5000	1112	444,8	75,00	SI	NO	sola	
11	2500	400	160		5000	234	93,6	0,00	NO		sola	
12	2500					0	0		NO		sola	
13	2500	1090	436	n/d		1223	489,2		SI	SI	con arveja	
14	2500	737	294,8	6	2500		0	2,04	SI	NO	sola	
15	2500	25	10	n/d			0		NO			
16	2500	737	294,8	21	4000	526	210,4	7,12	SI	NO	con maíz	
17	2500	810	324	20	2500	460	184	6,17	SI	NO	con maíz	
18	2500	580	232	n/d		1009	403,6		NO			
19	2500	352	140,8	100	5000	1374	549,6	71,02	SI	SI	con maíz	
20	2500	166	66,4	15	800	1542	616,8	22,59	SI	SI	con maíz	

COD.	2015-2016				2016-2017			% obtenido sobre expectativa	2018		mod. Siembra 15/16 (depurada)
	superficie s/presentada en PRODERI	Superficie al 3/16 en m ²	Estimac. Rendim. (Kg)	Producción obtenida oct 2016 (Kg)	8/16 superficie s/solicit. Roturación (m ²)	superficie al 3/17 en m ²	Estimac. Rendim. 2017 (Kg)		¿Continúa en el grupo?	¿satisfecho c/results. ?	
21	2500	2014	805,6	300	5000	0	37,24	SI	NO	sola	
22	2500	391	156,4	49	5000	0	31,33	SI	NO	sola	
23	2500	220	88		500	0	0,00	NO		con maíz	
24	2500	963	385,2	60	2500	0	15,58	SI	SI	con arveja	
25	2500	475	190	210	5000	0	110,53	SI	SI	sola	
26	2500	1000	400	75	500	0	18,75	SI	SI	sola	
27	2500	1188	475,2			280	16,13	NO		sola	
28	2500	2160	864	216		0	0,00	NO		sola	
29	2500	1660	664	150	2500	48	22,59	NO		sola	
30	2500	3000	1200	n/d	5000	720		NO			
31	2500	4332	1732,8	n/d		0		NO			
32	2500		n/d	378	500	208,8		NO		sola	
33	2500		n/d		2500	154,8		NO		sola	
34	2500		n/d	21	2500	140,8		SI	SI	con arveja	
35	2500		n/d	66	2500	0		SI	SI	con maíz	
36	2500		n/d			0		NO			
37	2500		n/d		2750	1100		NO			
38	2500	1600	640		5000	1040	0,00	SI	NO		
39	2500	25	10		400	150	0,00	NO			
40	2500	1600	640	65	2500	320	10,16	SI	NO	sola	

COD.	2015-2016				2016-2017			2018		mod. Siembra 15/16 (depurada)	
	superficie s/presentada en PRODERI	Superficie al 3/16 en m ²	Estimac. Rendim. (Kg)	Producción obtenida oct 2016 (Kg)	8/16 superficie s/solicit. Roturación (m ²)	superficie al 3/17 en m ²	Estimac. Rendim. 2017 (Kg)	% obtenido sobre expectativa	¿Continúa en el grupo?		¿satisfecho c/results.?
41			n/d				0		SI	SI	
42			n/d			1384	553,6		SI	SI	
43			n/d			5112	2044,8		NO		

